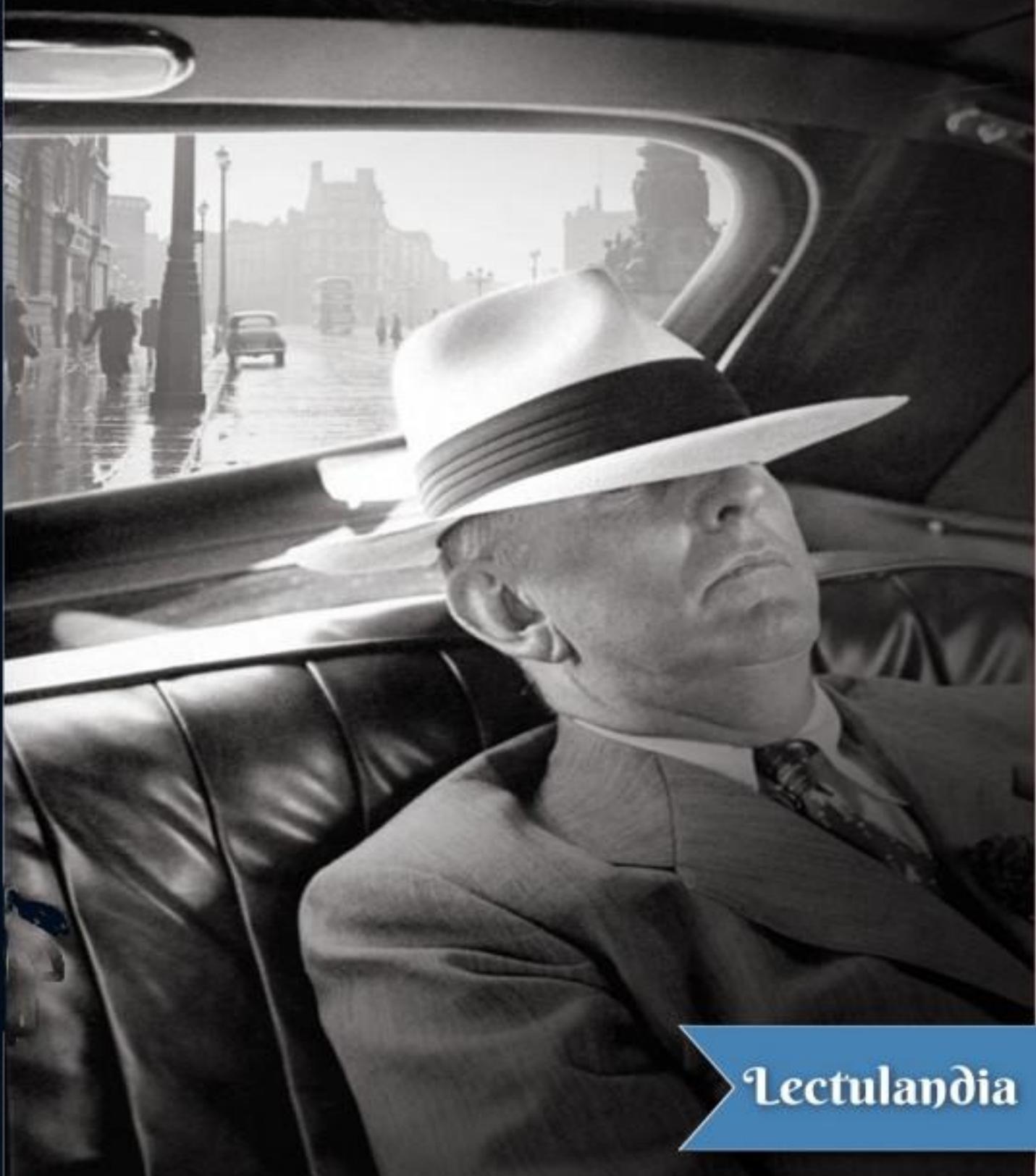


Traducción
Miguel Martínez-Lage

Benjamin Black

El secreto de Christine



Lectulandia

La inocencia es el escondite perfecto del crimen. Dublín, años cincuenta. En un depósito de cadáveres, una turbia trama de secretos familiares y organizaciones clandestinas comienza a desvelarse tras el hallazgo de un cuerpo que nunca tendría que haber estado allí. Una oscura conspiración que abarca ambos lados del Atlántico y que acaba envolviendo en un siniestro abrazo, inesperadamente, la vida misma de todos los protagonistas. Demos la bienvenida a Benjamin Black. Nos encontraremos lo mejor de un extraordinario escritor, John Banville, también entre la niebla, los vapores del whisky y el humo de los cigarrillos de un Dublín convertido en el escenario perfecto para la mejor literatura negra. Por sus magníficas descripciones de personajes y ambientes, con un lenguaje preciso, elegante e inteligente, John Banville está considerado como el gran renovador de la literatura irlandesa y uno de los más importantes escritores en lengua inglesa de la actualidad.

Lectulandia

Benjamin Black

El secreto de Christine

Saga: Dr. Quirke - 1

ePub r1.3

dacordase 14.07.14

Título original: *Christine Falls*
Benjamin Black, 2006
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: dacordase
Corrección de erratas: emiferro, Alfacentaur0
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Se alegró de tomar el paquebote de la tarde, pues no creía que hubiese podido afrontar una despedida matinal. En la fiesta de la noche anterior, uno de los estudiantes de Medicina había aparecido con una petaca de alcohol etílico, que mezcló con naranjas exprimidas, y ella había tomado dos vasos del brebaje. Aún tenía el interior de la boca irritado, y algo parecido al redoble de un tambor constante detrás de la frente. Se había quedado toda la mañana en cama, todavía resacosa, incapaz de dormir, llorando sin descanso casi, oprimiéndose con un pañuelo los labios para acallar los sollozos. Le daba miedo pensar en lo que tenía que hacer a lo largo del día, todo lo que tenía por delante. Sí, estaba asustada.

En Dun Laoghaire estuvo caminando de una punta a otra del espigón, tan agitada que no era capaz de estarse quieta. Colocó el equipaje en el camarote y volvió al muelle a esperar, tal como le indicaron. Ni siquiera sabía por qué accedió a hacer lo que se le había pedido que hiciera. Ya tenía una buena oferta de trabajo en Boston, y ahora surgía en perspectiva un dinero adicional, pero sospechaba que más bien lo hacía por miedo a la Comadrona, que le amedrentó la sola posibilidad de negarse cuando ella le pidió que llevara a la niña consigo. La Comadrona tenía un modo inconfundible de resultar mucho más intimidante cuando hablaba con voz queda. *Veamos, Brenda, le había dicho, mirándola con los ojos saltones: Quiero que te lo pienses muy despacio, porque es una enorme responsabilidad.* Todo le había resultado extraño, la sensación de náusea en la boca del estómago, la quemazón del alcohol en la boca y el hecho de no ir vestida con su habitual uniforme de enfermera, sino con un dos piezas de lana rosa que había comprado ex profeso para el viaje: un traje pensado especialmente para viajar, como si fuera a casarse, cuando en lugar de una luna de miel iba a tener que ocuparse de la niña, sin que hubiera ni asomo de marido. *Eres una buena chica, Brenda, le había dicho la Comadrona con una sonrisilla aún peor que sus miradas. Que Dios te acompañe.* E iba a necesitar, y mucho, de Su compañía, pensó melancólicamente: le quedaba la noche en el barco, y al día siguiente el viaje en tren a Southampton, y otros cinco días en alta mar, y ¿después? Nunca había salido del país, salvo una sola vez, cuando era pequeña y su padre se llevó a la familia a pasar el día en la isla de Man.

Un coche negro y elegante avanzaba hacia el barco entre la muchedumbre que

formaban los pasajeros. Se detuvo cuando aún se hallaba a diez metros de ella, y salió una mujer por la portezuela del copiloto con una bolsa de lona en la mano y un bulto envuelto con una manta en el hueco del brazo contrario. No era joven, rondaría tal vez los sesenta, pero iba vestida como si tuviera la mitad, con un traje gris de falda ceñida hasta la pantorrilla, ajustada a la cintura, una cierta barriga por debajo del cinturón y un sombrerito con velo azul que le cubría hasta la nariz. Echó a caminar sobre las losas con pasos desiguales por culpa de los zapatos de tacón, los labios pintados y fruncidos en una sonrisa. Tenía los ojos pequeños, negros, incisivos.

—¿Señorita Rutledge? —le dijo—. Me llamo Moran —su acento impostado era tan falso como todo en ella. Le entregó la bolsa—. Ahí están las cosas de la niña, con sus papeles. Entrégueselos al sobrecargo cuando embarque en Southampton, él está al corriente de quién es usted —examinó a Brenda más a fondo, con los ojillos entornados—. ¿Se encuentra usted bien? La noto un tanto paliducha.

Brenda dijo que estaba bien, que había trasnochado, nada más. La señorita Moran, o señora, o lo que fuera, esbozó un amago de sonrisa.

—La copita de despedida, ¿eh? —le entregó el bulto envuelto en la manta—. Aquí tiene. No se le vaya a caer, ¿eh? —rió brevemente, frunció el ceño y añadió—: Lo siento.

Lo primero que sorprendió a Brenda del bulto fue el calor: podría haber sido un carbón encendido y envuelto en la manta, sólo que era blando, y tenía movimiento propio. Cuando lo estrechó contra su pecho, algo en sus entrañas se removió como un pez.

—Oh —dijo, una pequeña exclamación de sorpresa, de contento consternado.

La mujer volvió a decirle algo, pero ella no la escuchó. Desde lo más profundo de los pliegues de la manta, un ojo diminuto, velado, la miraba con una expresión que parecía de desapasionado interés. Se le hizo un nudo en la garganta y temió que las muchas lágrimas que había derramado por la mañana volvieran a correr sin freno.

—Gracias —dijo. No se le ocurrió otra cosa que decir, aun sin saber muy bien a quién se las estaba dando, ni el porqué.

La tal Moran se encogió de hombros y sonrió de soslayo.

—Buena suerte —le dijo.

Volvió caminando deprisa al coche, repicando con los tacones altos, y cerró la portezuela.

—Bueno, pues queda hecho —dijo, y a través del parabrisas contempló a Brenda Rutledge, que seguía de pie donde la había dejado, en medio del muelle, escrutando la abertura de la manta, la bolsa de lona olvidada a sus pies—. Mira qué pinta tiene —dijo con aspereza—. Convencida de ser la Virgen María.

El conductor no hizo ningún comentario y arrancó el coche.

I

No eran los muertos los que a Quirke le parecían extraños. Eran más bien los vivos. Cuando entró en el depósito de cadáveres bien pasada la medianoche y vio allí a Malachy Griffin, tuvo un escalofrío profético, un temblor que presagiara las complicaciones inminentes. Mal se encontraba en el despacho de Quirke, sentado ante su mesa. Quirke se detuvo en la sala de cadáveres, donde no estaba encendida la luz, entre las siluetas envueltas en mortajas, tendidas sobre las camillas, y lo miró por la puerta abierta. Estaba sentado de espaldas a la puerta, inclinado hacia delante con aire de gran concentración, con sus gafas de montura metálica; la luz del flexo le iluminaba la mitad izquierda de la cara, formándosele un resplandor rosa intenso en el pabellón auricular. Tenía un expediente abierto sobre la mesa, y escribía algo con peculiar falta de naturalidad. A Quirke esto le habría resultado aún más extraño si no hubiera estado borracho. La escena prendió un recuerdo de sus tiempos de estudiantes, una imagen sobrecogedoramente nítida, en la que Mal, igual de concentrado, aparecía sentado ante una mesa entre otros cincuenta estudiantes aplicados, en una gran sala en silencio, redactando con gestos laboriosos un examen, con un rayo de sol que entraba sesgado, por encima de él, desde una alta ventana. Un cuarto de siglo más tarde aún tenía la misma cabeza de foca, el lustroso cabello negro, peinado escrupulosamente.

Al percibir una presencia a sus espaldas, Mal volvió la cara y escrutó la penumbra de la sala de cadáveres. Quirke aguardó un momento antes de seguir, con paso inseguro, titubeante, hacia la luz de la puerta.

—Quirke —dijo Mal aliviado al reconocerlo, con un suspiro de exasperación—. Por Dios.

Mal vestía ropa de etiqueta, aunque se había desabotonado el cuello de la camisa blanca en un gesto nada característico de él, y se había desanudado la pajarita. Quirke, tentándose los bolsillos en busca de tabaco, lo contempló y reparó en el modo en que cubrió rápidamente el expediente para esconderlo con el antebrazo. Volvió a acordarse de cuando era estudiante.

—¿Trabajas a estas horas? —dijo Quirke, y sonrió con malignidad. El alcohol le permitió suponer que había sido un detalle de ingenio.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —dijo Mal en voz demasiado alta, haciendo caso omiso de la pregunta. Se subió las gafas sobre el puente humedecido de la nariz con la yema del dedo corazón. Estaba nervioso.

Quirke señaló hacia el techo.

—Hay una fiesta —dijo—. Arriba.

Mal adoptó su expresión de médico especialista y frunció el ceño con ademán imperioso.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

—La de Brenda Rutledge —dijo Quirke—. Una de las enfermeras. Su fiesta de despedida.

A Mal se le arrugó aún más el entrecejo.

—¿Rutledge?

Quirke de pronto se sintió invadido por el tedio. Preguntó a Mal si tenía un cigarrillo, pues no le pareció que a él le quedasen, pero Mal tampoco hizo caso de esta pregunta. Se puso en pie llevándose el expediente con gran agilidad, tratando de ocultarlo aún bajo el brazo. Aunque tuvo que forzar la vista, Quirke vio el nombre escrito en la cubierta con caligrafía grande: *Christine Falls*. La pluma de Mal estaba sobre la mesa, una Parker gruesa, negra, reluciente, con tajo de oro, sin duda, de veintidós quilates, e incluso alguno más si tal fuera posible. A Mal le gustaban los objetos caros, era una de sus contadas flaquezas.

—¿Qué tal está Sarah? —preguntó Quirke. Se dejó caer con pesadez, hasta hallar con el hombro el apoyo de la jamba. Estaba aturdido, y todo cuanto veía parecía titilar y oscilar hacia la izquierda de golpe. Se encontraba en esa fase atribulada de la borrachera, sabedor de que no tenía nada que hacer hasta que empezaran a pasársele los efectos. Mal seguía de espaldas, colocando el expediente en uno de los cajones del alto archivador de metal grisáceo.

—Está bien —dijo Mal—. Estuvimos en una cena en los Caballeros. La mandé a casa en taxi.

—¿En los Caballeros? —dijo Quirke, abriendo mucho los ojos enrojecidos.

Mal le devolvió una mirada impávida, con un destello en los cristales de las gafas.

—En St. Patrick. Como si no lo conocieras.

—Ah —dijo Quirke—. Ya —daba la impresión de que trataba de contener la risa—. De todos modos —dijo—, tú de mí no te preocupes. ¿Qué estabas haciendo tú aquí abajo, entre los difuntos?

Mal adoptó una curiosa manera de mirar con los ojos saltones, al tiempo que alzaba sinuosamente el cuerpo alargado, flaco, como si atendiese a la flauta de un encantador de serpientes. Quirke se quedó pasmado, y no por vez primera, ante el lustre de su cabello, ante la lisura de la frente, ante el azul de acero impecable de sus ojos, tras los cristales blancuzcos de sus lentes.

—Tenía cosas que hacer —dijo Mal—. Una verificación.

—¿De qué se trata?

Mal no respondió. Estudió a Quirke despacio y vio que estaba completamente borracho. Un frío destello de alivio asomó a sus ojos.

—Harías mejor si te fueses a casa —le dijo.

Quirke pensó en rebatirlo, pues el depósito de cadáveres era su territorio, pero de pronto perdió todo interés. Se encogió de hombros y, sin que Mal dejara de mirarlo, se dio la vuelta y salió entre las camillas en las que descansaban los cuerpos. A mitad de la sala tropezó y extendió la mano para no perder el equilibrio, pero tan sólo consiguió sujetarse a una mortaja, que se llevó con la mano en un destello de blancura susurrante. Le pasmó la frialdad viscosa del nailon; tenía un tacto humano, como si fuera una cogulla suelta y helada de piel exangüe. El cadáver era el de una mujer joven, delgada, rubia; había sido hermosa, pero la muerte le había robado los rasgos faciales, y, en ese momento, podría haber sido una estatua esculpida en jabón de sastre, primitiva y fofa. Algo, tal vez su instinto de patólogo, le dijo cuál iba a ser el nombre, y lo supo antes de ver la etiqueta atada al dedo gordo del pie. «Christine Falls —susurró para sí—. Christine cae... Y tanto que has caído: el apellido te sentaba como un guante». Mirándola más a fondo se fijó en que tenía las raíces del cabello oscuras en la línea de la frente y en las sienes: estaba muerta, y ni siquiera era rubia de verdad.

Despertó horas más tarde acurrucado, de costado, con una vaga pero acuciante sensación de desastre inminente. No guardaba memoria de haberse tendido allí, entre los cadáveres. Estaba helado hasta el tuétano de los huesos, y la corbata se le había torcido, de modo que le estaba estrangulando. Se incorporó, carraspeó. ¿Cuánto había bebido, primero en McGonagle y luego en la fiesta del piso de arriba? La puerta de su despacho estaba abierta. ¿Había soñado que allí estuvo Mal? Apoyó los pies en el suelo y se enderezó con cautela. Estaba ido, con la cabeza como vacía, igual que si se hubiera volado limpiamente la tapadera de los sesos. Alzó un brazo y saludó con gravedad a las camillas, al estilo de los antiguos romanos, para salir de la sala con paso acalabrado.

Las paredes del pasillo eran verde mate, y los cobertores de madera que ocultaban los radiadores llevaban muchas manos de pintura de color amarillo bilioso, brillante, glutinosa, más parecida a una papilla incrustada que a una pintura de verdad. Hizo una pausa al pie de la incongruente, amplia y grandiosa escalinata en curva —el edificio había sido en principio un club para los calaveras de la época de la Regencia—, y le sorprendió oír tenues ruidos de juerga que se filtraban desde el quinto piso. Puso el pie en un peldaño y la mano en la barandilla, pero volvió a detenerse. Estudiantes de Medicina, médicos recién titulados, residentes, enfermeras metidas hasta las cachas en la pomada: no, muchas gracias, con lo de antes ya me basta y me sobra; además, los más jóvenes ni siquiera habían visto su llegada con agrado. Siguió por el pasillo. Tuvo una premonición de la resaca que le estaba esperando, mazas y tenacillas prestas a triturarle. En el cuarto del portero de noche, a un lado del doble

portón de la entrada principal, sonaba una radio a bajo volumen. *Es pecado decir mentiras*. Los Ink Spots. Quirke cantó la melodía para sí mismo. En fin, eso era muy cierto.

Cuando salió a los escalones se encontró al portero con su guardapolvos marrón, fumándose un cigarrillo y contemplando un desabrido amanecer más allá de la cúpula de Four Courts. El portero era un individuo menudo y atildado, con gafas y cabello polvorientos, y una nariz afilada cuya punta le temblaba a veces. Por la calle aún a oscuras pasó un coche salpicando.

—Buen día, portero —dijo Quirke.

El portero se rió.

—Ya sabe que no me llamo Portero, señor Quirke —dijo. Su modo de peinarse para atrás un mechón grueso de cabello castaño y seco le daba un aire de suposición permanente y contrariado. De ratoncillo quejumbroso, más que de hombre.

—Es cierto —dijo Quirke—. Usted es el portero pero no se llama Portero —más allá de Four Courts, un nubarrón azul oscuro con aspecto de traer feas intenciones había comenzado a avanzar despacio por el cielo, eclipsando la luz de un sol todavía invisible. Quirke se subió el cuello de la chaqueta, preguntándose vagamente qué habría sido de la gabardina que le parecía haber llevado puesta cuando empezó a darle al frasco muchas horas atrás. ¿Y qué fue de su pitillera?—. ¿Tiene un cigarrillo que pueda darme? —dijo.

El portero sacó una cajetilla.

—Pero no son más que Woodbines, señor Quirke.

Quirke tomó el cigarrillo y se inclinó sobre la llama protegida de su encendedor, saboreando a la vez el breve y flojo regusto a gasolina quemada. Levantó la mirada al cielo e inspiró hondo el humo acre. Qué deliciosa era la primera y abrasadora calada del día a pleno pulmón. La tapa del encendedor hizo un ruido metálico al cerrarla. Tuvo que toser, con un ruido de desgarrar en la garganta.

—Joder, portero —dijo con voz estremecida—. ¿Cómo es capaz de fumar estas cosas? Cualquier día lo voy a ver ahí dentro, encima de una losa de mármol. Cuando lo raje de arriba abajo me voy a encontrar con unos pulmones como arenques ahumados.

El portero volvió a reír, con una risa forzada, sin resuello. Quirke bruscamente se alejó caminando. Al bajar las escaleras notó en los nervios de la espalda los ojos de pronto serios con que el tipo lo seguía muy atento. Lo que no llegó a sentir fue la otra mirada melancólica, pendiente de él desde una ventana iluminada cinco plantas más arriba, donde algunas siluetas vagas, festivas, seguían de trajín, bebiendo a pie firme.

Las cortinas calladas que formaba la lluvia de verano daban más grisura a los árboles de Merrion Square. Quirke avivó el paso pegado a la barandilla que cercaba el verdín, como si así pudiera resguardarse, con las solapas de la chaqueta sujetas

contra el cuello. Aún era temprano para que aparecieran los funcionarios que trabajaban en los alrededores, y la ancha calzada estaba desierta, sin un solo coche a la vista; de no ser por la lluvia habría sido capaz de avistar sin estorbo todo el camino hasta la iglesia de St. Stephen Peppercanister, que vista desde esa distancia, al fondo de la amplia y deslustrada extensión de Upper Mount Street, siempre le parecía que estuviera un tanto escorada. Entre las chimeneas que se apiñaban en los tejados sólo de algunas salía el humo; el verano casi había terminado, el nuevo frescor del otoño se percibía en el aire. ¿Y quién habría encendido esas chimeneas tan temprano? Oteó las altas ventanas pensando en todas aquellas habitaciones aún en sombra, con personas dentro, despertando y bostezando, preparando el desayuno o bien dándose la vuelta para disfrutar de otra media hora en el grato, húmedo calorcillo de sus camas. Una vez, en otro amanecer de verano, yendo por la calle de modo parecido, había oído tenues gritos de éxtasis de una mujer, que llegaban desde una de aquellas ventanas como si aleteasen hasta la calle. Qué penetrante puñalada de compasión sintió entonces por sí mismo, caminando solo por la calle, antes de que cualquier otra persona hubiera dado comienzo al día; penetrante y dolorosa, pero también placentera, pues en secreto Quirke apreciaba la soledad como un tesoro, como un sello de cierta distinción.

En el portal de la casa flotaba el olor de siempre, que nunca acertaba a identificar, un olor tostado, a humo, un aliento llegado desde la infancia, si es que era la infancia el término idóneo para designar aquella primera década de penuria que él había soportado. Subió las escaleras con el paso de un hombre que asciende al cadalso, los zapatos empapados y rechinantes. Había llegado al primer piso cuando oyó que una puerta se abría en el rellano. Se detuvo y suspiró.

—Terrible escandalera la de anoche —gritó hacia lo alto el señor Poole con aire acusador—. No he pegado ojo.

Quirke se dio la vuelta. Poole estaba de perfil, apostado en la puerta entreabierta de su vivienda, ni dentro ni fuera, con su actitud de costumbre, una expresión a un tiempo truculenta y timorata. Era muy madrugador, en el supuesto de que alguna vez durmiese algo. Llevaba un jersey sin mangas y una pajarita, pantalón de mezclilla planchado con raya y unas babuchas grises. Parecía, según pensaba siempre Quirke, el padre de un piloto de aviación de los que tomaban parte en las películas sobre la batalla de Inglaterra, e incluso, aún mejor, el padre de la novia del piloto.

—Buen día, señor Poole —dijo Quirke con distante cortesía; a menudo, el vecino era fuente de un alivio pasajero, pero el humor de Quirke esa mañana no era el indicado.

En el ojo pálido, de gaviota, con que le miraba Poole, rebrilló un destello de venganza. Tenía una extraña forma de apretar de lado a lado la mandíbula inferior.

—Como lo oye, no hay señal de que la cosa mejore —dijo indignado. El resto de

los pisos del inmueble, con la excepción del de Quirke, en la tercera planta, no estaban habitados, a pesar de lo cual Poole se quejaba con asiduidad de haber oído ruidos durante toda la noche—. Tremendo estrépito, a saber en qué andarán.

Quirke asintió.

—Terrible, sí. Yo he salido.

Poole miró al interior, a sus espaldas, y de nuevo miró a Quirke.

—Es la doña la que pone pegas, no yo —dijo, bajando la voz hasta no ser más que un susurro. Toda una novedad. La señora Poole, que rara vez se dejaba ver, era una persona diminuta, con ojos furtivos y asustados. Padecía, y Quirke lo sabía a ciencia cierta, una sordera profunda—. He expresado mis protestas. Espero que se tomen las medidas pertinentes, les dije.

—Bien hecho.

Poole entornó los ojos, receloso de la ironía.

—Veremos —dijo con tono de amenaza—. Ya veremos.

Quirke siguió subiendo las escaleras. Había llegado a la puerta de su piso antes de oír cómo Poole cerraba la suya.

Un aire frío le acogió con hostilidad en el cuarto de estar, donde la lluvia murmuraba contra las dos altas ventanas, reliquias de una época más próspera; sin que importase que el día fuese sombrío, siempre se llenaban de un silencio radiante, que a Quirke le resultaba misteriosamente descorazonador. Abrió la tapa de una caja de plata que encontró en la repisa de la chimenea. Habitualmente la tenía llena de cigarrillos, pero esta vez estaba vacía. Hincó una rodilla en el suelo y no sin dificultad encendió la estufa de gas con la llamita de su mechero. Asqueado, reparó en su gabardina seca, arrojada sobre el respaldo de un sillón, donde había estado en todo momento. Se puso de pie demasiado deprisa y por un instante vio las estrellas. Cuando se le despejó la visión, se encontró frente a una fotografía con marco de carey que había en la repisa: Mal Griffin, Sarah, él mismo a los veinte años, y Delia, su futura esposa, riendo al apuntar con la raqueta hacia la cámara. Los cuatro llevaban calzado blanco para jugar al tenis y caminaban agarrados del brazo bajo el resplandor del sol. Con una leve sorpresa se dio cuenta de que no atinaba a recordar dónde se había tomado la fotografía. Supuso que en Boston, tuvo que ser Boston, aunque ¿habían jugado al tenis en Boston?

Se quitó el traje empapado, se puso un batín de andar por casa y se sentó descalzo ante la estufa de gas. Miró alrededor, la amplitud de la estancia, los altos techos, y sonrió sin alegría; sus libros, sus grabados, su alfombra turca: su vida. En las primeras estribaciones de la cordillera de los cuarenta, era una década más joven que el siglo. Los años cincuenta habían encerrado la promesa de una nueva época de prosperidad y felicidad para todos, pero no estaban siendo como se anunciara. Clavó la mirada en un modelo articulado, de madera, como los que empleaban los artistas;

tendría más de un palmo de altura, y se encontraba sobre la mesita del teléfono, junto a la ventana, con las extremidades dispuestas en imitación de un salto. Apartó la mirada y frunció el ceño, pero con un suspiro de contrariedad se puso en pie y fue a modificar la postura de la figura para darle una actitud de abatimiento que concordase mejor con el humor desolado y negro de esa mañana, con su resaca en aumento. Volvió a sentarse en el sillón. Cesó la lluvia y se hizo el silencio, interrumpido sólo por el siseo sibilante de la llama de gas. Tenía los ojos escaldados, como si se los hubiera hervido; los cerró y se estremeció en el momento en que ambos párpados hicieron contacto, dándose el uno al otro, a lo largo del borde inflamado, un beso mínimo, horrible. Vio mentalmente, con toda claridad, el momento de la fotografía: la hierba, la luz del sol, los grandes árboles, el calor, los cuatro caminando al paso, jóvenes y esbeltos y sonrientes. ¿Dónde pudo ser? ¿Dónde? ¿Y quién estaba al otro lado de la cámara?

Pasaba de la hora del almuerzo cuando fue capaz de reunir la energía necesaria para ponerse en marcha e ir a trabajar. Al entrar en el departamento de Patología, Wilkins y Sinclair, sus ayudantes, intercambiaron una mirada inexpresiva.

—Buenos días, caballeros —dijo Quirke—. Buenas tardes, quiero decir.

Se volvió para colgar la gabardina y el sombrero, y Sinclair sonrió mirando a Wilkins, a la vez que se llevaba un vaso invisible a los labios e imitaba el gesto de dar un trago largo. Sinclair, un individuo picarón, con la nariz como una hoz y un cabello negro, rizado, brillante, que le caía sobre la frente, era el cómico del departamento. Quirke se sirvió un vaso de agua en uno de los fregaderos de acero que se alineaban a lo largo de la pared, tras la mesa de disección, para llevarlo con cautela, aunque no con buen pulso, a la mesa de su despacho. Estaba buscando el frasco de aspirinas en el cajón desordenado de la mesa, preguntándose como siempre cómo se podían haber acumulado allí dentro tantas cosas, cuando descubrió la pluma de Mal sobre el secante. No tenía el capuchón puesto, y en el tajo se veían manchitas de tinta seca. Era poco habitual que Mal se olvidara de su preciada pluma, y menos aún sin ponerle el capuchón. Quirke se quedó de pie con el ceño fruncido, avanzando a tientas entre la bruma del alcohol para remontarse al momento en que a primera hora del día había sorprendido a Mal allí mismo. La presencia de la pluma demostraba que no había sido un sueño, si bien algo no terminaba de encajar en la escena tal como él la recordaba; había algo aún más raro, recelaba, que el mero hecho de que Mal estuviera allí sentado, en su mesa, donde no tenía derecho a estar, durante la guardia nocturna.

Quirke se volvió y se dirigió a la sala de los cadáveres, hacia donde se encontraba la camilla de Christine Falls, y retiró la mortaja. Confió en que los dos ayudantes no se hubieran dado cuenta del respingo que dio al verse ante el cadáver de una anciana medio calva y bigotuda, cuyos párpados no estaban cerrados del todo, y los labios exangües y retirados en un rictus que dejaba al aire las puntas de unos dientes incongruentemente blancos, relucientes.

Regresó al despacho y tomó el expediente de Christine Falls del archivador antes de sentarse con él ante su mesa. El dolor de cabeza era en esos momentos muy intenso, un martilleo constante, difuso, en la base de la parte posterior del cráneo. Abrió el expediente. No reconoció la letra. No era ni la suya ni la de Sinclair ni la de Wilkins, y la firma era un garabato ilegible y pueril. La chica procedía del interior del país, de Wexford o Waterford, no pudo descifrarlo, pues la caligrafía era pésima. Había muerto por una embolia pulmonar; muy joven, pensó, para tener una embolia.

Wilkins entró en el despacho tras él, haciendo rechinar las suelas de los zapatos. Era un protestante de orejas grandes y cabeza alargada, de unos treinta años, aunque tan desgarrado como un adolescente. Gastaba una cortesía infalible, excesiva, insufrible.

—Han traído esto para usted, señor Quirke —dijo, y dejó la pitillera de Quirke ante él, sobre la mesa. Tosió ligeramente—. La tenía una de las enfermeras.

—Ah —dijo Quirke—. Ya —los dos miraron impávidos la delgada caja de plata, como si contasen con que se moviera por sí sola. Quirke carraspeó—. ¿Qué enfermera?

—Ruttledge.

—Entiendo —el silencio parecía exigencia de una explicación—. Ayer noche hubo una fiesta allá arriba. Debí de olvidármela —tomó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió—. Esta chica —dijo con voz enérgica, levantando el expediente—, esta mujer, la tal Christine Falls, ¿qué ha sido de ella?

—¿Cómo dice que se llama, señor Quirke?

—Falls. Christine. Tuvo que llegar anoche en algún momento, y ahora no está. ¿Qué ha sido de ella?

—No lo sé, señor Quirke.

Quirke suspiró ante el expediente abierto. Ojalá, se dijo, no insistiera Wilkins en dirigirse a él llamándolo por su apellido de esa forma tan rastreramente obsequiosa siempre que le era requerido tomar la palabra.

—El impreso de salida, ¿dónde está?

Wilkins salió a la sala de cadáveres. Quirke rebuscó en el cajón, y esta vez sí encontró el frasco de las aspirinas. Quedaba una.

—Aquí lo tiene, señor Quirke.

Wilkins dejó la fina hoja de papel rosa sobre la mesa. La firma ilegible que vio Quirke en ella resultaba más o menos igual que la del expediente. En ese momento comprendió de pronto qué era lo realmente extraño en la pose de Mal, la noche anterior, en su mesa: aunque Mal era diestro, lo vio escribir con la zurda.

El señor Malachy Griffin pasaba la habitual visita vespertina en la sala de obstetricia. Con su traje de mil rayas y chaleco, con su pajarita roja, iba de ronda por las sucesivas salas del hospital, la espalda demasiado erguida, rígida, la cabeza estrecha y el mentón bien alto, con un grupo de aplicados estudiantes pegados a los talones. En el umbral de cada una de las salas hacía una parada teatral, sólo un segundo, y se anunciaba: «Buenas tardes, señoras, ¿qué tal estamos hoy?». Acto seguido miraba en derredor con una sonrisa amplia, luminosa, levemente desesperada. Las mujeres panzudas, aletargadas en sus camas, se desperezaban con timidez, a la expectativa, enderezándose el cuello del camisón, retocándose el peinado, guardando con prisas bajo la almohada las polveras y los espejitos que

habían sacado del neceser adelantándose a su visita. Era el ginecólogo más solicitado de toda la ciudad. Había en él cierta indecisión que, a pesar de la gran reputación que le precedía, resultaba atractiva para todas aquellas futuras madres. En las horas de visita, los maridos suspiraban cuando sus esposas comenzaban a hablar del señor Griffin; muchos varones nacidos allí, en el Hospital de la Sagrada Familia, se vieron obligados a aventurarse en la carrera de obstáculos de la vida tocados por lo que para Quirke era un inconveniente de peso, el infortunio de tener que atender por el nombre de Malachy.

—Bien, señoras, son ustedes excelentes, ¡excelentes todas ustedes!

Quirke aguardó al fondo del pasillo, contemplando la escena entre divertido y agriado: Mal llevaba a cabo su suntuoso desfile por sus dominios. Quirke husmeó el aire. Era extraño estar allí, donde olía a vivos, e incluso a recién nacidos. Mal, al salir de la última de las salas, lo vio y frunció el ceño.

—¿Tienes un momento? —dijo Quirke.

—Ya ves que estoy de visita.

—Sólo será un momento.

Mal suspiró e indicó a sus alumnos que siguieran. Se alejaron unos pasos antes de detenerse con las manos en los bolsillos de las batas blancas, más de uno conteniendo a duras penas la sonrisa de suficiencia: el amor que no se echó a perder entre Quirke y el señor Griffin era de sobra conocido.

Quirke tendió la pluma a Mal.

—Se te ha olvidado esto.

—¿De veras? —dijo Mal en tono neutro—. Pues gracias.

Se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta; qué juiciosamente, pensó Quirke, era capaz de realizar Mal hasta los actos más intrascendentes, y con qué sopesada intención abordaba hasta las menores nimiedades de la vida.

—Esa chica, Christine Falls... —dijo Quirke.

Mal parpadeó y miró en dirección a los estudiantes que le esperaban antes de volverse hacia Quirke subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—¿Sí? —repuso.

—He leído el expediente, el que ayer dejaste hecho. ¿Algún problema?

Mal se pellizcó el labio inferior con el índice y el pulgar. Era otro de sus gestos, siempre lo había hecho, desde que era niño, junto con el de empujarse las gafas por el puente de la nariz, el temblorcillo en las aletas nasales o la ruidosa manera en que se sacaba las mentiras de los nudillos. Era, reflexionó Quirke, una viva caricatura de sí mismo.

—Quise verificar algunos detalles del caso —dijo, tratando de resultar espontáneo.

Quirke enarcó las cejas exageradamente.

—¿Del caso?

Mal se encogió de hombros con impaciencia:

—¿Qué es lo que tanto te interesa?

—Bueno, para empezar ya no está. Su cadáver estaba...

—Yo de eso no sé nada. Mira, Quirke, tengo una tarde muy ocupada. ¿Te importa si...?

Hizo ademán de marcharse, pero Quirke lo había sujetado por el brazo.

—Yo soy el responsable del departamento, Mal. No se te ocurra entrometerte, ¿entendido?

Lo soltó y Mal se dio la vuelta sin alterar el semblante. Se alejó. Quirke lo vio apretar el paso, llevándose a los estudiantes tras su estela como si fuesen las crías de un ganso. Quirke se volvió deprisa y bajó por la escalinata absurdamente grandiosa para llegar a su despacho en el sótano, donde tuvo conciencia de la mirada especulativa con que lo recibió Sinclair, sentándose entonces ante su mesa para abrir de nuevo el expediente de Christine Falls. Al hacerlo sonó el teléfono, acomodado como un sapo al alcance de su mano, y se sobresaltó con el timbrado imperioso, cosa que nunca dejaba de sucederle. Cuando oyó la voz que le llegaba por el hilo se suavizaron sus rasgos faciales. Escuchó un momento.

—¿A las cinco y media? —dijo, y colgó.

El aire verduzco de la tarde era de una suave calidez. Se encontraba en una acera ancha, bajo los árboles, terminando de fumarse un cigarrillo y mirando al otro lado de la calle, hacia la chica que esperaba en las escaleras de entrada del Hotel Shelbourne. Llevaba un vestido de verano, blanco, con lunares rojos, y un sombrero garboso y adornado con una pluma. Había vuelto la cara a la derecha, escrutando la esquina de Kildare Street. Una racha de brisa hizo ondear el dobladillo del vestido. A él le gustó su manera de esperar, alerta, dueña de sí misma, la cabeza y los hombros echados para atrás, los pies calzados con unos zapatos finos, colocados el uno junto al otro, las manos en la cintura, sujetando el bolso y los guantes. Le recordó mucho a Delia. Pasó un carromato verde oliva del que tiraba un Clydesdale de color achocolatado. Quirke alzó la cabeza y aspiró los olores de finales del verano: el polvo, el caballo, el follaje, el humo de los motores diésel y, tal vez, también, echándole imaginación, un atisbo del perfume que llevara la muchacha.

Cruzó la calle esquivando un autobús de dos pisos, verde, que le avisó con un sonoro bocinazo. La muchacha volvió la cabeza y lo observó acercarse sin cambiar de expresión, caminando sobre las manchas de sol y sombra que moteaban la calle, la gabardina al brazo y una mano rígidamente introducida en el bolsillo de su chaqueta cruzada, con el sombrero castaño peligrosamente inclinado. Se fijó en su gesto de concentración, el modo en que parecía tener dificultades para caminar con unos pies

tan pequeños. Bajó las escaleras para recibirlo.

—¿Tienes por costumbre espiar así a las chicas? —le dijo.

Quirke se detuvo ante ella, con un pie en el bordillo de la acera.

—¿Así? —preguntó.

—Como si fueras un gángster que piensa en robar un banco.

—Eso depende de la chica. ¿Tú tienes algo que valga la pena robar?

—Eso depende de lo que tú estés buscando.

Callaron un momento, mirándose el uno al otro, y la chica sonrió.

—Hola, tío —le dijo.

—Hola, Phoebe. ¿Qué es lo que pasa?

Ella se encogió de hombros con una mueca.

—¿Pasar? Más bien será qué es lo que no pasa, digo yo...

Se sentaron en el vestíbulo del hotel, en sendos sillones sobredorados, y tomaron té y un plato de pequeños sándwiches y unos pastelillos que servían en un puesto de repostería en estantes sucesivos. El salón, de altos y adornados techos, estaba especialmente ruidoso. El gentío caballuno de los viernes por la noche había llegado de las zonas rurales, lugareños vestidos de tweed, con sus zapatos recios y sensatos y sus voces resonantes como rebuznos; a Quirke le crispaba los nervios, y al removerse le parecía que los brazos curvos del sillón sobredorado lo atenazasen con más fuerza. Era evidente que a Phoebe le gustaba el lugar, que disfrutaba con la oportunidad de jugar a ser una damisela con gran desenvoltura, la hija del señor Griffin, médico especialista, recién llegada de Rathgar. Quirke la miraba por encima del borde de la taza de té, disfrutando de su disfrute. Se había quitado el sombrero y lo había dejado junto al plato, de modo que parecía un adorno de la mesa, con la pluma lánguidamente caída. Tenía el cabello tan negro que con las ondulaciones se le veía un brillo azulado en cada uno de los huecos. Tenía los vivaces ojos azules de su madre. Le pareció que se había puesto demasiado maquillaje —y el *rouge* era demasiado chillón para una chica de su edad—, pero no hizo el menor comentario. Desde una esquina alejada de la sala, un individuo ya mayor, de porte militar, con una calva brillantada y un monóculo, parecía mirarle con los ojos quietos de quien se siente ofendido. Phoebe se introdujo un *éclair* en miniatura en la boca y lo masticó, abriendo los ojos, riendo para sus adentros.

—¿Y tu novio? —dijo Quirke.

Ella se encogió de hombros y tragó con esfuerzo.

—Está muy bien.

—¿Sigue estudiando Derecho?

—Ingresa en el colegio de abogados el año que viene.

—Cómo no. Bueno, pues eso es sensacional.

Ella le arrojó una miga de pastel, y a él le pareció notar un destello ultrajado en el monóculo, como si les llegase volando a través de la sala.

—No seas sarcástico —dijo ella—. Eres demasiado sarcástico —se le oscureció el semblante y miró a su taza—. Quieren que renuncie a él. Por eso te llamé por teléfono.

Él asintió con una mirada impertérrita.

—¿A quiénes te refieres?

Ella ladeó la cabeza, y las ondas de su permanente rebotaron.

—Ah, pues a todos ellos. A mi padre, claro. E incluso a mi abuelo.

—¿Y tu madre qué dice?

—¿Mi madre? —dijo con un bufido de desdén. Frunció los labios y adoptó una voz de reprobación—. *Vamos a ver, Phoebe; tú tienes que pensar en la familia, en la reputación de tu padre.* ¡Hipócritas! —lo fulminó con la mirada y de pronto se echó a reír, cubriéndose la boca con una mano—. ¡Qué cara se te ha puesto! —exclamó—. Ya veo que no piensas consentir que se diga una sola palabra contra ella, ¿verdad?

Él no contestó a eso.

—¿Qué es lo que quieres que haga yo? —dijo por el contrario.

—Que hables con ellos —contestó, y se adelantó rápidamente sobre la mesita, con las manos juntas sobre el pecho—. Que hables con mi padre, o al menos con mi abuelo. Tú eres su preferido, y papá hará todo lo que el abuelo le diga.

Quirke sacó la pitillera y el encendedor. Phoebe le vio dar golpecitos al cigarrillo contra la uña del pulgar. Él la vio calcular si osaría o no pedirle uno. Exhaló la bocanada de humo hacia el techo y se retiró una pizca de tabaco del labio inferior.

—Espero que no tengas la seria intención de casarte con Bertie Wooster —dijo.

—Si te refieres a Conor Carrington, te aseguro que aún no me lo ha propuesto. De momento.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte.

—No, todavía no.

—Me falta poco.

Él se recostó en el sillón, estudiándola.

—No estarás pensando en escaparte de tu casa, ¿verdad?

—Estoy estudiando la posibilidad de marcharme. No soy una niña, eso está claro. Estamos en los años cincuenta, no en plena Edad Media. De todos modos, si no puedo casarme con Conor Carrington, me escaparé contigo.

Él siguió recostado y rió. El sillón emitió un crujido de protesta.

—No, muchas gracias.

—No sería incestuoso. A fin de cuentas, sólo eres mi tío político, nada más.

Algo sucedió entonces en la cara de la muchacha, que se mordió el labio, bajó la

mirada y comenzó a rebuscar en su bolso. Consternado, él vio caer una lágrima en el dorso de la mano de la muchacha. Miró de reojo hacia el hombre del monóculo, que se había puesto en pie y ya avanzaba entre las mesas con aire de seria determinación. Phoebe encontró el pañuelo que había estado buscando y se sonó ruidosamente. El monóculo ya estaba casi sobre ellos y Quirke se aprestó para una confrontación sin saber qué había podido hacer para provocarla, pero el individuo pasó de largo, desplegando una sonrisa equina y tendiendo la mano hacia alguien que estaba detrás de Quirke, a la vez que decía:

—¡Trevor! ¡Ya me había parecido que eras tú...!

Phoebe tenía la cara hinchada, y una mancha de rímel se le había corrido, como a un Pierrot, bajo uno de los ojos.

—¡Ay, tío! —dijo con un gemido ahogado—. ¡Qué desdichada soy!

Quirke apagó la colilla en el cenicero de la mesa.

—Tranquilízate, por lo que más quieras —musitó; aún tenía dolor de cabeza.

Phoebe lo miró malhumorada entre las lágrimas.

—¡No me digas que me tranquilice! ¡Ya estoy harta! —cerró el bolso con ruido y se puso en pie, mirando vagamente a derecha e izquierda, como si hubiera olvidado dónde estaba. Quirke, sin moverse aún del sillón, le dijo que se sentara, por el amor de Dios, pero ella no le hizo caso. En las mesas cercanas, la gente la miraba con atención—. Yo me largo —dijo, y echó a caminar hacia la puerta.

Quirke pagó la cuenta y la alcanzó en la escalera del hotel. Se estaba secando los ojos con el pañuelo.

—Estás hecha un desastre —le dijo—. Entra a arreglarte la cara.

Con súbita docilidad, ella volvió al hotel. Mientras la esperaba, se colocó en la zona de la balaustrada, junto a las puertas acristaladas, y prendió otro cigarrillo. La luz del día casi había desaparecido, los árboles de Stephen's Green proyectaban sus sombras escuálidas por la calle; no faltaba ya mucho para el otoño. Admiraba la luz del crepúsculo en las fachadas de ladrillo de los edificios que daban a Hume Street cuando apareció Phoebe, que se plantó a su lado y lo tomó del brazo.

—Llévame a algún sitio —dijo—. Llévame a un tugurio —le apretó el brazo contra su costado y emitió una risa grave—. Tengo ganas de portarme como una chica mala, mala de verdad.

Echaron a caminar por el Green, hacia Grafton Street. La gente paseaba disfrutando del final de un día espléndido, que tan mal comienzo había tenido. Phoebe andaba muy pegada a él, con el brazo todavía agarrado del suyo; él percibía la calidez de su cadera, su firmeza y, dentro, la suave y precisa articulación. Pensó entonces en Christine Falls, cérea y exánime sobre la camilla.

—¿Qué tal van los estudios? —le preguntó.

—Creo que me voy a cambiar —dijo ella—. La Historia es un aburrimiento.

—No me digas. ¿Y qué piensas hacer?

—Pues a lo mejor hago Medicina, y así me sumo a la tradición de la familia — Quirke no hizo ningún comentario. Ella volvió a apretarle el brazo—. La verdad es que me pienso marchar, te lo digo en serio. Si no me dejan vivir mi vida, me largo.

Quirke la miró de reojo y se rió.

—¿Y cómo te las vas a ingeniar? —dijo—. Dudo mucho que tu padre financie la vida de libertad bohemia que tan decidida estás a probar.

—Me buscaré un trabajo. Eso es lo que hacen en Estados Unidos. Tenía una amiga con la que me escribía cartas que estudiaba y trabajaba para pagarse los estudios. Eso fue lo que me escribió: trabajo y me pago los estudios. Imagínate.

Doblaron por Grafton Street y llegaron a McGonagle. Quirke abrió la gran puerta, con sus paneles de cristal esmerilado, verdes y rojos, y una vaharada de cerveza y humo de tabaco les saludó a la vez que el ruido del local. A pesar de que era temprano, el sitio ya estaba lleno del todo.

—Vaya —dijo Phoebe—. ¿Y a ti esto te parece un tugurio?

Siguió a Quirke, que se abrió paso hacia la barra. Encontraron dos taburetes altos sin ocupar junto a una columna cuadrada, de madera, en la que había un pequeño espejo. Phoebe se levantó la falda para tomar asiento a la vez que le sonreía. Sí, se dijo Quirke, definitivamente tenía la sonrisa de Delia. Cuando ya estaban sentados, descubrió que se veía reflejado en el espejo, tras el hombro de ella, y le pidió que le cambiara de taburete. Siempre le había inquietado mirarse a los ojos en un espejo.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó, alzando una mano para llamar al camarero.

—¿Qué puedo tomar?

—Zarzaparrilla.

—Ginebra. Quiero una ginebra.

Él enarcó las cejas.

—Vaya, no me digas...

El camarero era relativamente viejo, de semblante sacerdotal.

—Para mí lo de siempre, Davy —dijo Quirke—, y una tónica con ginebra para la señora. Con más tónica que ginebra —McGonagle había sido uno de los lugares donde abrevaba a menudo en los viejos tiempos, cuando bebía realmente en serio.

Davy asintió, inspiró por la nariz con fuerza y se fue arrastrando los pies. Phoebe miraba alrededor del local, repleto de humo. Una mujer corpulenta, rubicunda, vestida de púrpura, con un vaso de cerveza tostada en una mano llena de anillos, le guiñó un ojo y le sonrió, mostrándole una hilera de dientes manchados de tabaco y con huecos entre unos y otros; el hombre que estaba con ella era flaco como un galgo, con el cabello incoloro, lacio, aplastado.

—¿Son conocidos? —preguntó Phoebe de ladillo. McGonagle era un local famoso entre los poetas aspirantes y sus musas.

—Aquí todo el mundo es conocido —dijo él—. O cree que lo es.

Davy, el camarero, les llevó las copas. Era extraño, reflexionó Quirke, que nunca se hubiera acostumbrado a que le gustase de veras el sabor del whisky, ni de ninguna bebida alcohólica, ni siquiera en los tiempos más salvajes, después de que muriese Delia, y que la agria quemazón de la bebida siempre le hubiera repugnado un tanto, a pesar de lo cual había sido capaz de meterse alcohol a espuestas en el cuerpo. No era bebedor por naturaleza. Creía que había bebedores por naturaleza, pero él no era de éstos. Y eso fue lo que lo mantuvo a salvo de la destrucción, suponía, durante los largos y lacrimosos años de duelo por la pérdida de su esposa.

Alzó el vaso y lo inclinó hacia la muchacha.

—Por las libertades —dijo.

Ella estaba mirando su copa, los cubos de hielo en medio de las burbujas.

—Tú tienes verdadera debilidad por mamá, ¿verdad? —le dijo. *Mamá*. La palabra hizo que se le parase un instante el corazón. Un hombre de gran estatura, con la frente despejada, recta, pasó de largo, apretándose de costado entre el gentío. Quirke lo reconoció, lo había visto en el hotel: el tal Trevor al que el vejete del monóculo fue a saludar. Qué pequeño es el mundo, se dijo. Demasiado pequeño—. Hace años te gustaba —dijo Phoebe—. Y aún te gusta. Lo sé todo.

—A mí me gustaba su hermana y me casé con su hermana.

—Pero sólo de rebote. Papá se quedó con la que tú querías, por eso te casaste tú con la tía Delia.

—Estás hablando de los difuntos.

—Lo sé. Soy terrible, ¿verdad? Pero ésa es la verdad a pesar de todo. ¿La echas de menos?

—¿A quién? —ella le dio entonces un golpe en el hueso de la muñeca, con los nudillos, y la pluma de su sombrero osciló de tal modo que la punta le rozó a él la frente—. Han pasado veinte años —dijo él, e hizo una pausa—. Sí, la sigo echando de menos.

Sarah tomó asiento en el taburete de terciopelo, frente al tocador, y se inspeccionó en el espejo. Se había puesto un vestido de seda color escarlata, pero estaba preguntándose si no habría sido un error. La observarían con todo detenimiento, siempre hacían lo mismo, fingiendo no prestarle atención, en busca de algo que les mereciera su desaprobación, algún signo de diferencia, alguna manera de afirmar que ella no era uno de ellos. Había vivido entre ellos desde... ¿quince años antes? Pero ellos jamás la habían aceptado tal cual era, y nunca lo harían, en especial las mujeres. Le sonreían, la adulaban, le ofrecían chismes inofensivos, como si fuese un animal expuesto en el zoo. Cuando ella tomaba la palabra, la escuchaban con una atención exagerada, asintiendo y sonriendo para darle ánimos, como harían con una niña, o

con una retrasada. Ella oía el temblor de su propia voz, la tensión que le costaba el esfuerzo por tratar de resultar normal, las frases que salían de sus labios y que caían sin ninguna eficacia a los pies de las demás. Y fruncían el ceño, fingiendo un cortés aturdimiento, cuando ella incurría en el error de emplear un americanismo. *Qué curioso*, decían, *que nunca se te haya quitado del todo el acento*, a lo cual añadían: *nunca, con todos los años que han pasado, es de ver, como si la hubieran traído de vuelta a la isla los primeros bucaneros transatlánticos, como el tabaco, o el pavo*. Suspiró. Sí: el vestido era un error, pero no le quedaban energías, concluyó, para ir a cambiarse.

Mal volvió del cuarto de baño sin corbata, en mangas de camisa, en tirantes, a enseñarle unos gemelos.

—¿Te importa atarme este dichoso invento? —dijo irritado y quejoso.

Extendió los brazos y Sarah se puso en pie para tomar los dos complicados y fríos eslabones y disponerse a insertarlos en los ojales. Evitaron encontrarse los ojos uno al otro, Mal con los labios fruncidos, mirando sin ver un rincón del techo. Qué delicada y pálida tenía la piel en el interior de las muñecas. Esa clase de detalles le habían llamado a ella la atención cuando se conocieron veinte años atrás: lo suave que parecía, la dulzura y bondad que desprendía un hombre tan alto, tan tierno y vulnerable.

—¿Está Phoebe en casa? —preguntó él.

—No tardará en llegar.

—Más le vale, sobre todo en una noche como ésta.

—Eres demasiado duro con ella, Mal.

Él frunció aún más los labios.

—Más te vale ir a ver si mi padre ha llegado. Ya sabes que es un pelma con esto de la puntualidad.

¿En qué momento, se preguntó ella, empezaron a hablarse de ese modo esquinado, de mal genio, como dos desconocidos que se vieran atrapados en un ascensor?

Ella bajó al otro piso, la seda de su vestido susurraba al rozarle las rodillas, como un chisporroteo en sordina. La verdad era que debería haberse puesto algo menos llamativo, menos... declamatorio. Esbozó una sonrisa sin alma; le había gustado la palabra. No tenía por costumbre declamar.

Maggie, la criada, estaba en el comedor colocando las cucharas en la mesa.

—¿Está todo listo, Maggie?

La criada la miró velozmente, extrañada, como si por un instante no la reconociera. Y luego asintió. Tenía una mancha en el dobladillo del uniforme, por detrás, y Sarah confió en que sólo fuera salsa. Maggie tenía edad más que de sobra para jubilarse, pero a Sarah le faltaba la presencia de ánimo necesaria para despedirla,

tal como había despedido a la otra pobre chica. Alguien llamó a la puerta de la calle.

—Yo iré —dijo Sarah. Maggie no la miró. Asintió de nuevo, examinando las cucharas con los ojos entornados.

Cuando abrió la puerta, Sarah se encontró que Garret Griffin le colocaba a la fuerza un ramo de flores en los brazos.

—Garret —le dijo con afecto—. Adelante.

El anciano entró en el vestíbulo y se produjo el habitual momento de desamparo al no saber ella cómo saludarlo, ya que los Griffin, incluido Garret, no eran de los que aceptaban un beso con facilidad. Señaló las flores que ella apretaba contra el pecho, y que eran de una fealdad pasmosa.

—Espero que te gusten —dijo—. Esto de las flores no se me da nada bien.

—Me encantan —dijo ella, aspirando con cautela el aroma de los capullos. Las margaritas de septiembre olían a calcetines sucios. Sonrió. Lo de menos eran las margaritas. Estaba contenta de verle—. Me encantan —volvió a decir.

Él se quitó el abrigo y lo colgó de los ganchos que había detrás de la puerta.

—¿Soy el primero en llegar? —preguntó, dándole la espalda y frotándose las manos.

—Todos los demás se retrasan.

—Ay, Señor —gimoteó—. Siempre me pasa lo mismo. ¡Siempre me adelanto!

—Así tendremos ocasión de charlar un rato antes de que los demás te monopolicen.

Él sonrió, mirándola con cierto desprecio, con esa arisca timidez que tenía. Ella volvió a pensar, con una tenue sorpresa —¿y por qué esa sorpresa?—, en el gran afecto que el anciano le había inspirado siempre. Mal apareció en las escaleras, solemne, con su traje oscuro y su sobria corbata. Garret lo miró sin ningún entusiasmo.

—Vaya, ahí estás —dijo.

Padre e hijo se plantaron uno frente al otro en silencio. Sarah avanzó hacia ellos impulsivamente, y al hacerlo tuvo la sensación de que un envoltorio invisible y quebradizo se deshacía sin hacer ruido a su alrededor.

—¡Mira qué ha traído Garret! —dijo, mostrando las asquerosas flores—. ¿A que son una maravilla?

Quirke iba por la tercera copa. Estaba sentado de lado en la barra, con un codo apoyado, un ojo cerrado para defenderse del humo del cigarrillo, escuchando a medias a Phoebe, que ensayaba ante él sus planes de cara al futuro. Le había permitido que se tomara una segunda tónica con ginebra, y sus ojos centelleaban, a la vez que tenía la frente sudorosa. Mientras hablaba, la pluma de su sombrero temblaba al ritmo de sus excitadas palabras. El hombre que estaba junto a ellos, el del

pelo aplastado, no dejaba de lanzarle furtivas miradas con gran molestia por parte de su gruesa acompañante, aunque Phoebe no parecía haberse dado cuenta de los ojos de pescado con que la escrutaba el individuo. Quirke sonrió para sus adentros, sintiéndose sólo un poco imbécil por estar allí con ella, con su vestido veraniego, tan luminosa y tan joven. El ruido del local era ya un rugir constante, y ni siquiera al intentarlo en serio era capaz de oír lo que ella decía. Entonces oyó un grito a sus espaldas.

—¡Jesucristo con polainas! ¡Si es el Doctor Muerte en persona!

Barney Boyle estaba allí mismo, borracho como una cuba y amenazadoramente jovial. Quirke se dio la vuelta y adoptó una sonrisa condescendiente. Barney era un conocido peligroso: Quirke y él se habían emborrachado juntos a menudo en los viejos tiempos.

—Hola, Barney —le dijo con reticencia.

Barney iba con su ropa de bebedor: traje negro arrugado y manchado, una corbata de rayas por cinturón y una camisa que alguna vez fue blanca, con los cuellos abiertos, como si alguien se los hubiera arrancado a tirones en una refriega. Phoebe se sintió emocionada: ése era el famoso Barney Boyle. Era, y casi se echó a reír al darse cuenta, una versión a escala de Quirke, quien le sacaba una cabeza; tenía el mismo pecho fornido, la misma nariz partida, los mismos y ridículos pies pequeños. La agarró de la mano y le plantó en el dorso un lúbrico beso. Tenía también las manos pequeñas, suaves, encantadoramente regordetas.

—Tu sobrina, ¿no? —le dijo a Quirke—. Dios santo, Doc, estas sobrinas que se hacen ahora están cada vez más sobrinosas, quiero decir sabrosas, y ése, querida —dijo, volviendo su reluciente sonrisa de nuevo hacia Phoebe—, no es un trabalenguas tan fácil como parece, y menos si te has alimentado a base de cerveza negra.

Pidió bebidas para todos, insistiendo, en contra de las protestas de Quirke, en que Phoebe se tomara otra. Barney se esponjaba bajo la ávida mirada de la muchacha, cambiando el peso del cuerpo de los talones a las puntas y vuelta a empezar, con una pinta en una mano y un cigarrillo empapado en la otra. Phoebe le preguntó si estaba escribiendo una nueva obra de teatro, y él barrió el aire en torno a su cabeza con un gesto de desprecio.

—¡Pues no! —dijo a voz en cuello—. No pienso escribir más para el teatro —adoptó una pose irónica y habló como si se dirigiera a un público numeroso—. De ahora en adelante, el Abbey Theatre va a tener que apañárselas sin los frutos de mi genio —dio un trago violento de su pinta, echando la cabeza para atrás y abriendo bien la boca; los tendones del cuello se le tensaron al tragar—. He vuelto a escribir poesía —añadió, secándose los labios rojos y bulbosos con el dorso de la mano—. En irlandés, esa lengua maravillosa que aprendí en la cárcel, la universidad de la clase obrera.

Quirke se percató de que su sonrisa poco a poco y sin remedio se le iba solidificando. En tiempos lejanos hubo noches en las que Barney y él habían estado allí, felices y contentos, hasta la hora de cierre y hasta mucho después, frente a frente, copa a copa, exhibiendo cada cual su henchida personalidad ante el otro, como un par de niños que jugasen con sendos globos. Ah, pero aquellos tiempos eran agua pasada. Cuando Barney trató de pedir otra ronda, Quirke alzó una mano y dijo no, y añadió que debían marcharse.

—Disculpa, Barney —dijo, y se bajó del taburete sin hacer caso de la mirada de indignación que le lanzó Phoebe—. Otra vez será.

Barney lo miró de hito en hito con ojos deteriorados, mordiéndose el carrillo por dentro. Por segunda vez en la noche Quirke se adelantó a la agresión preguntándose cuál sería la mejor forma de evitarla; Barney, a pesar de ser diminuto, sabía pelear. Pero Barney en ese momento desplazó su mirada hacia Phoebe.

—Una Griffin —dijo, y clavó la mirada en ella—. ¿Tiene usted por un casual algún parentesco con el juez Garret Griffin, el Juez Supremo y Archipámpano Mayor de la República?

Quirke aún estaba tratando de que Phoebe desalojara su taburete, tirándole del codo y recogiendo al mismo tiempo la gabardina y el sombrero.

—Una rama de la familia sin ninguna relación —dijo Quirke.

Barney no le hizo caso.

—Lo digo —le dijo Barney a Phoebe— porque ése es el mamarracho que me encarceló por luchar por la libertad de mi patria. Desde luego, estuve con la célula que les puso unos cuantos petardos en Coventry en el año 39. Eso sí que no lo sabía usted, ¿verdad que no, señorita Griffin? La bomba, se lo puedo asegurar, es mucho más poderosa que la pluma —se le había formado en la frente una película de sudor, y daba la impresión de que los ojos se le hundieran un poco en el cráneo—. Y cuando volví a casa, en vez de recibir la bienvenida heroica que me merecía, el juez Griffin me mandó de cabeza a la trena, a pasar tres añitos a la sombra, para que se me enfriaran los cascos, así lo dijo, provocando grandes carcajadas en el juzgado. Yo tenía dieciséis años. ¿Qué le parece, señorita Griffin?

Quirke estaba resuelto a marcharse cuanto antes, tratando de llevarse consigo a una Phoebe cada vez más remisa. El hombre del pelo aplastado, que había escuchado a Barney con interés, se adelantó con un dedo en alto.

—A mí me parece... —comenzó a decir.

—Tú vete a tomar viento —dijo Barney sin mirarlo siquiera.

—A tomar viento vete tú —le dijo con retranca la mujer del vestido púrpura—. Iros a tomar viento tú y tu amigo y la fulana de tu amigo.

Phoebe soltó una risita achispada. Quirke le dio el último tirón, con fuerza, y ella cayó del taburete. Se habría ido de bruces al suelo de no ser por la mano firme que la

sujetó por el brazo.

—Y ahora tengo entendido —dijo Barney a pleno pulmón, de modo que la mitad del local pudo enterarse— que anda deseoso de que lo nombren conde pontificio. Conde, nada menos —subió más el volumen—. ¡Ja! Pues que le cunda mucho al carcamal del conde.

Resonaba un bajo murmullo de conversaciones en el salón. Los invitados, una veintena más o menos, habían formado corrillos, los hombres todos con sus trajes oscuros, las mujeres de colores vivos como las aves tropicales y cotorreando como ellas. Sarah iba de un grupo a otro, estrechando una mano aquí, rozando un codo allá, procurando que la sonrisa no se le cayera de la cara. Se sentía culpable por no ser capaz de lograr que todas aquellas personas le cayeran bien del todo. Los amigos de Mal, o del juez. Al margen de los curas —¡siempre había tantos curas!— eran empresarios, o abogados, o médicos: eran gentes de buena crianza, celosos de sus privilegios, del lugar que ocupaban en la sociedad capitalina. Sarah había reconocido para sí, tiempo atrás, que le daban un poco de miedo todos ellos, y no sólo los más temibles, como el tal Costigan. No eran el tipo de personas que ella habría supuesto que Mal o su padre tuvieran por amigos, claro que... ¿existía allí un tipo distinto de personas? El mundo en el que se movían era bastante reducido. No era su mundo. Ella se encontraba en él pero no pertenecía a él, según ella misma se decía. Era preciso no permitir que nadie más supiera lo que estaba pensando. *Sonríe*, se decía; *tú no dejes de sonreír*.

De súbito se sintió mareada y tuvo que parar un momento, apretando con fuerza los dedos sobre la mesa en la que estaban las bebidas para sentirse más segura.

Desde la otra punta del salón, Mal vio que estaba a punto de sufrir lo que Maggie, la criada, llamaba no sin un punto de sorna «uno de sus vahídos». Notó que le invadía una oleada de algo semejante a la pena, como si la desdicha de Sarah fuera una enfermedad, una enfermedad —torció el gesto al pensarlo— que pudiera acabar con ella. Inclino la cabeza y cerró los ojos un instante, saboreando brevemente el reposo de la oscuridad total, y los abrió para volverse hacia su padre con cierto esfuerzo.

—Aún no te he dado la enhorabuena —dijo—. Es una gran cosa ese nombramiento papal.

El juez, que enredaba con su pipa, resopló.

—¿A ti te parece? —comentó con desdeñosa incredulidad, y se encogió de hombros—. En fin, supongo que algún servicio sí que he prestado a la Iglesia.

Guardaron silencio, deseosos ambos de separarse del otro, pero sin saber ninguno cómo hacerlo. Restablecida, Sarah dejó atrás la mesa y se encaminó hacia ellos luciendo una tensa sonrisa.

—Qué solemnes estáis los dos —dijo.

—Estaba dándole la enhorabuena... —empezó a decir Mal, pero su padre le cortó

con colérica contundencia.

—Pamplinas. ¡Estaba intentando adularme!

Se hizo otro silencio embarazoso. A Sarah no se le ocurría nada que decir. Mal carraspeó.

—Disculpadme —dijo, y se marchó.

Sarah entrelazó su brazo con el anciano, acercándose a él con afecto. Le gustaba su olor a tabaco rancio, a tweed, a carne seca y envejecida. A veces le daba la impresión de que él era su único aliado, pero ese pensamiento también le hacía sentir cierta culpabilidad, pues ¿por qué, contra quién necesitaba ella un aliado? En el fondo sabía cuál era la respuesta. Vio cómo Costigan tendía una mano para sujetar a Mal por el brazo y comenzaba a charlar con él muy en serio. Costigan era un hombre robusto, de cabello negro y crespo, peinado hacia atrás con fijador. Llevaba unas gafas de concha que le ampliaban los ojos.

—Ese hombre no me gusta —dijo—. ¿A qué se dedica?

El juez rió por lo bajo.

—Al negocio de las exportaciones, tengo entendido. Tampoco es mi preferido, lo confieso, entre los amigos de Malachy.

—Creo que debo acudir en su rescate.

—No hay hombre más necesitado que él.

Le dedicó una sonrisa de compungida reprobación y desenganchó el brazo del suyo para atravesar el salón. Costigan no se percató de que se aproximaba. Estaba diciendo algo sobre Boston y *los nuestros de allá lejos*. Todo lo que dijera Costigan sonaba a velada amenaza, de eso Sarah se había dado cuenta con anterioridad. Volvió a preguntarse cómo era posible que Mal fuese amigo de un hombre como ése. Cuando le tocó a Mal en el brazo, éste se sobresaltó, como si con las yemas de los dedos le hubiera transmitido una pequeña descarga a través de la tela de la manga, y Costigan le dedicó una gélida sonrisa, enseñando los dientes inferiores, grisáceos e incrustados de placa.

Cuando logró llevarse a Mal a un lado, le dijo con una sonrisa para ablandarlo:

—¿Has vuelto a reñir con tu padre?

—Nosotros no reñimos —dijo él sucintamente—. Yo hago una apelación, él dictamina sentencia —*Ay, Mal*, quiso decir ella; *¡Ay, mi pobre Mal!*—. ¿Dónde está Phoebe? —le preguntó él.

Vaciló. Él se había quitado las gafas para limpiarlas.

—Aún no ha venido —respondió.

—¿Cómo...?

Con alivio, Sarah oyó más allá de las voces del salón el ruido de la puerta de la calle. Se alejó de él de prisa, camino del vestíbulo. Phoebe hacía entrega de un abrigo y una gabardina de hombre a Maggie.

—¿Dónde te has metido? —chistó a la muchacha—. Tu padre está...

Entonces apareció Quirke en la puerta, con una sonrisa a modo de disculpa, y ella calló en el acto, notando que la sangre le subía desde el pecho hasta arderle en las mejillas.

—Quirke —dijo.

—Hola, Sarah —qué joven y falto de aplomo parecía, inclinándose hacia ella y todavía sonriente: parecía un jovencuelo rubio y grandullón—. Sólo he venido a traer a casa a esta oveja descarriada —dijo.

Mal llegó entonces al vestíbulo. Al ver a Quirke se detuvo en seco, mirándole con los ojos saltones como si acabara de atragantarse. Maggie, sonriendo misteriosamente para sí, se dirigió a la cocina sin decir palabra.

—Buenas noches, Mal —dijo Quirke—. Tranquilo, no me quedo...

—¡Tú por supuesto que te quedas! —exclamó Phoebe—. Como no me dejan invitar a Conor Carrington, al menos podré invitarte a ti, digo yo.

Miró desafiante y de uno en uno a los adultos, y entonces parpadeó, con ojos desenfocados, antes de volverse, tambalearse un poco y subir a toda prisa las escaleras. Quirke buscaba con los ojos a Maggie y a su sombrero.

—Mejor será que me vaya —murmuró.

—Ah, espera —Sarah alzó una mano como si así fuese a retenerlo físicamente, aunque no lo tocó—. Está el juez, y nunca me perdonaría que te permita marcharte sin pasar un momento a saludarlo —sin mirar a Mal, tomó a Quirke por el brazo y se lo llevó, a pesar de su mansa resistencia, al salón—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en casa? —le dijo deprisa, de modo que él no la interrumpiera—. Por Navidad, ¿cierto? La verdad es que eres muy descortés al no atendernos debidamente.

El juez se encontraba en medio de un grupo de invitados, hablando volublemente y gesticulando con la pipa. Cuando vio a Quirke dio un respingo exagerado, alzando las manos y abriendo mucho los ojos.

—Vaya, vaya. ¿Quién viene por aquí? —exclamó, y echó a caminar a paso veloz, mientras los invitados, abandonados de pronto, sonreían con tolerancia ante su impulsividad.

—Hola, Garret —dijo Quirke.

Sarah lo soltó y retrocedió un paso. El juez le dio unos cariñosos golpecitos en el pecho con el puño cerrado.

—Tenía entendido que esta noche no podías venir, granuja.

Quirke movió los hombros, sonriendo y mordiéndose el labio. El juez se percató de que llevaba dos o tres copas de más. Dos al menos.

—Ha sido por insistencia de Phoebe —dijo Quirke.

—Desde luego, esa chiquilla tiene un gran poder de persuasión.

Los dos hombres se estudiaron uno al otro bajo las miradas de Sarah, sonriente, y

de Mal, inexpresiva.

—Por cierto, enhorabuena —dijo Quirke con ironía contenida.

El juez meneó una mano con timidez.

—Déjate de pamplinas —dijo—. Tú no eres de los que se toman esas cosas tan en serio. De todos modos, cuidado: espero que me sirva para que mi solicitud de ingreso sea estimada cuando llegue a las Puertas del Cielo.

Quirke golpeaba un cigarrillo contra la uña del pulgar.

—Conde Garret Griffin —dijo—. Tiene cierto retintín.

Mal carraspeó.

—En realidad, se dice Garret, conde Griffin. Ésa es la apelación correcta. Igual que John, conde McCormack.

Siguió un breve silencio. El juez forzó una sonrisa agriada.

—Malachy, muchacho —dijo, y pasó un brazo sobre los hombros de Quirke—, ¿tendrás la bondad de ir a buscarle algo de beber a un hombre sediento?

Sarah dijo que ella se encargaba. Le dio miedo que, en caso de seguir allí de pie, pudiera soltar sin darse cuenta un alarido de risas histéricas. Al regresar con el whisky Mal ya no estaba con ellos, y el juez le contaba a Quirke una historia de un caso sobre el que había tenido que dictar sentencia tiempo atrás, cuando aun trabajaba él en los juzgados de primera instancia, acerca de un hombre que había vendido una cabra, o que la había comprado, y que había caído en un pozo; ya conocía la historia, la había oído en muchas ocasiones, a pesar de lo cual no recordaba los detalles. Quirke asentía y reía de un modo excesivo; también él conocía la historia tantas veces contada. Tomó de su mano la copa sin darle las gracias.

—Bueno —dijo, alzando la copa ante el juez—, a la salud de la purpura.

—¡Jo, jo, jo! —graznó el anciano—. Lejos de los títulos de campanillas nos han criado.

Phoebe llegó al salón un tanto pálida y levemente aturdida. Se había puesto unos pantalones y un jersey negro que le ceñía demasiado el busto. Sarah le ofreció algo de beber y le dijo que había limonada, pero la chica no hizo caso y fue a la mesa de las bebidas para servirse ginebra en un vaso.

—Caramba, Malachy —dijo el juez a su hijo, que estaba en otra esquina del salón, con una voz que era la viva inocencia—, no sabía yo que permitieras a esa damisela probar licores fuertes —Mal palideció un punto más mientras todos los presentes callaban y lo contemplaban. Ostentosamente, el juez se llevó una mano a la boca y se dirigió a Quirke en un aparte escénico y susurrado—. A lo que se ve, y por la pinta que tiene, ya lleva unas cuantas.

Mal atravesó el salón y habló con Phoebe en voz baja, si bien ella le dio la espalda como si no estuviera allí. Él vaciló un instante, apretó los puños —Mal, pensó Quirke, era uno de esos hombres que realmente son capaces de apretar los

puños— y se volvió sobre sus talones para mirar con mal humor evidente a Quirke y al juez. Sarah hizo un movimiento, como si fuera a interceptarlo, y Quirke alzó una mano.

—Sí, Mal, sí —dijo—, lo confieso. Yo he sido la ocasión del pecado. Me hizo llevarla a McGonagle.

Mal, con la frente pálida y reluciente, estaba a punto de escupir alguna palabra violenta, pero Sarah habló antes que él.

—¿Pasamos a cenar? —dijo con una luminosidad desesperada. Se volvió a los invitados, que habían estado contemplando con avidez, aunque procurando que no se les notara, esta pequeña sucesión de confrontaciones familiares. No siempre era tan abundante el entretenimiento que se ofrecía en casa de los Griffin—. Si tuvieran todos la bondad de pasar al comedor —dijo Sarah en voz más alta, aunque un tanto quebrada—, podemos dar comienzo al bufet.

Pero Mal volvió a la carga.

—Maldita la gracia que tiene, ¿no te parece? —dijo a Quirke con rabia controlada—, llevar a una muchacha de su edad a una taberna.

Quirke respiró hondo, pero el juez de nuevo le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó con firmeza lejos de la línea de alcance de la ira de Mal.

—Así que McGonagle —le dijo, y rió por lo bajo—. Dios mío, no he puesto yo el pie en ese antro de perdición ya ni sé desde hace cuánto...

Quirke no probó bocado, pero siguió bebiendo whisky. De pronto se encontró en la cocina con Maggie. Atónito, perplejo, miró en derredor. Parecía que acabase de recobrar la cordura, a saber cómo, en ese preciso instante, apoyado contra el armario que había junto al fregadero, con los tobillos cruzados uno sobre el otro, acunando el vaso de whisky sobre su cintura. ¿Qué había sido de todo el tiempo transcurrido entre tanto, desde el momento en que estuvo con el juez hasta ese otro? Maggie, ajetreada, le estaba hablando, aparentemente en respuesta a algo que él hubiera dicho antes, aunque fue incapaz de pensar en lo que había dicho. Maggie parecía la bruja de un cuento de hadas, encorvada y marchita, con la nariz ganchuda y el pelo enmarañado, del color del acero. Reía incluso como si graznara, en las contadas ocasiones en que reía.

—De todos modos —dijo Quirke, tratando de comenzar la conversación de nuevo—, ¿cómo te va, Maggie?

Ella se detuvo ante la cocina económica y lo miró sonriente, aunque sólo con la mitad de la cara.

—Es usted un hombre terrible —dijo—. Sería capaz de beberse hasta lo que manara de una pierna infectada.

Él levantó el vaso de whisky hasta tenerlo ante los ojos, y del vaso la miró a ella y

de nuevo miró al vaso fingiéndose ofendido, y ella meneó la cabeza y rehistó y siguió con su trajín. Estaba cocinando algo en una olla a cuyo interior se había asomado torciendo el gesto. Grimalkin, pensó él: ¿así se llamaba aquella bruja? Del salón le llegaba la voz del juez, que estaba pronunciando un discurso ante la concurrencia: *«...Y tengo la esperanza de que todos me crean si afirmo que me considero indigno de este gran honor que el Santo Padre ha tenido a bien concederme, tanto a mí como a mi familia. Todos ustedes saben de dónde provengo, de qué provengo, y saben de la fortuna que he tenido, tanto en mi vida pública como en la privada...»*.

Maggie soltó un resoplido breve y sardónico.

—Supongo que habrá venido por la chica.

Quirke frunció el ceño.

—¿Por Phoebe?

—¡No! —dijo Maggie, y resopló de nuevo—. Por la que ha muerto.

Se oyeron los aplausos en el salón al terminar el juez su discurso. Entró Sarah con una pila de platos sucios. Al ver a Quirke titubeó, pero entró y dejó los platos sobre la mesa de la cocina, con el resto de los cacharros pendientes de fregar. Con paciencia y cautela preguntó a Maggie si faltaba mucho para que la sopa ya estuviera lista.

—Me temo que ya se han terminado todos los sándwiches.

Pero Maggie, inclinada sobre la olla humeante, sólo masculló algo para el cuello de su camisa. Sarah suspiró y abrió el grifo del agua caliente. Quirke la miraba con una sonrisa achispada y desenfocada.

—Ojalá —dijo ella en voz baja, sin mirarle— no llevases a Phoebe a sitios como McGonagle. Mal tiene razón, aún es demasiado joven para ir a las tabernas a beber.

Quirke adoptó una expresión arrepentida.

—Yo tampoco debería haber venido aquí, me parece —dijo cabizbajo, pero mirándola por el rabillo del ojo.

—Directamente de ese sitio, desde luego que no.

—Quería verte.

Ella lanzó una mirada hacia donde estaba Maggie.

—Quirke —murmuró—, no empecemos.

El agua caliente salpicaba en el fregadero, esparciendo una nube de vapor. Sarah se puso un delantal y tomó una sopera de una balda, sacudiendo la cabeza al ver lo polvoriento que estaba. La lavó con una esponja. A Quirke le produjo cierta gratificación ver lo agitada que estaba. Llevó la sopera a la cocina y Maggie vertió la sopa de la olla en el interior.

—Maggie, ¿quieres servirla tú, por favor?

Quirke encendió otro cigarrillo. El humo, el olor del jabón, los vapores del whisky se combinaban para promover en él un sentimiento de tenue y dulce pesar.

Todo aquello podría haber sido suyo si las cosas le hubieran ido de otro modo, pensó, una casa espléndida, un grupo de amistades, la criada de la familia, esa mujer del vestido color escarlata y elegantes zapatos de tacón alto, con aquellas medias de seda de costuras tan rectas. La observó abrirle la puerta a Maggie, que pasó con la sopera. Tenía el cabello del color del trigo mojado por la lluvia. Él había escogido a su hermana, Delia Crawford; Delia, la morena; Delia, la que falleció. ¿O acaso fue él quien resultó elegido?

—¿Sabes qué fue —le dijo— lo que me llamó la atención de ti la primera vez, hace tantos años, en Boston? —aguardó, pero ella no respondió nada, y tampoco se volvió a mirarlo. Se lo dijo en un susurro—. Tu olor.

Ella prorrumpió en una risa breve, incrédula.

—¿Mi qué? ¿Te refieres a mi perfume?

Él negó vigorosamente con un gesto.

—No, no, no. No, nada de perfume. Tú.

—¿Y a qué olía, si se puede saber?

—Ya te lo he dicho. A ti. Olías a ti. Todavía hueles a ti.

En ese momento sí le miró, sonriendo de una forma poco natural, inquieta, y cuando dijo algo su voz sonó con esa blandura de las plumas, como si sintiera un dolor leve.

—¿No huele todo el mundo a sí mismo?

Él volvió a negar, esta vez con suavidad.

—No como tú —dijo—. No con esa... esa intensidad.

Velozmente, ella volvió a concentrarse en el fregadero. Se dio cuenta de que se estaba ruborizando. En ese momento le llegó el olor de él, o no tanto su olor, sino más bien el calor de la carne de él, apretado contra ella como el aire de un caluroso día de verano, cuando amenaza tormenta.

—Oh, Quirke —le dijo, esforzándose por parecer alegre—, ¡si estás borracho!

Él se balanceó un poco y se enderezó.

—Y tú estás bellísima.

Ella cerró los ojos un segundo y pareció que flaquease. Estaba asida al borde del fregadero. Tenía blancos los nudillos.

—No deberías hablarme de ese modo, Quirke —dijo en voz baja—. No es justo —él se había acercado a ella en los últimos instantes, tanto que parecía a punto de arrimar la cara a su pelo, o de besarla en la oreja, o en la mejilla pálida y seca. Volvió a balancearse con una sonrisa vacía en los labios. De pronto, ella se volvió hacia él con los ojos iluminados de ira, y él retrocedió con paso inseguro—. Esto es lo que te encanta hacer, ¿verdad? —le dijo, y perdió el color de los labios—. Te encanta jugar con las personas. Les dices qué bien huelen, les dices que son hermosas, y todo con tal de ver la reacción de los demás, sólo por ver si hacen algo interesante, que te

alivie el tedio.

Ella se echó a llorar en completo silencio, grandes lagrimones relucientes que le brotaban a duras penas de los párpados cerrados, con la boca apretada y tensa en las comisuras. Se abrió la puerta tras ella y entró Phoebe, que se detuvo, mirando primero la espalda inclinada de su madre y luego a Quirke, el cual, sin que lo viera Sarah, enarcó las cejas y se encogió de hombros en un gesto exagerado de inocencia atónita. La muchacha titubeó unos instantes, una tenue sombra de temor en su rostro, y sin decir una palabra se retiró, cerrando la puerta sin hacer un solo ruido.

El espectáculo de otra mujer llorando, la segunda en lo que iba de noche, devolvió rápidamente a Quirke una porción considerable de sobriedad. Ofreció a Sarah su pañuelo, pero ella rebuscó en un bolsillo del vestido y sacó el suyo propio, que extendió ante él para que lo viera.

—Siempre llevo un pañuelo a mano —dijo—. Por si acaso —soltó una risa congestionada y se sonó, y de nuevo apoyó las manos en el fregadero para alzar el rostro hacia el techo con un gemido áspero y endurecido—. ¡Mírame, por Dios! De pie en la cocina de mi casa y llorando como una Magdalena. ¿Y por qué? —se dio la vuelta y lo contempló antes de menear la cabeza—. Ay, Quirke. No tienes remedio.

Reconfortado por su sonrisa llorosa, Quirke alzó una mano para acariciarle la mejilla, pero ella apartó la cabeza bruscamente, sin sonreír.

—Demasiado tarde, Quirke —dijo con voz tensa, endurecida—. Son veinte años de retraso.

Se guardó el pañuelo en la manga del vestido, se quitó el delantal y lo dejó en el aparador, quedándose un instante con la mano sobre la tela, como si fuese la cabeza de un niño, la mirada baja y apagada. Quirke la miró. Ella al final era más fuerte que él, mucho más fuerte. De nuevo hizo ademán de rozarla, pero ella de nuevo se separó de él, y él dejó caer la mano. Entonces dio ella un leve respingo y salió de la cocina.

Quirke se quedó donde estaba durante un minuto entero, mirando el vaso. Le desconcertaba que con los demás las cosas nunca salieran como parecía elemental que saliesen, o como había parecido que iban a salir. Le invadía la acalorada y culpable sensación de haber enredado sin el debido esmero con algo demasiado delicado, demasiado fino para la torpeza de sus dedos. Dejó el vaso diciéndose que era hora de marcharse sin volver a cruzar una sola palabra con nadie. Estaba a mitad de camino hacia la puerta cuando ésta se abrió bruscamente y entró Mal.

—¿Qué es lo que le has dicho? —le espetó. Quirke vaciló a la vez que procuraba no reírse: Mal representaba en esos momentos, teatralmente y a la perfección, el papel del marido ofendido—. ¿Y bien? —volvió a decirle.

—Nada, Mal —dijo Quirke, tratando de parecer al tiempo inobjetable y contrito. Mal lo estudió con atención.

—Eres un broncas, Quirke —le dijo en un tono inesperadamente llano, casi con

toda naturalidad—. Apareces en mi casa borracho como un cesto precisamente la noche en que mi padre...

—Mira, Mal...

—¡A mí no me vengas con ésas!

Dio un paso al frente y se plantó delante de Quirke, respirando con fuerza por la nariz, con los ojos hinchados tras las gafas. Maggie apareció en la puerta y repitió la aparición de Phoebe. Al ver a los dos hombres en actitud de clara confrontación, también ella se retiró, aunque con una mirada de regocijo.

—Éste no es tu sitio, Quirke —dijo Mal, hablando con llaneza—. Tú a lo mejor crees que sí, pero éste no es tu sitio.

Quirke hizo un amago de pasar por delante de él, pero Mal le plantó una mano en el pecho. Quirke dio un paso atrás. Tuvo una súbita visión: los dos enzarzados con torpeza en una pelea, jadeando, balanceándose de un lado a otro, en un enfurecido abrazo de púgiles cansados. Las ganas de reír fueron más intensas que nunca.

—Oye, Mal —le dijo—. Yo me he limitado a traer a Phoebe a casa, nada más. No debería haberla llevado a esa taberna. Lo lamento. ¿De acuerdo? —Mal volvía a apretar con fuerza los puños. Parecía el malvado frustrado de una película muda—. Mal —dijo Quirke, procurando dar convicción a sus palabras—, no tienes ningún motivo para odiarme.

—Eso seré yo quien lo juzgue —dijo Mal rápidamente, como si ya supiera lo que Quirke estaba a punto de decir—. Quiero que te apartes de Phoebe. No voy a permitir que la conviertas en otra versión de ti mismo. ¿Lo has entendido?

Se hizo el silencio entre ambos, un silencio pesado, animal. Ambos oían con nitidez el latir de la sangre en sus sienas, Mal debido a la ira, Quirke por efecto del mucho whisky que llevaba entre pecho y espalda. Quirke entonces dio un rodeo por delante de su cuñado.

—Que tengas buenas noches, Mal —le dijo con un tono cargado de ironía. De camino a la puerta hizo un alto y se dio la vuelta, para hacerle una pregunta en tono marcadamente ligero, de mera conversación intrascendente.

—¿Era Christine Falls paciente tuya?

Mal pestañeó; los párpados brillantes cayeron con una curiosa languidez sobre las órbitas oculares hinchadas.

—¿Cómo dices?

—Christine Falls. La que murió. ¿Era paciente tuya? ¿Por eso estabas abajo en el departamento ayer por la noche, enredando en los expedientes? —Mal no dijo nada. Permaneció tal como estaba, mirándolo con sus ojos apagados, protuberantes—. Espero que no hayas hecho ninguna fechoría, Mal. Los casos de negligencia pueden pasar facturas muy elevadas.

Estaba en el vestíbulo, esperando a que Maggie le llevase la gabardina y el sombrero. Si se diera prisa, podría llegar a McGonagle antes de la hora de cierre. Allí aún encontraría a Barney Boyle seguramente más bebido que nunca, pero sabía cómo manejar a Barney si estaban los dos solos, sin que Phoebe ni nadie por el estilo le hiciera perder los estribos. También era posible que se encontrase con alguna mujer a la que pudiera persuadir para irse con él al piso, siempre y cuando pudiera pasarla de rondón por delante del insomne señor Poole y de su esposa, la sorda siempre alerta.

Vaya vida, pensó con cólera y autocompasión de borracho. *Vaya desastre de vida que llevo*.

Maggie llegó con sus cosas, musitando algo para sí. Le tendió la gabardina y él volvió a preguntarle qué tal estaba, convencido de que lo hacía por primera vez. Ella chasqueó la lengua en un gesto de irritación y le dijo que más le valía marcharse a su casa a dormir la mona.

Se acordó de algo, un recuerdo en la bruma.

—Esa chica de la que me hablaste antes —dijo—. ¿De qué se trata?

Ella frunció el ceño mirando el cuello de su gabardina antes de dársela.

—¿Cómo dice?

Trataba de acordarse de lo que había dicho.

—La que ha muerto, dijiste. ¿De quién me hablabas?

Ella se encogió de hombros.

—No sé qué Falls.

Él miró la copa de su sombrero, la oscuridad grasienta del interior. Falls, Christine Falls. Otra vez ese nombre. A punto estaba de hacerle otra pregunta cuando oyó una voz imperiosa a sus espaldas.

—¿Y tú adónde te crees que vas?

Era Phoebe.

—A mi casa —mintió.

—¿Dejándome aquí plantada con toda esta gente? Ni lo sueñes.

Maggie emitió un sonido que podría haber sido de burla. Phoebe, meneando la cabeza con falsa incredulidad ante la decisión de Quirke, resuelto a dejarla allí plantada, tomó un echarpe que estaba colgado del remate de la escalera y se lo echó sobre los hombros. Con firmeza le tomó de la mano.

—Llévame contigo, grandullón.

Maggie pareció de pronto agitada.

—¿Y yo qué digo si me preguntan? —dijo con una vocecilla aguda.

—Diles que me he escapado con un marinero —le dijo Phoebe.

En la calle, la noche se había tornado fresca, y Phoebe se arrimó a él según echaban a caminar. Por encima de la luz de las farolas, los álamos frondosos que jalonaban la calle tenían un aspecto espectral, a lo cual se sumaba el seco susurro de

las hojas. Todas las copas que llevaba Quirke trasegadas empezaron a agriársele con el frío de la noche, y notó una viscosa melancolía que le corría por las venas. También Phoebe parecía abatida de pronto. Estuvo callada un buen rato.

—¿Por qué os habéis peleado mi madre y tú? —le preguntó al cabo.

—No nos hemos peleado —contestó Quirke—. Era una conversación entre adultos, nada más.

Ella chasqueó la lengua.

—No me digas. Pues vaya conversación —le apretó ansiosamente el brazo—. ¿Le estabas diciendo que todavía la amas, y que lamentas haberte casado con su hermana, en vez de casarte con ella?

—Chiquilla, me parece que lees demasiadas revistuchas.

Ella bajó la mirada y rió. El aire de la noche a él le daba de lleno, y se dio cuenta de que estaba muy cansado. Había sido un día muy largo. Por el ansia con que ella se le aferraba del brazo temió que distara mucho de haber terminado. Tendría que reducir el consumo de alcohol, se dijo con severidad, mientras otra parte de su mente se rió de él en son de chanza.

—El abuelo te tiene mucho más aprecio a ti que a mi padre, ¿verdad? —dijo Phoebe. Como él no contestaba, volvió a la carga—. ¿Cómo fue eso de ser huérfano?

—Devastador.

—¿Te pegaban en aquel sitio al que fuiste a estudiar interno en Connemara? ¿Cómo se llamaba...?

—Escuela Industrial de Carricklea, así se llamaba. Sí, claro que nos pegaban. ¿Por qué no iban a pegarnos?

Sordos golpes del cuero en la carne a la luz grisácea de la mañana, las ventanas inmensas, desnudas, por encima de él, como testigos indiferentes que contemplasen una escena más, una entre tantas, de dolor y humillación. Había sido ya entonces de talla suficiente para defenderse de los otros internos, pero los frailes eran harina de otro costal: contra ellos no había defensa posible.

—¿Hasta que el abuelo fue en tu auxilio y te rescató? —Quirke no dijo nada. Ella le zarandó del brazo—. Anda, cuéntamelo.

Él se encogió de hombros.

—El juez formaba parte del comité de visitas —dijo—. Se interesó por mí, vaya usted a saber por qué, y me sacó de Carricklea para llevarme a una escuela como es debido. Prácticamente me adoptó. Bueno, me adoptaron él y la yaya Griffin.

Phoebe guardó silencio, pensativa, durante una docena de pasos.

—Tú y mi padre tuvisteis que ser como hermanos.

Quirke se rió con ganas.

—No creo que le hiciera ninguna gracia oírtelo decir ahora.

Se detuvieron en una esquina, bajo la luz granulosa de una farola. La noche

estaba en silencio, las casas grandes cerradas a cal y canto tras los setos, las ventanas a oscuras en todas ellas, con muy contadas excepciones.

—¿Tienes alguna idea de quiénes eran tus padres, quiero decir los de verdad? —preguntó Phoebe.

Él se encogió de hombros, de nuevo.

—Hay cosas peores —dijo al cabo de un momento— que ser huérfano.

Titilaba una luz entre las hojas, por encima de ellos. Era la luna. Él tembló, tenía frío. ¡Qué distancias, qué honduras! Hubo entonces un movimiento indefinido, y Phoebe de súbito lo había rodeado con ambos brazos y lo estaba besando en toda la boca, con avidez y con torpeza. Le olía el aliento a ginebra, y a algo más, que él creyó que podría ser caramelo. Percibió sus senos contra su pecho, y las ballenas tensas de su ropa interior. La apartó.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó, y se pasó la mano con violencia sobre la boca. Ella se plantó ante él, mirándolo pasmada, como si le vibrase todo el cuerpo, como si acabase de darle una bofetada. Intentó decir algo, pero la boca se le desencajó, y con lágrimas en los ojos se volvió en redondo y echó a correr hacia la casa. Él también se dio la vuelta y reanudó sus pasos de borracho en dirección opuesta, con las piernas rígidas, bufando, sus zancadas presurosas como las de un hombre que se da a la fuga.

A Quirke le gustaba McGonagle sobre todo a primera hora de la noche, cuando sólo se habían juntado en el local algunos clientes habituales, el tipo flaco al final de la barra, repasando las páginas de las carreras y rascándose la entrepierna con aire meditabundo, o el poeta borrachín y ligeramente famoso, con gorra de tela y botas claveteadas, que miraba furibundo una centella de luz dorada al fondo de su vaso de whisky. Se podía leer la página de recordatorios del *Evening Mail* —*Mami querida aún te echamos en falta, nunca supimos que estabas tan mala*— o disfrutar de los chistes malísimos que contaba Davy, el barman, con su carraspera de siempre. Era un sitio apacible, se estaba tranquilo en el banco corrido, manchado, de terciopelo rojo, que olía a vagón de ferrocarril, ojeando el panorama, adormeciéndose, apaciguado por el whisky y el humo del tabaco y la perspectiva de las largas horas de holganza hasta el momento del cierre. Y así, cuando esa noche en particular oyó que alguien se acercaba a su mesa y se detenía, y alzó los ojos y vio que era Mal, no supo qué le invadió con más fuerza, si la sorpresa o la irritación.

—¡Caramba! ¡Mal! ¿Qué pintas tú aquí?

Mal se sentó en un taburete bajo sin que mediara invitación, y señaló el vaso de Quirke con un gesto.

—¿Qué es eso?

—Whisky —dijo Quirke—. Se llama whisky, Mal. Se destila a partir de ciertos granos de cereal. Te embriaga.

Mal levantó una mano y Davy se acercó, agachándose con aire lastimoso y sorbiéndose una gotita plateada que le colgaba de la nariz.

—Tomaré uno de éstos —dijo Mal, señalando el vaso de Quirke—. Un whisky —del mismo modo podría haber pedido un cuenco de sangre para el sacrificio.

—Eso está hecho, jefe —dijo Davy, y se marchó.

Quirke observó a Mal, que a su vez observaba la taberna y fingía interesarse por cuanto veía. Se le notaba incómodo. Ciertamente, por lo común se le veía más o menos incómodo casi en cualquier situación, pero de un tiempo a esta parte era más corriente verle así. Cuando Davy le llevó su copa, Mal rebuscó la cartera en un bolsillo; para cuando la encontró, Quirke ya había pagado su consumición. Mal dio un sorbo con precaución y procuró no torcer el gesto. Su mirada extraviada terminó por posarse en el ejemplar del *Mail* que descansaba sobre la mesa.

—¿Trae algo el periódico? —preguntó.

Quirke rió.

—¿Qué pasa, Mal? ¿Qué es lo que quieres? —le dijo.

Mal apoyó ambas manos sobre las rodillas y frunció el ceño a la vez que sacaba el labio inferior como un escolar ya entrado en años al que se le pidiera rendir cuentas. Quirke se preguntó, y no por primera vez, cómo era posible que ese hombre hubiera llegado a ser el especialista en ginecología más renombrado del país. No podía deberse todo a la más que considerable influencia de su padre. ¿O tal vez sí?

—Esa chica —dijo Mal de repente, lanzándose a responder—... Christine Falls. Espero que no hayas estado hablando de ella... por ahí.

A Quirke no le sorprendió.

—¿Por qué? —dijo.

Mal se arrugaba inconscientemente la tela de las rodillas del pantalón. Tenía clavada la mirada, aun sin ver nada, en la mesa y el periódico. El sol de la tarde había encontrado una mella en algún punto de la ventana pintada, a la entrada del bar, y depositaba un rombo de luz, grueso y tembloroso, en la moqueta, al lado de donde estaban sentados.

—Trabajaba en la casa —dijo Mal en voz tan baja que fue casi un susurro, y se llevó el dedo al puente de las gafas.

—¿Cómo? ¿En tu casa?

—Durante una temporada. Limpiaba, ayudaba a Maggie..., ya sabes —con cautela, dio otro sorbo a la copa y se miró en el gesto de colocar de nuevo el vaso sobre el posavasos de corcho, depositándolo como le pareció que debía—. No quisiera que se hablara de eso.

—¿De eso?

—De su muerte, ya me entiendes, de todo ese asunto. No me gustaría que se comentase, y menos aún en el hospital. Tú ya sabes cómo es el hospital, los chismorreos de las enfermeras.

Quirke se retrepó en el banco y examinó a su cuñado, encaramado frente a él sobre un taburete, con evidente dolor de corazón, preocupado, estirando el cuello que ya era bastante largo, la nuez rebotándole por encima del nudo de la corbata.

—¿Qué es lo que sucede, Mal? —le dijo sin aspereza—. Vienes de repente a una taberna, te pones a beber whisky y me insistes en que no hable de una chica que ha muerto. No te habrá dado la ventolera de hacer alguna cosa rara, ¿verdad?

Mal le lanzó una breve mirada asesina.

—¿Una cosa rara? ¿Qué quieres decir?

—Yo no lo sé, ya me lo dirás tú. ¿Era tu paciente, sí o no?

Mal se encogió de hombros con pesadumbre, a medias con desamparo, a medias con enojo manifiesto.

—No. Bueno, sí. Yo fui más o menos... Yo cuidaba de ella. Me llamó su familia, de algún lugar del interior del país. Son agricultores, dueños de un pequeño terreno.

Gente sencilla. Envié una ambulancia. Cuando llegó allí, ella había muerto.

—De una embolia pulmonar —dijo Quirke, y Mal levantó la cabeza con brusquedad, mirándolo fijamente—. Estaba en su expediente.

—Ah —dijo Mal—. Sí, eso es —suspiró y tamborileó con los dedos de una mano sobre la mesa, a la vez que volvía a mirar vagamente en derredor—. Tú no lo entiendes, Quirke. Tú no tratas con los vivos. Cuando se te mueren, y sobre todo los jóvenes, te sientes... a veces sientes que has perdido... no sé cómo decirlo. A uno de los tuyos —volvió a clavar la mirada en Quirke, en un angustiado llamamiento, pero sin perder el resto de enojo; el señor Malachy Griffin no estaba acostumbrado a tener que rendir cuenta de sus actos—. Lo único que te pido es que no hables de ello en el hospital.

Quirke le devolvió una mirada franca. Así permanecieron largos instantes, uno frente al otro, hasta que Mal bajó la mirada. Quirke no se había dejado convencer por su explicación sobre la muerte de Christine Falls, y en esos momentos se preguntaba por qué no le extrañaba que le resultara imposible de creer. Lo cierto es que poco menos que había olvidado todo lo relativo a Christine Falls hasta el momento en que apareció Mal y se puso a hablar de ella. A fin de cuentas, no dejaba de ser sino un cadáver más. Los muertos, para Quirke, eran legión.

—Tómame otra copa, Mal —dijo.

Pero Mal dijo que no, que tenía que marcharse, que Sarah lo esperaba en casa, que estaban invitados a cenar fuera y tenía que cambiarse, y... Se le agotaron las explicaciones y permaneció mirando a Quirke sin poder evitarlo, con una expresión de desesperación teñida de leve sufrimiento, de manera que Quirke creyó que debería hacer algo, extender la mano y dar una palmada sobre la de su cuñado, tal vez, u ofrecerle su ayuda para ponerse en pie. Sin embargo, Mal pareció darse cuenta de lo que a Quirke se le estaba pasando por la cabeza, de modo que retiró las manos de la mesa y se puso en pie con prisa, con la misma prisa con que se marchó.

Quirke se quedó pensativo. Cierto que no le inquietaban apenas las circunstancias exactas en que se hubiera producido la muerte de la chica, pero le interesaba en cambio lo mucho que obviamente inquietaban a Mal. Así, más avanzada la noche, cuando se marchó de la taberna, no del todo sobrio, aunque tampoco borracho, no fue derecho a su casa. Fue en cambio al hospital y abrió su despacho y buscó en el archivador, deseoso de leer una vez más el expediente de Christine Falls, sólo que el expediente ya no estaba allí.

Mulligan, el empleado del registro, estaba tomándose el descanso de media mañana. Estaba arrellanado en su silla con los pies sobre la mesa; leía un periódico y fumaba un cigarrillo; al alcance de la mano, en el suelo, tenía una taza de té humeante. El periódico era el *People* del domingo anterior; el artículo en que estaba

absorto era de lo más jugoso, a propósito de un putón verbenero que vivía en Bermondsey, dondequiera que estuviera eso, y de su viejo y rico amante, que por lo visto se había llevado por delante a una vieja para quedarse con todo su dinero. Salía una foto del putón, una rubia grandullona con un vestidito tan escotado que los pechos parecían a punto de salirse. Recordaba un poco a la enfermera de la planta de arriba, la que se había marchado el otro día a Estados Unidos, la que tenía debilidad por el jefe, sólo que... ¡cáspita!, había bastado con que pensara en el jefe para que éste apareciera como un cohete, desmadejado y cabreado, como de costumbre. Tuvo que quitar los pies de la mesa y apagar el cigarro y embutir a toda prisa el periódico en el cajón, todo en un visto y no visto, mientras Quirke esperaba en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta, mirándolo con cara de pocos amigos.

—Un caso de emergencia —le dijo—. Se llama Falls, Christine. La otra noche mandaron una ambulancia a recogerla. En Wicklow, Wexford, un sitio de ésos.

El empleado, todo repentina actividad, fue a los archivos y extrajo el libro de registro del mes en curso, abriéndolo sobre la mesa casi a la vez que se lamía el pulgar y comenzaba a pasar las páginas.

—Falls —dijo—. Falls... —alzó los ojos—. F, A, L, L, S. ¿Es eso?

Quirke, todavía desde el umbral, todavía mirándolo con cara de pocos amigos, con ojo de bacalao, asintió con un gesto.

—Christine —dijo—. Fallecida a su llegada.

—Pues lo siento, señor Quirke. Aquí no hay ningún Falls, nadie que se apellide así y hayan traído del interior del país —Quirke se quedó pensativo, volvió a asentir e hizo ademán de marcharse—. Un momento —dijo el empleado, señalando una página—. Aquí está: Christine Falls. Si es que se trata de la misma, porque ésta no vino del campo. La recogieron en la ciudad. Exactamente a la una y cincuenta y siete de la madrugada, en Crimea Street, en Stoney Batter. El número diecisiete. La titular del alquiler es —miró más de cerca—... una tal Dolores Moran.

Alzó los ojos con una sonrisa modestamente triunfal: una tal Dolores Moran. Se sintió orgulloso de haberlo dicho, esperando al menos un gesto de gratitud por haber estado tan atento. Pero no recibió ningún agradecimiento, claro que no. Quirke se limitó a tomar una hoja y un bolígrafo de la mesa para anotarlo. Se dio la vuelta para marcharse, pero hizo una pausa y vio la taza de té en el suelo, junto a la silla.

—Veo que está usted ocupado —dijo con retranca.

El empleado se encogió de hombros por toda disculpa.

—No hay mucho que hacer a esta hora de la mañana —y cuando Quirke se hubo marchado, cerró de un portazo con toda la violencia a la que pudo atreverse. «Qué sarcástico el muy cabronazo», murmuró. ¿Quién sería esa Christine Falls?, se preguntó, ¿y por qué le interesaba tanto al jefe? Alguna furcia ambulante, seguro, a la

que se tiraba de vez en cuando. Rió para sus adentros: *una ambulancia para recoger a una ambulante*. Se sentó a la mesa y a punto estaba de reanudar la lectura del periódico cuando volvió a abrirse la puerta y apareció de nuevo Quirke en el umbral.

—La tal Christine Falls —dijo—, ¿adónde la llevaron?

—¿Qué? —dijo el empleado en voz demasiado alta, sin darse cuenta. Al ver la cara que había puesto Quirke se levantó deprisa—. Disculpe, señor Quirke. ¿Cómo ha dicho?

—El cadáver —dijo Quirke—. ¿Adónde se lo llevaron?

—Al Depósito Municipal de Cadáveres, creo yo —el empleado abrió el libro de registro que seguía sobre su mesa—. Correcto, al Depósito Municipal.

—Compruebe si todavía sigue allí, por favor. Si la familia no se ha hecho cargo, que la traigan.

El empleado se quedó boquiabierto.

—Tendré... tendré que cumplimentar los impresos —dijo, aun sin saber de qué impresos podía tratarse, ya que hasta ese momento nadie le había dicho nunca que recuperase un fiambre del depósito.

Quirke siguió impávido.

—Pues hágalo —dijo—. Usted cumplimenta los impresos y yo se los firmo —cuando ya salía se detuvo y se volvió—. Parece que se anima la mañana, ¿eh?

Después se preguntaría por qué, de los dos residentes de patología, pidió a Wilkins que se quedara y le echara una mano, pero no le fue difícil dar con la respuesta. Sinclair, el judío, era mejor en cuestiones de técnica, pero Wilkins, el protestante, era más de fiar. Wilkins no hacía preguntas. Se limitó a examinarse las uñas y a decir, con estudiado retraimiento, que le vendría bien un día libre adicional el siguiente fin de semana, para ir a su casa, a Lismore, y visitar a su madre, viuda. No le pareció una petición irracional, aun cuando ya llevasen cierto atraso acumulado en el trabajo, y Quirke, como era natural, tuvo que concedérsela, si bien el intercambio de favores rebajó a Wilkins un par de puntos en su estima, y lamentó no habérselo pedido a Sinclair. Éste, con su sonrisa sardónica y su ácido ingenio, trataba a Quirke con un leve pero inconfundible deje de desdén. Habría pecado de orgullo y no le habría pedido nada a cambio de la ayuda prestada, en lo que sin duda le habría parecido solamente otro de los inexplicables caprichos de Quirke.

Se dio el caso de que Christine Falls apenas tardó nada en revelar su pobre secreto. El cadáver fue devuelto desde el depósito a las seis, y aún no eran las siete cuando Wilkins se lavó las manos y se marchó con su paso de costumbre, como si tuviera los pies planos y además caminase con sigilo de furtivo. Quirke, todavía con la bata puesta y con el delantal de caucho verde, se quedó sentado en un taburete junto al alto fregadero de acero, fumándose un cigarrillo, pensando. Fuera aún se

percibía la luz del crepúsculo, lo sabía, pero allí dentro, en una sala sin ventanas que siempre le recordaba a una inmensa cisterna vacía, encastrada en las profundidades, bien podría haber sido medianoche. El grifo del agua fría de uno de los fregaderos tenía un goteo lento e incurable, y un tubo fluorescente de la lámpara que iluminaba la mesa de disección parpadeaba con un zumbido constante. Bajo aquella luz cruda y granulosa, el cadáver que había sido Christine Falls estaba tendido boca arriba, el tórax y el abdomen abiertos como una bolsa de viaje, dejando a la vista las entrañas relucientes.

A veces le daba la impresión de que prefería los cuerpos de los muertos a los de los vivos. Sí, alimentaba una suerte de admiración por los cadáveres, máquinas de piel cérea, blandas, repentinamente interrumpidas. Estaban perfeccionadas cada una a su manera, sin que importase lo deterioradas o corrompidas que estuvieran, y eran en todo tan impresionantes como cualquier mármol de la antigüedad. También sospechaba que se les iba pareciendo cada vez más, que incluso en cierto modo iba convirtiéndose en uno de ellos. Se miraba las manos y le parecía que tuvieran la misma textura inerte, maleable, porosa, de los cadáveres con los cuales trabajaba, como si parte de su sustancia se le fuera asimilando poco a poco, pero sin descanso. Sí, le fascinaba el mudo misterio de los muertos. Cada cadáver era portador de su secreto privativo, la causa precisa de su muerte, un secreto cuyo cometido consistía en desentrañar. Para él, la chispa de la muerte era en todo tan vital como la chispa de la vida.

Golpeó el cigarrillo encima del fregadero y un gusano de ceniza cayó suavemente hasta posarse en el fondo del agua, con un débil siseo. La autopsia sólo había confirmado lo único que, ahora se daba cuenta, ya sospechaba antes. Pero ¿qué iba a hacer con ese conocimiento? ¿Y por qué, en todo caso, debía hacer algo al respecto?

Crimea Street era como cualquier otra de las calles de los alrededores, dos hileras de viviendas de artesanos y menestrales construidas en terrazas, con ventanas bajas, visillos de encaje y puertas estrechas. Quirke caminaba en el crepúsculo de final del verano, contando los números de las casas en silencio. Todo estaba en calma, bajo un cielo aún iluminado, cercado en el horizonte por nubes del color del cobre. Delante del número doce, un tipo tocado con una gorra plana y un chaleco en los que se veía incrustada la suciedad de años sin cuento depositaba una carga de estiércol de caballo, de la caja de un carro inclinado, en uno de los lados de la acera. Llevaba sujetas las perneras del pantalón por debajo de la rodilla con dos cordeles de bramante. Por qué motivo, se preguntó Quirke: ¿para impedir tal vez que las ratas se le subieran por la pernera? En fin, ciertamente había formas de ganarse el sustento peores que la anatomía patológica. Cuando llegó a su altura, el carretero hizo una pausa y se apoyó sobre el mango de la pala, para quitarse la gorra y airearse el cuero cabelludo a la vez que escupía a la calzada con aire amistoso, comentando que hacía una tarde brumosa. El burro del tiro estaba inmóvil, la mirada gacha, como si tratase de estar en otro sitio y no allí. El animal, el hombre, la luz del atardecer, el olor acre del estiércol humeante, todo se entreveraba para insinuar a Quirke algo que no se le alcanzaba recordar, algo del pasado más remoto, que aleteaba en la punta de su memoria, hipnótico e inasequible. Todo el pasado más lejano de Quirke, su infancia y su orfandad, era precisamente así, una ausencia preñada de consecuencias, un vacío resonante.

En la casa de la tal Moran tuvo que llamar dos veces antes de que alguien contestara, e incluso entonces se abrió la puerta sólo una rendija. Lo miraba por la abertura con un único ojo teñido de hostilidad.

—¿Señorita Moran? —preguntó—. ¿Dolores Moran?

—¿Quién lo pregunta? —tenía una voz carrasposa.

—Me llamo Quirke. Se trata de Christine Falls.

—¿Chrissie? —dijo—. ¿Qué le pasa?

—¿Puedo hablar un momento con usted?

Ella volvió a callar, pensativa.

—Espere —dijo, y cerró la puerta. Al cabo de un minuto volvió a aparecer con el bolso en la mano y la chaqueta puesta, y con una estola de zorro en torno al cuello, a un extremo de la cual se veía la cabecita afilada del animal y las pequeñas zarpas. Llevaba un vestido de flores, demasiado juvenil para ella, y unos zapatos blancos,

grandes, de tacón alto y grueso. Tenía teñido el pelo de un castaño cobrizo. Percibió una vaharada de perfume y olor a tabaco rancio. Una boca de carmín, el labio superior en forma perfecta de arco de Cupido, aparecía pintada encima de la boca real. Sus ojos y los del zorro eran pasmosamente iguales, pequeños, negros, relucientes.

—Pues vamos, Quirke —dijo—. Si quiere hablar conmigo podrá invitarme a tomar algo.

Lo llevó a una taberna llamada Moran —«No es familia», dijo secamente—, un antro reducido, en penumbra, medio desmoronado, con el suelo cubierto de serrín. A pesar de la bonanza del atardecer ardía en la chimenea un trípode de tochos de carbón vegetal, y el aire estaba viciado y espeso por el humo. A Quirke enseguida comenzaron a llorarle los ojos. Dentro encontraron a un puñado de parroquianos, todos hombres, todos solos, todos acodados ante sus bebidas. Uno o dos alzaron la mirada con escaso interés cuando entró Quirke con la mujer. El tabernero, gordo y calvo, saludó con un gesto a Dolly Moran y miró a Quirke de arriba abajo, deprisa, evaluándolo y fijándose en su traje de buen corte, en sus zapatos caros; Moran no era un local en el que un médico especialista del Hospital de la Sagrada Familia pudiera pasar fácilmente inadvertido, aun cuando su especialidad fuesen los muertos. Dolly Moran pidió ginebra con agua. Se llevaron las bebidas a una mesita de una esquina. Los taburetes de tres patas eran bajos, y Quirke miró el suyo con dudas, pues no sería el primer asiento frágil que cediera bajo su peso. Dolly Moran se quitó la estola de piel y la dejó enroscada sobre la mesa. Cuando Quirke le arrimó el encendedor al cigarrillo, le puso la mano sobre la suya y le miró a través de la llama con lo que pareció una reticencia velada, un saber experimentado. Alzó la copa.

—Salud —dijo, y bebió, y luego se llevó con coquetería un dedo a una comisura y a la otra de la boca pintada. Se le pasó por la cabeza un pensamiento y torció el gesto, formándosele un arco de arrugas encima de una ceja—. No será usted un polizonte, ¿verdad? —él se rió—. No —añadió ella, tomando su encendedor de plata de la mesa y sopesándolo en la palma de la mano—, ya sabía yo que no.

—Soy médico —dijo—. Patólogo. Trabajo con...

—Sé con qué trabaja un patólogo —dijo ella. Parecía a la defensiva, pero ese velo de reticencia socarrona y sabia cayó de nuevo sobre sus ojos—. Bien. ¿Por qué le interesa Chrissie Falls?

Él pasó un dedo por el borde del vaso. El zorro enroscado sobre la mesa lo miraba con ojos opacos. Él dijo:

—Se alojaba con usted, ¿cierto?

—¿Quién le ha dicho eso?

Se encogió de hombros.

—¿Usted ha nacido por aquí? —preguntó él—. ¿En esta parte de la ciudad?

El taburete aguantaba su peso, pero era demasiado reducido. Se sobraba por toda la circunferencia. Era demasiado grandullón para este mundo, demasiado corpulento, pesado, torpe. Por algún motivo pensó en Delia, en su difunta esposa.

Dolly Moran se reía de él en silencio.

—¿Seguro que no es usted un detective? —dijo. Se terminó la copa y le alargó el vaso—. Tráigame otra y dígame por qué quiere saber algo sobre Chrissie.

Hizo girar el vaso vacío en la mano, estudiando las luces mortecinas de la chimenea que se reflejaban en el cristal.

—Sólo por curiosidad —dijo—, eso es todo.

—Pues qué pena que no tuviera más curiosidad por ella y que no fuera antes —se le había endurecido la voz—. Tal vez así aún estaría viva.

—Ya le he dicho —comentó con suavidad, estudiando todavía el vaso de ginebra— que soy patólogo.

—Sí —dijo ella—. Lo suyo son los muertos. No dan problemas —cruzó las piernas con impaciencia—. ¿Me trae otra copa, sí o no?

Cuando volvió de la barra ella había tomado otro cigarrillo de la pitillera de plata que él dejó sobre la mesa, y estaba prendiéndolo con su encendedor. Lanzó una bocanada de humo hacia el techo ya ahumado.

—Sé quién es usted —dijo. Él interrumpió el acto de sentarse y la miró con sorpresa. Sus ojos, y los del zorro, no perdían detalle de él, y no parpadeaban, alerta, relucientes en todo momento. Su expresión de no entender nada pareció ser una gratificación para ella—. Yo trabajaba para los Griffin.

—¿Para el juez Griffin?

—Para él también.

—¿Cuándo fue?

—Hace mucho tiempo. Primero en casa del juez, luego con el señor Mal y su señora, durante una temporada, cuando regresaron de Estados Unidos. Yo cuidaba de la niña mientras ellos encontraban casa.

—¿Phoebe?

¿Cómo era posible, se dijo, que no la recordase? Tenía que haber desaparecido por la embocadura de una botella de whisky, como tantas otras cosas de aquel entonces.

Dolly Moran seguía sonriendo al recordar el pasado.

—¿Qué tal está?

—¿Phoebe? —dijo él de nuevo—. Muy crecida. Cumplirá veinte años el año que viene. Ya tiene novio.

Ella meneó la cabeza.

—Era temible la señorita Phoebe. Pero era toda una señora. Ya de pequeñita, desde luego, toda una señora.

Quirke se sentía como el cazador a punto de dar con una gran presa, en el momento en que separa con cautela los matorrales y apenas se atreve a respirar, aunque ¿de qué le estaba hablando ella exactamente?

—¿Es así como conoció a Christine Falls? —preguntó, y procuró decirlo con un tono despreocupado, como si tal cosa—. ¿Por medio de los Griffin?

Ella no respondió todavía. Seguía perdida en el pasado. Cuando volvió al presente lo hizo con un destello de ira.

—Se llamaba Chrissie —le espetó—. ¿Por qué se empeña en llamarla Christine? Nadie la llamaba así. Se llamaba Chrissie. Y yo me llamo Dolly.

Lo fulminó con una mirada, pero él siguió a la carga.

—¿Fue el señor Griffin, quiero decir el doctor Griffin, Malachy, fue él quien le encargó que la cuidara?

Ella se encogió de hombros y se volvió de lado. Su ira se tornó hosquedad.

—Ellos pagaban su alquiler y manutención —dijo.

—¿Así que el doctor Griffin sigue en contacto con usted?

Un gruñido de desprecio.

—Cuando me necesita —dio un sorbo a su bebida. Él notó que se le escapaba de las manos el impulso del primer momento.

—Le he practicado la autopsia —dijo—. A Chrissie. Sé cómo murió —Dolly Moran se había refugiado en su interior, los brazos cruzados sobre el pecho, la cara vuelta a un lado—. Dígame, señorita Moran... Dígame, Dolly. ¿Qué sucedió aquella noche?

Ella meneó la cabeza, a pesar de lo cual se lo dijo.

—Algo se torció. Estaba sangrando, las sábanas estaban encharcadas. Dios, qué miedo pasé. Tuve que recorrer tres o cuatro calles hasta la cabina del teléfono. Cuando volví ella estaba muy mal.

Él alargó la mano como si fuese a tocarla, pero la retiró.

—Llamó usted al doctor Griffin —dijo— y él envió una ambulancia.

Se enderezó en ese momento, colocando las manos sobre los muslos y arqueando la espalda, a la vez que erguía la cabeza y respiraba hondo por la nariz.

—Fue demasiado tarde —dijo—. Me di perfecta cuenta. Se la llevaron —hizo un gesto de impotencia—. Pobre Chrissie. No era mala gente. En fin, ¿quién sabe? Tal vez fuese lo mejor para ella. ¿Qué clase de vida iba a haber llevado, tanto ella como la cría?

Los tres tochos de carbón apilados en precario se vinieron abajo, y una espesa humareda revocó por debajo de la repisa. Quirke se llevó los vasos a la barra. Cuando volvió a la mesa tosía para limpiarse de humo la garganta.

—¿Qué fue de la cría? —preguntó.

Dolly Moran no pareció haberle oído.

—Yo conocí a una chica que tuvo un bebé del mismo modo —dijo sin mirar a ninguna parte—. Se lo arrebataron, lo llevaron a un hospicio. Descubrió dónde estaba. Iba allí a diario y se quedaba frente al patio de recreo, mirando a través de los barrotes, tratando de reconocer a su chico entre todos los demás. Fue allí durante años y más años, hasta que se enteró de que mucho tiempo atrás se lo habían llevado de allí —permaneció en silencio unos instantes, se despezó y le sonrió de un modo repentino, casi amistoso—. ¿Ve usted alguna vez a la señora Griffin? —preguntó—. A la señora de Mal, quiero decir. ¿Qué tal está? Siempre me cayó bien. Siempre fue amable conmigo.

—Yo me casé con su hermana —dijo.

Ella asintió.

—Lo sé.

—También ella murió —dijo Quirke—. La hermana de la señora Griffin. Mi esposa. Delia. Murió al tener un hijo, igual que Christine.

—Querrá decir Chrissie.

—Chrissie, claro —extendió de nuevo la mano y esta vez sí se la tocó, dándole una levísima palmadita en el dorso, palpando muy fugazmente la textura de su piel envejecida, como el papel, sin calor propio—. ¿Quién era el padre, Dolly? ¿Quién era el padre de la hija de Chrissie?

Ella retiró la mano y se la escrutó con atención, como si contase con ver en ella las huellas de sus dedos, las hendiduras. Luego miró alrededor a la vez que pestañeaba, como si de repente hubiese olvidado de qué estaban hablando. Rápidamente recogió sus cosas y se puso en pie.

—Me marchó —dijo.

El cielo ya estaba oscurecido, con la excepción de un último trazo carmesí, muy bajo, al oeste, que ambos vieron repetido al final de cada una de las sucesivas calles que atravesaron. El aire de la noche tenía la mordiente del otoño, y Dolly Moran, con su vestido liviano, se ajustaba la estola de piel contra el cuello y enlazaba su brazo en el de Quirke al caminar, apretándosele en busca de calor. Alguna vez había sido una mujer joven. Él pensó en Phoebe, en su cuerpo cimbreño y arrimado contra el suyo cuando recorrían Stephen's Green.

La puerta del número doce estaba abierta, se veía un vestíbulo angosto e iluminado. Un hombre en mangas de camisa cargaba a paletadas el estiércol del montón en una carretilla. Por toda la entrada había hojas de periódico extendidas. Quirke se embebió de la escena —el vestíbulo iluminado, los periódicos por el suelo, el hombre inclinado y cargando el estiércol— y, nuevamente, algo le habló de su pasado perdido.

—Lo tengo todo escrito —dijo Dolly Moran. A pesar del hedor del estiércol en la

calle aún percibía el olor a ginebra en su aliento—. Me refiero a Chrissie, lo tengo todo escrito. Una especie de diario, si se quiere. Está a buen recaudo —se le ensombreció el tono de voz—. Y sé adonde debo enviarlo en caso de que suceda algo —él notó el tenue escalofrío que tuvo ella—. Quiero decir —añadió deprisa— si alguien algún día lo quisiera, claro está.

Llegaron a la puerta de su casa y ella rebuscó la llave en el bolso, entornando los ojos con pinta de miope, repentinamente avejentada. Él le dio su tarjeta.

—Ahí tiene mi número —dijo—, el del hospital. Y ese otro es el de mi casa —sonrió—. Por si acaso sucediera algo.

Alzó el rectángulo de cartulina a la luz de la farola y en sus ojos asomó un brillo extraño, al mismo tiempo mortecino.

—Especialista en anatomía patológica —leyó en voz alta—. Ha llegado usted muy lejos.

Abrió la puerta y entró, aunque él aún no había terminado.

—¿Le ayudó usted a dar a luz, Dolly? ¿Vio a Chrissie alumbrar a su hija? —ella no había encendido la luz del vestíbulo, y él apenas discernía su silueta en la oscuridad.

—No habría sido el primer parto en el que ayudase —él la oyó sollozar—. Una niñita muy pequeña.

Avanzó hacia la puerta pero se detuvo antes de cruzar el umbral, como si se encontrase con una barrera invisible. Ella estaba de espaldas a él, aún en la oscuridad, sin darse la vuelta.

—¿Qué fue de ella?

Cuando habló, lo hizo con voz de nuevo endurecida.

—Olvídese de la niña —dijo, con una cadencia casi sibilina, subrayada por el hecho de que la voz le hablase desde las tinieblas.

—¿Y el padre?

—Olvídese también del padre. Mejor dicho, al padre olvídelo de manera especial.

Con firmeza, pero sin violencia, empujó la puerta para cerrarla. Él dio un paso atrás y oyó el pestillo y luego el pasador del cerrojo.

Y por la mañana fue al registro e indicó a Mulligan, el empleado, que anotase en el libro que la ambulancia había recogido a Christine Falls no en Stoney Batter, sino en casa de sus padres. Mulligan se mostró reacio al principio. «Es un poco insólito, señor Quirke». Pero éste fue inflexible. «Tiene que llevar en orden los registros, caballero —le dijo de manera cortante—. Aquí no consentimos ni la menor inexactitud. No estaría bien si se emprendiese una investigación». El empleado asintió sin mover un músculo. Sabía, y sabía que Quirke lo sabía, que anteriormente se habían producido otras inexactitudes, por decirlo con suavidad, cuando hubo que rehacer los expedientes sin que nadie lo supiera. Así pues, con la mirada vigilante del

señor Quirke por encima del hombro, se puso a trabajar con una cuchilla de afeitar y una pluma de tajo de acero, al cabo de lo cual el registro indicaba que Christine Falls había sido recogida a la 1.37 de la madrugada del 29 de agosto en el número 7 de St. Finnan's Terrace, municipio de Wexford, y trasladada al Hospital de la Sagrada Familia, en Dublín, donde se certificó su fallecimiento nada más llegar, tras haber sufrido una embolia pulmonar cuando se hallaba hospedada en el domicilio de la familia.

El domingo por la mañana era para Quirke un pequeño intervalo de dulce resarcimiento por las opresiones de su niñez. Cuando estaba interno en Carriclea, y también después, cuando el juez lo sacó de allí y lo llevó junto con Mal al internado de St. Aidan, la mañana del Día del Señor era a su manera un nuevo tormento, distinto de los días laborables, pero igual de espinoso, si no peor. A lo largo de la semana al menos había cosas que hacer, las clases, la rutina agotadora del colegio, pero los domingos eran un desierto. Las plegarias, la misa, el sermón interminable, y luego el día larguísimo, sin particularidades, hasta la hora de las devociones vespertinas, con el rosario y un nuevo sermón como prólogo de la bendición y la hora de apagar las luces, y el pavor a que la mañana del lunes llegara una vez más. Ahora, sus domingos contenían otros rituales, todos ellos ideados por él, a los que podía dar variedad a su antojo, o bien olvidarse de ellos, o renunciar. La única constante era la prensa dominical, que compraba a un vendedor callejero, el jorobado de Huband Bridge, y con la cual, si hacía buen tiempo, se acomodaba en el viejo banco de hierro de allí al lado, junto a la esclusa, a leer y a fumar, concentrado sólo parcialmente en lo que ya eran noticias del día anterior.

Percibió que Sarah se aproximaba antes de levantar los ojos del papel, y la vio caminar hacia donde estaba por el camino de sirga. Vestía un abrigo de color burdeos y un sombrerito de estilo Robin Hood, con una pluma de adorno. Llevaba el bolso sujeto con ambas manos contra el pecho.

Caminaba cabizbaja, atenta a los charcos que había dejado la lluvia de la noche anterior, aunque también por no estar aún preparada para encontrarse con la mirada sorprendida de Quirke. Bien sabía dónde encontrarlo, pues Quirke era un animal de costumbres, aunque ya empezaba a lamentar el haber ido a buscarlo hasta allí. Cuando por fin miró al frente se dio cuenta de que él había adivinado cuáles eran sus sentimientos, y no se puso en pie para recibirla mientras se acercaba. Siguió sentado con el periódico abierto sobre las rodillas, mirándola con lo que a ella le pareció una sonrisa irónica, incluso un tanto despectiva, burlona.

—Vaya —dijo—, ¿y qué te trae por aquí, desde las fortalezas de Rathgar?

—He ido a misa a Haddington Road. Voy algunos domingos para... —sonrió, se encogió de hombros e hizo una mueca, todo al mismo tiempo—. Para variar.

Él asintió, dobló los periódicos y se puso en pie, tan enorme como siempre y, como siempre, ella se sintió reducida en una talla o dos, con lo que cargó involuntariamente el peso en los talones al verse frente a él.

—¿Me das permiso para caminar contigo? —preguntó de esa manera intencionalmente juvenil, con la que daba la impresión de estar preparado para recibir una negativa. Qué raro, pensó ella, seguir aún enamorada de él y no esperar nada de ello.

Volvieron por donde había llegado ella, pasando ante los arriates de juncias secas. Era el primer día verdadero de otoño, y el cielo estaba cubierto por una bruma luminosa, que proyectaba un reflejo lechoso en el agua. Permanecieron callados un rato.

—Lo de la noche de la fiesta en tu casa —dijo Quirke—. ... Lo lamento.

—Ah, pero de eso ya hace una eternidad. Además, habías bebido. Siempre sé que has bebido, y no poco, cuando me vienes con eso del mucho cariño que me tienes.

—No me estaba disculpando por eso. Me refería a que no debería haber llevado a Phoebe a la taberna.

Ella rió sin demasiada convicción.

—Sí, Mal estuvo terriblemente enojado con vosotros dos, pero sobre todo contigo.

Él suspiró para expresar su irritación.

—La llevé a tomar una copa —dijo—. No pretendía venderla a los de la trata de blancas —con el reproche, ella guardó silencio—. De todos modos —dijo él, suavizando el tono—, ¿qué es esto de la misa? Tú no siempre has sido tan devota.

—Quizás sea la desesperación —dijo ella—. ¿No se supone que los desesperados siempre recurren a Dios?

No le contestó, pero sí volvió la cabeza para mirarla, y descubrió que ella estaba ya mirándole, sonriendo afligida, con los labios comprimidos, y fue como si de pronto hubieran llegado a una puerta secreta y ella la hubiera entreabierto sólo un poco, para volverse y comprobar si él estaba dispuesto a internarse con ella en la oscuridad que se abría al otro lado. Notó que se retraía: había sitios en los que prefería no entrar. En el agua, dos cisnes aparecieron desde atrás y se pusieron a la par de ambos, sosteniendo en alto sus extrañas cabezas enmascaradas.

—Ese joven que tanto le gusta —dijo él—, el tal Conor Carrington, ¿ella va en serio?

—Espero que no.

—¿Y si va en serio?

—Ay, Quirke... ¿Hay alguien que vaya en serio a esas edades?

—Nosotros íbamos en serio.

Lo dijo tan de pronto, con tal convicción aparente, que ella se sobresaltó. Miró el camino. Sabía que era pura pose en él, pero reconoció que era muy buen actor. Tan bueno que, en algunas ocasiones, estaba segura, lograba convencerse a sí mismo.

—Por favor, Quirke. No empecemos.

—¿Que no empecemos el qué?

—Lo sabes de sobra.

Los cisnes seguían nadando a la par de ellos, y uno de los dos emitió entonces un sonido grave, una regurgitación en sordina y sin embargo lastimera. A Sarah le pareció que el sonido podría haber salido de ella. Llegaron al puente de Baggot Street. La serrería de la orilla opuesta estaba cerrada por ser domingo, a pesar de lo cual les llegó una vaharada de tenue olor a resina. Se hallaban debajo del puente, uno junto al otro, frente al agua del canal. También los cisnes se habían detenido.

—Mi padre está muy enfermo —dijo Sarah—. Había pensado en pagar al cura de Haddington Road para que diga una misa por él —Quirke rió un instante y ella lo miró con seriedad—. ¿De veras no crees en Dios, Quirke?

—Yo creo en el Demonio —respondió—. Ésa es una de las cosas en las que nos enseñaron a creer allá en Carricklea.

Sarah asintió. Él estaba actuando otra vez.

—Carricklea —dijo—. Cuántas veces te habré oído pronunciar ese nombre, y siempre de la misma manera.

—Es uno de esos lugares que se te quedan dentro para siempre.

Le puso una mano sobre el brazo, pero él no reaccionó, de modo que la retiró. ¿Y qué más daba si adoptaba una pose, si fingía? Él había sufrido, de eso estaba segura, aun cuando sus sufrimientos fuesen cosa del pasado.

—He venido por aquí con una intención —le dijo—. Supongo que sabes de qué se trata. No se me dan bien las ocultaciones. Por suerte, tú no cambias de costumbres —hizo una pausa, eligiendo las palabras—. Quirke, quiero que hables con Mal.

Él la miró de reojo, vio que alzaba las cejas.

—¿De qué?

Ella caminó hasta la orilla. Los dos cisnes viraron y nadaron hacia ella, grabando una V cerrada sobre la superficie prístina del agua. Debían de pensar que llevaba algo que darles de comer, ¿y por qué no, si todo el mundo esperaba algo de ella?

—Quiero que Mal y tú dejéis de pelearos —dijo—. Quiero... que os reconciliéis —se rió, sintiéndose cohibida ante esa palabra, por lo rimbombante que sonaba.

Él seguía mirándola, pero con el ceño fruncido, las cejas contraídas hacia abajo.

—¿Te ha pedido Mal que vengas a verme? —preguntó con suspicacia.

Le tocó a ella el turno de mirarlo con incredulidad.

—¡Claro que no! —dijo—. ¿Tú crees que haría algo así?

Pero Quirke no iba a dejarse avasallar.

—Dile —dijo con llaneza— que he hecho por él todo lo posible. Díselo.

Los cisnes, frente a ella, doblaban de un lado a otro lentamente sobre sus propios reflejos, impacientándose ante su fracaso en ofrecerles aquello que, por haberse detenido y estar así plantada, parecía prometer, esa mujer de abrigo color sangre y

sombrecito de arquero. No hizo caso de las aves. Estaba mirando a Quirke sin entender qué había querido decir, y comprendió que él no esperaba que lo entendiese. Pero... ¿qué podía ser lo que Quirke había hecho por Mal, precisamente Quirke, precisamente Mal?

—Te lo estoy pidiendo de rodillas, Quirke —dijo, abrumada por lo que acababa de decir, por la abyección a que se había visto reducida—. Te lo suplico. Habla con él.

—Y yo te estoy preguntando de qué pretendes que hable con él.

—De lo que sea. De Phoebe, háblale de Phoebe. Él a ti te escucha, aunque tú creas que no.

El cisne volvió a emitir su peculiar graznido hondo, llamándola quejumbrosamente.

—Debe de ser la hembra —dijo Quirke. Sarah, desconcertada, torció el gesto. Él señaló a las aves, ahora a sus espaldas—. Se emparejan de por vida, según se dice. Debe de ser la hembra —sonrió con un punto de maldad—. O el macho, a saber.

Ella se encogió de hombros ante semejante intrascendencia.

—Está soportando una enorme presión —dijo.

—¿Qué clase de presión?

Sarah se dio cuenta de que él empezaba a aburrirse, se lo notó en el tono de voz. La paciencia, la tolerancia, la indulgencia, nunca habían estado entre las no muy numerosas virtudes de Quirke.

—Mal no confía en mí —dijo ella—. Hace ya mucho que no confía en mí.

De nuevo había entornado esa puerta que daba paso a la oscuridad, y él una vez más había declinado la invitación a entrar con ella.

—¿Tú crees que confiaría en mí? —dijo él con dureza intencionada.

—Es un hombre bueno, Quirke —alzó las manos hacia él en un gesto de súplica dolorida—. Por favor te lo pido... Necesita hablar con alguien.

Por su parte, él se encogió de hombros, volvió a dejarlos caer. Había momentos, como cuando flexionaba su gran corpachón de esa manera, en los que parecía no ser de carne y hueso, sino estar hecho de un material más denso, tallado y repujado.

—De acuerdo, Sarah —dijo con una voz cavernosa de pura impaciencia y de hastío. Los cisnes, desanimados por fin, se volvieron y se deslizaron con serenidad, con desdén, alejándose—. De acuerdo —dijo, bajando un tono más—. De acuerdo.

Invitó a Mal a almorzar en Jammet. La elección, se dio perfecta cuenta, era una modesta travesura por su parte, ya que los mejores restaurantes no se hallaban entre las riquezas que Mal pudiera codiciar, e iba a sentirse incómodo entre los muchos esplendores venidos a menos en los que parecía especializado el local. Se sentó con actitud vigilante en una silla tan larguirucha como él mismo, con el cuello estirado,

asomado entre los cuellos de la camisa blanca y los dedos de ambas manos —unas delicadas manos de estrangulados manos finas, pensaba siempre Quirke— asidos al borde de la mesa, como si en cualquier momento pudiera levantarse de un salto y salir volando del restaurante. Llevaba su traje habitual de mil rayas y su corbata de lazo. A pesar del corte elegante de sus prendas, nunca parecía que le cuadrasen del todo; era más bien como si otra persona lo hubiera vestido con puntilloso esmero, tal como una madre vestiría a su hijo malhumorado el día de su Confirmación. El maître llegó solícito a su mesa y ofreció a *M'sieur Kweerk* y a su invitado un aperitivo. Mal suspiró sonoramente y miró el reloj. Quirke disfrutaba viéndolo atrapado de ese modo: formaba parte del pago, de la recompensa que iba a obtener de su cuñado — casi su hermano— por las ventajas de que disfrutaba, aunque en qué consistieran dichas ventajas, si se hubiera visto en el brete, Quirke jamás habría podido precisarlo con exactitud, salvo la más evidente, que obviamente era Sarah.

Quirke escogió un vino caro e hizo el ostentoso despliegue de servirse una salpicadura en la copa, olerlo despacio, probarlo y fruncir el gesto para dar su aprobación al sumiller, mientras Mal miraba a otra parte dominando su impaciencia. No quiso probar siquiera una copa de vino, aduciendo que tenía que trabajar por la tarde.

—Estupendo —le espetó Quirke—. Tanto más me toca.

El camarero, entrado en años y con una lustrosa chaqueta negra, les atendió con la untuosa solemnidad de un empleado de pompas fúnebres en un funeral. Cuando Quirke encargó salmón en gelatina y urogallo asado, Mal pidió consomé de ave y una tortilla.

—Por Dios, Mal —masculló Quirke.

La conversación fue aún más tensa que de costumbre. Sólo había otras dos mesas ocupadas, por lo cual todo lo que estuviera por encima de un murmullo se oía en todo el restaurante. Charlaron con desgana de asuntos del hospital. A Quirke le dolían las mandíbulas por el esfuerzo de contener los bostezos, y al cabo empezó a dolerle también el intelecto. Se encontraba a la vez impresionado e irritado ante la capacidad derrochada por Mal para hallarse tan absorto, o al menos para dar la convincente impresión de que lo estaba, en las minucias de la administración del Hospital de la Sagrada Familia, cuyo mismo nombre, en medio de tanta y tan prosaica trivialidad, provocaba siempre en Quirke un escalofrío de vergüenza y de asco. Según escuchaba a Mal explicar imperturbable aquello que de un modo contumaz llamaba *la situación financiera del hospital*, se preguntó si realmente carecía de una seriedad esencial, aunque sabía, cómo no, que al preguntárselo en realidad sólo estaba felicitándose por no ser tan aburrido ni tan terco como su cuñado. Mal se le antojaba un continuo misterio, aunque no por ello le impresionara. Para Quirke, Mal era una versión de la Esfinge: altivo, inalcanzable y de una ridiculez monumental.

Con todo, ¿qué debía sacar en claro del asunto de Christine Falls? No podía tratarse, según había decidido, de una simple cuestión de negligencia profesional; Mal nunca había sido negligente. Entonces, ¿qué podía ser? Quirke sin duda habría encontrado respuesta a esa pregunta si el hombre implicado hubiera sido cualquier otro, y no Malachy Griffin. Las chicas como Chrissie Falls eran trampas para los incautos, pero Mal era el hombre más precavido que Quirke conocía. Sin embargo, al verle en esos momentos, manejando la cuchara sopera con gestos comedidos y precisos —otra vez esas manos, lentas y un tanto torpes a pesar de la esbeltez de sus líneas; en el paritorio tenía fama por recurrir al fórceps tal vez antes de que fuera necesario—, Quirke se preguntó si a lo largo de todos estos años tal vez había subestimado a su cuñado, aunque tal vez fuera más coherente decir que lo había sobrestimado. ¿Qué se estaba cocinando detrás de esa cara huesuda, en forma de ataúd, detrás de aquellos ojos azules y prominentes? ¿Qué apetitos ilícitos acechaban allí dentro? Tan pronto se puso a pensarlo, su mente optó por arrinconar la cuestión con cierta repugnancia. No: no deseaba ponerse a especular sobre las predilecciones secretas que pudiera permitirse Mal. La muchacha había muerto y él había encubierto la sordidez de las circunstancias. A buen seguro, eso era todo lo que había en el caso, nada más. Eran cosas que sucedían incluso más a menudo de lo que nadie imaginaba. Quirke pensó en Sarah, de pie a la orilla del canal, mirando los cisnes sin verlos, con los ojos rebosantes de preocupaciones e inquietudes. *Está soportando una enorme presión*, había dicho; ¿tenía esa presión algo que ver con Christine Falls? En tal caso, ¿sabía Sarah algo al respecto? ¿Y qué era lo que sabía? Él había hecho, se dijo, lo que había que hacer; el registro estaba debidamente rehecho, y el cobarde de Mulligan sabría mantener la boca cerrada. La muchacha había muerto. ¿Qué más podía importar? Además, él ahora tenía una ventaja sobre su cuñado. No creía que nunca tuviera necesidad de recurrir a ella, ni que llegara a apetecerle, pero le gratificaba saber que disponía de ella, aun cuando, sabiéndolo, sintiera un levísimo aguijonazo de vergüenza.

El salmón estaba insípido, y era de una textura ligeramente fangosa; el urogallo se lo sirvieron reseco. Una mujer tirando a joven, regordeta, en una mesa cercana, miraba a Mal y decía algo a su acompañante; sin duda una paciente, otra de las parturientas en las que el gran señor Griffin había metido mano. Quirke sonrió sin que se le notara. Sin tiempo para pensarlo dos veces se oyó decir:

—Es Sarah la que me pidió que hiciera esto, no sé si lo sabes.

Mal, que ya había llegado al tema de los presupuestos de cara al siguiente ejercicio fiscal, calló y se quedó inmóvil, observando el último trozo de tortilla que le quedaba en el plato, con la cabeza ligeramente ladeada, como si fuese duro de oído o tuviera obstruido uno de los conductos auditivos.

—¿Qué? —dijo sin inflexión de ninguna clase.

Quirke estaba prendiendo un cigarrillo, y tuvo que contestar con la boca torcida.

—Me pidió que hablase contigo —repuso, exhalando por accidente un perfecto aro de humo—. Francamente, ésa es la única razón de que esté aquí.

Mal dejó a un lado el tenedor y el cuchillo con lentitud, adrede, y volvió a colocar las palmas de las manos sobre la mesa, a uno y otro lado del plato, de un modo que daba la impresión de que estuviera a punto de ponerse violentamente en pie.

—Eso ya se lo has negado a Sarah con anterioridad —dijo.

Quirke suspiró. Entre ellos, las cosas siempre habían sido así, un forcejeo infantil, con Mal en el papel del amargado, del obstinado, y Quirke deseoso de mostrarse dicharachero, alegre, pero al fin y a la postre molesto, capaz a lo sumo de barbotar cualquier cosa que se le ocurriese.

—Cree que tienes problemas —dijo Quirke sucintamente. Jugeteaba con el cigarrillo entre los dedos, muestra de su irritación.

—¿Ella te ha dicho eso? —preguntó Mal. Parecía genuinamente curioso por saber si era así.

Quirke se encogió de hombros.

—No con esas palabras —de nuevo suspiró con enojo, se inclinó sobre la mesa y bajó el tono de voz para darle más efecto—. Escucha, Mal. Hay algo que debo decirte. Se trata de esa chica, Christine Falls. Recuperé el cadáver del depósito y le practiqué la autopsia.

Mal respiró hondo, casi en silencio, como si fuera un globo de grandes dimensiones que se desinflara por un mínimo pinchazo. La mujer de la otra mesa miró hacia él y, al ver su expresión, dejó de masticar.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó sin agresividad.

—Porque tú me habías mentido —dijo Quirke—. No procedía del interior del país. Estaba alojada en una casa de Stoney Batter, en casa de Dolly Moran para ser exactos. Y no murió a causa de una embolia pulmonar —meneó la cabeza y a punto estuvo de reírse—. Sinceramente, Mal... ¡Una embolia pulmonar! ¿No se te ocurrió nada más verosímil?

Mal asintió despacio y de nuevo volvió la cabeza a un lado; al cruzarse su mirada con la de la mujer de la otra mesa, asumió mecánicamente, durante un segundo, su sonrisa más afable, una sonrisa, le pareció a Quirke, más propia de un enterrador que de un hombre cuya profesión consistía en guiar la llegada al mundo de las nuevas vidas.

—No se lo habrás dicho a nadie —murmuró Mal sin apenas mover los labios, sin mirar aún a Quirke, contemplando el local.

—Ya te lo dije —dijo Quirke—. No te guardo rencor. No he olvidado que una vez me hiciste un favor y que no se lo dijiste a nadie.

El camarero de aire fúnebre —ese día todo era mortuorio— llegó a retirar los

restos del almuerzo. Cuando les ofreció café, ninguno de los dos respondió, de modo que se fue. Mal estaba sentado de lado en la silla, con una pierna cruzada sobre la otra, tamborileando con los dedos, distraído, sobre el mantel.

—Háblame de la muchacha —dijo Quirke.

Mal se encogió de hombros.

—Apenas hay nada que decir —dijo—. Salía por lo visto con un tipo y —levantó la mano y la dejó caer— pasó lo de siempre. Tuvimos que despedirla —¿Tuvimos? Quirke no dijo nada, y Mal siguió hablando—. Dispuse que esa mujer, la tal Moran, cuidara de ella. Recibí una llamada en mitad de la noche. Mandé una ambulancia. Era demasiado tarde.

Entre ambos se tenía la sensación de que sobre la mesa cayera algo muy lentamente, tal como había caído la mano de Mal, inerte e ineficaz.

—¿Y el bebé? —la única respuesta de Mal fue un movimiento de cabeza apenas perceptible—. Aquella noche estabas enredando con el expediente de Christine Falls —dijo Quirke con súbita certeza—. Estabas anotando algo en el expediente. ¿No? Y cuando te desafié, te lo llevaste y lo destruiste.

Mal descruzó las piernas y volvió a colocarse de frente a la mesa con un gruñido grave, fatigado.

—Mira... —dijo, y calló, y exhaló un suspiro. Tenía el aire fatigado de quien se ve en la obligación de explicar una cosa que debiera ser perfectamente obvia—. Lo cierto es que lo hice por el bien de la familia.

—¿De qué familia?

—La de la chica. Bastante triste es que hayan perdido a una hija, sin ninguna necesidad de saber nada del bebé.

—¿Y qué se sabe del padre? —Mal lo miró intensamente, perplejo—. El novio —dijo Quirke con impaciencia—, el padre de la criatura.

Mal miró en derredor, contemplando el suelo por un lado de la mesa, y luego por el otro, como si la identidad del hombre que había seducido a Christine de pronto pudiera estar allí escrita, a la vista de cualquiera.

—Un tipo cualquiera —dijo, y se encogió de hombros—. Ni siquiera llegamos a saber su nombre.

—¿Por qué motivo iba a creerte?

Mal rió fríamente.

—¿Debería importarme que me creas o que no?

—¿Y la criatura?

—¿La niña? ¿Qué pasa con la niña?

Quirke lo miró un instante sin mover un músculo.

—¿La niña, dices? —dijo con voz queda—. ¿Tú cómo sabes que era una niña, Mal? —Mal no le miraba a los ojos—. ¿Dónde está?

—Murió —dijo Mal—. Murió en el parto.

Tras eso, no pareció que quedara nada por decir. Quirke, desconcertado, sintiéndose oscuramente confuso, terminó el dedo de tinto que le quedaba y pidió la cuenta. Le zumbaba la cabeza por efecto del vino.

En Nassau Street brillaba un pálido sol y el aire era apacible. El paladar de Quirke tuvo un recuerdo del salmón que le dio una punta de asco. Mal se estaba abotonando el abrigo. Tenía una mirada ausente, la mente ya puesta en el hospital, viéndose con el estetoscopio colgado al cuello y recriminando a los estudiantes. Quirke volvía a estar irritado.

—Por cierto —dijo—, Dolly Moran lo tiene todo escrito, no sé si lo sabes. Christine Falls, la niña, quién era el padre, sabe Dios qué cosas más.

Pasó un autobús por la calle, bamboleándose. Mal se había quedado muy quieto, los dedos detenidos en el acto de abrocharse el último botón del abrigo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo, y de nuevo dio la impresión de que todo el asunto fuera a lo sumo una cuestión de muy tangencial interés.

—Me lo dijo ella —respondió Quirke—. Fui a verla y me lo dijo ella. Parece que llevó una especie de diario. No es algo que parezca propio de una mujer como ella, a mí no me lo pareció, pero ya ves.

Mal asintió despacio.

—Ya veo —dijo—. ¿Y qué piensa hacer con eso, con ese diario?

—No lo dijo.

Mal seguía asintiendo, seguía pensativo.

—Pues que le cunda —dijo.

Se despidieron, y Quirke echó a caminar por Dawson Street camino de St. Stephen's Green, contento de que el sol le diera tenuemente en la cara. También a él le esperaba trabajo por hacer, pero se dijo que un paseo le vendría bien para aclararse las ideas. Repasó la conversación con Mal, aunque se le presentara bajo una luz nerviosa, desvaída, gracias, supuso, al efecto continuado del vino. Tampoco sería de extrañar que el pelma de Mal se hubiera liado con una chica al servicio de la familia. El propio Quirke se había llevado algún que otro susto en ese frente, y en una ocasión se vio obligado a recurrir a los servicios de un antiguo compañero de la facultad de Medicina, que trabajaba en una clínica de dudosa reputación en Londres. Fue un asunto bien feo, la chica nunca más volvió a hablar con Quirke. Pero en el fondo no podía creer que eso mismo le hubiera ocurrido a Mal. ¿Había sido de veras capaz de caer en una trampa, tal como le pasó a Quirke, con perpetua turbación y resquemor por su parte, en una trampa que cualquier estudiante de primero de Medicina habría sabido esquivar? Sin embargo, seguía en pie la sobrecogedora realidad de que Mal había falsificado los papeles de un fallecimiento posparto. ¿Qué significaba para él la familia de Christine Falls, si le había llevado a asumir un riesgo semejante? Tal vez

fuera otra la razón, pero es que también había destruido el certificado original de defunción, en el caso de que hubiera llegado a existir. ¿Se trataba de ahorrarles el dolor de un escándalo del que casi con toda certeza sólo ellos y él mismo iban a tener conocimiento? No. Mal debía de estar salvándose a sí mismo, de lo que quiera que fuese. Christine Falls tenía que haber sido su paciente —¡su amante no, seguro que no!—, y el error que había cometido tenía que ser un error puramente médico, a pesar de su diligencia profesional, de su solvencia médica.

Al llegar al final de Dawson Street, Quirke cruzó la calle y entró por la cancela lateral en el parque. Le asaltaron los olores de las hojas, la hierba, la tierra húmeda. Pensó en su difunta esposa, que tanto tiempo llevaba bajo tierra, si bien la recordaba vívidamente. Qué raro. Tal vez le importaba más de lo que él mismo alcanzaba a reconocer, tal vez le importaba por lo que era, no sólo por lo que había supuesto para él. Frunció el ceño. En su atolondramiento ni siquiera entendió a qué se refería con eso, pero algo parecía dar a entender.

Iría a visitar de nuevo a Dolly Moran. Le preguntaría una vez más qué había sido de la niña, y esta vez se las ingeniaría para sonsacarle la verdad. Frenó el paso al acercarse a la cancela de la universidad. Vio salir a Phoebe en medio de un grupo de estudiantes. Llevaba el abrigo abierto, y unos calcetines blancos hasta el tobillo, y zapatos planos y una falda de cuadros escoceses, sujeta en un lateral con un imperdible gigante; llevaba el cabello oscuro y lustroso —el cabello de su madre— sujeto en una cola de caballo. Sin verle, se alejó de sus compañeros sonriendo por encima del hombro, y luego dobló y echó a caminar a buen paso por la calle, cabizbaja, los libros apretados contra el pecho. A punto estaba de llamarla por su nombre cuando descubrió al otro lado de la calle a un hombre alto y delgado, con un traje oscuro y un abrigo estilo Crombie, que avanzaba hacia ella para recibirla. Al encontrarse, ella se apretó contra él como una gata, tímida sólo en apariencia, apoyando la mejilla en el hombro del otro. Se dieron la vuelta agarrados del brazo y echaron a andar hacia Hatch Street. Quirke, tras haberla visto un instante, también se dio la vuelta en sentido contrario para seguir su camino.

Dolly Moran supo desde el primer momento quiénes eran. Los había visto antes. También había oído hablar de ellos por el barrio, sabía a qué se dedicaban. Estaba segura, aun sin saber por qué, de que era precisamente ella la razón de que estuvieran allí, de pie en la esquina de la calle, haciendo como que no tenían nada mejor que hacer. ¿Estaban quizás esperando a que se hiciera de noche? Los vio por vez primera cuando iba a salir a por leche y a por el periódico vespertino. Se había puesto el abrigo y el sombrero, pero se quedó quieta en la puerta en cuanto los vio. Uno era flaco, con el pelo negro y sucio, en forma de punta de flecha sobre la frente; tenía unas mejillas peculiares, muy coloradas, y una nariz grande y ganchuda. El otro era gordo, tenía un pecho prominente y una panza aún más abultada, y la cabeza del tamaño de un balón de fútbol; el cabello desaliñado le caía en greñas como colas de rata hasta los hombros. El de la nariz ganchuda era el que más miedo le daba. Adrede, ninguno de los dos miró hacia donde ella estaba, aun cuando no se veía ni un alma por toda la calle. Se quedó quieta, helada, sujetando la puerta abierta tras ella. No supo qué hacer. ¿Acaso cerrar la puerta y echar a caminar como si tal cosa, hasta rebasarlos sin dignarse mirarlos siquiera, demostrando que no le inspiraban ningún miedo? Pero es que le daban miedo, tenía miedo. Mejor quedarse dentro —se imaginó en el momento de dar dos pasos atrás como si ya los hubiera dado, para cerrar de un portazo y echar el cerrojo— y esperar a que se fueran.

No le había extrañado verlos allí; se había llevado un sobresalto, se había asustado, pero no le causó extrañeza, y menos después de que Quirke aporrease la puerta de su casa, exigiendo saber qué había sido de la niña de Chrissie. No le permitió entrar —le pareció que podía estar un poco bebido— y sólo habló con él por la ranura del buzón. No soportó la idea de verle la cara otra vez. Sabía que había dicho ya más de la cuenta aquel día en la taberna, cuando él la encharcó de ginebra y le dio jabón para que le hablase de Chrissie y de todo lo demás. Ese día él montó en cólera al ver que ella no iba a decirle lo que deseaba saber. Creía que la niña había muerto, y quería saber dónde estaba enterrada. Ella no le dijo nada, permaneció detrás de la puerta con el puño en la boca, sacudiendo la cabeza y apretando los ojos. ¿Estarían ya aquellos dos en la esquina, le habrían visto, le habrían oído preguntar por la niña? Para entonces él hablaba a gritos, o poco menos, y fácilmente tuvieron que oír todo lo que dijo. Al final renunció al intento y se fue, y al cabo de un rato, cuando estuvo calmada de nuevo, se dispuso a salir a la tienda, a comprar la botella de leche y el periódico, y allí estaban los dos, esperándola.

Ahora se había apostado en el piso de arriba, en la ventana de la habitación, todavía con el abrigo y el sombrero puestos. Tuvo que pegar la mejilla contra el bastidor de la ventana para mirar por la rendija que dejaba el visillo y otear la esquina. Allí estaban los dos. El gordo sostenía un fósforo protegido por ambas manos, y el otro, el de la nariz ganchuda, se inclinaba para encender un cigarro. Notó que le latía la sangre con fuerza en una de las sienes. Se oyó respirar y oyó un silbido al final de cada espiración, sin poder evitarlo. Bajó a la cocina, donde siempre olía a humedad y a gas, y pasó un largo rato inmóvil ante la mesa, cubierta por un mantel de hule, tratando de poner en marcha el cerebro, de concentrarse, de aclarar qué era todo lo que tenía que hacer. Tomó un bote esmaltado con un rótulo que decía *Azúcar* de una estantería, abrió la tapa y extrajo un cuaderno escolar enrollado, con unas cubiertas entre amarillas y naranjas, para llevárselo a la sala y agacharse ante la chimenea, dentro de la cual lo dejó. No lograba encontrar la caja de cerillas. Cerró los ojos un instante; en la oscuridad, detrás de sus párpados, notó una súbita llamarada de ira. ¡No! Pensó en la pobre Chrissie moviendo como una loca la cabeza de un lado a otro, sobre la almohada, y llamando a gritos a su mamá, con sangre por todas partes, sin que nadie la ayudara. No, no podía dejar sola a Chrissie por segunda vez.

La sucursal de Correos cerraba a las cinco, sabía que tenía que darse prisa. No encontró más sobre que uno en el que guardaba los folletos de la Tontine Society; tendría que apañárselas con ése. Se le había desgastado el pegamín de la solapa, así que tuvo que cerrarlo como pudo con un poco de goma arábiga. A duras penas logró escribir la dirección, pues le vencían las prisas y las manos le temblaban de mala manera. A pesar de la premura, le daba pavor el instante en que tendría que abrir de nuevo la puerta y salir a la calle. ¿Qué iba a hacer si esa pareja seguía haraganeando en la esquina, haciendo como que no la habían visto? No estaba segura de tener realmente el valor de echar a andar hasta rebasarlos como si tal cosa. Tal vez podría tomar el camino contrario, para dar la vuelta por Arbour Hill. En tal caso tardaría más, la sucursal de Correos estaría cerrada cuando llegara, y nada les impediría a aquellos dos seguir sus pasos.

Abrió la puerta y salió, sin apenas osar mirar hacia la esquina. Pero ya no estaban. Oteó la calle de un extremo al otro. No había nadie más que la vieja Tallon en la acera de enfrente, que abrió la puerta una rendija fingiendo interesarse por el tiempo que hacía. Una tarde tranquila y agradable. De eso se trataba, de que fuera tranquila, y a ser posible agradable. La abuela Tallon se retiró al interior y cerró la puerta de su casa sin hacer ruido. ¿Habría visto a la pareja de la esquina? No pasaba en la calle gran cosa que pudiera escapársele a la abuela Tallon. ¿Y si los hubiera visto a los dos? De nada le serviría. Se mordió el labio y apretó con más fuerza el asa del bolso. Vio la mancha de estiércol en la acera, frente al número doce, y recordó el trayecto de vuelta a casa, en penumbra, cuando tomó a Quirke de ganchete. ¿Acaso debía

llamarlo, tal como le había insistido él que hiciera? Por un instante se paró a pensarlo, y sintió que le procuraba cierto alivio, pero no: Quirke sería la última persona a la que llamaría.

Llegó a la sucursal de Correos cinco minutos antes de que cerrase, pero el joven resguardado tras la reja ya estaba echando el cierre, y la miró malencarado al verla llegar. Era como todos los demás, y ella estaba acostumbrada a esas miradas de hostilidad; a veces incluso la insultaban, chistando las palabras de ladillo cuando ella pasaba de largo. Le importaba un pimiento cualquiera de ellos. Cuando colocó el sobre en el buzón fue como si se quitara un peso de la conciencia, y se sintió mejor; fue como ir a confesar, aun cuando no recordase la última vez que lo hizo.

Decidió ir a la taberna de Moran y obsequiarse una ginebra con agua, nada más que una. Se ventiló sin embargo tres en rápida sucesión, y luego una cuarta con menos prisas, y la última, para el camino. Al volver a casa caminando con la bruma del crepúsculo comenzó a sentir dudas: ¿no se había apresurado más de la cuenta en echar el sobre al correo? A lo mejor aquellos dos no eran quienes ella creía, y aun cuando lo fueran a lo mejor no estaban pendientes de ella. En aquel barrio siempre estaban pasando cosas, robos, peleas, hombres que aparecían tumbados en la calle con la dentadura rota a patadas. Si no eran más que imaginaciones suyas, Dios santo, ¿qué había hecho? ¿Debería tal vez regresar a Correos y ver si aún era posible recuperar el sobre? Pero la sucursal estaría cerrada ya, el funcionario malencarado se habría ido, y era más que probable que el correo del buzón ya estuviera recogido y metido en una saca. Eructó, y un denso regusto de ginebra le encharcó el fondo de la boca. ¿Y qué más daba, se dijo, si aquel sobre llegaba a su destino? *Que sufran un poco*, pensó; *que se enteren de cómo se las gasta la vida por estos pagos*.

Debido a la ginebra que llevaba entre pecho y espalda, tuvo dificultades al buscar con la llave el ojo de la cerradura. En el vestíbulo percibió una corriente de aire que llegaba de la parte posterior, pero no le dio importancia. E incluso cuando oyó que la radio sonaba a bajo volumen en la cocina —los Ink Spots canturreaban *Es pecado decir mentiras*— supuso que se la había dejado encendida cuando se marchó con tantas prisas. Colgó el abrigo y entró en el cuarto de estar. También allí estaba el aire desacostumbradamente frío; tenía que pensar en instalar una calefacción eléctrica antes de que llegase el invierno, una de esas que tenían una luz roja que simulaba un par de troncos al arder. Estaba de rodillas ante la chimenea, apilando las astillas y preguntándose dónde habría dejado los fósforos, cuando los oyó a sus espaldas. Al mirar por encima del hombro los vio en el umbral de la cocina. Todo comenzó a suceder más despacio en ese instante, como si un enorme motor dentro del cual se hallara ella acabase de entrar en la marcha más lenta. Le asombraron las cosas en las que reparó: que el gordo tenía el pelo astroso, de color herrumbre a la luz eléctrica, y que su chaqueta sin forma era de las tejidas a mano; que el de la nariz ganchuda

estaba más colorado que nunca, y que el cigarrillo que sostenía entre unos dedos manchados de nicotina era de tabaco de liar. También vio con absoluta claridad lo que supo que no podía estar viendo, el cristal hecho añicos en una esquina de la puerta de atrás, justo por encima del pestillo, y volvió a notar el aire frío y negro de la noche que entraba por el boquete. ¿Y por qué habían encendido la radio? Por la razón que fuese, eso era lo más aterrador, la música de la radio, aquellos negros que canturreaban en falsete. «Buenas, Dolly», dijo afablemente el de la nariz ganchuda, y ella sintió lo que en principio no pasó de ser más que un cosquilleo entre los muslos, aunque de golpe fue el manar caliente del líquido por el interior de sus piernas, la mancha oscura que se extendía en la alfombra sobre la que se había arrodillado.

El taxi era un Ford antiguo que carraspeaba y temblaba. Estaban en silencio las calles mal iluminadas, envueltas en la bruma. Quirke tendría que haberse acostumbrado a una cosa así, las citaciones a última hora, el viaje en la penumbra, la ambulancia aparcada en el bordillo, los coches de la policía cruzados, el umbral iluminado, donde acechaban hombres de gran estatura y vagos perfiles. Uno de ellos, con gabardina larga y sombrero flexible, dio un paso al frente para saludarlo.

—¡Señor Quirke! —dijo como si estuviera complacido y sorprendido de verlo allí—. ¿Es usted?

Hackett. Inspector. Fornido, de hombros anchos, lento, con una mirada siempre atenta y risueña. Era él quien había telefoneado.

—Inspector —dijo Quirke a la vez que le estrechaba una mano ancha como una pala—. ¿Está aquí la señorita Moran? —preguntó, contrayéndose por dentro al percibir la fatuidad con que sonó lo dicho.

Hackett pestañeó.

—¿Dolly? —dijo—. Oh, desde luego; claro que está.

Le condujo al vestíbulo, pasando entre dos técnicos forenses que estaban tomando huellas dactilares. Quirke los conocía, aunque no recordaba el nombre de ninguno de los dos; ambos le hicieron un gesto de saludo con esa expresión que siempre tenían los forenses, con cara de pocos amigos, impertérritos, como si trataran de disimular un chiste privado. El cuarto de estar era un caos de sillas derribadas, cajones volcados, un sofá despanzurrado, papeles rotos y esparcidos por todas partes. Un policía de gorra y uniforme, joven, con acné y una nuez de Adán prominente y triangular, estaba apostado en la puerta de la cocina; tenía la cara un poco vercosa. Más allá, más desorden, un desorden indecente bajo la luz de una sola bombilla desnuda. El olor era tan conocido que Quirke apenas reparó en ello.

—Ahí la tiene —dijo Hackett, añadiendo con reluciente ironía—: Ahí está su señorita Moran.

La habían atado a una silla de la cocina, sujeta por los tobillos con sus propias

medias y por las muñecas con trozos de cable de la luz. La silla se había derribado y la mujer yacía en el suelo, sobre el costado derecho. Había logrado soltar un brazo de las ataduras. A Quirke le llamó la atención la pose, las rodillas flexionadas, el brazo hacia arriba: otro maniquí.

—Me llamó usted a mi casa —dijo Quirke, agachado sobre el cadáver y con las manos apoyadas en las rodillas—. ¿Le dieron mi número en el hospital?

Hackett le mostró un trozo de cartulina cuyas cuatro esquinas encajaban en el hueco de su mano como un naipe en la mano de un prestidigitador.

—A lo que se ve —dijo como si tal cosa—, se dejó usted su tarjeta en alguna visita anterior de carácter social.

Una monja joven, de dientes saledizos, abrió la puerta y se hizo a un lado indicándole que entrase. A la vista de la sala alargada, desolada, algo se encogió en sus entrañas y por un instante volvió a ser una niña temblorosa ante el despacho de la Madre Superiora. Una mesa de caoba maciza, las seis sillas de respaldo alto en las que nunca se había sentado nadie, libros tras los cristales de las vitrinas, un colgador donde no colgaba un solo abrigo; en un nicho, en la pared, una estatua de la Virgen a tres cuartos de su tamaño natural, desconsolada, en azul claro y blanco, sujetaba entre las yemas de los dedos, en una actitud de melindre y recelo, un gran lirio blanco, símbolo de su pureza. En el otro extremo, bajo un borroso cuadro de alguna mártir y santa, había un escritorio antiguo, con su lámpara y su secante de cuero, y dos teléfonos. ¿Por qué dos? Sin que ella se percatase, la monja se había marchado, cerrando una puerta a sus espaldas sin hacer ruido. Se encontraba en medio del silencio, con la niña dormida, en brazos, envuelta en su manta. Los árboles, por las ventanas, le resultaban desconocidos, ¿o sólo se lo parecían? Todo le parecía extraño allí, aquietado.

Otra puerta, una en la que no había reparado, se abrió como por efecto del viento. Entró una monja alta, de hombros altos como los de un hombre y cara estrecha, severa, pálida. Avanzó deprisa hacia ella con ambas manos extendidas, su hábito grueso y negro desplazando el aire de un modo audible, sonriendo y a la vez como si estuviera sorprendida de hacerlo, como si las sonrisas fueran desconocidas en su rostro. Era sor Stephanus.

—Señorita Rutledge —dijo, y tomó la mano libre de Brenda entre las suyas—, bienvenida a Boston y a St. Mary.

Despedía el habitual olor a moho de las monjas. Brenda no pudo abstenerse de recordar los cuentos que se contaban en el convento cuando era niña, acerca de que a las monjas se les prohibía desnudarse y tenían que usar una especie de traje de baño para asearse.

—Me alegro mucho de haber venido, hermana —dijo con una voz que le fastidió por su aparente mansedumbre. Ya no era una niña, se dijo, y esa monja no tenía ninguna autoridad sobre ella. Cuadró los hombros y miró con robustez el rostro frío y resplandeciente de la otra—. Boston es muy agradable —añadió, pero también esto le sonó débil, insulso. El bebé le dio una patada que le llegó mullida por la manta, como si exigiera ser presentado. Ya era toda una señorita. La sonrisa quebradiza de la monja se desdibujó de su cara.

—Y ésta debe de ser la niña —dijo.

—Sí —repuso Brenda, apartando el dobladillo de la manta con un dedo para dejar al descubierto la carita lívida con su boquita de piñón y sus ojos azules permanentemente sobresaltados—. Ésta es la pequeña Christine.

II

Claire Stafford estaba preguntándose si el vestido que había elegido era el apropiado para la ocasión. Con las monjas nunca se sabía. Era un vestido verde, con encajes blancos en el dobladillo y un escote festoneado, no muy bajo, aunque tal vez dejara al descubierto buena parte del cuello y de la franja pecosa que le quedaba por debajo de las clavículas. Se dejaría la pañoleta verde suelta sobre el cuello, e incluso el abrigo, en caso de que le fuera posible. No había querido preguntar a Andy su opinión. Con Andy tampoco se sabía nunca. Apenas se fijaba en lo que se había puesto, y luego, de repente, cuando ella menos se lo esperaba, se volvía hacia ella y le hacía, si acaso, un comentario de reproche. Una vez le dijo que parecía una puta. Ella jamás lo olvidaría. Vivían por entonces en la pensión de Scranton Street. Ella llevaba unos vaqueros y unos zapatos blancos de tacón, y una blusa roja anudada a la cintura. Él acababa de llegar tras un largo trayecto en coche desde Albany; parecía acalorado, cansado, enojado, y pasó por delante de ella yendo a la cocina, para sacar una cerveza del arcón congelador. Se lo dijo entonces, por encima del hombro. «Cariño, pareces una ramera de las baratas». Dijo ramera, y no puta, igual que hacía su padre. Ella contuvo el llanto, porque eso a él le habría encolerizado aún más. A pesar del daño sufrido, se volvió a ver qué guapo estaba él, apoyado contra el congelador con sus botas y sus pantalones de faena, con la camiseta blanca y manchada, sus antebrazos resplandecientes, de jinete de rodeo, y el cabello negro como ala de cuervo caído sobre la frente. El chico más guapo que nunca hubiera conocido.

Hoy llevaba unos pantalones oscuros y bien planchados sobre sus botas de vaquero, camisa blanca y una corbata de lana, y una chaqueta de sport, de cuadros castaños y solapas anchas. Le había dicho ella que estaba muy bien, pero él torció el gesto y dijo que se sentía como Bozo, el Payaso. Al caminar hacia la entrada de St. Mary, él se pasaba un dedo por el interior del cuello de la camisa, torciendo el mentón y resoplando. Estaba nervioso, ella lo veía a las claras. Y en el taxi estuvo hablando sin parar, quejándose de la paga que perdía al haber tenido que acompañarla, si bien ahora estaba callado y entornaba los ojos al mirar, bañada en el sol de otoño, la fachada alta y plana del hospicio, que parecía ser aún más alta a medida que se acercaban. También ella estaba algo asustada, aunque no por el lugar en sí. Y es que conocía St. Mary, lo conocía como si fuera su casa.

Abrió la puerta una monja joven a la que no reconoció. Se llamaba sor Anne. Habría sido guapa de no ser por los dientes saledizos. Los guió por el amplio vestíbulo de la entrada y por un corredor hacia el despacho de sor Stephanus. Los

olores familiares —la cera de los suelos, la lejía, la comida de institución, los bebés— despertaron en Claire una excitada mezcla de emociones. Allí había sido feliz, o más bien no había sido infeliz. En algún lugar, hacia lo alto, un coro de voces infantiles entonaba un himno más o menos al unísono.

—Usted trabajaba aquí, ¿verdad? —preguntó sor Anne. Tenía acento del sur de Boston. Se había abstenido de mirar a Andy, intimidada, supuso Claire, por su apostura de vaquero—. ¿Y qué tal le sienta ser ahora una señora que dispone de todo su tiempo? —preguntó de buen natural.

Claire rió.

—Ay, la verdad es que echo de menos este lugar —dijo.

Sor Stephanus levantó la mirada cuando entraron. Estaba sentada ante su escritorio, con una pila de papeles delante. Claire sospechó que era una pose estudiada, pero se reconvino por tener ese mal pensamiento.

—Ah, Claire. Por fin llegas. Y Andy contigo.

—Buenos días, hermana.

Andy no dijo nada, se limitó a asentir. Había adoptado un aire de mal humor con el cual presuntamente aspiraba a disimular su ansiedad. A su pesar, Claire experimentó un breve instante de exultación: ése era un lugar que le pertenecía a ella, no a él; el momento también era suyo.

Sor Stephanus les invitó a tomar asiento, y Andy acercó otra silla de las seis que rodeaban la mesa.

—Tenéis que estar los dos muy emocionados —dijo la monja, inclinándose sobre el escritorio con las manos entrelazadas y apoyadas sobre los papeles. Sonreía ampliamente, mirando a uno y a otro—. ¡No todos los días se convierte uno en padre! Y en madre, naturalmente.

Claire sonrió y asintió apretando los labios con fuerza. A su lado, Andy cambió de postura y la silla emitió un crujido. No estaba muy segura de cómo debía tomarse las palabras de la monja. Qué cosa tan extraña había dicho, y además sin rodeos ni preámbulos. En todos los años que había pasado allí, primero siendo huérfana, a la muerte de su madre, cuando su padre se fugó, y luego trabajando en las cocinas, y más adelante cuidando a los más pequeños, nunca llegó a calar del todo a sor Stephanus, ni tampoco a las otras monjas, desde luego; nunca llegó a hacerse a la idea de cómo pensaban realmente. Habían sido buenas con ella, eso sí, y a ellas se lo debía todo, todo, claro, salvo Andy: a él lo había encontrado ella sola, al marido joven, de extremidades fornidas, ojos negros, que hablaba arrastrando las palabras. Intentó no representárselo como lo había entrevisto esa mañana ante el espejo, mientras se vestía, y volvió a verlo: la espalda sin tacha, del color de la miel, y el tenso perfil de su estómago allí donde se precipitaba a las tinieblas. Era su hombre.

Sor Stephanus abrió ante sí, sobre la mesa, una carpeta de cartulina ocre y se puso

unas gafas de montura metálica, introduciéndose las patillas por los lados rígidos de la toca, casi como si, pensó Claire, estuviera poniéndose una doble inyección en la cara. Claire se sonrojó un poco: ¡qué cosas tan raras se le pasaban por la cabeza! La monja repasó los papeles que contenía la carpeta, deteniéndose de vez en cuando a leer una línea o dos, y frunciendo el entrecejo. Luego alzó la vista y miró esta vez a Andy.

—Andy, entiendes cuál es la situación, ¿verdad? —dijo, espaciando las palabras con gran cuidado, como si hablase con un niño—. Ésta no es una adopción, no lo es en el sentido oficial. St. Mary, como bien podrá explicarte Claire, cuenta con sus propias... disposiciones. El Señor, como digo siempre, es nuestro legislador —miró a uno y a otro con las cejas enarcadas, a la espera de que reconocieran la ocurrencia. Claire sonrió obedientemente, y Andy volvió a cambiar de postura las piernas, primero cruzándolas de un modo, luego del otro—. Y espero que los dos entendáis como es debido —siguió diciendo— que, cuando llegue el momento, serán el señor Crawford y sus adjuntos los que decidan qué educación es la indicada para la niña y todo lo demás. Se os consultará, por descontado, pero todas esas decisiones serán al final ellos quienes las tomen.

—Lo entendemos, hermana —dijo Claire.

—Es importante que lo entendáis bien los dos —dijo la monja con el mismo tono grave, implacable, que sonaba como una voz de locutora de radio o como algo que estuviera ya grabado. Aunque procedía del sur de Boston tenía un acento de Inglaterra, terso y refinado—. Demasiadas veces nos encontramos con que algunos jóvenes olvidan de dónde ha llegado su hijo, y quién es quien tiene realmente la última palabra en todo lo referente a su buena crianza.

Se hizo el silencio en el despacho durante un momento largo y solemne. Desde lejos, apenas audibles, llegaban las voces de los niños que cantaban. *Dulce corazón de Jesús, fuente de amor y misericordia*. Claire notó que sus pensamientos empezaban a ser vacilantes, como le sucedía algunas veces, sobre todo cuando parecían volar en todas direcciones como si fueran piezas de una maquinaria que se rompiera bajo una presión excesiva. *Por favor, Dios, rogó, no permitas que me entre ahora uno de mis dolores de cabeza*. Se obligó a no perder la concentración. Había oído con anterioridad todas las cosas que estaba diciendo sor Stephanus. Supuestamente, su obligación era asegurarse de que todo quedara bien claro, de modo que nadie llegara después a decir que las condiciones impuestas no se le habían explicado con la debida nitidez. La monja había vuelto a leer algo en el expediente, y se volvió de nuevo hacia Andy.

—Había una cosa más que quería señalar —dijo—. Tu trabajo, Andy, seguramente te obliga a estar fuera de casa durante periodos bastante largos, ¿cierto?

Andy la miró con cautela. Iba a decir algo, pero tuvo que aclararse la garganta y

empezar de nuevo.

—Pueden ser unos cuantos días —dijo— cuando tengo que ir hasta la frontera. Puede ser una semana, o poco más, si he de atravesar los Lagos.

La monja parecía impresionada.

—¿Tan lejos viajas? —dijo, y pareció casi nostálgica.

—Pero siempre llamo a casa una vez al día —dijo Andy—. ¿Verdad que sí, cariño? —mientras lo decía, se volvió de lleno hacia Claire y la miró a los ojos como si ella pudiera negarlo. Ni por asomo se le habría ocurrido negarlo, por supuesto que no, aun cuando no fuera estrictamente la verdad. Le encantaba la manera de hablar de Andy: *¿Verdá que sí, ca'iño?* Así imaginaba el sonido del viento en las llanuras del oeste.

Sor Stephanus también parecía haber captado esa nota deliciosa y solitaria que se percibía en su voz, y fue ella quien tuvo que aclararse la garganta.

—Con todo y con eso —dijo dirigiéndose no tanto a Claire cuanto obviando a Andy—, para ti tiene que ser duro algunas veces.

—Oh, pero ya no lo será —dijo Claire con precipitación, y se mordió el labio; se dio cuenta de que tendría que haber negado que la vida con Andy no fuera una dulzura perpetua, un lecho de rosas; confió en que él no la tomara después con ella por haber reconocido lo contrario—. Es decir —añadió con sagacidad—, cuando el bebé me haga compañía.

—Y cuando nos vayamos a vivir a la casa nueva tendrá un montón de amigas nuevas —dijo Andy. Se sentía confiado, y había comenzado a actuar como un auténtico vaquero, con esa sonrisa torcida y seductora, al estilo de John Wayne; a fin de cuentas, la monja era una mujer, pensó Claire a su pesar, con un punto de agria contrariedad, y no había nada de lo que Andy no fuera capaz ante una mujer, siempre y cuando se lo propusiera.

—Sin embargo —dijo pensativamente la monja, como si hablara sólo para sí—, me pregunto si no cabría la posibilidad de que tuvieras un trabajo distinto, otra clase de camión, e incluso un taxi, por ejemplo.

Con eso puso coto a la sonrisa de Andy, que se incorporó como si le acabara de picar un insecto.

—No querría yo dejar de trabajar para Transportes Crawford —dijo—. Ahora que Claire deja de trabajar aquí, y ahora que viene el bebé..., bueno, vamos a necesitar toda la pasta que podamos juntar, está claro. Están las horas extras, y las compensaciones por los trayectos de larga distancia a Canadá y a los Lagos.

Sor Stephanus se recostó en su silla y formó una cúpula con los dedos de ambas manos a la vez que lo observaba, tratando de juzgar, o eso pareció, si hablaba con un tono de genuina preocupación o de amenaza velada.

—Sí, en fin... —dijo, encogiéndose de hombros de manera imperceptible. Volvió

a mirar el expediente—. Tal vez yo podría hablar con el señor Crawford...

—Eso estaría muy bien —dijo Andy con demasiada ansiedad, se dio cuenta, y ella le lanzó una mirada seca, cortante, que a él le hizo titubear y retrepase en la silla. Con esfuerzo atinó a relajarse, y volvió a esbozar su sonrisa facilona de vaquero despreocupado—. Quiero decir que estaría muy bien si tuviera un trabajo que no me llevara tan lejos de casa y del bebé y de todo esto.

Sor Stephanus siguió escrutándolo. El silencio reinante parecía crepitar. Claire se percató de que en todo momento había estado estrujando un pañuelo, y cuando abrió el puño lo vio allí pegado, un bulto húmedo en la palma de la mano. Sor Stephanus en ese instante cerró la carpeta con un ruido seco y se puso en pie.

—De acuerdo —dijo—. Vayamos.

Los condujo a paso vivaz a la puerta y salieron.

—Tú nunca habías venido, ¿verdad? —dijo a Andy por encima del hombro, deteniéndose al final del corredor y abriendo de golpe una puerta más allá de la cual se veía una sala alargada, de techos bajos, pintada de un blanco deslumbrante, con hileras de cunas idénticas frente a cada una de las paredes laterales. De un lado a otro trajinaban las monjas de hábitos blancos, algunas con bebés envueltos en toquillas, en brazos, con una suerte de negligencia animada, bien ensayada. Algo feroz, algo celoso asomó en la sonrisa de sor Stephanus.

—La guardería —anunció—. El corazón de St. Mary. Nuestro orgullo y alegría.

Andy se quedó boquiabierto, impresionado, y poco le faltó para largar un silbido de admiración. Era como una escena tomada de una película de ciencia ficción, todos los extraterrestres metidos en sus vainas. Sor Stephanus lo miraba expectante, el mentón bien erguido.

—Qué cantidad de críos —fue todo cuanto atinó a decir con voz queda.

Sor Stephanus soltó una risa campanuda que tenía que haber resultado atribulada, pero que sonó más bien un tanto demente.

—Ah —dijo—, pues ésta es sólo una fracción de los pobres renacuajos que en el mundo entero necesitan de nuestros cuidados y protección.

Andy asintió con obediencia. Era algo que no le agradó sopesar, todos esos niños perdidos y abandonados que lloraban pidiendo atención, que sacudían los puños y daban patadas al aire. La monja los había conducido allí, y Claire miraba en derredor con ese gesto desafortado y conejil que él detestaba; a veces le llegaba a parecer que cuando estaba así de excitada las aletas rosadas y casi transparentes de su nariz llegaban a temblar un poco.

—¿Es...? —dijo, y no supo cómo terminar.

Sor Stephanus asintió.

—Están terminando de verificar que esté en perfectas condiciones antes de emprender su nueva vida.

—Quería preguntar —dijo Claire temerosa— si la madre... —pero sor Stephanus alzó una mano alargada y blanca para hacerle callar.

—Sé que querrías conocer algo acerca de la procedencia de la niña, Claire. De todos modos...

—No, no, sólo iba a preguntar...

—De todos modos —la monja era imparable, y se repitió con una voz afilada como una sierra—, hay ciertas normas que debemos respetar a toda costa.

El pañuelo aplastado que Claire tenía en el puño estaba caliente y duro como un huevo cocido. Tuvo que insistir.

—Sólo es que —dijo, y respiró a duras penas—, sólo es que, cuando crezca, no sé si sabré qué decirle.

—Ah, ya —dijo la monja, y cerró los ojos un instante e hizo con la cabeza un gesto de desdén—. Eso has de decidirlo tú, por supuesto, cuando llegue el momento. Tú sabrás si debe o no saber que no sois sus padres naturales. En cuanto a los detalles... —abrió los ojos y esta vez por algún motivo se dirigió a Andy—: Creedme, hay asuntos de los que es mejor no saber nada. Ah, pero ahí viene sor Anselm.

Una monja de corta estatura, cuadrada, se acercaba hacia ellos. Algo extraño le sucedía en el costado derecho, y caminaba con paso renqueante, arrastrando tras de sí una cadera, como una madre que tira de un niño obstinado. Tenía la cara ancha, una expresión severa, pero no hostil. Del cuello le colgaba un estetoscopio. Traía un bebé en brazos, envuelto como una larva en una manta de algodón blanco. Claire la saludó con desbordantes muestras de alivio; sor Anselm era la monja que había cuidado de ella en sus primeros tiempos allí en St. Mary.

—Bueno —dijo sor Stephanus con forzada alegría—, pues aquí estamos, ¡por fin!

Todo pareció detenerse entonces, como sucede en la misa cuando el sacerdote alza la hostia consagrada. Como si estuviera alejada de allí, Claire se vio extender los brazos, igual que si con ese gesto salvara un abismo, y tomar en brazos al bebé. Qué solidez la de su peso, a pesar de que apenas pesaba nada, como si no tuviera sustancia terrenal. Sor Stephanus estaba diciendo algo. Los ojos del bebé eran de un delicadísimo azul, tanto que parecían mirar a otro mundo. Claire se volvió hacia Andy. Intentó decir algo y no pudo. Se sentía frágil y se sentía herida de una manera maravillosa, casi como si de veras fuese madre, como si de veras hubiera dado a luz.

Christine, fue todo lo que dijo entonces sor Stephanus, *vuestra hijita Christine*.

Cuando se despidió de los Stafford en la puerta de entrada, sor Stephanus volvió despacio a su despacho y se sentó ante el escritorio, apoyando entonces la cara en ambas manos. Era una pequeña indulgencia que se concedía, un momento de debilidad, de rendición, de descanso. Después de que otro pequeño abandonara el

hospicio, siempre sobrevenía ese intervalo de vacuidad y compunción. No era que estuviera triste, no era que lo lamentara de ninguna manera; en el fondo de su corazón sabía que no tenía una gran hondura de sentimiento por aquellas criaturas perdidas que tan brevemente estaban bajo su cuidado. Pero sí quedaba un engorroso vacío que le llevaba un rato subsanar. Exhausta, ésa era la palabra: se sentía exhausta.

Sor Anselm llegó al despacho y entró sin tomarse la molestia de llamar. Renqueando, se arrimó a la ventana más próxima al escritorio de sor Stephanus y se encaramó para sentarse en el alféizar a la vez que sondeaba un bolsillo por debajo del hábito, sacó un paquete de Camel y encendió un cigarrillo. A pesar de todos los años transcurridos, el hábito de monja seguía sin sentarle bien del todo. Pobre Peggy Farrell, en otro tiempo el terror de Sumner Street. Su padre había sido estibador, Mikey Farrell, del condado de Roscommon: bebía, pegaba a su mujer y tiró a su hija por las escaleras una noche de invierno, dejándola lisiada de por vida. *Con qué viveza recuerdo estas cosas*, pensó sor Stephanus, *mientras que a veces tengo dificultades para recordar cuál era mi nombre*. Confió en que Peggy, sor Anselm, no hubiera ido a su despacho a endilgarle uno de sus sermones. Para que no hubiera ocasión, le dijo:

—Bueno, hermana, otra que se va.

Sor Anselm lanzó una colérica bocanada de humo hacia el techo.

—Hay muchas más en el sitio del que venía ésta —dijo.

Ay, ay, ay. Sor Stephanus se concentró de manera visible en los papeles que tenía sobre la mesa.

—En tal caso, hermana, ¿no es buena cosa —dijo con mansedumbre— que aquí estemos nosotras para cuidar de todas ellas?

Sor Anselm no iba a dejarse disuadir tan a la ligera. No en vano seguía siendo la misma Peggy Farrell que había superado toda clase de inconvenientes y obstáculos para obtener un título de Medicina con honores y ocupar su puesto entre los doctores del Hospital General de Massachusetts antes de que la Casa Madre le diera la orden de quedarse en St. Mary.

—Debo decir, Madre Superiora —dijo, y dio un énfasis irónico al título, como siempre sabía hacer—, que me da la impresión de que la moral de las muchachas irlandesas de hoy en día debe de ser francamente despreciable si se tiene en cuenta la cantidad de pequeños errores que nos caen en brazos.

Sor Stephanus se dijo que era mejor no decir nada, pero fue en vano. Peggy Farrell siempre había sabido cómo encontrarle las cosquillas, desde aquellos tiempos ya lejanos en que jugaban juntas las dos, la hija del abogado de poca monta y la hija de Mikey Farrell, en el portal de la casa de Sumner Street.

—No todas ellas son pequeños errores, como usted las llama —dijo, fingiendo seguir absorta en sus papeles.

—Entonces, como hay Dios —dijo sor Anselm— que la tasa de mortalidad entre

las madres de allá debe de ser tan alta como baja es la moral de las solteras, si así se da semejante cantidad de huerfanitos.

—Ojalá, hermana, que no hablara usted de ese modo —sor Stephanus supo mantener un tono controlado y llano—. No querría —continuó— tener que instituir procedimientos disciplinarios.

Se hizo un dilatado silencio. Sor Anselm, con un gruñido, bajó de un salto del alféizar y avanzó para apagar su cigarrillo en el cenicero de cristal que se hallaba sobre el escritorio, renqueando entonces hacia la puerta para desaparecer. Sor Stephanus permaneció inmóvil, contemplando el cigarrillo apresuradamente aplastado, del cual aún salía un fino y sinuoso hilillo de humo azul celeste.

En el departamento de Patología siempre era de noche. Ésa era una de las cosas que a Quirke le gustaban de su trabajo; más bien la única que le gustaba, pensaba a menudo. No es que tuviera un gusto especial por lo nocturno —*no soy más morboso que el patólogo de al lado*, insistía en la taberna, aun cuando suscitara una risa ruidosa entre los presentes—, pero sí se estaba descansado, cómodo, podría decirse, en aquellas profundidades a casi dos pisos por debajo de las aceras más bulliciosas de la ciudad. Además, allí tenía la sensación de ser parte de la continuación de prácticas ancestrales, de conocimientos secretos, de un trabajo tan sigiloso que no se podía llevar a cabo a plena luz del día.

Quirke había encomendado el trabajo de Dolly Moran a Sinclair aun sin saber bien por qué; desde luego, no tenía el menor escrúpulo en ser él quien abriese el cuerpo de una persona de la que había tenido un breve conocimiento. Sinclair había supuesto que sólo iba a ayudar a Quirke, pero éste le depositó el escalpelo en la mano y le dijo que se encargase de todo. El joven al principio estuvo suspicaz, temeroso de que se le hubiera puesto a prueba o se le hubiera llevado a una trampa de la profesión, pero cuando Quirke se fue a su despacho, murmurando que tenía papeleo atrasado y que tenía que poner cosas al día, acometió la tarea con entusiasmo. Lo cierto es que Quirke hizo caso omiso de los papeles que requerían su atención, y estuvo sentado una hora con los pies sobre la mesa, fumando y pensando, mientras escuchaba a Sinclair en la sala de disección, silbando a la vez que manejaba el bisturí y el serrucho.

Quirke había decidido asumir, por razones la mayor parte de las cuales no se tomó la molestia de indagar, que el asesinato de Dolly Moran no guardaba ninguna relación con el asunto de Christine Falls. Ciertamente, era sospechosamente coincidente que hubiera muerto tan sólo a las pocas horas de la segunda visita que hizo él a Crimea Street. ¿Había estado al tanto de que corría peligro? ¿Fue ésa la razón de que le negara la entrada en su casa? Algo de lo que le dijo a través de la puerta cerrada resbalaba de continuo por su mente, como una lombriz obstinada. Sin parar mientes en lo estúpido que podría haber parecido a cualquiera que le mirase desde la hilera de ventanas protegidas por visillos, al otro lado de la calle, se había inclinado para hablar con ella por la ranura del buzón, exigiendo, a fuerza de una cólera para la cual no halló explicaciones —cierto, estaba aún bastante borracho después del vino que había trasegado en Jammet—, que le hablase de la hija de Christine Falls, que le dijera qué había sido de ella. «*No le diré nada* —chistó Dolly Moran por toda

respuesta; su voz, ahora se lo parecía, podría haber salido por una rendija en la tapa de un ataúd—, *demasiado le he dicho ya*». ¿Y qué era lo que le había dicho con anterioridad, aquella tarde en la taberna ahumada, que pudiera ser ese *demasiado* que, a su juicio, había dado en revelar? Mientras estaba allí inclinado, dando voces en la ranura del buzón, ¿le había vigilado alguien? Ahora se lo preguntaba.

No, se dijo, no: estaba dejándose llevar por pensamientos caprichosos y ridículos. En su mundo, el mundo que habitaba allá arriba, a la luz del día, a nadie se le arrancaban de cuajo las uñas, ni se le abrasaban los sobacos con la punta de un cigarrillo; las personas a las que allí trataba no morían a mamporro limpio en la cocina de su casa. ¿Y qué había llegado a saber de Dolly Moran, salvo que le gustaba la ginebra con agua y que había trabajado tiempo atrás para la familia Griffin?

Se levantó y dio unos cuantos pasos por el estrecho espacio que se abría al otro lado de la mesa. El despacho era demasiado pequeño; cualquier parte era demasiado pequeña para él. Tenía de su propio yo, en lo físico, una imagen a medias cómica y a medias descorazonados: una peonza inmensa, precariamente en vilo, y mantenida en pie gracias a un impulso imparable, pero susceptible al menor roce de salir despedida en una dirección imprevisible y a una velocidad incontrolable, rebotando contra los muebles antes de detenerse sin remedio en algún rincón de difícil acceso. Su tamaño desmedido siempre le había resultado un estorbo. Desde la adolescencia había adquirido el corpachón de un autobús, y de ese modo constituyó un desafío natural primero para los matones del hospicio, después para los abusones del colegio, luego para los jugadores de rugby en los bailes y para los borrachos de las tabernas a la hora del cierre. A pesar de todo ello, nunca se vio implicado directamente en ningún episodio serio de violencia, y la única sangre que había derramado en la vida era la de la mesa de disección, aunque de esta sangre fuesen ríos los derramados por su mano.

La escena que presenció en la cocina de Dolly Moran le había afectado de una manera especial. A su debido tiempo se las vio con infinidad de cadáveres, no pocos más vejados que el de ella, a pesar de lo cual el patetismo de su predicamento, allí tendida sobre el suelo de piedra, atada a una silla de cocina, la cabeza en medio de un charco de sangre espesa, mezclada con sus propios sesos, le había provocado una creciente oleada de ira y de algo semejante a la pena, algo que no había remitido aún. Si pudiera echar el guante a quien le había hecho algo tan terrible, caramba, sería capaz... sería... Pero en ese punto su imaginación le abandonaba. ¿Qué podría hacer? No estaba en su persona el ánimo vengador. *Sí, los muertos*, había dicho Dolly. *No dan problemas*.

Sinclair llamó a la puerta acristalada y entró. Era un cirujano meticuloso. Uno podría merendar de la mano del señor Sinclair, le había asegurado una de las limpiadoras. No tenía apenas una sola mancha en el delantal de caucho, y sus botas verdes de laboratorio estaban impecables. Del fondo de un cajón del archivador

Quirke sacó una botella de whisky y se sirvió un chorro en un vaso. Era un ritual que había instituido con los años, la copa de después de la autopsia. A estas alturas, esa ocasión había adquirido en gran medida el aire solemne de un velatorio. Le pasó el vaso a Sinclair.

—¿Y bien? —dijo.

Sinclair estaba esperando a que él mismo se sirviera una copa, pero Quirke no tenía intención de beber en memoria de Dolly Moran, cuyos restos podía ver con toda claridad con sólo asomarse a la puerta acristalada, pálidos y relucientes sobre la plancha de acero.

Sinclair se encogió de hombros.

—Lo que suponíamos —dijo—. Traumas causados por objetos romos, hematoma intradural. Es probable que no se hubieran propuesto matarla. Cayó de costado con la silla, se le quebró el cráneo contra las piedras del suelo —miró el vaso que apenas había tocado, contenido sin duda por el inesperado comportamiento abstemio de Quirke—. Usted la conocía, ¿no es así?

Quirke se sobresaltó. No recordaba haberle dicho a Sinclair nada sobre sus tratos con Dolly Moran, y tampoco supo cómo debía responder. Su dilema lo resolvió la aparición, en los cristales de la puerta, a espaldas de Sinclair, de una silueta robusta, con sombrero e impermeable. Quirke se acercó a la puerta. El inspector Hackett ostentaba su habitual expresión de indiscernible contento, y había aparecido de rondón, como quien va al teatro y llega tarde al comienzo de la farsa. Era tan ancho como Quirke, pero al menos dos palmos más bajo, lo cual no parecía importarle. Quirke estaba acostumbrado a las estratagemas que adoptaban las personas de estatura normal para tratar con él, cargando el peso en los talones, enderezando vigorosamente los hombros, estirando el cuello al máximo, si bien Hackett no caía nunca en ninguna de ellas: miraba a Quirke desde abajo con unos ojos cargados de escepticismo, como si lo midiera de hito en hito, como si fuera él, y no Quirke, quien llevaba ventaja, quien disponía de una eminencia más encumbrada, si bien un tanto irrisoria. Tenía una cabeza grande y rectangular, una raja en vez de boca y una nariz como una patata mohosa y con brotes. Sus ojos, castaño claro, recordaban las lentes de una cámara, escrutándolo todo a su antojo, memorizándolo. Ante su mirada, Sinclair se dio prisa en dejar el vaso sobre la mesa sin haberse terminado el whisky, y murmuró algo antes de marcharse. Hackett le observó atravesar la sala de disección, dejando el delantal al salir y, sin apenas modificar el paso, echando una mortaja por encima del cadáver de Dolly Moran con un experto golpe de muñeca, antes de salir por las puertas batientes de color verde que había al fondo.

Hackett se volvió a Quirke.

—Así que ha delegado el trabajo, ¿no?

Quirke buscaba en el cajón de su escritorio un paquete de tabaco.

—Le venía bien hacer unas prácticas —dijo.

No tenía tabaco en el cajón de la mesa. El detective sacó un paquete y encendieron cada cual un cigarrillo. Quirke empujó el cenicero sobre la mesa. Tenía la sensación de estar a punto de embarcarse en una partida de ajedrez en la que era al tiempo uno de los jugadores y una pieza. La facilidad de trato de Hackett, su acento de las Midlands, no le llevaban a engaño; había visto al detective trabajar antes en otros casos.

—Bien —dijo Hackett—, ¿y cuál es la sentencia?

Quirke le relató los hallazgos de Sinclair. Hackett asintió, y se apoyó sobre uno de sus anchos muslos al borde del escritorio de Quirke. Por un momento, Quirke vaciló, pero también tomó asiento al otro lado de la mesa, en su silla giratoria. Hackett contemplaba el whisky de Sinclair, allí donde el joven lo había dejado, en una esquina de la mesa: una diminuta estrella de luz pura y blanca rebrillaba en el fondo del vaso.

—¿Quiere tomar una copa? —le ofreció Quirke.

Por toda respuesta, Hackett hizo una pregunta.

—¿La sometieron a alguna manipulación?

A Quirke se le escapó una breve carcajada.

—Si lo que quiere saber es si fue objeto de agresiones sexuales, la respuesta es no.

Hackett lo miró un momento sin expresión y el ambiente en el despacho se cargó de tensión, como si un tornillo que mantuviera en su sitio algo de vital importancia hubiera sido objeto de un cuarto de vuelta aplicado sin el menor esfuerzo.

—Eso es lo que quería decir, exactamente —dijo con suavidad el detective. No era un hombre del que nadie pudiera reírse como si tal cosa. La luz que se filtraba hacia arriba de la lámpara de mesa convertía su rostro en una máscara, el mentón prominente, las fosas nasales ensanchadas, las manchas de oscuridad absoluta en las cuencas de los ojos. Quirke volvió a ver, con una claridad que le estremeció, a la mujer en el suelo, las huellas de quemaduras en los brazos, la sangre casi renegrida bajo la única bombilla que colgaba del techo—. Así que no fueron allá a pasar el rato —dijo Hackett.

Quirke sintió una puñalada de irritación.

—¿Eso le había parecido? —dijo cortantemente. Hackett se encogió de hombros—. ¿Qué quiere decir —siguió diciendo— al hablar en plural? ¿Cuántos eran?

—Dos —dijo Hackett—. Lo sabemos, antes de que me lo pregunte, por las huellas que había en el jardín de la parte posterior. En la calle, nadie vio ni oyó nada, claro, o eso dicen, ni siquiera la estantigua que vive enfrente, aunque sospecho que es de las que podrían oír peerse a un gorrión. Pero a la gente, ya sabe, le gusta ocuparse de sus propios asuntos. Tuvieron que ser dos al menos para atar de ese modo a la

pobre Dolly. Damos por hecho que estuvo consciente en todo momento. No es fácil atar a una mujer por las piernas, no sé si lo ha intentado alguna vez. Son más fuertes de lo que parece, incluidas las que ya no son jóvenes del todo, como Dolly —Quirke trató de discernir una expresión en esa máscara en la sombra, pero no pudo—. ¿Tiene usted alguna idea de lo que andaban buscando? —siguió diciendo Hackett casi como si meditara en silencio—. Tuvo que ser algo que valiera la pena encontrar, porque pusieron la casa patas arriba.

Quirke había terminado el cigarrillo y Hackett le ofreció otro. Tras un instante de vacilación lo tomó. El humo rodaba sobre la mesa como la niebla de noche en el mar. Quirke volvió a oír la voz de Dolly Moran: *Lo tengo todo escrito*. Tosió para ganar un instante.

—No tengo ni idea de lo que podían andar buscando —dijo con una voz antinaturalmente alta a sus propios oídos. Hackett volvía a mirarlo, su rostro más que nunca convertido en una máscara. De algún lugar muy por encima de ambos, en las plantas superiores del hospital, llegó un estrépito en sordina. Qué raros, se dijo Quirke, con vaguedad y sin coherencia, los ruidos inexplicables que se hacen en el mundo. Como si ese ruido lejano hubiera sido una señal, Hackett se levantó de la mesa y caminó hasta la puerta para apoyarse contra la jamba, mirando el cadáver de Dolly Moran envuelto en la mortaja. La luz blanca que caía de las grandes lámparas del techo parecía tener una mínima vibración, una bruma incolora, palpable.

—En fin —dijo Hackett, regresando a la parte previa de su intercambio, como si no hubiera mediado un respiro—, Dolly conocía a esa muchacha... ¿cómo se llamaba?

—Christine Falls —respondió Quirke demasiado deprisa, o eso pensó.

Hackett asintió sin darse la vuelta.

—Eso es —dijo—. Pero dígame una cosa: ¿usted en una situación normal daría su número de teléfono a una persona que fuese amiga de alguien que hubiera muerto?

Quirke no supo qué contestar, pero algo tenía que decir.

—Me interesaba su... —se oyó decir—. Me interesaba Christine Falls, quiero decir.

Hackett tampoco se dio la vuelta. Siguió mirando por la puerta acristalada como si algo de gran interés estuviera sucediendo en la otra sala, vacía.

—¿Por qué? —dijo.

Quirke se encogió de hombros aun cuando el detective no le viera hacerlo.

—Por pura curiosidad —dijo—. Es algo que va con el trabajo. De tanto tratar con los muertos, uno a veces se pregunta por la vida que llevaron.

Se dio cuenta de lo artificioso de la frase, pero ya no podía hacer nada por corregirla. Hackett se volvió con su media sonrisa en los labios. Quirke tuvo una urgencia casi irresistible de decirle que se quitara de una vez, por Dios, el dichoso

sombrero.

—¿Y de qué murió? —preguntó Hackett.

—¿Quién?

—Esa chica, la tal Falls.

—De embolia pulmonar.

—¿Qué edad tenía?

—Era joven. A veces pasa.

Hackett se miró la puntera de las botas, con las alas del impermeable echadas para atrás y sujetas por las manos, que se había metido en los bolsillos de la chaqueta, abotonada, del traje azul. Alzó la vista.

—Bien —dijo, y se dirigió a la puerta—. Me marcho.

Quirke, sorprendido, empujó la silla hacia atrás sobre las ruedas y se puso en pie.

—¿Me hará saber —dijo con un deje de remota desesperación—, me hará saber, esto es, me comunicará si averigua alguna cosa?

El detective se dio la vuelta, con la sonrisa ensanchada sobre sus rasgos desdibujados, y habló en tono jovial, de buen humor.

—Ah, descuide. Averiguaremos cosas en abundancia, eso ni lo dude, señor Quirke. Cosas en abundancia.

Y sin dejar de sonreír se encaminó hacia la puerta, salió y cerró antes de que Quirke tuviera tiempo de salir de detrás de su escritorio. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, Quirke tomó el vaso de Sinclair y se ventiló el whisky que quedaba en el fondo, antes de dirigirse al archivador y pescar la botella para servirse otro trago. *Mal Griffin*, pensó con un mal humor enrabiado, *nunca sabrás cuánto me debes.*

No era exactamente lo que Claire había anhelado, la mitad superior de una casa con dos viviendas en Fulton Street, pero estaba a un mundo de todos los lugares en los que habían vivido desde que se casaron, lugares apenas mejores que meros albergues para vagabundos, y supo además que podría convertirlo en un hogar de verdad; lo mejor de todo es que era suyo, de los dos, ya que estaba pagado, sin que nada se adeudara al banco, y podían decorarlo como les viniera en gana. Era de maderamen gris, con el techo a dos aguas, inclinado, y un bonito porche a la entrada, con un balancín. Tenían tres habitaciones en el piso de arriba, así como una cocinita y un cuarto de baño. El cuarto de estar era muy luminoso, con una ventana apuntada en el extremo abuhardillado, como la ventana en la hornacina de una iglesia, que daba a la copa de un viejo castaño que crecía en el lateral de la casa, por cuyas ramas saltaban y volaban las ardillas. El empleado del señor Crawford había enviado a los pintores del taller mecánico de Roxbury, y ella misma pudo elegir los colores, un amarillo silvestre para el cuarto de estar, blanco para la cocina, cómo no, y un azul claro para el cuarto de baño. No estuvo muy segura del rosa pirulí que eligió para la habitación de la niña, pero ahora que la pintura ya estaba seca tenía una pinta espléndida. Los de la tienda habían prometido entregarle la cuna esa misma mañana, y Andy había dispuesto que sus pertenencias llegaran desde la casa antigua en la camioneta de uno de sus compañeros, por la tarde. Por el momento Claire disfrutaba de las habitaciones antes de que se llenaran. Le gustaba el espacio vacío tal cual era, el sol de soslayo en la pared del cuarto de estar, el modo en que la tarima de madera de arce sonaba a limpia, a sólida, bajo sus tacones.

—Oh, Andy —le dijo—, ¿a que es el sitio más hermoso? ¡Y pensar que es todo nuestro!

Él estaba arrodillado en un rincón, arreglando un enchufe suelto.

—Sí —dijo sin volverse—, el viejo Crawford tiene un gran corazón.

Ella se acercó y se situó a su espalda, inclinándose para rodearlo con los brazos por los hombros, paladeando su olor fuerte, metálico, que ella siempre había relacionado con el azul, el azul irisado de un aceite de motor derramado, o de una ondulada lámina de acero.

—Vamos —dijo, extendiendo las manos más allá de sus hombros y dándole con ambas manos una palmada en el pecho—, no seas aguafiestas.

A punto estaba de decir algo más, de decirle qué guapo lo encontraba con los pantalones oscuros y la chaqueta de sport, pero en ese momento despertó la niña que

dormía en el capazo. A Claire le emocionaba en secreto el modo en que la niña —Christine, tenía que acostumbrarse a llamarla por su nombre, incluso para sus adentros—, el modo en que el fino gemido de Christine, creciente, como el sonido de una flauta o algún instrumento de timbre agudo, ya le afectaba en lo más profundo, causando que algo se removiese en sus entrañas, acelerándole el pulso, como si fuese un puño que la golpease sorda y suavemente dentro de su pecho.

—A ver, a ver, ¿qué le pasa a la niñita? —susurró—. ¿Qué le pasa, eh? ¿No te gusta nuestra casita nueva?

Ojalá estuviera viva su madre para verla en esos momentos. Su padre sólo se echaría a reír, cómo no, secándose la boca con el dorso de la mano como si quisiera suprimir un regusto desagradable.

Sonrió a Andy e inspiró hondo por la nariz.

—Cómo huele —dijo—. ¡Pintura fresca!

Andy estaba haciendo equilibrios a la pata coja, poniéndose una bota.

—Tengo hambre —dijo—. Vayamos a por una hamburguesa.

Ella dijo que de acuerdo, aun cuando no tenía ningunas ganas de marcharse aún; su deseo era seguir allí y acostumbrarse a la casa, dejarse empapar por el entorno. Había un pequeño vestíbulo junto a la cocina, con una especie de puertaventana que se abría a unas escaleras de madera, temblequeantes, empinadas, por las cuales se descendía directamente al jardín lateral. Ésa sería la puerta de la calle. Andy bajó primero, salvando los peldaños de lado y sujetándola por el hombro para prestarle apoyo mientras ella le seguía con la niña en brazos. Ésa era una de las cosas que más le gustaban de él, la facilidad, la gracia con que sabía prestar ayuda no sólo a ella, sino también a cualquiera, a una mujer en una tienda, a los niños, al manco de la gasolinera en la autovía de salida de la ciudad, el que cuidaba de los surtidores; a veces, incluso a los negros.

El jardín de la parte posterior estaba de color ocre tras la sequedad del verano, y la hierba crujía bajo sus pies, soltando un polvillo que olía como a ceniza de madera; algunos saltamontes pequeños, del mismo color de la hierba, rechinaban con las patas posteriores y salían volando en todas direcciones. No había nada en esa parte del jardín, nada más que un albaricoque nudoso, y un viejo huertillo en el que alguien debía de haber cultivado verduras tiempo atrás.

—Bueno —dijo Claire con una risa compungida—, esto nos va a hacer pensar a fondo.

—¿Y qué te hace creer que será nuestro y que tendremos que pensar a fondo, eh? —dijo Andy.

Miraba más allá de donde ella estaba, hacia la casa, y Claire se volvió y vio a una mujer alta, de cara delgada, que se encontraba en el porche, mirándolos sin perder detalle. Tenía un cabello de color indefinido, sujeto en un moño bajo. Llevaba un

delantal marrón.

—Ah, hola —dijo Claire, adelantándose con la niña en un brazo y la otra mano tendida. Era una estrategia que había ideado para saludar a cualquier desconocido, adelantarse sin dar tiempo a que su natural timidez la obligara a detenerse. La mujer del porche no hizo caso de la mano que le tendía, de modo que la retiró de inmediato —. Soy Claire Stafford —dijo.

La mujer la miró de hito en hito, dando muestras de no estar ni mucho menos impresionada.

—Bennett —dijo. Cuando cerró la boca, sus labios formaron una línea recta, incolora.

Debía de tener unos treinta y cinco años, supuso Claire, aunque daba la impresión de ser más vieja. Claire se preguntó si el señor Bennett andaría por allí, o si existía incluso un señor Bennett.

—Encantada de conocerla —dijo—. Nos hemos mudado hoy mismo. Estábamos haciéndonos un poco a la casa.

La mujer asintió.

—He oído al crío.

Claire le acercó el bulto que llevaba en brazos.

—Ésta es Christine —dijo. La mujer hizo caso omiso de la niña: estaba mirando a Andy con los ojos entornados; estaba de pie sobre la hierba seca, con las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros y la cabeza ladeada, y la mirada de la mujer pareció caldearse un ápice, según notó Claire—. Es mi marido, Andy —dijo. Bajó la voz para hablar confidencialmente con la mujer—. Está un poco decepcionado —dijo—. Le parece que la casa es un poco más pequeña de lo previsto.

Se dio cuenta en el acto de que había sido un error decir una cosa así.

—¿En serio? —dijo la mujer con frialdad—. Pues será que está acostumbrado a vivir a lo grande, ¿no?

Andy debió de comprender, por la postura de Claire, que tenía que acudir en su rescate. Se adelantó con la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué tal, señorita...? —dijo.

—Bennett. Señora Bennett —repuso la mujer.

—¡No me diga! —alzó una mano fingiendo asombro y abrió al máximo sus ojos castaños y aterciopelados. Claire lo observó con una curiosidad en la que sólo había un remoto indicio de celos. Su encanto desconocía la vergüenza, y siempre le salía a cuenta, por evidentes que fuesen las mentiras que contara—. Bueno —dijo a la mujer—, pues me alegro muchísimo de conocerla.

Subió al escalón del porche y ella le permitió estrecharle la mano, que previamente se había secado con el delantal.

—Lo mismo digo —dijo.

Claire vio que él le sostenía los dedos un momento más de lo necesario antes de soltarlos, y cómo sus labios se tensaban en una sonrisa.

Se hizo el silencio entre los tres. Débilmente, como el rondar de un trueno lejano, Claire notó los primeros latidos de un dolor de cabeza que se avecinaba. El bebé flexionó el brazo, sacándolo de la manta como si ella, Christine, también quisiera saludar con su contacto a aquella mujer de cara endurecida y huesos largos. Claire se arrimó más contra el pecho el bulto cálido.

Andy se dio una palmada con ambas manos en las caderas.

—Bueno, es hora de almorzar, ¿no? —aguardó un segundo, pero si contaba con que la tal Bennett los invitase, se llevó un chasco—. Vamos a buscar un sitio donde comer algo, cariño —añadió—. Voy a buscar la cartera.

Subió por la escalera de madera de dos en dos. Claire sonrió a la señora Bennett e hizo ademán de seguirle.

—Espero —dijo la mujer— que la niña no sea una llorona. El ruido pasa muy fácil en estas casitas de paredes de papel.

Quirke no atinaba a recordar cuándo fue la última vez que estuvo en la capilla del hospital, y tampoco estaba muy seguro de lo que hacía allí en esos momentos. Las puertas, que daban al pasillo por el que se llegaba a Radiología, daban una nota incongruente con sus pomos llamativos y las dos estrechas vidrieras que alguna dama adinerada había costado un par de años antes en memoria de su hija, casada y muerta prematuramente. El aire siempre era frío allí dentro, un frío de un tipo peculiar, que no se percibía en ninguna otra parte, pero que Quirke relacionaba, sin explicación posible, con los lirios del florero que todos los veranos decoraban el altar de la capilla en Carriclea —tenía por costumbre creer que era siempre el mismo ramo, milagrosamente intacto—, en la campánula de uno de los cuales una vez osó meter los dedos, para palpar algo carnoso, viscoso, helado, cuyo tacto no había olvidado nunca. La capilla de la Sagrada Familia era pequeña, sin columnas ni altares laterales, de modo que no había manera de rehuir el ojo luminoso de la lamparilla de aceite, con pantalla rojo rubí, que ardía perpetuamente ante el sagrario. Fue allí, a las doce del día, donde Quirke encontró a Mal, arrodillado con las manos unidas y la cabeza gacha ante una estatua de San José. Se le acercó con sigilo y tomó asiento en el banco junto al cual estaba Mal arrodillado. Mal no se volvió, no dio muestras de haber percibido su presencia, pero en cuestión de un minuto o dos se persignó y se sentó en el banco con un suspiro. Los dos callaron un rato, hasta que Quirke levantó una mano e hizo un gesto indicando la estatua, la lamparilla del sagrario, el altar con el mantel blanco y recamado en oro.

—Dime una cosa, Mal. ¿Tú crees en todo esto?

Mal se paró a pensar.

—Lo intento —dijo. Miró de soslayo a su cuñado—. ¿Y tú? ¿Tú en qué crees?

—Yo de credulidades estoy curado hace mucho tiempo.

Mal inspiró con fuerza, como si le hiciera gracia.

—A ti te encanta decir idioteces como ésa, ¿no? —dijo. Se quitó las gafas y se frotó un ojo con el dedo, con fuerza, y luego el otro, antes de suspirar otra vez—. ¿Qué es lo que quieres, Quirke?

Le tocó a Quirke el turno de pararse a pensar.

—Quiero que me hables de la muerte de Dolly Moran.

Mal no acusó la menor sorpresa.

—A lo que se ve, de eso sé menos que tú —dijo—. No soy yo el que va por ahí metiendo la nariz en algunos sitios en donde el día menos pensado me la podrían

arrancar de cuajo.

Quirke rió con incredulidad.

—¿Eso ha sido una amenaza, Mal?

Mal miraba al frente con ojos pétreos.

—Tú a lo mejor crees que sabes qué estás haciendo, Quirke —dijo—, pero créeme si te digo que no tienes ni idea.

—Sé que Christine Falls no murió de una embolia —dijo Quirke, al principio muy tranquilo—, por más que tú dijeras que ésa fue la causa de la muerte. Sé que murió dejando una niña, sé que la niña no sobrevivió al parto, al menos es lo que tú me dijiste, pero sé que la niña ha desaparecido, o alguien la hizo desaparecer, sin dejar rastro. También sé que te dije que Dolly Moran llevaba un diario, y al día siguiente de decírtelo la torturaron y le rompieron la cabeza. Dime que todo esto no guarda relación entre sí, Mal. Dime que mis sospechas carecen de fundamento. Dime que no estás metido hasta el cuello en una serie de complicaciones que ni siquiera alcanzo a imaginar.

Quirke se acababa de sorprender a sí mismo. ¿De dónde había salido toda esa ira? ¿Contra qué injusticia protestaba? ¿La cometida contra Dolly Moran, la cometida contra Christine Falls, contra la hija de Christine Falls, o contra él? Claro que... ¿quién había sido injusto con él, quién le había perjudicado? Él no había muerto en medio de la sangría y los alaridos del parto, ni le había quemado nadie las carnes, ni le habían abierto la cabeza. Mal obviamente no se mostró impresionado. No dio respuesta. Tan sólo asintió con brusquedad, como si algo quedara confirmado, y se puso en pie. En el pasillo hizo una genuflexión y se alzó de nuevo, dándose la vuelta para marcharse, pero se detuvo. El traje sombrío le daba un aspecto ligeramente eclesiástico; incluso la corbata de lazo, azul oscuro, podría haber sido el complejo adorno de algún prelado perteneciente a una facción ultramontana de la Iglesia. Su expresión, cuando volvió a mirar a Quirke, era de frialdad y leve sorna, teñida además de un desprecio compasivo.

—Una cosa sí te diré, Quirke —dijo—. No te metas donde no te llaman.

Quirke, aún sentado, negó con un gesto.

—No va a ser posible —dijo—. Ya estoy metido en esto. Hasta el cuello, igualito que tú.

Mal salió de la capilla. Al cabo de un rato, Quirke se puso en pie. El ojo rojo, ante el altar, titilaba como si hiciera un guiño. Se estremeció. *El frío cielo...*

A Andy Stafford le gustaban sobre todo los trayectos nocturnos. No sólo era bastante mejor la paga, no sólo era más fluido el tráfico en la autovía. Algo tenía la altísima cúpula de la noche que le circundaba, y los faros de los grandes tráilers de seis ejes que la atravesaban, algo que le hacía sentirse al mando no sólo de su camión, de Transportes Crawford, con su carga de tejas o de piezas de recambio para automóviles o de hierro en lingotes. Lo que estuviera haciendo allá lejos era algo que a nadie interesaba, salvo a él mismo. Estaban solos él y la carretera, y alguna cancioncilla de un campesino con el corazón destrozado, en la radio de la cabina, que devanaba sus historias sobre sabuesos, soledades, anhelos, amores. A menudo, de pie en una gasolinera desierta, o al salir de un restaurante de carretera lleno de humo y olor a fritanga, donde se había tomado una hamburguesa, notaba la brisa en la cara y le daba la impresión de oler el aire limpio, con aroma a salvia, que llegaba cual si fuera un mensaje dirigido a él desde el Oeste, desde Nuevo México o Colorado, desde Wyoming quizás, e incluso desde las cumbres de las Montañas Rocosas, lugares en los que jamás había estado, y entonces algo se henchía en su interior, algo endulzado, solitario en apariencia, cargado de promesas de cara al día venidero, el día que ya tendía una fina línea de oro frente a él, en el horizonte.

Tomó la autovía, atravesó deprisa Brookline, cruzó la zona sur de la ciudad, desierta. Nada más doblar por Fulton Street apagó el motor y dejó que el camión aún avanzase en su inercia, en silencio, gracias a la suave pendiente de la calle que llevaba hasta la casa, los neumáticos siseando con libertad, debajo de él, sobre el asfalto. La señora Bennett —«Llámame Cora»— ya había empezado a hacer comentarios sobre el hecho de que aparcase el camión frente a la casa; sólo se lo había dicho a Claire, naturalmente, no a él. Bajó de la cabina de un salto, los músculos de los brazos y de los hombros doloridos, y la costura de los vaqueros encajada como una lazada caliente y húmeda entre las piernas. Todas las casas de la calle estaban a oscuras. Un perro dio comienzo a un aullido sin fuerza ni intención, pero calló enseguida. Aún quedaba una hora para el amanecer, el aire tenía la mordiente de la noche, a pesar de lo cual se sentó en el balancín del porche para descansar un minuto y mirar las estrellas, las manos entrelazadas tras la nuca, que ya le cosquilleaba y empezaba a destensársele. Las cadenas de las que colgaba el balancín rechinaban un poco, lo cual le hizo pensar en las noches que pasara en Wilmington cuando era niño, medio tumbado en el porche, de la misma manera, a fumarse un cigarrillo que había robado del bolsillo del peto que vestía su viejo, el

humo áspero y cortante en el aire fresco de la noche, el sabor a todo lo prohibido, las cervezas en las carreras, el whisky destilado clandestinamente, los jugos de las chicas, el propio sabor de todo lo que se disfrutaría siendo adulto y estando a millones de años luz de Wilmington, estado de Delaware o, más bien, Delanowhere. Rió para sus adentros. Cuando estaba allí soñaba con estar en un sitio como el sitio en que estaba; ahora que estaba en ese sitio, soñaba con volver a estar allí. Así había sido siempre en su caso, insatisfecho en dondequiera que estuviese, deseoso siempre de estar en otras ciudades, en otros tiempos.

Se levantó y caminó por el lateral de la casa, por delante de la ventana que, sabía, correspondía al dormitorio de Cora Bennett, y subió por las escaleras de madera hasta entrar en la casa por la puertaventana. Aún se percibía el dichoso olor a pintura reciente, que a veces le daba nauseas; creyó que también percibía los olores de la niña, a leche y algodón húmedo, a pañales sucios que olían como el pienso para los caballos. No se tomó la molestia de encender la luz: una suerte de bruma grisácea se filtraba por el cielo, al este, y por allí vio la fina, fea torre de la de St. Patrick, más allá de Brewster Street, perfilaba sobre el cielo con la estrella del alba por toda compañía, la única que aún era visible, asentada a plomo encima de la veleta que la remataba. Cuanto más aumentaba la luz de la mañana, más siniestro se tornaba su ánimo. Se preguntó, como ya venía haciendo de un tiempo a esta parte, cuánto tiempo iba a aguantar en la ciudad, antes de que las ganas incontenibles de marchar a otra parte le produjeran una comezón que por fuerza tuviera que rascarse de la única manera posible.

Se sentó en el cuarto de estar y se quitó las botas antes de despojarse de la camisa de faena sin desabotonársela. Con los brazos aún en alto se olisqueó los sobacos: olían más de la cuenta, pero no le apetecía tomarse la molestia de ducharse; además, Claire siempre decía que le gustaba su olor. De puntillas, en calcetines, entró en la habitación. Estaban bajadas las persianas, con lo que no enriaba ni una rendija de luz. Adivinó la silueta de Claire en la cama, pero no la oyó respirar. Le gustaba que durmiese tan profundamente, al menos cuando dormía y los dolores de cabeza no la obligaban a permanecer en vela. A tuestas en la habitación aún no del todo conocida, procurando no hacer un solo ruido, pues aún no deseaba que se despertase, se terminó de desvestir con impaciencia y premura y, desnudo, se acercó a la cama y levantó con cuidado las sábanas.

—Hola —susurró, introduciendo una rodilla por el lateral del colchón e inclinándose sobre la silueta tendida—. ¿Cómo está mi chica? —hubo un desperezarse desdoblado en dos, y dos voces, una de ellas la de Claire.

—¿Qué...? —murmuró.

La otra emitió un sonido urgente, húmedo, de succión.

—¡Dios del...! —exclamó y retrocedió él.

Era la niña, por supuesto, tendida junto a Claire y chupándose el puño. Claire la tomó en brazos y se incorporó, confusa y medio asustada.

—¿Eres tú, Andy? —dijo, y tuvo que carraspear.

—¿Y quién demonios iba a ser, eh? —dijo y le arrebató de los brazos a la niña acalorada, empapada y dormida—. ¿O es que esperabas a otro?

Ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y trató de quitarle a la niña.

—Es que estaba llorando —dijo con voz quejumbrosa—. Sólo intentaba que se durmiera.

Él ya había salido de la habitación, desplazándose en la oscuridad como un espectro titilante. Ella volvió a sumirse en la almohada con un tenue gemido, y se llevó una mano al cabello. Trató de ver qué hora era, pero el reloj del armario contiguo a la cama estaba vuelto del otro lado. El pañal de la pequeña debía de haber rezumado, y tenía una mancha húmeda y grande en el camisón. Supo que se lo iba a quitar, pero no quiso estar desnuda cuando volviese Andy. Era demasiado tarde, o demasiado temprano, para lo que ella bien sabía que quería él, y estaba cansada, pues la niña la había despertado ya dos veces. Sin embargo, Andy no hizo caso, o prefirió no fijarse en la mancha húmeda, en el tenue olor a amoníaco, y fue él quien le quitó el camisón, obligándola a sentarse y a estirar los brazos, tirándole con fuerza de la tela por encima de la cabeza y arrojándola a sus espaldas, al suelo.

—Ay, cariño —empezó a decir ella—, escucha, estoy...

Él no la escuchó. Se estiró encima de ella, obligándola a separar las piernas —él tenía las rodillas heladas—, y de pronto estuvo dentro de ella. Oía a cerveza y tenía los labios aún grasientos de algo que había comido. Ella se sintió congelada, y alargó la mano y encontró a un lado la sábana y el cobertor, que colocó por encima de la espalda de él, arqueada y rítmica. A duras penas lo percibía, estaba fatigada y pensando en otras cosas, pero aun así comenzó a deslizarse al unísono con él, y tuvo esa sensación conocida, de leve pánico, como si fuera hundiéndose lenta, lánguidamente, bajo el agua.

—Cariño —susurró él a su oído con una voz áspera, inquieta, perdida, que a ella la llevó a abrazarse aún con más fuerza a él—, oh, cariño.

Ella lo oyó antes que él, el llanto de la niña a oscuras, desenrollándose como una serpentina, un alarido escueto, exigente, imposible de ignorar. Andy se quedó quieto, tendido encima de ella, y levantó la cabeza.

—Joder —dijo él, y asestó un puñetazo contra la almohada, al lado de la cabeza de ella—. ¡Joder, joder, joder!

Y cuando ya empezaba ella a amedrentarse, él se echó a reír.

Por la mañana seguía estando de un humor guasón. Ella colgaba a secar las sábanas en el tendedor que él había improvisado entre una de las gruesas ramas del

castaño y el poste de arranque de la escalera —la señora Bennett aún no había dicho nada de este artilugio; ella disponía de una especie de secadora eléctrica—, cuando él se le acercó por detrás, sigiloso, tomándola por la cintura y levantándola en vilo para describir un círculo. Se habría alegrado, y mucho, de verlo feliz y contento, pero no estaba segura de que eso fuera señal de su felicidad. Tenía una especie de mirada asilvestrada en los ojos, como si hubiera corrido a toda velocidad un buen trecho y sólo entonces acabara de detenerse. Cuando la dejó de nuevo en el suelo era ella la que estaba sin resuello. Con los dedos de una mano le abrió el cuello de la camisa.

—Eh —dijo con suavidad—, ¿qué tenemos aquí? —tenía una moradura del tamaño de un dólar de plata en la base del cuello—. ¿De dónde ha salido?

—Ah —dijo ella dándose la vuelta para colgar otra sábana—, es que ayer por la noche, o más bien al amanecer, un bruto enorme y desconsiderado se coló en mi cama. ¿No lo oíste?

—Pues no. He dormido como un tronco. Ya me conoces, cariño —la rodeó de nuevo con ambos brazos, por detrás, y encajó lentamente las caderas contra ella—. Dime —susurró, con la boca demasiado caliente y pegada a su oído. Sus brazos eran como dos cables de acero al rojo—, ¿qué más dices que te hizo ese bruto enorme y desconsiderado?

Ella se dio la vuelta, conteniendo la risa por poco, y él alzó más los brazos, poniendo ambas manos sobre los omóplatos de ella y arrimándola con fuerza contra el pecho, mientras ella aplicó la boca abierta sobre la suya y él absorbió la dulzura de su aliento en el instante en que se encontraron ambas lenguas. Se levantó una brisa en algún rincón, tal vez de nuevo en las lejanas Montañas Rocosas, dando de lleno sobre la sábana húmeda del tendedor, con la cual quedaron un instante envueltos. Besándose, no vieron en una ventana de la planta inferior de la casa una cara de labios finos, unos ojos fríos que los miraban.

La noche otoñal ya caía mientras Quirke caminaba por Raglan Road. Se formaban halos de neblina en torno a las farolas, y el humo descendía de las chimeneas en los altos tejados; notó el sabor a humo de carbón en los labios. Mentalmente iba ensayando la conversación —la palabra *confrontación* le rondaba de un modo preocupante— que ya lamentaba haber buscado. Podía aún evitarla, siempre que de veras lo quisiera. ¿Qué iba a impedirle darse la vuelta allí mismo, en redondo, y largarse tal como se había largado de tantas otras cosas a lo largo de su vida? ¿Por qué había de ser diferente esta vez? Podía localizar un teléfono —mentalmente oyó a Dolly Moran decirle *Tuve que recorrer tres o cuatro calles hasta la cabina del teléfono*— y llamar y aducir cualquier excusa, decir por ejemplo que el asunto del que quería hablar ya se había resuelto por sí solo. Pero a la par que daba vueltas a estos pensamientos sus piernas lo llevaban por su camino, y se encontró entonces ante la cancela de la casa del juez. Subió los desgastados peldaños de la entrada. Había una luz tenue en el dintel, pero ninguna en las altas ventanas de uno y otro lado; casi a su pesar quiso que el anciano se hubiera olvidado de su cita y se hubiese marchado a pasar la velada en el Stephen's Green Club, tal como tenía por costumbre. Accionó el cordel y oyó que la campana tintineaba y esparcía su eco por el interior, aumentando de ese modo sus esperanzas, pero al cabo oyó el ruido inconfundible de los pasos de la señorita Flint, que se acercaban a la puerta. Preparó la cara obligándose a esbozar una sonrisa: la señorita Flint y él eran adversarios desde antaño. Cuando le abrió la puerta, él tuvo la impresión de que a duras penas contenía una mueca de profundo desagrado. Era de corta estatura y de rasgos afilados, y llevaba el cabello áspero, sin una sola cana, en forma de casco, por lo cual parecía que fuera una peluca, y por lo que Quirke alcanzaba a saber bien podía serlo.

—Señor Quirke —dijo con la voz más seca que pudo adoptar, con una insinuación apenas perceptible de haber añadido a lo dicho los signos de una exclamación nada acogedora. Se mostraba escrupulosa, vengativamente cortés.

—Buenas noches, señorita Flint. ¿Está el juez en casa?

Retrocedió y abrió la puerta del todo.

—Está esperándole.

El aire del vestíbulo estaba remansado, y aún se percibía cierto residuo del olor a moho del anciano. La bombilla de la lámpara que colgaba del techo era de sesenta vatios, o menos; la pantalla recordaba lo que él imaginaba que sería la piel seca. Se le encogió el corazón. Había sido feliz en aquella casa, cuando la yaya Griffin aún vivía.

Los gritos en el vestíbulo, Mal en las escaleras, en el instante de apoderarse del balón de rugby que Quirke le acababa de lanzar, los dos con pantalón corto y la corbata del uniforme del colegio, los faldones de la camisa por fuera del pantalón. Sí, había sido feliz.

La señorita Flint tomó su sombrero y su gabardina y lo condujo al corazón de la casa, haciendo rechinar las gruesas suelas de goma de sus zapatos de carcelera sobre el suelo de parqué y de baldosa. Como tantas otras veces, Quirke descubrió que estaba preguntándose qué cosas sabía ella, qué secretos de familia. ¿Vigilaba también a Mal con esa mirada escrutadora, aviesa, en las contadas visitas que hacía a la casa de su padre?

El juez había oído la campanilla, y había acudido a la puerta de lo que él llamaba su despacho. Cuando Quirke lo vio allí de pie, en zapatillas, con la vieja chaqueta gris de punto, casi tan alto como el propio Quirke, aunque un tanto encorvado, examinando con ansiedad las sombras, se le ocurrió que ya no estaba lejos el día en que llamara a la puerta de la calle y se encontrase a la señorita Flint con una banda de luto en la manga y los ojos enrojecidos. Dio un paso al frente, de buen ánimo, forzándose de nuevo a sonreír.

—Adelante, hombre —dijo el juez desde el umbral de su cuarto, haciendo un movimiento de acogida con el brazo—, adelante, que ese vestíbulo parece una nevera.

—¿Querrá usted tomar té? —preguntó la señorita Flint.

—¡No! —dijo el juez, y puso la mano sobre el hombro de Quirke para hacerlo pasar—. ¡Té! —dijo, cerrando la puerta con fuerza tan pronto hubieron pasado—. Por Dios bendito, esa mujer... —condujo a Quirke a la chimenea, a un sillón situado enfrente—. Siéntate y entra en calor, ya tomaremos un sorbo de algo un poco más potente que el té.

Se acercó a un aparador y se ajetreó con los vasos y la botella de whisky. Quirke miró a su alrededor los objetos de sobra conocidos: el viejo diván de cuero, el escritorio antiguo, el retrato de la tía Griffin cuando aún era una esposa joven, sosegada y sonriente, con el cabello ondulado, obra de Sean O'Sullivan. Quirke era una de las contadas personas a las que el juez daba permiso para entrar en esa estancia. Ya de chiquillo, aún medio asilvestrado tras los años pasados en Carriclea, se le permitía entrar a su antojo en el despacho del juez; muchas veces, en una tarde de invierno, antes de que Mal y él fueran internos a St. Aidan, allí se acomodaba, en el mismo sillón, junto a un fuego de abundante carbón vegetal que bien podría haber sido ese mismo, a hacer sus operaciones matemáticas y a estudiar latín, mientras el juez, que entonces sólo era abogado, permanecía ante su escritorio preparando un informe. Mal, entretanto, hacía los deberes en la mesa blanca de la cocina, donde la tía Griffin le daba galletas de harina integral y leche tibia, y le preguntaba por el

funcionamiento de sus tripas, pues se daba por supuesto que Mal era un chiquillo de salud delicada.

El juez trajo los whiskys y le dio a Quirke su vaso, sentándose frente a él.

—¿Ya has cenado?

—Sí, estoy bien.

—¿Estás seguro?

Examinó a Quirke con más atención. El paso de los años no había embotado el avezado oído del anciano, y había sabido reparar en la nota de incomodidad de la voz de Quirke cuando éste le llamó para preguntar si podía acercarse a charlar con él. Bebieron en silencio durante unos minutos, Quirke frunciendo el ceño mientras miraba el fuego y el juez lo miraba a él. El humo del carbón vegetal, con un olor tan penetrante como el de los meados de gato, a Quirke le provocaba picor de nariz.

—Bien —dijo por fin el juez, con voz campanuda y forzosamente animosa—, ¿cuál es ese asunto tan urgente que te trae por aquí? No te habrás metido en problemas, ¿eh?

Quirke negó con un gesto.

—Se trata de una chica... —empezó a decir, y calló.

El juez soltó una carcajada.

—Vaya, vaya —dijo.

Quirke esbozó una sonrisa desdibujada y de nuevo negó con un gesto.

—No, no es eso, nada de eso —volvió a mirar el corazón rojo y palpitante del fuego. *Adelante, termina cuanto antes*—. Se llamaba Christine Falls —dijo—. Iba a tener un hijo, pero murió. A su cuidado estaba una mujer apellidada Moran. Después de la muerte de Christine Falls, la tal Moran fue asesinada —calló y respiró hondo.

El juez parpadeó rápidamente unas cuantas veces y asintió.

—Moran —dijo—, sí. Algo me suena, algo he leído en el periódico. Pobrecilla —se inclinó y tomó el vaso de Quirke, sin darse cuenta al parecer de que aún le quedaba un dedo por beberse, se puso en pie y se dirigió al aparador.

—Mal —dijo Quirke— redactó un expediente sobre ella, sobre Christine Falls.

El juez no se dio la vuelta.

—¿Que redactó un expediente? ¿Qué quieres decir?

—Que lo hizo de tal modo que no apareciera mención del hijo que esperaba.

—¿Estás diciéndome —miró a Quirke por encima del hombro—... estás diciéndome que lo falseó?

Quirke no dijo nada. El juez se quedó donde estaba, con la cabeza vuelta, mirándolo, y de pronto abrió la boca y emitió un sonido que podría estar a mitad de camino entre un gemido con el cual negara lo que acababa de oír y un grito con el que expresara su cólera. Rechinó el cristal al resbalar sobre el cristal y se oyó el gorgoteo del whisky que manaba libremente del cuello de la botella. El juez masculló

entre dientes, maldiciendo su mano temblorosa.

—Lo lamento —dijo Quirke.

El juez, una vez enderezada la botella, inclinó la cabeza y permaneció en silencio durante todo un minuto. Se oyó el goteo del whisky derramado que caía al suelo. El anciano se puso lívido.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Quirke? —preguntó.

—No lo sé —repuso Quirke.

El juez volvió con los dos whiskys bien terciados y tomó asiento.

—¿Podrían prohibirle el ejercicio de la profesión? —preguntó el juez.

—Dudo mucho que la cosa llegara a tanto. No hay verdadero indicio de mala práctica, al menos que yo sepa.

El juez emitió una especie de risa.

—¡Mala práctica en Mal! —dijo—. Por Dios que es una broma de pésimo gusto —se paró a meditar con enojo evidente—. De todos modos, ¿qué relación tenía con esa chica? Supongo que era su paciente...

—No estoy seguro de que lo fuera. Él estaba al cuidado de ella, así es como él mismo lo expresó. Había trabajado una temporada en la casa.

—¿En qué casa?

—Sarah la tomó como criada para que ayudase a Maggie. Luego, parece que la chica se metió en algún lío —miró al juez, que permanecía con los ojos bajos, meneando lentamente la cabeza, el vaso de whisky olvidado en la mano—. Dice que reescribió el expediente para ahorrar a la familia el conocimiento del hijo que esperaba.

—¿Y a él qué se le ha perdido al ahorrar a nadie ningún sentimiento? —explotó el juez colérico—. Es un médico, tiene un juramento que cumplir, se supone que ha de ser imparcial en todo. Maldito bobo, dichoso irresponsable... De todos modos, ¿de qué murió la chica?

—De hemorragia posparto. Se desangró.

Callaron los dos, el juez explorando el rostro de Quirke, tal como, se dijo éste, un acusado ante el tribunal, en los viejos tiempos, podría haber explorado el rostro del juez, ansioso por hallar indulgencia. Se volvió a un lado.

—¿Murió en casa de Dolly Moran? ¿Es así? —Quirke asintió—. ¿Mal también la conocía a ella?

—A ella le pagaba para que cuidase de la chica.

—Bonitos conocidos los que tiene mi hijo —masculló, apretando los músculos de las mandíbulas—. Obviamente has hablado con él de todo esto, como es natural.

—Apenas dice nada. Ya sabes cómo es Mal.

—Me pregunto si lo sé —hizo una pausa—. ¿No dijo nada del asunto que se trae entre manos con los de Boston?

Quirke negó con un gesto.

—¿Qué asunto es ése?

—Ah, tiene en marcha una obra de beneficencia allá en Boston, con Costigan y los Caballeros de St. Patrick, ya sabes, parece que ayudan a las familias católicas. Tu suegro, Josh Crawford, es quien la financia.

—Pues no, Mal no me dijo nada de eso.

El juez se bebió el whisky que le quedaba de un solo trago.

—A ver, dame el vaso. Creo que nos vendrá bien otro vasito para poner las ideas en claro —desde el aparador le dijo—: ¿Sarah sabe algo de todo esto?

—Lo dudo —dijo Quirke. Volvió a pensar en Sarah, el domingo por la mañana a la orilla del canal, mirando los cisnes sin verlos, cuando le pidió que hablase con su marido, del cual dijo que era un hombre bueno. ¿Cómo iba él a saber si Sarah lo sabía o no lo sabía?—. Si yo estoy al corriente es porque di con él cuando estaba redactando ese expediente.

Se puso en pie. De pronto le abrumó el calor excesivo de la estancia, el humo acre de la chimenea, el olor a whisky que el juez había derramado, y la sensación abrasadora que tenía en la superficie de la lengua, debida al alcohol. El juez se volvió hacia él como si estuviera sorprendido, con los dos vasos sujetos contra el pecho.

—Tengo que irme —dijo Quirke sucintamente—. He de ver a una persona.

Era mentira. El anciano pareció contrariado, pero no protestó.

—¿No quieres...? —alargó hacia Quirke su vaso, pero éste negó con un gesto, de modo que el anciano se dio la vuelta y dejó ambos vasos en el aparador—. ¿Estás seguro de que has cenado? No sé por qué, pero tengo la impresión de que no te cuidas como debieras.

—Ya tomaré algo en la ciudad.

—Flint te puede preparar una tortilla en un momento... —asintió como si se arrepintiera—. No, ya sé que no es la más tentadora de las ofertas posibles, eso seguro —ya en la puerta se le ocurrió algo y se detuvo—. ¿Quién mató a la tal Moran? ¿Se sabe algo?

—Alguien entró por la fuerza en la casa.

—¿Ladrones?

Quirke se encogió de hombros.

—Tú la conocías —dijo. Observó el rostro del anciano—. Me refiero a Dolly Moran. Trabajó para la yaya y para ti, y después para Mal y para Sarah, cuidando a Phoebe. Por eso supo Mal adonde acudir en busca de ayuda en el caso de Christine Falls.

El juez miraba a un lado, con el ceño fruncido y gesto pensativo. Cerró entonces los ojos y emitió un grito como el de antes, aunque más cargado de pena.

—¿Dolly... Dolores? —dijo, y pareció a punto de perder pie, de modo que

Quirke extendió la mano para afianzarlo—. Dios misericordioso... ¿Era Dolores? No lo había relacionado. Oh, no. Oh, Dios, no. Pobre Dolores.

—Lo lamento —volvió a decir Quirke. Parecía haber estado diciendo lo mismo desde el momento en que llegó. Salió al vestíbulo, el juez tras él como si estuviera aturdido, con los brazos rígidos a uno y otro costado. Por un instante, Quirke reparó en el parecido que tenía con Mal—. Era muy leal, Dolly era muy leal —dijo Quirke—. Todos los secretos que tuviera los ha guardado hasta el fin. Mal debería estarle agradecido.

El anciano no parecía haberle escuchado.

—¿Quién se ocupa del caso? —preguntó.

—Un tipo llamado Hackett. Detective inspector Hackett.

El juez asintió.

—Lo conozco. Es de fiar. Si algo te preocupa, puedo hablar con él, o encargarme de que alguien corra una voz.

—Yo no estoy preocupado —dijo Quirke—. No por mí, vaya.

Habían llegado a la puerta de la calle. De pronto a Quirke se le ocurrió que estaba sintiendo con especial potencia una especie de complacencia avergonzada. Recordó una ocasión en la que Mal y él aún eran dos chiquillos, y el juez lo citó en su despacho y le hizo permanecer de pie ante el escritorio mientras lo interrogaba a propósito de alguna fechoría de poca monta, una ventana rota de una pedrada, o unas colillas de cigarrillos escondidas en una lata de cacao en el armario de la ropa de cama. ¿Quién había lanzado la piedra con un tirachinas?, le preguntó el juez; ¿quién se había fumado los cigarrillos? Al principio, Quirke insistió en que no sabía nada; al final, al ver con toda claridad cuánta autoridad había invertido el juez en el interrogatorio, reconoció que Mal era el culpable, cosa que muy probablemente, se dijo, el juez sabía ya. La sensación que tenía en esos momentos era similar a la de entonces, sólo que era mucho más intensa, una mezcla hirviente de culpa y de contento, a la cual se sumaba la desafiante certeza de tener razón. En aquella ocasión el juez le dio las gracias solemnemente y le dijo que había hecho lo que había que hacer, aunque Quirke detectó en sus ojos una mirada evasiva, de... ¿de qué? ¿De decepción, de desagrado, de desprecio?

—El asunto del expediente —dijo Quirke— y todo eso... Yo soy el único que está al corriente. No he dicho nada a Hackett ni a nadie.

El juez de nuevo meneaba la cabeza.

—Malachy Griffin —murmuró—, eres un imbécil de tomo y lomo —con pesadez, puso la mano sobre el hombro de Quirke—. Entiendo tu interés por lo de la chica, esa tal... Falls, naturalmente —dijo—. Estabas pensando en Delia, la misma forma de acabar.

Quirke negó con un gesto.

—Estaba pensando en Mal —dijo—. Estaba pensando en todos nosotros, en la familia.

El juez pareció escucharle sólo a medias. Aún tenía la mano posada en el hombro de Quirke.

—Me alegro de que me lo hayas dicho —dijo—. Has hecho bien —*Eres un buen chico*—. ¿Crees que debería hablar con él?

—¿Con Mal? —Quirke negó con un gesto—. No, es mejor dejarlo como está, o a mí así me lo parece.

El juez lo estaba mirando.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Tú lo vas a dejar como está?

Quirke no supo nunca qué pudo haber contestado, ya que en ese instante la señorita Flint se adelantó con su rechinar de suelas de goma, impasible la expresión, trayendo el sombrero y la gabardina de Quirke. ¿Cuánto tiempo, se preguntó éste, había estado allí de pie, a la escucha?

Lo que de veras quería Andy era un coche. No un coche cualquiera, de los que terminaban de montar los lunes lluviosos en Detroit los negros resacosos de alcohol barato. No. Él había puesto todo su afán en un Porsche. Sabía exactamente qué modelo quería, un Spyder 550 cupé. Había visto uno cerca del parque, adonde lo había arrastrado Claire con la niña un día a dar un paseo. A decir verdad, antes de verlo lo oyó, un rugido grave y sordo que durante un momento espeluznante convirtió el parque en la sabana, y los robles en palmeras. Se dio la vuelta con todo el instinto erizado, y allí estaba la bestia, palpitante frente a un semáforo rojo, en el cruce de Beacon Hill y Charles Street. Era pequeño para armar semejante ruido, de un escarlata caramelo, con unos neumáticos de casi medio metro de ancho, y tan bajo de perfil, tan pegado al suelo, que era digno de preguntarse cómo podía una persona de tamaño normal sentarse al volante. Llevaba la capota abierta; más adelante, pensando en su tranquilidad de espíritu, se dijo que ojalá la hubiera llevado cerrada. Conducía un tipo normal y corriente de Boston, dándose las de ser, eso sí, uno de esos ingleses de anuncio de revista, con el pelo peinado con gomina y bastante amariconado, con una chaqueta azul, cruzada, con dos hileras de botones dorados y un pañuelo de color dorado, suelto, por dentro del cuello de la camisa blanca de sport. Lo malo fue que la chica que iba a su lado era para caerse de espaldas. Tenía una especie de perfil aindiado, de pómulos altos y una nariz que bajaba en línea recta desde la frente. Pero no tenía ni un pelo de india, era puritita clase alta bostoniana, con la piel de color miel, y los ojos grandes, azules, separados, una boca roja y cruel del mismo tono que la pintura del coche y una abundante melena rubia, que se apartaba hacia un lado, desde la frente, con un brazo esbelto y pálido, gesto con el cual dejó ver a Andy un solo instante la delicada sombra azulada de su axila depilada. Ella notó la avidez con que él la miraba y le dedicó una mirada divertida, burlona, distante, que vino a decirle: *Eh, guaperas, tú hazte con una educación universitaria, un papaíto rico de verdad y unos ingresos de unos doscientos mil al año, además de un coche como éste, y ¿quién sabe? A lo mejor, una chica como yo se deja que la invites a un Manhattan una de estas noches en el Ritz-Carlton.*

Ese sábado había ido a Cambridge, a un sitio de compraventa de vehículos usados, en donde tenían un Porsche en oferta. No era un Spyder, sino un 365. Tenía muy buena pinta, brillantado como un escarabajo negro y reluciente, aparcado en medio de una flotilla de armatostes con mucho cromado postizo, de lo mejorcito de Estados Unidos, pero le bastó pasar dos minutos con la cabeza dentro del capó para

saber que no valía nada, que alguien le había arrancado el corazón a acelerón limpio, y que probablemente había sufrido un accidente de cierta consideración. Por otra parte, ¿a quién pensaba que estaba engañando? No tenía pasta para comprárselo, no la tendría ni aunque se lo ofrecieran por la décima parte del precio que marcaba. El viaje hasta la otra orilla del río le había costado dos trayectos en autobús, más otros dos de vuelta, y se encontraba en casa y sin ningunas ganas de recibir visitas.

Cuando dobló por Fulton Street, con los pies doloridos y un cabreo de cuidado, vio un Olds aparcado en el bordillo, ante la casa. No era un Porsche, pero era grande y era nuevo y era brillante, y nunca lo había visto con anterioridad. Lo estaba estudiando con ojos de experto cuando Claire apareció por el lateral de la casa con un cura pelirrojo que llevaba el sombrero en la mano. Andy no supo por qué se había fijado antes que nada en el sombrero, pero fue, de todo el cura, lo que menos gracia le hizo: era un sombrero hongo, negro, normal y corriente, pero algo había en su manera de llevarlo, sujetándolo por la copa, igual que un obispo o un cardenal que llevara uno de esos tiestos de cuatro esquinas que gastaban al decir misa, no acertó a acordarse del nombre, aunque tenía un nombre de pistola, italiano tal vez, aunque tampoco recordó el nombre de la pistola, todo lo cual le sirvió sólo para sentirse más irritado aún. A Andy no le caían bien los curas. Sus padres habían sido católicos, más o menos; por Pascua, su madre se abstenía de darle a la ginebra de día y lo llevaba junto con los demás chiquillos, en autobús, hasta Baltimore, a oír misa mayor en la catedral de Santa María la Reina. Había aborrecido aquellas excursiones, el aburrimiento en el Greyhound, los bocadillos de mortadela que eran cuanto iban a comer hasta regresar a casa por la noche, y el gentío sobre todo de irlandeses de chichinabo, gordinflones que apestaban a panceta y a col, además de los tíos medio locos que cantaban a voz en cuello y gemían ante el altar, con aquellos extraños ropajes que parecían hechos de metal, de algo de plata, o de oro tal vez, con letras de color púrpura y cruces y cayados de pastor recamados a la espalda y en el pecho, y tal hedor a santurronería que a uno le daban ganas de vomitar y de murmurar a la vez que se hacían las preces en latín, de las cuales no entendían ni papa. No, Andy Stafford no tenía ningún aprecio por los curas.

Éste resultó llamarse Harkins, y era irlandés por los cuatro costados, hasta las raíces de su grasiento pelo rojizo. A Andy le estrechó la mano a la vez que lo miraba de reojo, todo sonrisillas y dientes manchados, aunque tenía unos ojos pequeños y verdosos, tirando a amarillos, aguzados como los de un gato.

—Encantado de conocerte, Andy —dijo—. Claire me estaba hablando de ti —¿así que ella le estaba hablando de él? Vaya, vaya. Andy trató de mirarla a los ojos, pero ella no le quitaba el ojo de encima al irlandés—. Pasaba por aquí —siguió diciendo Harkins—, y me pareció buena idea haceros una visita.

—Claro —dijo Andy. Si la visita había sido tan casual, ¿cómo era que Claire se

había puesto su mejor vestido verde, además de haberse acicalado?

—La niña va a recibir una bendición especial del Santo Padre —dijo Claire con evidente alborozo. Aún le costaba trabajo mirarle a él a los ojos. ¿Con qué le había estado calentando la cabeza el capellán?

—Así que piensa llevársela a Italia, no me diga más —dijo Andy a Harkins, el cual se echó a reír con un brillo intenso en sus ojos verdes.

—Más bien será cosa de que Mahoma venga a la montaña —dijo—, aunque no estoy muy seguro de que al arzobispo le hiciera gracia la comparación. Su Eminencia dispensará la bendición en el nombre del Papa —Andy a punto estaba de decir algo, pero el cura se volvió hacia Claire y lo dejó con un palmo de narices, dándole a entender que ésa era su intención—. Es mejor que no pierda el tiempo —dijo—, pues aún me quedan algunas visitas por hacer.

—Gracias por venir, padre —dijo Claire.

Harkins se dirigió al coche, abrió la puerta y arrojó el sombrero al asiento del copiloto antes de sentarse al volante.

—Dios los bendiga —dijo, y a Andy—: ¡Siga con las buenas obras! —a saber qué quiso decir con eso. Cerró de un portazo y arrancó el motor. Sólo tenía seis cilindros, como detectó Andy con satisfacción.

Al alejarse el automóvil del bordillo —quemando aceite, a juzgar por el humo del tubo de escape—, Harkins alzó una mano del volante e hizo un veloz gesto con los dedos, como si dibujara algo en el aire: ¿había sido eso una bendición? El arzobispo tendría que hacerlo algo mejor.

Andy se volvió a Claire.

—¿Qué quería?

Ella aún estaba despidiéndose, ondeando la mano. Se estremeció, pues hacía un día nublado, frío.

—La verdad es que no lo sé —respondió—. Supongo que sor Stephanus le habrá pedido que venga a visitarnos.

—No se fía de nosotros, ¿eh?

Ella reparó en lo que él estaba diciendo —¡la verdad era que estaba celoso de todo y de todos!—, y suspiró y lo miró.

—Andy, que es un cura. Sólo ha venido a hacernos una visita.

—Bueno, pues esperemos que no le dé por venir a visitarnos muy a menudo. No me gusta que los curas pululen por la casa. Mi madre siempre decía que traían mala suerte.

No eran pocas las cosas que Claire podría decir de la madre de Andy, con sólo atreverse.

Dieron la vuelta por el lateral y subieron la escalera de madera. Claire le dijo que la señora Bennett había salido.

—Llamó por ver si necesitaba alguna cosa de la tienda —sonrió por encima del hombro con cara de tomarle el pelo—. Estoy segura de que contaba con verte a ti, claro.

Él no dijo nada. Había estado pendiente de Cora Bennett. No era una belleza, con la cara huesuda y la boca malhumorada, pero tenía un tipo atractivo por debajo del delantal que nunca parecía quitarse, y una mirada hambrienta. Él había dejado caer algunas insinuaciones para hacerse una idea de cuál era el paradero del señor Bennett, pero no obtuvo respuesta. Seguramente la había abandonado; de haber estado muerto era muy probable que ella lo hubiese dicho, pues a las viudas solía agradecerles mostrar un gran cariño, o un cariño bien visible, por sus difuntos esposos, según había comprobado Andy, al menos hasta que no apareciera alguien con pinta de ser serio candidato a ocupar el lugar del venerado.

Ya en la casa entró en la cocina, deseoso de saber qué había para la jala. Claire le dijo que aún no lo había pensado, que la visita del padre Harkins no le había dejado tiempo para nada. Además, pensó, ojalá dijera él «la comida», que es lo que dice cualquiera a mediodía, y no «la jala», que sonaba a clase baja.

—Querrás decir que suena irlandés —dijo él por encima del hombro, abriendo la puerta de un armario y cerrándola con fuerza.

—No, no es eso lo que he querido decir, y lo sabes de sobra —Claire se había criado en un pueblo al sur de Boston, con verjas de madera y casas pintadas de blanco, con una iglesia también blanca, con su torre sobresaliendo entre las copas de los arces, todo lo cual parecía otorgarle el derecho, pensaba ella, a darse aires de Nueva Inglaterra, aunque él sabía muy bien cuál era su procedencia: una familia de granjeros oriundos de Alemania, dedicados a la cría de ganado porcino, que habían perdido sus escasas tierras cuando vinieron tiempos difíciles y tuvieron que irse al norte del estado, a probar suerte con una tienda de comestibles que también fue un fracaso. En la cocina, ella pasó por detrás de él y le obligó a darse la vuelta y a mirarla a la cara; lo tomó por las muñecas y le obligó a rodearla por la cintura, y entonces le plantó los puños en el pecho y le sonrió—. Sabes que no es eso lo que he querido decir, Andy Stafford —volvió a decir con dulzura, y lo besó suavemente en los labios, un beso de pajarillo.

—Bueno —dijo él, adoptando su acento sureño y arrastrado—, aquí parece que no hay nada de comer, así que voy a tener que comerte a ti enterita.

Se inclinaba a besarla cuando miró por encima de su hombro y vio el capazo sobre la mesa, en el cuarto de estar, y vio que la manta se movía.

—Mierda —dijo, y la apartó de su lado para plantarse en tres zancadas ante la mesa, donde violentamente tomó el capazo por las asas y se encaminó al cuarto de la niña.

—¡Que está dormida! —gritó Claire—. Cui...

Él ya se había marchado. Cuando volvió, apuntó a Claire sacudiendo el dedo índice.

—Ya te lo he dicho, nena —dijo con aplomo—. La chiquilla tiene su cuarto, y ahí es donde se queda cuando está dormida. ¿Entendido?

Ella vio que estaba realmente molesto: le temblaba la boca por la comisura y tenía la mirada ensombrecida. Aún estaba colérico por la visita del padre Harkins. ¿Era de veras posible que tuviera celos de un cura?

—Como tú digas, cariño —dijo ella, espaciando las palabras y con mucha calma—. Como quieras, no se me olvidará.

Él fue al arcón congelador y sacó una cerveza. Ella no era capaz de saber qué le amedrentaba más, si sus ataques de rabia o el modo en que terminaban repentinamente, como si no hubiera pasado nada. Abrió la tapa, echó la cabeza para atrás y dio una serie de tragos largos, la nuez de Adán subiendo y bajando con un ritmo que a ella le hizo pensar, y se sonrojó por dentro, en las ocasiones en que estaba en la cama con él.

—Ese tipo —dijo—, el cura... ¿Dijo si esa... como se llame habló ya con el viejo Crawford? —ella permaneció inexpresiva; él meneó la botella con impaciencia—. Esa sor... Ya sabes quién te digo, ¿no?

—¿Sor Stephanus?

—Eso es. Dijo que hablaría con Crawford sobre un nuevo empleo para mí.

El bebé trataba de hacer alguna exploración con chillidos cortos, un ruido que a Claire le parecía semejante al que haría un ciego al palpar algo resplandeciente con las yemas de los dedos. Andy pareció no oírla.

—Me había parecido —dijo ella con cautela— que no estabas interesado en otro empleo...

—Ya, pero me gustaría saber qué puede ofrecerme.

Claire siguió donde estaba, aunque la mitad de ella escuchaba con angustia a la niña, que parecía haber cambiado de opinión y haber vuelto a adormilarse; la otra mitad consideraba la posibilidad de que Andy dejase los camiones. Serían entonces una pareja corriente —normal fue de hecho la primera palabra que le vino a la cabeza—, pero ése sería el fin de las noches felices que pasaban juntas las dos, a solas, ella con la pequeña Christine.

Sarah detestaba el olor de los hospitales, que le traía a la memoria un intenso recuerdo de una operación de amígdalas que se le practicó cuando era niña. Era un olor que percibía incluso en la ropa de Mal, una mezcla de éter y desinfectante y lo que ella creía que sin duda eran vendas, un olor que no desaparecía por más que llevase al tinte la ropa de su marido. Nunca se había quejado, no había llegado a comentarlo siquiera —no sería de recibo que la mujer de un médico reconociera que le desagradaba el olor característico de la medicina—, aunque él tenía que haberla visto en una o dos ocasiones arrugando la nariz, ya que de un tiempo a esta parte desaparecía en la primera planta para cambiarse de ropa en cuanto llegaba a casa del trabajo. Pobre Mal, empeñado en cuidar de todos, en velar por todos, sin que nadie le diera las gracias. No obstante, el lado del armario que a él correspondía para ella apestaba a ese instante de su niñez, un instante de terror, de dolor, a merced del bisturí del médico.

Cuando llegó a la recepción del Hospital de la Sagrada Familia con los guantes en la mano, el olor le dio de lleno, y le pareció tan fuerte que por un momento dio en pensar que iba a tener que darse la vuelta y salir a la calle. Se armó de valor y caminó hasta el mostrador, hasta la temible señora —¿cómo se le podía ocurrir a nadie llevar unas gafas de montura rosa palo, traslúcidas?—, a la que preguntó si el doctor Quirke podía recibirla.

—El señor Quirke, ¿verdad? —le espetó la mujer con pinta de dragón. Sarah sabía perfectamente que había que preguntar por el señor; le estaba bien empleado por dar por supuesto, con evidente condescendencia, que no la entendería si no preguntase por el doctor. Nunca llegaría a aprenderse las reglas, jamás.

Se sentó en uno de los duros bancos corridos, junto a la pared, y esperó. Quirke le había dicho a la mujer dragón que le dijera que subiría enseguida. Contempló la habitual procesión de tullidos y lisiados, de lesionados en accidentes, de niños vendados, de ancianos con cara de pasmo, de futuras madres que a duras penas avanzaban siguiendo la estela de sus barrigas enormes, víctimas ya de los abusos del nonato. Se preguntó cómo era capaz Mal de hacer frente a esas mujeres día a día, año tras año. Al menos, los clientes de Quirke estaban oportunamente muertos. Se reconvino: sus pensamientos eran todos de una desolación sin paliativos últimamente.

Quirke apareció con una bata verde sin abotonar. Pidió disculpas por el retraso; tenía a uno de sus ayudantes de baja, su departamento era el caos. Ella dijo que no tenía importancia, que podría volver en cualquier otro momento, si bien se preguntó

en secreto cómo era concebible que hubiera ninguna urgencia en su trabajo: los muertos a buen seguro habían de seguir estando bien muertos, ¿no? No, él estaba diciendo que no, que se quedara, que no valía la pena hacer el trayecto en balde. Lo vio preguntarse por qué habría ido a verle. Quirke siempre había sido muy calculador.

Tomaron asiento ante una mesa forrada de plástico, junto a una ventana polvorienta, en la cantina del hospital. En el extremo donde se servían las consumiciones había un mostrador con varios contenedores de té y con vitrinas en las que había sándwiches triangulares con las puntas reviradas, y paquetes de galletas en miniatura, y lo que se llamaba, ella pensó que con descarnada precisión, bollos de piedra. Cuando Quirke fue a buscar una taza de té para cada uno, ella se preguntó sin proponérselo por qué eran los hospitales sitios tan desastrosos, sórdidos, tan uniformemente deprimentes. La ventana, junto a la mesa en la que estaba sentada, daba a una edificación de ladrillos del color de la sangre reseca, en cuyo tejado plano, aparentemente hecho de asfalto, asomaba en una esquina una chimenea torcida, con caperuza, de la cual se derramaba el humo hacia un lado, aplastado por el recio viento de octubre. Sin que fuera su deseo, especuló sobre aquellas sustancias que en un hospital pudieran precisar de una quema que produjera un humo tan denso y tan negro. Volvió Quirke trayendo en cada mano una taza de té azucarado, con leche, que ella supo que no iba a ser capaz de tomarse. Volvió a notar que la invadía una sensación de flojera cada vez más familiar, una sensación de ligereza, como si flotase y se saliera, librándose de sí misma. ¿A esa sensación se referían en los libros antiguos cuando hablaban de los vapores? Se preguntó si debería preocuparse por su salud. ¿Y no sería la muerte, se dijo, una solución a muchísimas cosas? Sin embargo, no dio en imaginar que realmente pudiera desasirse con tanta facilidad, escapar tan pronto.

—Bien —dijo Quirke—, supongo que se trata de Mal.

Ella le miró inquisitivamente. ¿Cuánto sabía él? Quiso preguntárselo, quiso con toda el alma preguntárselo, pero no fue capaz de pronunciar una a una las palabras. ¿Y si supiera más que ella? ¿Y si estuviera al tanto de cosas más terribles de las que habían llegado a su conocimiento? Trató de concentrarse, de sujetar y poner en orden sus pensamientos aventados. ¿Qué le había preguntado? Sí, en efecto; se trataba de Mal, ésa era la razón de su visita. Decidió no hacer caso.

—Phoebe —dijo— se quiere casar con ese joven —tocó el asa de la taza con las yemas de los dedos; le pareció levemente pringosa—. Es imposible, por supuesto.

Quirke frunció el ceño, y ella vio que reacomodaba sus pensamientos, sus estrategias: así pues, Phoebe, no Mal.

—¿Imposible?

Ella asintió.

—Y no hará falta que te diga que es imposible hablar con ella.

—Dile que adelante, dile que lo haga —dijo él—. Dile que estás a favor. Casi con toda seguridad que eso bastará para disuadirla.

Ella pensó que lo mejor era hacer caso omiso también de eso.

—¿Tú estarías dispuesto a hablar con ella?

Se recostó en la silla y alzó la cabeza para mirarla despacio por el lateral de la nariz aplastada, asintiendo de manera imperceptible, con cara de pocos amigos.

—Ya entiendo —dijo—. Pretendes convencerme de que convenza a Phoebe de que deje a su inoportuno novio.

—Es que es muy joven todavía, Quirke.

—También lo éramos nosotros.

—Tiene toda la vida por delante.

—También la teníamos nosotros.

—Sí —dijo ella, y se adelantó de golpe—, ¡y mira qué errores hemos cometido! —la ferocidad del tono desapareció tan rápido como había surgido—. Además, no saldría bien. Ya se asegurarían ellos de eso.

Quirke enarcó una ceja.

—¿Ellos? ¿Te refieres a Mal? ¿De veras querría él hacer trizas la felicidad de su hija?

Ella meneó la cabeza antes de que él terminase de hablar, con los ojos bajos.

—No lo entiendes, Quirke. Hay todo un mundo. Ni tú ni nadie puede ganar si todo un mundo está en su contra. Eso lo sé mejor que nadie.

Quirke miró por la ventana. Las nubes del color de la tinta aguada rodaban por el horizonte. Llovería. Calló un momento, estudiándola con los ojos entornados. Ella apartó la mirada.

—Sarah, ¿qué es lo que sucede? —dijo.

—¿Cómo? —ella trató de mostrarse desenvuelta, ofendida incluso—. ¿Qué quieres decir?

Él no estuvo dispuesto a dejarla salirse por la tangente. Le pareció que era la presa acosada por un único, implacable, inmenso sabueso.

—Algo ha sucedido —dijo—. ¿Es que Mal y tú...?

—No quiero hablar de Mal —dijo ella tan deprisa que podría no haber sido una frase, sino una sola palabra. Extendió la mano sobre la mesa, junto a los guantes, y los miró—. Además, está mi padre —dijo. Aguardó. Seguía mirándose las manos con el ceño fruncido, como si de pronto le fascinaran—. Ha amenazado con desheredarla.

A Quirke le entraron ganas de reír. El testamento del viejo Crawford, nada menos. ¿Qué estaría por suceder? Tuvo entonces una súbita y clarísima visión, inquietante, de un Wilkins con su habitual cara de caballo, esperándole en el laboratorio; Sinclair habría sufrido uno de sus estratégicos brotes de gripe, y se estremeció al entrever de ese modo el mundo de los muertos, su propio mundo.

—¿Qué pasa con el juez? —dijo—. ¿Por qué no le pides a él que hable con Phoebe, o con Mal, o tal vez también con tu padre? A buen seguro que sabrá cómo meterlos a todos en cintura, cómo resolver la situación —ella lo miró compasivamente—. Tiene que haber una solución —dijo él—, de un modo u otro. Te lo volveré a decir: dile que se case si quiere, aprémiala a que se case. Me juego cualquier cosa a que entonces mandará a Bertie Wooster a donde pican las gallinas.

Sarah no sonreía.

—No quiero que Phoebe se ate en un matrimonio a tan temprana edad —dijo.

Él rió con incredulidad.

—¿A tan temprana edad? No me vengas con ésas. Pensé que el problema estaba en que Carrington es protestante.

Ella volvía a negar con la cabeza, sin levantar de la mesa la mirada.

—Todo está cambiando —dijo—. En el futuro será distinto.

—Desde luego. De aquí a que pasen cien años, la vida será muy bella.

Ella meneó la cabeza con terquedad.

—Será distinto en el futuro —dijo de nuevo—. Las chicas de la generación de Phoebe tendrán una oportunidad de huir, de ser ellas mismas, de —rió avergonzada por lo que estaba a punto de decir—... ¡de vivir su vida! —alzó los ojos para mirarlo y encogió sólo un hombro, avergonzada—. Ojalá hablaras con ella, Quirke.

Él se adelantó sobre la mesa con tal brusquedad que los guantes parecieron encogerse y alejarse de él, aferrándose el uno al otro. Qué vivos parecían, pensó Sarah, para ser un par de guantes negros, de piel. Como si una tercera persona, por lo demás invisible, estuviera sentada a la mesa y se frotara las manos con gesto nervioso.

—Escucha —le dijo él con impaciencia—. No tengo tiempo que perder con ese hijo de papá en el que Phoebe ha puesto su afecto. Si está resuelta a casarse con él, que tenga mucha suerte —ella quiso protestar, pero él levantó una mano para hacerla callar—. De todos modos, si vas a pedirme que hable con ella y que lo haga por ti, no por Mal, ni por tu padre, ni por nadie, sino sólo por ti, en ese caso lo haré.

En el silencio que siguió oyeron el repicar de las primeras gotas de lluvia contra el cristal de la ventana. Ella suspiró, se puso en pie y recogió los guantes, suprimiendo a ese invisible y angustiado ser que compartía sus preocupaciones.

—Bueno —dijo como si hablara sólo para sí—, yo lo he intentado —sonrió—. Gracias por el té —las dos tazas seguían intactas, una finísima capa de espuma sucia flotaba sobre la superficie temblorosa del líquido gris—. He de irme.

—Pídemelo —dijo Quirke.

No se había puesto en pie. Estaba sentado de lado, preparado para levantarse, tenso, una mano sobre el respaldo de la silla y la otra sobre la superficie pegajosa de la mesa. ¿Cómo podía ser tan cruel, jugando siempre así con ella?

—Sabes que no puedo —dijo ella.

—¿Por qué no?

Ella soltó una risa exasperada.

—Porque entonces estaría en deuda contigo.

—No.

—¡Sí! —dijo ella con la misma vehemencia que él—. Hazlo, Quirke. Hazlo por Phoebe, por su felicidad.

—No —volvió a decir él como si tal cosa—. Si acaso, lo haré por ti.

Era sábado, mediada la tarde, y Quirke se preguntaba si no le convendría encontrar otra taberna en la que sentarse a beber. Un vendaval propio de octubre se había desatado por las calles, de modo que se refugió en McGonagle con los cuellos subidos y el periódico bajo el brazo. El local estaba casi desierto, aunque tan pronto se acomodó apareció Davy en la barra para pasarle un vaso de whisky que no le vio servir.

—Cortesía del caballero del traje azul —dijo, señalando con el pulgar hacia su espalda, hacia el otro extremo de la barra, arrugando la nariz con gesto de escepticismo. Quirke estiró el cuello para mirar hacia la puerta, y allí lo vio, encaramado sobre un solo muslo en un taburete: gastaba traje de un azul metálico, reluciente, gafas de concha, el cabello peinado hacia atrás, dejando a la vista una frente abultada. Levantó su vaso mirando a Quirke a modo de saludo sin palabras y sonrió con los dientes inferiores al descubierto. Le resultó vagamente familiar, aunque ¿de dónde? Quirke contrajo el cuello y se sentó con las manos sobre las rodillas, contemplando el whisky como si esperase que de súbito se formase una capa de espuma y que se desbordase entre remolinos de humo maloliente.

Al cabo de un momento, el del traje azul se le había acercado.

—Señor Quirke —dijo, tendiéndole la mano—, soy Costigan —Quirke estrechó de mala gana la mano que le tendía, una mano cuadrada, de dedos cortos, ligeramente humedecida—. Nos conocimos en casa de los Griffin, el día de la fiesta en honor del juez. ¿Recuerda el día en que se anunció el honor que le había otorgado el Papa? —señaló el asiento libre al lado de Quirke—. ¿Le molesta si...?

En cierto modo había sido una coincidencia: Quirke había estado pensando en Sarah, en su rostro como el de Ofelia, flotando en el agua, pálido y sin embargo insistente en medio de las páginas del periódico y la consabida retahíla de presuntas noticias desagradables: que si los yanquis habían hecho pruebas con una bomba más potente y mejor, que si los rojos hacían ruido de sables herrumbrosos... Aún estaba preguntándose por qué habría ido ella realmente a verle al hospital y qué era lo que en verdad quería de él. Daba la impresión de que todo el mundo le pedía siempre alguna cosa, y que eran siempre aquellas cosas que no estaba en su mano dar a nadie. Él no era el hombre por el cual lo habían tomado ni Sarah, ni Phoebe, ni siquiera la pobre Dolly Moran. No estaba en su mano ayudarlas.

A menudo recordaba la primera autopsia que practicó sin supervisión de nadie. Trabajaba en aquellos tiempos con Thorndyke, el anatomopatólogo estatal, que ya

estaba bastante gagá por entonces, y aquel día llamaron a Quirke sin darle tiempo apenas de reaccionar, para ocupar el puesto del anciano. El cadáver era el de un anticuado caballero de gran tamaño y sienes plateadas, que había muerto cuando el coche en el que viajaba como pasajero patinó en el hielo y se precipitó a la cuneta. Tras un día de excursión, su hija lo llevaba de regreso a la residencia de ancianos en la que vivía; también ella era una mujer de edad avanzada, y había conducido por lo visto con cautela, sabedora de que había helado, si bien perdió el control del vehículo cuando comenzó a deslizarse sin sobresaltos sobre el hielo. Ella había salido ilesa del accidente, el coche apenas tenía daños, pero el anciano había fallecido en el acto, como dirían los periódicos —¿y quién es capaz de precisar, se preguntaba Quirke a menudo, cuánto dura ese instante para el que muere en su transcurso?—, debido a un ataque cardíaco, tal como pudo dictaminar Quirke con bastante rapidez. Cuando el ayudante de la sala de disección comenzó a desnudar el cadáver con la destreza de costumbre, sin miramientos, del bolsillo del chaleco resbaló un viejo y hermoso reloj de leontina, un Elgin, con cifras romanas y manecilla adicional sobre una esfera adornada con incrustaciones. Se había parado a las cinco y veintitrés exactamente, el momento, Quirke estaba convencido, en que también se paró el corazón del anciano, como si el corazón y el reloj hubieran renunciado a su espíritu juntos, al unísono. Igual le había ocurrido a él, creía, cuando murió Delia: un instrumento que llevaba en el pecho, el instrumento que le había mantenido en marcha, sincronizado con el resto del mundo, se detuvo de pronto y nunca más volvió a funcionar.

—Bonito día fue aquél —estaba diciendo Costigan—. Todos nos alegramos tanto por el juez... Nos alegramos y nos enorgullecimos, claro está. Un título nobiliario otorgado por el Papa, nada menos. Es un honor que muy pocas veces se concede. Yo también soy caballero... —se señaló un alfiler que llevaba prendido en la solapa, en forma de cayado de oro entrelazado en una P de oro también—. Aunque de una orden más humilde, claro está —hizo una pausa—. ¿Nunca ha pensado usted en ser uno de nosotros, señor Quirke? Me refiero a los Caballeros de St. Patrick. Estoy seguro de que ya se lo habrán propuesto. Malachy Griffin es uno de nosotros.

Quirke no dijo nada. Se encontraba fascinado, hipnotizado casi, por la mirada firme, omnívora, que le dedicaba Costigan con sus ojos ampliados, suspensos como dos seres del fondo del mar tras las lentes de pecera de sus gafas.

—Son gente maravillosa los Griffin —siguió diciendo Costigan, haciendo caso omiso del silencio de Quirke, de su mirada de resistencia—. Claro es que usted ha sido de la familia debido a su matrimonio, ¿no es cierto?

Aguardó.

—Mi esposa era la hermana de Sarah... y de la señora Griffin.

Costigan asintió, asumiendo entonces una expresión de solemnidad untuosa.

—Y falleció —dijo—. De sobreparto, ¿no es cierto? Qué triste debe de ser una

cosa así. Tuvo que ser muy duro para usted.

Quirke volvió a vacilar. Esos ojos submarinos parecían seguir uno a uno todos sus pensamientos.

—Fue hace ya mucho tiempo —dijo en tono neutro.

Costigan asintió de nuevo.

—Con todo y con eso, una pérdida muy dura —dijo—. Supongo que la única manera de sobrellevar un golpe tan terrible tiene que ser olvidarlo por todos los medios, quitárselo de la cabeza al precio que sea. No es nada fácil, desde luego que no. Una mujer aún joven, un hijo muerto. Pero la vida sigue, ¿verdad que ha de seguir, señor Quirke? —se tenía la sensación de que algo oscuro y de gran tamaño se agitase sin hacer ruido entre ambos, en el reducido espacio que ocupaban. Costigan señaló el vaso de whisky—. No ha tocado usted su vaso —se miró otro alfiler de solapa en el que se proclamaba Pionero de la Asociación por la Abstinencia Total—. Yo soy estrictamente abstemio.

Quirke se recostó en el banco en que estaba sentado. Davy, el camarero, secaba un vaso en la barra, procurando pegar la oreja.

—¿Qué es exactamente lo que pretende decirme, señor...? —dijo Quirke—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Costigan no hizo caso de la segunda pregunta, sonriendo con tolerancia, como si hubiera sido una añagaza infantil.

—Le estoy diciendo, señor Quirke —dijo con blandura—, que algunas cosas es mejor olvidarlas del todo, dejarlas como están.

Quirke notó que se le acaloraba la frente. Dobló el periódico, se lo introdujo bajo el brazo y se levantó. Costigan lo miró con aparente interés e incluso como si le hiciera gracia.

—Gracias por la copa —dijo Quirke. El whisky seguía intacto en el vaso. Costigan asintió de nuevo, esta vez vigorosamente, como si se hubiera dicho algo que requiriese de su aquiescencia. Siguió sentado. Quirke, de pie a su lado, tuvo la extraña sensación de que era él quien se hallaba en un plano inferior.

—Buena suerte, señor Quirke —dijo Costigan con una sonrisa—. Seguro que volveremos a vernos.

En Grafton Street soplaba el viento racheado con más fuerza que nunca, y los viandantes que iban de compras, aprovechando el sábado por la tarde, empezaban a apresurarse para volver a casa con la cabeza gacha. Quirke tuvo conciencia de que el corazón le latía más deprisa, y notó en el pecho una sensación espesa, acalorada, que no era miedo exactamente, aunque sí una alarma incipiente, como si la isleta vacía y lisa en la que había estado felizmente plantado acabara de sufrir un zarandeo preliminar, y a punto estuviera de revelar que no era tierra firme, sino el dorso

jorobado de una ballena.

Andy Stafford sabía que no era ni de lejos el más listo de la clase. Tampoco es que fuera el más bobo de todos, pero no era ni mucho menos un genio. Saberlo no le quitaba el sueño. De hecho, consideraba que era un tipo bastante equilibrado. Había conocido a más de uno que era todo músculo, y a uno o dos que eran todo cerebro, y tanto los unos como los otros eran un desastre. Él estaba entre un extremo y el otro, como el chiquillo que se sienta a horcajadas en mitad del columpio, pasándose la bomba sin tener que hacer todo el esfuerzo de balancearse. Por eso no era capaz de entender cómo no se le había pasado por la cabeza, antes de mostrarse de acuerdo con Claire en adoptar a la niña, cuáles iban a ser las consecuencias que ello tendría para su propia reputación. Fue en Foley, una noche, cuando oyó por vez primera, a sus espaldas, esa risotada tan particular que iba a terminar por oír a menudo, demasiado a menudo.

Había llegado tras una noche entera y casi todo un día al volante del camión, y se había parado a tomar una cerveza antes de ir a casa, a la casa que de un tiempo a esta parte olía sobre todo a mil y una cosas de bebé. Foley estaba de bote en bote, ruidosísimo, como todos los viernes por la noche. De camino a la barra pasó por delante de una mesa donde estaban sentados cinco o seis tipos, camioneros como él, a la mayoría de los cuales conocía más o menos de vista. Uno de ellos, un tiarrón musculoso, con unas patillas como dos chuletas de cordero, que atendía por el nombre de M'Coy cuando no lo llamaban «Auténtico» —ja, ja, vaya un chiste—, dijo algo cuando él pasaba de largo, y fue en ese momento cuando oyó la risotada. Sonó por lo bajo y le sonó a sucia y le pareció dirigida a él. Le sirvieron la cerveza y se dio la vuelta; se acodó de espaldas a la barra, con el tacón de una bota apoyado en el riel de latón, oteando perezosamente el local, sin mirar a la mesa de M'Coy, aunque tampoco evitándola. Tranqui, se dijo; tú, tranquilo. Por otra parte, no conocía esa risa lo suficiente para tener total certeza de que se estaban riendo de él. Pero era a él a quien sonreía abiertamente M'Coy, y fue también a él a quien llamó:

—Hola, forastero.

—Hola, M'Coy —respondió Andy. No iba a llamarle «Auténtico», le sonaba a estupidez aun siendo un apodo, si bien el propio M'Coy se enorgullecía de él, como si de hecho le convirtiera en alguien muy especial—. ¿Qué tal va?

M'Coy dio una calada al cigarrillo y encajó la panza de bebedor contra la mesa antes de echarse hacia atrás, mirando al techo y lanzando el humo hacia arriba en forma de abanico, como si tuviera ganas de pasar un buen rato.

—Últimamente no se te ve mucho por aquí, ¿eh? —le dijo—. ¿No será que ya somos poca cosa para ti, ahora que te has ido a vivir a Fulton Street?

Tranqui, volvió a decirse Andy; tú, tranquilo, no pasa nada. Se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son las cosas —dijo.

M’Coy, con una sonrisa aún más amplia, lo miró de hito en hito mientras el resto de los que estaban sentados a la mesa, muy sonrientes, aguardaban lo que pudiera pasar.

—Estaba contándoles a los chicos —dijo M’Coy— que, según tengo entendido, en tu casa nueva habéis presenciado un milagro.

Andy dejó pasar un instante.

—No digas... —dijo, y suavizó el tono de voz.

Para entonces, M’Coy prácticamente se le estaba riendo a la cara.

—¿No resulta que tu señora ha tenido una criatura sin que nadie se la haya tirado? —dijo—. Para mí que eso es un milagro como la copa de un pino.

Una oleada de risas reprimidas recorrió la mesa. Andy miró al suelo con los labios fruncidos, y echó a caminar con el vaso de cerveza en la mano. Se detuvo ante M’Coy, que llevaba una camisa de leñador, a cuadros, y un peto vaquero. Andy se había quedado helado de una pieza, como si le invadiera un sudor frío, aunque tenía seca la piel. Era una sensación familiar, contenía casi algo de alegría, una especie de feliz temor que no podría haberse explicado.

—Anda con cuidado a ver qué dices, chaval —dijo.

M’Coy adoptó un aire de sorpresa inocente y levantó ambas manos.

—¿Por qué? —le dijo—. ¿Qué vas a hacerme? ¿Me vas a dar el revolcón que no le sabes dar a tu señora, o qué?

Los otros aún estaban quitándose de en medio a toda prisa cuando Andy, con un veloz giro de muñeca, arrojó la cerveza a la cara de M’Coy y con ese mismo gesto rompió el borde del vaso contra el canto de la mesa, arrimando la corona de cristales puntiagudos al cuello blando del gordo. La quietud se extendió desde la mesa como si formase rápidas ondulaciones. Una mujer rió y alguien la hizo callar bruscamente. Andy tenía en mente una clara imagen, el barman a sus espaldas que echaba mano con cautela de un bate de béisbol, habitualmente encajado sobre dos ganchos para colgar la ropa, detrás de la barra.

—Deja en paz ese vaso —dijo M’Coy dándoselas de duro, aunque en los ojos se le notaba que estaba aterrado. Andy trataba de idear algo estupendo para decírselo por toda respuesta, tal vez algo relativo a que M’Coy no parecía tan «Auténtico» en ese instante, pero desde detrás alguien le lanzó un puñetazo con torpeza, que pasó silbándole en el oído. M’Coy, al verlo momentáneamente distraído, lanzó un alarido de terror y retrocedió para alejarse de las púas de cristal. Derribó la silla y cayó de

espaldas al suelo. A pesar del dolor que notaba en la oreja, Andy a punto estuvo de reírse del golpetazo que dio el hombretón con todo el cogote contra los tablones del suelo, a la vez que las suelas de sus botas salían despedidas hacia arriba. Debían de ser tres o cuatro los que estaban a sus espaldas, de modo que trató de volverse en redondo y defenderse con el vaso, pero ya lo tenían sujeto, uno por la cintura, desde atrás, mientras un segundo le echaba ambas manos a la muñeca y se la retorció como si fuera el cuello de un pollo. Dejó caer el vaso no por el dolor, sino por miedo a rajarse él mismo. M'Coy estaba de nuevo en pie, y avanzaba hacia él con una sonrisa de comemierda embadurnada en toda la cara, el puño izquierdo cerrado y en alto. Andy tuvo una especie de vago interés al preguntarse por qué no se había dado cuenta de que M'Coy era zurdo. Los otros lo tenían bien sujeto por los brazos, de modo que M'Coy pudo apuntar a su antojo y descargarle el primer puñetazo en la boca del estómago.

Volvió en sí en un pasadizo estrecho, de cemento, que olía a cerveza agria y a meadas. Estaba tendido boca arriba, y veía una franja de cielo estrellado, con hilachas de nubes fugitivas. Notó en la boca el sabor a sangre y a vómito. Distintos dolores en otras tantas partes del cuerpo competían por llamar su atención. Había alguien inclinado encima de él, preguntándole si se encontraba bien, lo cual le pareció bastante gracioso en semejantes circunstancias, aunque decidió no arriesgarse a soltar una carcajada. Era el barman, Andy no se acordaba de su nombre; era un tipo decente, padre de familia, que mantenía el bar en orden más que nada. «¿Quieres que te llame un taxi?», le dijo. Andy dijo que no y logró incorporarse hasta quedar sentado. Tras una pausa, y con ayuda del barman, por etapas logró ponerse en pie. Dijo que tenía el camión aparcado allí delante; el barman meneó la cabeza y le dijo que era una locura pensar siquiera en conducir, que podía tener una contusión cerebral, pero él insistió en que estaba bien y en que debía irse a su casa, que su mujer estaría preocupada, y el barman —Pete, se llamaba Pete No Sé Qué, Andy acababa de acordarse— le indicó una puerta de acero al fondo del pasadizo, que daba a un callejón que, por un lateral del bar, salía a la calle, entonces desierta, y al solar del otro lado de la carretera, donde tenía el camión aparcado. El camión le pareció de pronto acusador, como un hermano mayor que lo hubiera estado esperando cuando él llegaba tarde. Le parecía tener el cerebro hinchado una talla mayor que su cráneo, y los músculos del estómago, donde M'Coy le había asestado el primer puñetazo, los tenía tensos sobre sí mismos, como un saco de puños cerrados.

Era medianoche cuando el camión entró en punto muerto por Fulton Street, hasta detenerse con un chirrido ante la casa. El piso de arriba estaba a oscuras, y sólo se adivinaba una tenue línea de luz bajo la persiana en el dormitorio de Cora Bennett. Sospechó que la solitaria Cora dormía con la luz encendida. Bajó de la cabina con el

repicar de los dolores por todo el cuerpo, pero sintiendo aún la excitación de la pelea, un cosquilleo como el rescoldo de las ascuas en los nervios. El aire de la noche de otoño estaba frío y sólo llevaba puesto el cortavientos, pero aún no tenía ganas de entrar en la casa. Subió los escalones del porche arrastrando una pierna —le había caído un patadón en el tobillo— y se sentó en el balancín, con cuidado de que no se moviera y no rechinaran las cadenas: no quería que Claire bajara con su camisón y su bata a preocuparse por él, o no al menos de momento. Le dolía la cabeza, le dolía la rodilla izquierda tanto como el tobillo, tenía cortes por un lado de la boca y una muela suelta, pero en el fondo le sorprendía no haber salido peor parado. Había causado daños importantes él mismo, había largado unos cuantos puñetazos bien dados, y a M’Coy le había asestado una patada en los huevos, además de meterle a alguien el pulgar por la nariz y arrancarle la mitad justo antes de que uno de ellos, no sabía cuál, le pillara por detrás y le rompiera en toda la crisma lo que debía de ser una pata de una silla. Recostó la cabeza en el balancín y soltó un largo suspiro, sujetándose el pecho dolorido con ambas manos. Soplaba un viento a rachas, las nubes corrían por el cielo negro y brillante como la pintura, y el castaño, ahí al lado, agitaba las hojas secas como cascabeles. Lucía una luna llena que se asomaba de vez en cuando entre las nubes; parecía la cara rechoncha y sonriente de M’Coy. Un milagro, había dicho éste. Vaya un milagro. Encendió un cigarrillo.

Estaba repasándolo todo mentalmente, o pensando al menos en lo mucho que tenía que pensar, pues sencillamente no se le había ocurrido antes de esa noche que todo el mundo sabía a ciencia cierta que la niña no era suya. ¿Cómo puedes ser tan bobo? Entonces oyó abrirse la puerta del porche detrás de él. No se dio la vuelta, no se movió siquiera; siguió sentado como estaba, contemplando el cielo y las nubes, y durante un instante vio toda la escena como si estuviera fuera de ella, la calle y el viento racheado, la luz de la luna que asomaba y se ocultaba sobre el jardín, el porche en sombras, él en el balancín, dolorido, callado, quieto, y Cora Bennett a sus espaldas, de pie, con un abrigo viejo por encima del camisón, sin decir nada, alargando tan sólo la mano muy despacio para tocarle. Fue como una de esas escenas en una película, en las que todo el público sabe exactamente qué va a suceder, a pesar de lo cual contiene la respiración presa del suspense. No se encogió cuando los dedos encontraron la hinchazón en su cabeza, donde le había alcanzado la pata de la silla. En vez de sentarse a su lado en el balancín, ella se puso delante de él y se arrodilló acercando mucho la cara a la suya. Él notó el olor a sueño en su aliento, y los restos rancios del maquillaje del día. Llevaba el cabello sin recoger, suelto en hebras que colgaban como una cortina rasgada por mil sitios. Arrojó el final del cigarrillo al patio, viendo el arco rojo y espiral que trazaba.

—Estás herido —dijo ella—. Se te nota en el calor de la cara.

Le rozó con la yema de los dedos las magulladuras del mentón y la hinchazón que

tenía junto a la boca. Él se lo permitió sin decir nada. Cuando ella se acercó aún más, su rostro, enmarcado por el cabello, quedó en sombras, sin que se perfilase un solo rasgo. Sus labios, frescos y secos, no se parecían en nada a los de Claire. Y cuando le besó no fue con el afán ansioso de Claire: fue como si lo besara en una ceremonia una especie de celebrante, como si algo quedara sellado con el beso.

—Mmm —dijo ella apartándose—, sabes a sangre.

Él le puso las manos sobre los hombros. Se había equivocado: no llevaba un camisón. Estaba desnuda bajo el abrigo.

Era extraño. Cora, calculaba, tendría unos diez años más que él, y en el vientre tenía marcas que a él le llevaron a pensar que alguna vez había tenido un hijo. De ser así, ¿dónde estaba el hijo, y dónde el padre de la criatura? No lo preguntó. La única fotografía que vio, en un vistoso marco de plata, sobre la mesilla, junto a la cama, era la de un perro, le pareció que un yorkshire terrier, con un lazo al cuello, sentado sobre los cuartos traseros y muy sonriente, con la lengua fuera.

—Ése es Rags —dijo ella a la vez que extendía un brazo desnudo para tomar el marco—. Dios, cómo quería yo a ese chuchó.

Estaban sentados en su cama, ella apoyada contra el cabezal, desnuda, con una almohada en el regazo, él al pie, apoyado de espaldas contra la pared, en calzoncillos, bebiéndose una cerveza. Las magulladuras del tobillo y la rodilla y de toda la caja torácica iban poniéndosele moradas por momentos; no le resultaba difícil imaginar cómo tendría la cara. La única luz procedía de una lámpara apantallada que lucía en la mesilla; con esa luz, todo lo que había en la habitación parecía pender vencido, como si el dormitorio se marchitase con el calor estancado de un radiador de vapor que zumbase y traquetease bajo la ventana. Él apenas había dicho nada durante la hora que llevaba allí, y si lo dijo fue sólo en un susurro, inquieto al estar al tanto de que su esposa dormía en algún lugar muy cercano, por encima de donde estaba él. Se daba cuenta de que su nerviosismo divertía a Cora Bennett. Lo observaba con una tenue sonrisa de escepticismo, a través del humo de su propio cigarrillo. Tenía los pechos planos por la parte delantera, tan caídos como todo lo demás en el dormitorio; relucían con un color ambarino a la luz de la lámpara. Ella le había apretado la cara palpitante entre sus pechos, y una gota de su sudor se le había introducido a él en la boca, causándole una intensa quemazón en el labio reventado. Nunca había estado con una mujer tan mayor como ella. Había algo excitantemente vergonzoso en ello; había sido como acostarse con la madre de su mejor amigo, en caso de haber tenido él alguna vez un amigo de verdad. Al final, cuando remitió la enfurecida tormenta que habían desencadenado entre los dos, ella lo había acunado estrechándolo contra sí, cuidando de su cuerpo magullado y ardiente, tal como él había visto a veces que hacía Claire con la niña. No recordaba que su propia madre hubiera hecho nunca una cosa así, con tanta ternura.

Sin proponérselo, comenzó a contarle él su plan, su gran plan. Nunca lo había hablado con nadie, ni siquiera con Claire. Sentado con la espalda desnuda contra la pared del dormitorio, con la botella de cerveza entre las rodillas —la cerveza se había quedado tibia, pero él apenas se dio cuenta—, se lo expuso todo con lujo de detalles: le contó cómo iba a hacerse con un automóvil de primera clase, un Cadillac o un Lincoln, para establecer un servicio de limusina. Pediría prestado el dinero al viejo Crawford, al cual le gustaba dárselas de ser otro John D. Rockefeller, siempre dispuesto a echar una mano a los trabajadores. Estaba seguro de poder devolverle el préstamo en el plazo de un año, y haber amasado tal vez ganancias suficientes para empezar a pensar en una segunda limusina, en otro chófer. En tan sólo cinco años tendría una flotilla de coches —escribió el rótulo en el aire sobre la palma de la mano extendida: *Servicio de limusinas Stafford, un transporte de ensueño*— y él estaría sentado al volante de un Spyder 550 de color escarlata, rumbo al oeste. Cora Bennett atendió a todas sus explicaciones con una vaga sonrisa, que en cualquier otra circunstancia a él le hubiera hecho enloquecer. Tal vez pensara ella que todo era un simple sueño de camionero, pero había ciertas cosas de las que no sabía nada, cosas que él no le contó, por ejemplo la promesa de la Madre Superiora, que aseguró que hablaría con Josh Crawford para que él pudiera dejar los camiones y tuviera otro empleo mejor pagado. La Madre Superiora habló de un taxi, pero él nunca iba a conducir un taxi cochambroso. Con eso y con todo, tal vez la monja pudiera concertarle una cita con Josh Crawford. Estaba seguro de que así podría convencer al viejo de un modo o de otro para que le adelantase la pasta. Ninguno tenía ni idea, ni sor como-se-llamase, ni Josh Crawford, ninguno, de todo lo que sabía él de aquello que se traían entre manos con los bebés. Se imaginó en la casa de Crawford, en North Scituate, sentado a sus anchas con una taza de magnífico té en un gran salón, con palmeras y una pared acristalada, y Josh Crawford ante él, en su silla de ruedas, con una manta sobre las rodillas y el rostro ceniciento, las manos temblorosas, mientras Andy le relataba con toda la calma del mundo todo lo que había descubierto sobre el contrabando de bebés, añadiendo con aplomo que un cheque dijéramos que por diez de los grandes le sería de gran ayuda para mantener la boca bien cerrada...

Cora Bennett se había escurrido un poco en la cama, y asomó un pie por debajo de la sábana, que intentó introducir como un gusano dentro de sus calzoncillos. Él se levantó para ponerse la camisa y los pantalones. Estaba sentado al extremo de la cama, calzándose las botas, cuando ella se puso de rodillas, se adelantó y se le abrazó por la espalda, como a Claire le gustaba tanto hacer, de modo que él notó sus pechos desnudos y su vientre oprimidos contra él.

—Se hace tarde —dijo, procurando no parecer irritado, aunque lo estaba. Ella le resopló una carcajada cálida y lenta al oído, al tiempo que con ambas manos le alcanzaba la entrepierna. Tuvo que reconocer que aquella mujer era algo bien

diferente. Con esa boca tan fina que tenía sabía hacer cosas muy especiales, cosas que nadie, y mucho menos Claire, le había hecho nunca. Le preguntó cuándo volvería a verle, pero él no dijo nada: sólo se volvió a besarla deprisa antes de ponerse en pie atándose la hebilla del cinturón.

—Pues hasta la vista, vaquero —dijo ella, otra vez con esa sonrisa, arrodillada en la cama, desnuda, a la luz de la lámpara, con los pechos aplanados, los pezones oscuros y brillantes como sus propias magulladuras. Vaquero le acababa de llamar. A él no pareció gustarle. Le sentó como si se estuviera riendo de él.

Salió por la puerta de delante y dio la vuelta por el lateral de la casa —algo se escabulló en las ramas frondosas del castaño— para subir las escaleras de madera y entrar por la puertaventana. Todo estaba en silencio y no había una sola luz encendida, según comprobó con alivio. Se le había metido el cansancio hasta la médula de los huesos, y la rodilla y la boca le dolían un horror. Cojeó hasta el dormitorio sin apenas hacer ruido, aunque Claire naturalmente se despertó. Se incorporó sobre un codo y escrutó las manecillas luminosas del reloj que tenía al lado.

—Es tarde —dijo—, ¿dónde estabas?

—En ninguna parte —respondió, y ella le dijo que tenía rara la voz, y cuando él no contestó ella prendió la lámpara. Cuando le vio el corte en la boca y la hinchazón en el pómulo se levantó de un salto, como si acabara de escaldarse, y se armó el lío de siempre. ¿Qué había pasado? ¿Quién se lo había hecho? ¿Fue en una pelea? Él permanecía inmóvil en medio del cuarto, con los brazos inertes y la mirada clavada en el suelo, a la espera de que ella terminase la retahíla. ¿Realmente sentían las mujeres todas esas cosas que decían, se preguntó, o era esa palabrería, los chillidos, el retorcerse las manos, tan sólo una manera de superar los primeros momentos de una crisis, mientras pensaban en lo que era necesario hacer? No tardó en sosegar. Fue al cuarto de baño y volvió con unas bolas de algodón y un frasco de antiséptico, y agua templada en una palangana esmaltada. Le hizo tomar asiento en el lateral de la cama y comenzó a curarle con el desinfectante, que le escoció. Pensó en Cora Bennett tendida en el piso de abajo, a la luz mortecina y amarillenta de la lámpara que tenía al lado de la cama, con lo que la cólera volvió a encendersele por dentro. Se sintió debilitado, como si hubiera permitido que le quitase algo, algo de muy dentro de sí, que nadie tendría que haber visto siquiera de lejos. Sin embargo, lo que le enojaba más no era el recuerdo de lo que habían hecho juntos en la cama, ni el modo en que pudiera haberle afectado, sino haberle contado su plan para organizar Limusinas Stafford.

—¿Qué es lo que ha pasado? —volvió a decir Claire, ya más tranquila por estar ocupada en algo—. Cuéntamelo —le dijo, y casi fue una orden—. Cuéntame el porqué de la pelea.

Estaba de pie delante de él, oprimiendo una bola de algodón húmedo contra su cara. Él percibía el calor de manta que desprendía su cuerpo. Tenía unas manos capaces, fuertes, sorprendentemente fuertes para ser una muchacha tan flaca. Se estaba sometiendo a los cuidados de una madre, comprendió, por segunda vez en una sola noche, aunque esta vez fue muy distinta, sin el menor rastro de la acalorada ternura que le mostró Cora. Claire le puso una mano en la nuca para cerciorarse de que estaba bien sentado, quieto, y le apretó la hinchazón y él se encogió ante el dolor. De pronto se le ocurrió de sopetón que no había sido uno de los compinches de M'Coy el que le asestó el golpe en toda la cabeza con la pata de la silla, sino que había sido el barman, Pete, el cabronazo del barman con su bate de béisbol. Lo recordó en el pasadizo, un irlandés pequeñajo que se las daba de duro, con nariz de boxeador, inclinado encima de él y preguntándole si se encontraba bien. Naturalmente: tenía que haber sido él. Era de cajón que se pusiera de parte de M'Coy y de los demás. Andy cerró los puños sobre las rodillas. Esa traición, sin saber por qué, fue lo que más le encolerizó en esos momentos, más incluso de lo que estuvo cuando rompió el vaso de cerveza y se lo arrimó a M'Coy al cuello. Era capaz de ver a Pete, el pequeño cabronazo, salir de detrás de la barra y adoptar la actitud de un bateador, levantando el bate con ambas manos, a la espera del momento oportuno para darle un buen golpe en toda la cabeza. En fin, ya se llevaría la suya el muy mamón de Pete: cualquier noche, después de la hora de cierre, cuando saliera por esa portezuela de acero que daba al callejón, camino de su casa, de su mujercita irlandesa y sus irlandeses renacuajos, allí estaría Andy, esperándolo, con una buena palanqueta...

Claire se retiró de la frente el algodón y se acercó para mirarle bien la cara.

—¿Qué ha pasado, Andy? —dijo—. ¿Qué ha sido?

Se puso en pie rápidamente, con una roja llamarada de dolor en las tripas, y la apartó de delante para cojear hasta la ventana.

—¿Qué ha sido? —repitió con una risotada enfurecida—. ¿Tú me preguntas qué ha sido? ¡La mitad del maldito Boston riéndose a mis espaldas! ¡Eso es lo que ha sido! ¿Te enteras? Andy Stafford, el pobre gilipollas al que no se le levanta.

A Claire se le escapó un grito.

—Pero eso... —no supo cómo seguir—. ¿Cómo pueden decir una cosa así?

Él miró el castaño que temblaba al viento, lo miró sin verlo, cegado de ira. Ella lo sabía, él se dio cuenta por su tono de voz; ella sabía lo que se decía por ahí de él, lo había sabido en todo momento, desde el principio supo cómo iba a ser, cómo iban a hablar todos a su espalda, cómo iban a distorsionarlo, cómo se le iban a reír incluso a la cara, y no se lo advirtió. A pesar de toda la cólera que le embargaba, una parte de él seguía estando fría como el hielo, como si se hallase a un lado, calculando, juzgando, pensando qué hacer a continuación. Él siempre había sido así: primero la rabia, luego

la sensación de frialdad. Volvió a pensar en Cora Bennett y una nueva ola de cólera y de resentimiento lo envolvió: resentimiento hacia Cora, hacia Claire, hacia la niña, hacia esa casa, hacia el sur de Boston, hacia su trabajo, remontándose por el camino hasta Wilmington y la vida de perros que llevaba con su familia, con su viejo, que era poco más que un pordiosero, y su madre, con un delantal marrón como el de Cora Bennett, pero con un pestazo hediondo a alcohol barato y a cigarrillos mentolados a las nueve de la mañana. Ganas tuvo de atravesar de un puñetazo el cristal de la ventana, y casi llegó a sentir cómo se hacía astillas el cristal, rajándole la carne, abriéndole el brazo hasta el hueso blanco y pelado.

Claire quedó tan callada a su espalda que casi olvidó que seguía allí. Habló entonces con esa voz de niña chica que a él le daba dentera.

—Podríamos probar de nuevo. Podría ir a ver a otro médico y...

—Otro médico te diría lo mismo que te dijo aquél —siguió delante de la ventana. Rió con amargura, una risa seca—. Igual debería colgarme un cartel del cuello: *¡Eh, que no soy yo! ¡Yo no soy el inútil!*

La oyó respirar hondo, y se alegró.

—Lo lamento —dijo ella con un hilillo de voz.

—Ya —dijo él—. Yo también lo lamento. Lamento haber dejado que me convencieras para traernos a esa niña. Además, ¿de quién es? De cualquier furcia irlandesa, seguro.

—Andy, no... —se le acercó y se puso detrás de él, y alzó una mano para masajearle la base del cuello, como a veces le dejaba él que hiciera. Esta vez retiró la cabeza con brusquedad y acto seguido lo sintió, pero sólo por el dolor, que le produjo una sensación líquida, como si tuviera el cráneo lleno parcialmente de algo viscoso, aceitoso, que se bamboleaba dentro del recipiente de manera nauseabunda con cada movimiento que hiciera. Pasó un coche por la calle muy despacio, sólo con los faros de cruce. Un Studebaker verde claro, parecía, con el techo blanco. ¿Quién iría conduciendo por esa calle a las cuatro de la madrugada?—. Ven a la cama —le dijo Claire con blandura, la voz empañada por el cansancio, y él se dio la vuelta, de pronto agotado, siguiéndola con mansedumbre. Según se quitaba la camisa se preguntó si notaría ella el olor de Cora Bennett en él, y se dio cuenta de que no le importaba. Le daba exactamente igual.

Quirke no se consideraba un hombre valiente, ni siquiera echado para delante. Lo cierto era que nunca había tenido que poner a prueba su valentía, ni física ni de otra índole, y siempre había dado por hecho que jamás tendría que hacerlo. Guerras, asesinatos, robos con violencia, agresiones con instrumentos contundentes: los periódicos estaban llenos de noticias así, pero parecía que tuvieran lugar en otra parte, en una suerte de mundo paralelo y regido por una especie humana más formidable y más perversa que aquellos con los que se topaba de manera habitual. Ciertamente, las víctimas de ese otro territorio de la lucha y el derramamiento de sangre eran puestas con frecuencia bajo su mirada experta —a menudo tenía la sensación de estar en un hospital de campaña alejado de la línea del frente, un hospital al que nunca llegaban los heridos, al que sólo eran transportados los muertos—, pero no se le había ocurrido que tal vez un día él mismo entrase sobre una camilla con ruedas, ensangrentado, destrozado, en la sala de disección, como la pobre Dolly Moran.

Cuando los dos matones se materializaron tras él en la niebla de la noche otoñal supo al punto que pertenecían a ese otro mundo, a un mundo del cual hasta la fecha sólo había tenido conocimiento por los periódicos. Tenían algo desenvuelto a la vez que implacable; no se detendrían ante nada aquellos dos. Una rabia temprana, un dolor o una falta de afecto muy al principio, los había encallecido y les había provisto de una suerte de indiferencia, casi de tolerancia, y serían capaces de golpear, de desfigurar o de matar incluso sin rencor, cumpliendo la tarea asignada de manera metódica, como quien piensa en otra cosa. Los dos despedían un olorillo dulzón, pero rancio, que a Quirke le resultó conocido, aunque de momento no supo atribuirlo a nada. Se había parado en la esquina de Fitzwilliam Street a encender un cigarrillo y de pronto los tenía ahí mismo, uno a cada lado, el flaco de la cara colorada a la izquierda, a la derecha el gordo de la cabeza grande. El flaco forzó una especie de sonrisa y se llevó un dedo a la frente a modo de saludo. Tenía un extraordinario parecido con el señor Punch, el títere de cachiporra de las mejillas coloradas, cuya nariz era tan ganchuda que la punta afilada casi le rozaba el labio inferior.

—Buenas, capitán —dijo.

Quirke miró a uno y a otro y sin mediar palabra echó a andar para cruzar la calle. Los dos lo acompañaron, uno a la derecha y otro a la izquierda, manteniéndose al paso sin ningún esfuerzo, ni siquiera el gordo, cuya cabeza ovalada era de un tamaño prodigioso, y en ella se albergaban dos ojillos como dos cuentas de azabache. El pelo astroso le colgaba alrededor de la cara como una fregona desmochada. Era Judy,

títere inseparable del señor Punch. Quirke se dijo que no debía apretar el paso, que debía caminar con normalidad, pero ¿qué era un paso normal?

—Te conocemos —dijo el de la cara colorada como quien traba conversación.

Su amigo, el gordo, asintió.

—Así es, te conocemos.

Al ganar la esquina de Mount Street, Quirke se detuvo. Pasaban por allí los funcionarios que salían de sus trabajos, con los hombros encogidos para resguardarse de la bruma: *Testigos*, pensó Quirke, *transeúntes inocentes*. Pero Punch y Judy parecían no haber reparado en su presencia.

—Vamos a ver —dijo Quirke—. ¿Qué desean? No llevo dinero encima.

Esto pareció hacerle mucha gracia al señor Punch. Adelantó la cabeza para mirar más allá de Quirke, al gordinflón Judy.

—Éste se piensa que vamos de mendigos —dijo.

El gordinflón Judy se rió y sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

A Quirke le pareció necesario mantener un aire tan sólo de irritación, de desconcierto casi exasperado; a fin de cuentas, no era sino un ciudadano más que regresa a su domicilio después del trabajo, y aquella impúdica pareja le impedía disfrutar de los placeres inmaculados de una velada normal. Miró en derredor. El crepúsculo iba mucho más avanzado que un minuto antes, la niebla se había adensado.

—¿Quiénes son ustedes? —les interpeló. Quiso hacerlo con un punto de indignación, el natural en quien sabe que la razón le asiste, pero terminó por sonar tan sólo malhumorado.

—Somos un aviso —dijo el señor Punch—, eso es lo que somos —y volvió a reír, contento consigo mismo, tan contento como Punch en un teatrillo de guiñol.

Quirke emitió un gruñido de enojo y arrojó el cigarrillo —se le había olvidado, se le había apagado entre los dedos—, y echó a caminar por la acera en dirección a su piso. Fue como aquel momento en McGonagle, al día siguiente de caer en la cuenta de cuál era el verdadero peso de lo que Costigan había ido a decirle: no estaba exactamente atemorizado, tanto más por hallarse en un lugar público y cerca de su casa y su refugio, pero sí tenía la sensación de que algo estaba a punto de moverse de un modo enorme, de dar con él por tierra. Cualquier intento por huir parecía condenado al fracaso, igual que en un sueño, pues por más prisa que se diera, Punch y Judy se mantenían a su altura con suma facilidad.

—Te hemos visto por ahí de paseo —dijo el señor Punch—. Y eso no es aconsejable con este tiempo que hace.

—Podrías pillarte un catarro —dijo el gordo.

Punch asintió. La nariz ganchuda hizo un movimiento de sube y baja como el de una guadaña.

—Podrías morirte de un repente —dijo. Miró más allá de Quirke, a su compañero—. ¿Sí o no?

—Tienes toda la razón —dijo el gordinflón Judy—. Podrías morirte de un repente, seguro.

Llegaron a la casa y Quirke se detuvo. Le costó cierto esfuerzo no subir los escalones a la carrera.

—¿Ésta es tu covacha? —le preguntó el señor Punch—. No está mal.

Quirke se preguntó si aquellos dos tenían intención de entrar con él, de subir las escaleras, de entrar a la fuerza en su piso y... ¿y qué? A esas alturas tenía miedo de verdad, aunque su miedo era una especie de letargo que le desbarataba todo pensamiento. ¿Qué debía hacer? ¿Darse la vuelta y echar a correr, entrar en el portal y decir a gritos al señor Poole que llamase a la policía? En ese instante, los dos se distanciaron por fin de él. Dieron un paso atrás y el señor Punch, con la cara colorada, volvió a hacer el mismo saludo de antes, llevándose un dedo a la frente.

—Adiós muy buenas, capitán —le dijo—. Ya nos veremos.

Y de pronto desaparecieron engullidos por la niebla y la penumbra, dejando detrás tan sólo un tenue residuo de su olor, que Quirke por fin identificó. Era el olor rancio, apenas perceptible, especiado y dulce, de la sangre reseca.

Despertó sobresaltado con el timbre de la puerta. Se había adormilado en un sillón junto a la estufa de gas. Había soñado que alguien o algo le perseguía por una versión de la ciudad que nunca había visto antes, por avenidas anchas y llenas de peatones y coches, por soportales de piedra, por jardines que iluminaba el sol, con estanques de peces y setos ornamentales recortados con formas de capricho. No veía a sus perseguidores, pero sabía que los conocía, y sabía que eran implacables, y que no se detendrían hasta haberle echado el guante. Cuando despertó, estaba derregado en el sillón, con la cabeza ladeada y la boca abierta. Se había quitado allí mismo los zapatos y los calcetines. La lluvia repicaba a ráfagas en la ventana. Entornó los ojos para mirar el reloj y vio con sorpresa que aún no era medianoche. Volvió a sonar el timbre, dos timbrazos sostenidos, enojados. No sólo oía el timbre, sino también la chicharra eléctrica de la lengüeta que vibraba contra la campana de metal. *¿Por qué los soportales? ¿Por qué los setos recortados?* Abriendo más los ojos y parpadeando, se levantó y fue a la ventana para subir la hoja y asomarse a la noche tempestuosa. Se había disipado la niebla, todo era viento y lluvia. Abajo, Phoebe estaba en medio de la calle abrazándose por los hombros. Iba sin abrigo.

—¡Ábreme! —le gritó—. ¡Que me estoy calando!

Tomó una llave de un cuenco que había en la repisa de la chimenea y se la lanzó. Cayó dando vueltas en la oscuridad, entre destellos, y tintineó al caer en la calle como si fuera una moneda. Ella tuvo que localizarla y agacharse para recuperarla. Cerró la

ventana y fue a la puerta del piso, en cuyo umbral la esperó, pues no deseaba bajar y arriesgarse a un encuentro con el insomne señor Poole. El cuello de la camisa se le había empapado cuando se asomó por la ventana, tenía húmedos incluso los hombros, lo cual le produjo un placentero frescor. También tenía fríos los pies descalzos. Oyó que se abría el portal y al momento le llegó un tenue soplo de noche por la caja de la escalera, que le dio de lleno en la cara. Siempre le habían afectado los movimientos imperceptibles del aire, las corrientes y las brisas, el remejarse del viento en las copas de los árboles. Comprendió que aún seguía a medias en un sueño. Oyó brevemente voces abajo —el señor Poole había abordado a Phoebe—, y luego sus pisadas desiguales al subir. Bajó al rellano para recibirla. La vio ascender hacia él, una cabeza de Medusa con el cabello mojado, unos hombros desnudos, relucientes; iba descalza, como él, con un zapato colgando en cada mano, sujetos por una cinta negra en cada uno de los índices, con el bolso bajo el brazo. Llevaba un vestido de satén azul medianoche. Estaba completamente empapada.

—Dios santo —dijo Quirke.

Había estado en una fiesta. Había llegado hasta allí en taxi. Creía haberse olvidado el abrigo.

—Lo cierto —dijo, modelando los labios con dificultad en torno a las palabras— es que estoy un poco achispada.

La llevó al sofá, el satén de su vestido susurraba más por estar tan mojado, y la hizo sentarse. Ella miró en derredor con una sonrisa inane.

—Dios santo, Phoebe —volvió a decir, preguntándose cómo iba a librarse de ella y, sobre todo, cuándo.

Fue al cuarto de baño y volvió con una toalla que dejó sobre su regazo. Ella miraba con ojos desencajados.

—¡Lo veo todo doble! —dijo encantada y con orgullo.

—Anda, sécate el pelo —dijo—. Estás echando a perder el sofá.

Ella le respondió con la cabeza envuelta en la toalla.

—Si lo mojo es porque me has tenido mucho rato esperando ahí abajo. Además, me bajé del taxi en Lower Mount Street por error.

Él entró en el dormitorio en busca de algo que ella pudiera ponerse. Cuando volvió al cuarto de estar, ella había dejado caer la toalla al suelo y miraba con el ceño fruncido, parpadeando, más gorgona que nunca, con el pelo alborotado.

—¿Quién era el hombre de abajo?

—Sería el señor Poole.

—Llevaba pajarita.

—Siempre lleva pajarita.

—Me preguntó si sabía adonde iba. Le dije que eres mi tío. Yo diría que no se lo creyó —se sorbió la nariz—. Vaya, se me cae el moquillo —dijo, y se secó la nariz

con el dorso de la mano. Luego le pidió algo de beber.

Él fue a la cocina, llenó la cafetera y la puso sobre el hornillo de gas. Preparó una bandeja con una taza, azúcar, la jarrita de leche.

—¿Y dónde era la fiesta? —le gritó.

La respuesta le llegó en sordina.

—Eso no es asunto tuyo.

Fue a mirar por la rendija de la puerta de la cocina al cuarto de estar, pero se retiró al verla de pie, en ropa interior, con los brazos alzados, quitándose el vestido azul por la cabeza. Tenía el vientre levemente ancho de las chicas Crawford, de su madre y su tía, y las mismas piernas largas y torneadas. El café regurgitaba en la cafetera, pero aún esperó unos momentos antes de llevárselo, dándole tiempo a que se cambiase.

Entró con la bandeja en el cuarto de estar. Phoebe, con el jersey y los pantalones desmesurados, de payaso, que le había prestado, estaba jugando con el maniquí de madera.

—Déjalo en paz —le dijo cortantemente. Ella apartó las manos del muñeco pero no se dio la vuelta, y permaneció cabizbaja, los brazos inertes, como si ella misma fuera una marioneta con los hilos aflojados—. Ven —añadió con menos saña—, aquí tienes el café —ella se dio la vuelta y él vio los lagrimones de niña que le rodaban por ambas mejillas. Suspiró, dejó la bandeja en el suelo, delante del sofá, y fue a abrazarla con cautela. Ella no ofreció resistencia y se dejó estrechar, apoyando la cara en su hombro a la vez que decía algo—. ¿Qué? —dijo él, esforzándose por reprimir toda aspereza en su voz. ¿Cómo era que las mujeres, todas las mujeres, lloraban tanto?—. No te he oído.

Ella se apartó de él y le habló entre sollozos.

—No me dejan casarme con él. ¡No me dejan casarme con Conor Carrington!

Se alejó de ella para ir a la chimenea y tomar un cigarrillo de la caja antigua, de plata, que descansaba sobre la repisa. Había sido un regalo de boda, de Sarah y de Mal.

—Dicen que no me puedo casar con él... ¡porque es protestante! —exclamó Phoebe—. ¡Dicen que no debo verlo nunca más!

El mechero estaba sin gasolina. Se palpó los bolsillos; había utilizado el último fósforo para encender la estufa. Fue a la mesita de mármol en la que descansaba el Evening Mail del día anterior y arrancó una tira del pie de la primera página, revelando un anuncio de teatro en la página siguiente. Prendió el papel en la llama del gas. Tenía el pulso bastante firme, bastante firme. El cigarrillo le supo a revenido; tenía que acordarse de renovar los de la caja.

—Bueno... —dijo Phoebe a su espalda, consternada, con indignación—. ¿Es que no piensas decir nada?

Punch y Judy, decía el anuncio, ¡*La nueva comedia de éxito! ¡Últimas tres representaciones!* Ay, señor Punch. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Dime qué quieres que te diga —dijo.

—Podrías fingir que te asombra.

Ella había dejado de llorar, y se sorbió la nariz con fuerza. No es que esperase gran cosa de él, ni que le sirviera de apoyo, pero había supuesto que al menos le mostraría su simpatía. Lo estudió con una mirada de indignación. Él parecía incluso más distante que de costumbre, más alejado de todo cuanto le rodeaba. Había vivido en ese piso desde que ella alcanzaba a recordar —cuando era una niña que su madre llevaba de visita, una carabina, lo sospechaba ya entonces—, pero no parecía encontrarse en su casa más a sus anchas que entonces. Caminando descalzo, con sus hombros gigantescos y sus pies pequeños, con la ancha espalda, tenía toda la pinta de un animal salvaje, un oso tal vez, o un gorila rubio de belleza imposible, capturado mucho tiempo atrás, pero sin entender aún que estaba enjaulado.

Fue a su lado y se colocó también de espaldas a la chimenea, acodándose en la alta repisa, contra la cual estaba él apoyado. Ya no estaba embriagada —en realidad tampoco lo estaba cuando llegó, pero quiso que él lo creyera—, sólo soñolienta, y triste. Estudió la fotografía enmarcada que descansaba en la repisa.

—Tía Delia era bellísima —dijo—. ¿Tú estabas cuando...? —Quirke negó con un gesto. No la miró. Tenía un perfil, pensó ella, como el de un emperador en una moneda antigua—. Cuéntame —le apremió con dulzura.

—Tuvimos una pelea —dijo él como si tal cosa, con un punto de impaciencia—. Salí y me emborraché. Luego llegué al hospital, la tomé de la mano y ella estaba muerta. Ella estaba muerta y yo aún estaba borracho.

Ella volvió a estudiar las fotografías, todas ellas con marcos de plata, de los caros. Tocó la de los cuatro con ropa de jugar al tenis, recorriendo sus caras con la yema del dedo: su padre, Sarah, Quirke y la pobre Delia, todos ellos jóvenes, sonrientes, con aire de intrépidos.

—La verdad es que se parecían muchísimo —dijo—, ¿verdad? Incluso para ser hermanas. Mamá y tía Delia. Tus dos amores perdidos —a eso él no dijo nada y ella se encogió de hombros, haciendo un gesto con la cabeza. Se acercó a la mesilla y tomó el periódico, que fingió hojear—. Cómo no —dijo—. A ti te tiene que dar igual que no me permitan casarme con él, ¿verdad?

Arrojó el periódico y atravesó el salón hasta el sofá, sentándose y cruzando los brazos con gesto de fastidio o de enojo. Él se le acercó y clavó una rodilla en el suelo para servirle el café.

—Cuando dije que quería beber me refería a algo de verdad —dijo, y apartó la cara en un gesto de rechazo pueril. Él dejó la cafetera en la bandeja y fue a por otro cigarrillo. Arrancó otra tira del periódico —esta vez, el anuncio del teatro—,

agachándose para prenderlo con la llama de la estufa.

—¿Tú te acuerdas de Christine Falls? —le dijo.

—¿De quién?

Convirtió la respuesta en una reprimenda. Seguía sin mirarlo.

—Trabajó una temporada para tu madre.

—¿Te refieres a Chrissie, la criada? ¿La que murió?

—¿Te acuerdas de ella?

—Sí —se encogió de hombros—. Creo que papá tenía debilidad por ella. Era guapa, aunque llevara la cara lavada. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Tú sabes de qué murió? —ella negó con un gesto—. De embolia pulmonar. ¿Sabes qué es eso?

En su interior, las cosas empezaban a agitarse como el fango en el fondo de un pozo. ¿Quién había enviado a esos dos matones a darle un susto? *Somos un aviso, eso es lo que somos.*

—¿Un atasco en los pulmones? —dijo Phoebe. Se le notaba el sueño en la voz—. ¿Tenía tuberculosis?

Subió las piernas al asiento del sofá, se recostó y apoyó la cabeza en un cojín. Suspiró.

—No —dijo Quirke—. Sucede cuando un coágulo de sangre llega al corazón. — Ah.

—El otro día vi un caso realmente notable, fíjate qué cosas. Un vejestorio, llevaba años en cama. Lo rajamos, abrimos la arteria pulmonar y allí estaba, gordo como un dedo tuyo y con sus quince centímetros de longitud, un cordón enorme de sangre coagulada —hizo una pausa, la miró y vio que se había quedado dormida tan sin avisar como sólo pueden hacerlo los jóvenes. Qué frágil y vulnerable parecía, con su jersey viejo y sus pantalones de pana. Tomó una manta que estaba doblada sobre el respaldo del sillón, junto a la chimenea, y se la echó por encima con cuidado. Sin abrir los ojos, ella respiró hondo con un estremecimiento, se frotó debajo de la nariz con un dedo, vigorosamente, y musitó algo antes de acomodarse de nuevo, arrebujándose al calorillo de la manta.

Quirke volvió a la chimenea y se quedó de espaldas a la repisa para contemplarla de nuevo. Aunque trató de resistirlo, el pensamiento de Christine Falls y de su hija perdida volvieron a penetrar en su ánimo como la hoja de un cuchillo entre una puerta cerrada y el marco de la misma. Christine Falls y Mal, y Costigan, y Punch y Judy...

—Ojo —dijo con voz queda a la muchacha adormecida—, que la pobre Chrissie no murió de eso, ni mucho menos. Nada de embolia pulmonar. Eso es sólo lo que tu padre, que tenía debilidad por ella, anotó en su expediente.

Se acercó a la ventana en la que tenía por costumbre no cerrar jamás las cortinas. Había cesado la lluvia. Cuando acercó la cara al cristal vio una luna veloz y el vientre

lívido de las nubes, iluminadas por las luces de la ciudad. Volvió a mirar a Phoebe y fue a abrir el bolso de lentejuelas que había dejado sobre la mesa. Dentro, encontró la agenda de direcciones encuadernada en piel que él le había regalado por su último cumpleaños. Pasó deprisa las páginas. Luego fue al teléfono, tomó el auricular y marcó.

Estaba aún ante la ventana cuando llegó Conor Carrington. Abrió la hoja y también a él le lanzó la llave sin darle tiempo a llamar al timbre, pues pese a estar tres plantas más abajo el señor Poole, al contrario que su esposa, tenía el oído de un murciélago. Phoebe, en el sofá, seguía durmiendo. Él había recogido sus cosas, el vestido, la braga, las medias, dejándolas en una silla frente a la estufa, para que se secaran. Tuvo que sacudirla con fuerza por el hombro antes de que se despertase, y cuando abrió los ojos lo miró atónita, aterrada, como si estuviera a punto de saltar y echar a correr.

—No pasa nada —le dijo con brusquedad—. El joven Lochinvar acude en tu rescate.

Recogió sus prendas de la silla mientras ella se enderezaba y se quedaba sentada un momento con la cabeza caída entre los hombros, antes de ponerse temblorosamente en pie. Se lamió los labios, que tenía resecos por el sueño, tomó el bulto de ropa en los brazos y dejó que él la condujera hacia el dormitorio.

Conor Carrington, notó Quirke, era el tipo de persona que siempre entra de costado por una puerta, más deslizándose que dando un paso. Era alto y sinuoso, y tenía la cara alargada y pálida, y las manos esbeltas y flexibles, blancas, de la heroína tísica de alguna de las novelas románticas más lacrimógenas de la era victoriana. O al menos así lo vio Quirke con su cínica mirada. En realidad, Quirke tuvo que reconocerlo, Carrington era un joven apuesto, aunque tirando a enteco. Por su parte, Carrington obviamente no vio a Quirke con buenos ojos, aunque también, Quirke se dio cuenta, sentía cierto nerviosismo ante él. Llevaba un abrigo tres cuartos, de tweed, sobre un traje oscuro de mil rayas que habría sido digno del hombre que ahora, al parecer, muy probablemente no iba a ser su suegro, y un sombrero elegante, que sujetaba por el ala curva con los dedos de ambas manos. Tenía todo el aire, se dijo Quirke, del hombre que aparece a regañadientes en el velatorio de alguien a quien apenas llegó a conocer. Devolvió la llave del portal a Quirke, quien también recogió su sombrero no sin percibir el titubeo con el que el joven se lo entregaba, como si temiese que no fuera a devolvérselo.

Al entrar en el cuarto de estar, de sesgo otra vez, Carrington miró en derredor con ojos inquisitivos.

—Estará lista en un momento —dijo Quirke.

Carrington asintió frunciendo unos labios inesperadamente gruesos y sonrosados.

Un chico criado como un animal doméstico, de interior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Estuvo en una fiesta, aunque no contigo, evidentemente. Tendrías que estar más atento con ella —Quirke señaló la bandeja en el suelo—. ¿Un café? ¿No? Mejor así. Se habrá enfriado. ¿Un cigarro? —el joven volvió a negar con un gesto—. Nada de vicios, ¿eh, señor Carrington? ¿O puedo llamarte Conor? Tú puedes llamarme señor Quirke.

Carrington no se quiso quitar el abrigo.

—¿Por qué ha venido aquí? —dijo con fastidio—. Tendría que haberme llamado por teléfono. Me he pasado toda la noche esperándola.

Quirke se volvió para ocultar el gesto de desagrado. ¿A qué hora tendría el hombre la costumbre de acostarse?

—Me ha dicho que no le dan permiso para casarse contigo —Carrington lo miró fijamente. Parecían ser casi de la misma estatura, uno ancho de hombros y el otro delgado, pero sólo, pensó Quirke con satisfacción, porque él estaba descalzo—. No les cae bien tu gente, mucho me temo —añadió.

A Carrington le asomó a la frente un rebrillo rosáceo.

—¿Mi gente? —dijo, y carraspeó con delicadeza.

Quirke se encogió de hombros; no vio que fuera beneficioso seguir por esa línea.

—¿Tú has planteado esa posibilidad?

Carrington tuvo que toser de nuevo, muy quedo, tapándose la boca con el puño.

—No creo que debamos mantener esta conversación, señor Quirke —dijo.

—Seguramente tienes razón —dijo Quirke, y se encogió de hombros.

Volvió Phoebe del dormitorio. Nada más verla, Conor Carrington enarcó las cejas primero y frunció el ceño después. Aún tenía el cabello revuelto por la lluvia y la toalla, y la falda del vestido se le pegaba, húmeda, a las piernas. En una mano llevaba las medias, que estaban aún agrisadas, por la mojadura, en la puntera y el talón, y en la otra llevaba sus zapatos de tacón alto, con el talón abierto. Llevaba doblados del brazo los pantalones de pana de Quirke.

—¿Tú qué estás haciendo aquí? —dijo.

Carrington le devolvió una mirada torva.

—El señor Quirke me llamó por teléfono —dijo. Le salió demasiado romo, ineficaz. Bajó la voz a un tono más ronco—. Vamos, te llevo a casa.

—¿En serio? ¿Ahora?

—Por favor, Phoebe —le dijo en un murmullo brusco y recriminatorio.

Quirke se había colocado de nuevo junto a la chimenea, y los miraba por riguroso turno, como un espectador de un partido de tenis.

—Yo que tú, chavalote, la dejaría en un taxi —le dijo—. *Chez Griffin* no les iba a sentar nada bien que aparcaras el descapotable a las tres de la madrugada con la

formidable Honoria Glossop hecha un adefesio y cantando como una borracha a tu lado.

Phoebe le lanzó una rápida, taimada mirada de complicidad.

—Venga, Phoebe —le dijo Carrington con voz de nuevo aguda, un tanto desesperada—. Ponte los zapatos, que nos vamos.

Pero Phoebe ya se estaba calzando, sobre un solo pie, inestable, como una cigüeña, con la otra pierna cruzada y apoyada en la rodilla, haciendo visajes de incomodidad y de irritación a la vez que introducía el pie en el cuero mojado y resistente. Carrington se quitó el abrigo y se lo echó sobre los hombros. Quirke, a su pesar, se sintió conmovido por la ternura y la solicitud del gesto. ¿De dónde era Carrington? ¿De Kildare? ¿De Meath? Tierras fértiles las de aquellos parajes, herencias abundantes. Probablemente, cuando hubiera jugado a ser abogado durante cuarenta años, volvería feliz de la vida a cuidar de sus hectáreas ancestrales. Ciertamente, ahora aún era joven, pero eso tenía remedio con el tiempo. Quirke reparó en que Phoebe podría tomar elecciones mucho peores.

—Conor —dijo. La pareja lo miró al tiempo, dos caras jóvenes, expectantes. Quirke alzó el dedo a modo de admonición—. Deberías presentar batalla —le dijo.

Quirke había concertado un encuentro con Barney Boyle en el puente de Baggot Street. Echaron a andar los dos por el camino de sirga, por donde Quirke estuvo paseando con Sarah aquel domingo desde el que parecía haber pasado una eternidad. Era de mañana, y un sol insípido se empeñaba en perforar la neblina de noviembre poniéndole un poco de brillo. Reinaba un silencio espectral, como si los dos estuvieran solos en toda la ciudad. Barney llevaba un abrigo negro que le caía casi hasta los tobillos; sin cinturón ni botones, se le enredaba en las piernas cortas y gruesas cual si fuera un recio capote al caminar con paso inseguro. A plena luz del día, tenía un aire aturdido y algo tímido. Dijo que había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio el mundo a la luz de la mañana, y que en ese intervalo no parecía haberse producido ninguna mejora que le llamase la atención. Tosió con una carraspera ronca.

—Demasiado aire fresco para tus pulmones —dijo Quirke—. Ten, toma un cigarro.

Prendió un fósforo y Barney se inclinó protegiendo la llama con sus manos rechonchas, infantiles, rozando con las yemas de los dedos el dorso de la mano de Quirke, y a éste le sorprendió igual que siempre ese peculiar acto de intimidad, uno de los muy contados que se permitían entre los hombres. Se rumoreaba, recordó, que Barney tenía cierta debilidad por los chicos.

—Hay que joderse —dijo Barney, exhalando una trompeta de humo en la niebla—. Así, mucho mejor.

Barney, el poeta del pueblo, el dramaturgo de la clase obrera, en realidad vivía, a pesar de los rumores sobre sus inclinaciones de sarasa, con su mujer, que desde antaño había sufrido lo indecible. Era una amable acuarelista y en parte era una belleza, con la cual vivía en una casa venerable, de muros blancos, en el frondoso barrio de Donnybrook. Pero seguía teniendo sus contactos en el viejo y desaconsejable mundo del cual era en el fondo producto. Quirke quería información, y Barney se había dedicado, como dijo él mismo, a preguntar aquí y allá.

—Ah, es que todas las fulanas conocían a Dolly Moran —dijo. Quirke asintió. Fulanas eran rameras, supuso, pero ¿cómo? ¿Por ser unas ful? ¿Por no tener nombre reconocible? La jerga de Barney parecía de su propia invención—. A ella iban corriendo cuando tenían un aprieto.

—¿Qué clase de aprieto?

—Cuando les salía rana el negociete, ya me entiendes.

—¿Y ella misma lo arreglaba?

—Tengo entendido que se daba mucha maña con la aguja de calcetar. Y, a lo que se ve, lo hacía de gratis. Por la pura gloria.

—Entonces... ¿de qué vivía?

—Estaba bien surtida. Al menos, eso es lo que se dice.

—¿Y quién la surtía?

—Una o varias partes contratantes desconocidas por demás.

Quirke frunció el ceño escrutando la neblina.

—Mira qué hijoputas —dijo Barney, y se paró. Tres patos remaban entre las juncias, emitiendo cacareos apenas audibles, en apariencia de queja—. Dios, qué mal me caen los putos patos —se le iluminó la cara—. ¿Te he contado alguna vez la de mi padre con los patos?

—Sí, Barney. Me la has contado. Unas cuantas veces.

Barney torció el morro.

—Pues disculpa —se le había terminado el cigarro—. ¿Vamos a por una pinta?

—Barney, no jorobes, que son las once de la mañana...

—¿Las once? Joder, pues entonces habrá que darse prisa.

Fueron al 47, en Haddington Road. A esa hora eran los únicos clientes. El rancio hedor del tabaco de la noche pasada aún pendía en el aire adormilado. El barman, en mangas de camisa y con tirantes, estaba acodado en la barra, leyendo las páginas de deportes del *Independent* del día anterior. Barney pidió una negra embotellada y un chupito de malta para acompañarla. El pestazo de la cerveza y el aroma punzante del whisky a Quirke le encogieron la nariz.

—Y los dos matones que me salieron al paso... —dijo—, ¿has sacado algo en claro?

Barney levantó la boca colorada de bebé del borde del vaso y se secó la espuma del labio superior.

—El de la napia parece que sea Terry Tormey, hermano de Ambie Tormey, el que andaba con la banda de los Bestias.

—¿Ambie? —dijo Quirke como si no entendiera.

—Diminutivo de Ambrose. A mí no me mires.

—¿Y el otro?

—Se llama Callaghan. ¿Era Callaghan? No: Gallagher. Un poco retrasado, le falta una patata para el kilo. Pero peligroso cuando se anima. Si es el mismo, claro.

Levantó el vaso de whisky con un gesto melindroso, con el meñique extendido, y se lo ventiló de un solo trago, hizo una mueca, enseñó los dientes, dejó el vaso en la barra y miró al barman.

—*Arís, mo bhualachlín* —dijo. Lento, sin decir ni palabra, el barman vertió otra medida de líquido ambarino en un vasito medidor de peltre que volcó y dejó gotear

en el vaso de cristal. Los dos observaron en silencio la ceremonia, y Quirke pagó. Barney indicó al camarero que le dejara la botella en la barra.

—Prefiero —dijo— una frasca delante que una fresca de Levante —y miró a Quirke de reajo, con timidez. Los chistes de Barney a esas alturas eran todos de segunda mano. A Quirke se le ocurrió de repente: *Es como Falstaff cuando se pone pesado*, lo cual, bien lo sabía, no le convertía a él precisamente en rey. Pidió lo que se conocía como café, agua caliente con una cucharada de jarabe alquitranado de una botella cuadrada: *Irel ¡el café irlandés!* Echó a la mezcla tres cucharadas de azúcar bien colmadas. *¿Qué carajo estoy haciendo aquí?*, se preguntó. Barney, como si acabase de leerle el pensamiento, se volvió a él con mirada inquisitiva.

—Qué, Quirke. Aquí parece que pierdes pie, ¿eh? —le dijo con su acento de Donnybrook—. Terry Murphy y el majara de su amigo, vaya chusma. Dolly Moran asesinada sin más. ¿En qué andarás tú metido?

Era otra mañana neblinosa cuando Quirke, con su abrigo negro y el sombrero puesto, salió por la puerta de la casa de Mount Street y se encontró con el detective inspector Hackett, que también llevaba sombrero y su gabardina de policía, matando el rato en la acera, fumando un cigarrillo. Al ver al policía, su cara grande y plana y su sonrisa engañosamente afable, a Quirke le dio un vuelco de culpabilidad el corazón. Pasaron de largo tres monjas jóvenes montadas en bicicletas altas y negras, tres conjuntos de piernas envueltas que pedaleaban con recato al unísono. El aire húmedo de la mañana apestaba a humo y a escape de automóvil. Era invierno, reflexionó Quirke con tristeza, y él iba de camino a su sala de despiece de cadáveres.

—Buenos días, señor Quirke —dijo con ánimo el detective, tirando el resto del cigarrillo y aplastándolo bajo la bota—. Pasaba por aquí y pensé que podríamos encontrarnos con un poco de suerte.

Quirke bajó las escaleras con paso comedido a la vez que se encasquetaba el sombrero.

—Caramba —dijo—. Son las ocho y media y usted pasaba por aquí. Qué cosas. La sonrisa de Hackett se distendió en una mueca de pereza.

—Ah, desde luego. Siempre he sido muy madrugador.

Al paso los dos, enfilaron hacia Merrion Square.

—Supongo —dijo Quirke— que era usted de los que, de niños, se despertaban a las cinco para ordeñar a las vacas.

Hackett rió por lo bajo.

—Vaya, ¿cómo lo ha sabido?

Quirke, pensando en alejarse, oteaba disimuladamente la calle en busca de un taxi. Había estado en McGonagle la noche anterior, y no se fiaba de sí mismo, no sabía qué podría dejarse llevar a decir, y más estando Hackett de ánimo más

insinuante y amistoso que nunca. Pero no había taxis. En Fitzwilliam Street se encontraron en medio de los funcionarios con bufandas y las solapas subidas que iban camino del trabajo en las dependencias del gobierno. Hackett encendió otro cigarrillo. Tosió, y Quirke cerró los ojos brevemente al oír los grumos de flemas que vibraban en los bronquiolos de su acompañante.

—¿Alguna novedad en el caso de Dolly Moran? —preguntó Quirke.

Hackett calló durante unos instantes, antes de reírse con un silbido salido del fondo de los pulmones, a la vez que le temblaban los hombros. Las altas fachadas de enfrente, con sus altas ventanas, parecían mirarlo con sorpresa y fría desaprobación.

—Ay, Dios, señor Quirke —dijo como si lo estuviera pasando en grande—, seguro que va usted mucho al cine —se levantó el sombrero y con la base del pulgar se secó la frente, encasquetándose después el sombrero en un ángulo aún más exagerado—. Novedades, bien, veamos... Tenemos un conjunto completo de huellas dactilares, como es natural, y un par de rizos de cabello. Ah, y la colilla de un cigarrillo. De la marca Balkan Sobranie, reconocí la ceniza nada más verla. Y la mano de un mono, un amuleto que tuvo que dejar allí alguien de origen oriental, casi con toda probabilidad un marino procedente de la India —sonrió, mostrando la punta de la lengua entre los dientes—. No, señor Quirke. No tenemos ninguna novedad. A no ser, claro está, que a usted le parezca novedoso que se me hayan dado órdenes de que cancele la investigación —Quirke se quedó mirándolo; él se llevó el dedo a un lado de la nariz sin dejar de sonreír—. Órdenes de arriba —dijo en voz baja.

Ante ellos se encontraba la masa abovedada del edificio del parlamento. A Quirke de pronto le pareció que tenía un aspecto malévolos, agazapado tras las rejas, un inmenso pudin de piedra.

—¿Qué quiere decir? —dijo, y tragó saliva—. ¿Qué quiere decir... órdenes de arriba?

El detective sólo se encogió de hombros.

—Lo que le digo —se estaba mirando la puntera de las botas—. Se queda usted solo, señor Quirke, en el asunto de la difunta Dolly Moran. Si por un casual fuera a producirse alguna que otra novedad en el caso, como dice usted, tendría que ser otro el que nos la comunicase, mucho me temo.

Llegaron a la esquina de Merrion Street. Desde el otro lado de la calle, el policía que guardaba la entrada al parlamento los miraba con laxa curiosidad. Estaban detenidos en medio de la multitud mañanera, los funcionarios y las mecanógrafas que acudían a sus mesas de trabajo. Era probable que hubiera reconocido a Hackett, pensó Quirke, pues era famoso en la policía.

—Y digo yo, señor Quirke, si no tendrá usted alguna cosa que tal vez desee comentarme —dijo el detective, mirando a un lado con los ojos entornados—. Lo digo porque me parece usted un hombre lastrado por un secreto —cambió de gesto y

clavó los ojos en la cara de Quirke—. ¿Me equivoco?

—Ya le he dicho todo lo que sé —dijo Quirke casi malhumorado, y miró a otra parte.

—Y es que esto es lo que hay —siguió diciendo Hackett—. Antes de recibir la orden de cancelar la investigación, y tal vez, por lo que se me alcanza a saber, sea ésta la razón por la que se me ha dado esa orden, descubrí que Dolly Moran había trabajado en tiempos para la familia del juez Griffin en persona. Es algo que usted no me comunicó cuando tuvimos nuestra charla aquel día en el hospital. Estoy seguro de que se le pasó por alto. De todos modos, a lo que iba: resulta que usted por su matrimonio tiene parentesco con esa misma familia, y ahora me pregunta de pronto si hay novedades en la investigación del asesinato de Dolly. No es todo tan elemental, diría yo, ¿verdad, doctor Quirke? —sonrió—. De todos modos, le dejo, que es usted un hombre muy ocupado y seguro que tiene trabajo que hacer —hizo ademán de marcharse, se detuvo, volvió sobre sus pasos—. Por cierto —dijo en tono de conversación entre amigos—, ¿no le comentó nada Dolly Moran sobre la Lavandería de la Misericordia? —Quirke negó con un gesto—. Está en Inchicore. Allí toman a muchachas que se han metido en un aprieto y les dan trabajo hasta que... ¿cómo se dice? Ah, sí: hasta que han expiado su pecado. Se comentó que Dolly tenía relación con ese lugar. Cambié impresiones con la monja que manda en la lavandería, pero me juró que nunca había oído hablar de nadie que atendiera por ese nombre. Vergüenza me da reconocer que a punto estuve de no creer a tan santa mujer.

Quirke carraspeó.

—No —dijo—. Dolly no me dijo nada de ninguna lavandería. Lo cierto es que dijo muy poca cosa. Yo creo que no se fiaba de mí.

Hackett, la cabeza ladeada, lo estudiaba con la atenta y sin embargo distante atención de un retratista que mide a quien posa para él.

—Se le daba muy bien eso de guardar secretos —dijo, y suspiró—. Ah, que Dios la haya acogido en su seno. Descanse en paz la pobre Dolly.

Hizo un gesto de asentimiento, se dio la vuelta y echó a caminar hacia el lugar del que habían venido. Quirke lo vio marchar. Sí, pobre Dolly. Una racha de viento cruzó los faldones de la gabardina del detective, que se alborotaron como si fuesen velas sin afianzar. Por un instante fue como si el hombre hubiera desaparecido dentro de la gabardina, como si hubiera desaparecido del todo.

—... lo lamento, señor Quirke —dijo la monja—, pero no puedo ayudarle —parecía intranquila, con una mirada inquieta, y no dejaba de pasar las cuentas de un rosario invisible, con gran agitación, entre los dedos, que tenía huesudos, alargados, como dos ramas pálidas. A él le había sorprendido ver que a pesar de la toca era, o había sido, una mujer hermosa. Era alta, angulosa, y el hábito negro, que le llegaba al

suelo cayendo desde la cintura en pliegues ondulados, como las estrías de una columna clásica, le daba un aspecto estatuario. Tenía los ojos azules, y tan claros que daban la impresión de que si uno escrutaba a fondo podría ver todo el interior, la blanca cámara de su cerebro. Se llamaba sor Dominic; se preguntó cuál sería su verdadero nombre, no el escogido al profesar los votos, sino el que recibió en su día—. ¿Me dice usted que la muchacha, esa muchacha, ha muerto?

—Sí. En el parto.

—Qué tristeza —apretó los labios hasta expulsar de ellos toda la sangre—. ¿Y qué fue de su hijo?

—No lo sé. Y ésa es una de las cosas que me gustaría averiguar.

Estaban de pie en la gélida quietud del vestíbulo, con el suelo ajedrezado. Desde el interior del edificio le llegaba, aunque no alcanzara a oírlo con nitidez, el rumor de alguna máquina que funcionaba a mano y la voz carrasposa de las mujeres en el trabajo. Pendía hasta allí un olor húmedo de tejidos pesados, de lana, algodón, lino.

—Y Dolores Moran —dijo—, Dolly Moran, ¿dice usted que nunca estuvo aquí?

La monja bajó los ojos y meneó la cabeza.

—Lo lamento —volvió a decir, poco más que un susurro.

Una mujer de corta estatura y cintura gruesa, con una cabellera pelirroja, intensa, sin forma, apareció por el pasillo empujando un cesto enorme de mimbre con ruedas. El cesto debía de estar lleno de prendas recién lavadas, pues Quirke la vio invertir todas sus energías en propulsarlo, apoyándose con todo su peso en ambos brazos, extendidos ante sí, la cabeza gacha y los nudillos blancos sobre las desgastadas asas de madera. Llevaba un vestido gris, holgado, y unas medias grises que le formaban pliegues de acordeón en los tobillos, gruesos y enrojecidos; llevaba unas botas claveteadas que parecían de hombre, sin cordones, varias tallas más grandes de lo que habría necesitado. Al no ver a Quirke ni a la monja, avanzaba a todo trapo, las ruedas del cesto chirriando en una queja reiterada, circular, y ambos tuvieron que dar un paso atrás y pegarse a la pared para dejarle el paso libre.

—¡Maisie! —dijo sor Dominic con brusquedad—. Por Dios, ¡a ver si miras por dónde vas!

Maisie se detuvo y se enderezó, mirándolos sin entender nada. Pareció por un instante que estuviera a punto de echarse a reír. Tenía la cara ancha, pecosa, sin rasgos definidos; tenía sendas fosas nasales, pero no una nariz que las alojara, y una boca pequeña, que daba la impresión de que se le hubiera vuelto del revés.

—Disculpe, hermana —dijo, pero se le notaba que no lo sentía. Miró a Quirke con visible interés, escrutando su traje de espiguilla, su abrigo negro y caro, el sombrero de fieltro flexible que tenía en las manos. Le temblaba un párpado. ¿Un tic nervioso?, se preguntó Quirke, ¿o realmente le había guiñado un ojo?

—Adelante —dijo sor Dominic, no sin ablandar un tanto el tono. Sor Dominic, se

dijo Quirke, no parecía del todo adecuada al trabajo que allí se hacía, fuera cual fuese exactamente ese trabajo.

—Ahora mismito, hermana —respondió Maisie, que lanzó a Quirke otra mirada humorística con sus ojos grandes y se apoyó de nuevo en el cesto para seguir desplazándolo.

Sor Dominic, cada vez más ansiosa por librarse de él, avanzaba pegada a la pared camino del vestíbulo, iluminado a través de las vidrieras, por el cual había llegado. Siguiéndola, Quirke daba vueltas lentamente, entre los dedos, al ala de su sombrero, tal como ella pasaba el rosario invisible entre los suyos. A pesar de la negativa de la monja, estaba convencido de que Christine Falls había estado allí al menos un tiempo, antes de que Dolly Moran la recogiera en su domicilio de Stoney Batter. Se imaginó a la muchacha avanzar con paso cansino por esos pasillos, con un vestido de un gris ratonil, como el de Maisie, su pelo rubio teñido volviendo poco a poco al castaño anodino, los nudillos rojos y despellejados, y la niña moviéndose ya inquieta en su vientre. ¿Cómo podía Mal haberla condenado a un sitio así?

—Como le estaba diciendo —decía sor Dominic—, aquí nunca hemos tenido a una Christine Falls. Me acordaría de ella. Me acuerdo de todas nuestras chicas.

—¿Qué habría sido de su hijo, en caso de que hubiera estado aquí?

La monja mantenía la vista fija más o menos en torno a las rodillas de Quirke. Seguía avanzando casi de costado hacia la salida; él se vio obligado a seguir tras su estela.

—Nunca habría estado aquí.

—¿Cómo?

—Esto es una lavandería, señor Quirke, no un hospital.

Encorajinada, se permitió mirarle a la cara con gesto desafiante antes de bajar los ojos.

—En tal caso, ¿dónde habría nacido?

—Le aseguro que no lo sé. Las chicas que vienen aquí... ya han... ya han dado a luz.

—¿Y qué se hace con los bebés que dejan atrás cuando entran aquí?

—Ingresan en un hospicio, como es natural. Y otras veces... —calló. Habían llegado a la puerta acristalada del vestíbulo, y con un suspiro de alivio que no disimuló la abrió empujándola y se hizo a un lado para franquearle el paso. Él se detuvo en el umbral, mirándola. Mirándola a los ojos con insistencia intentó que ella cediera, que le diera algo, por poca cosa que fuera, pero no lo logró—. Estas chicas, señor Quirke —dijo con frialdad—, se hallan en un aprieto y no tienen a nadie que las ayude. A menudo sus familias las rechazan. Entonces nos las envían a nosotras.

—Sí —dijo él—, y estoy seguro de que son ustedes un gran consuelo para esas chicas.

Los iris de un azur transparente parecieron tornarse blancos por un instante, como si brevemente se hubiera formado un gas tras ellos. ¿Era la ira lo que en ellos destellaba? Los paneles de cristal vidriado de la puerta, a su espalda, parecían un cielo de brillantes chafarrinones en plena tormenta. Se sobresaltó y se sintió no poco compungido al imaginársela desnuda, una figura blanca, apasionada, expuesta, pintada por El Greco.

—Hacemos todo lo que podemos —dijo— en estas circunstancias. Es todo lo que podemos hacer.

—Sí, hermana —dijo con una voz forzada, contrita, avergonzado al percibir que la imagen conjurada de su desnudez aún estaba patente, negándose a borrarse—. Lo comprendo.

Al salir, dobló y bajó por la cuesta en dirección al río. El cielo estaba ocupado por el peso de una nube inconsútil, de color masilla, que parecía poco más alta que los tejados de las casas a uno y otro lado. Remolinos de copos de nieve gruesos, húmedos, volaban a merced del viento. Se subió el cuello del abrigo y se encasquetó más el sombrero. ¿Por qué insistía de ese modo?, se preguntó. ¿Qué significaban para él Christine Falls, o el bastardo de Christine Falls, o Dolly Moran, que había sido asesinada? Asimismo, ¿qué representaba Mal para él? Sin embargo, era muy consciente de que no podía apartarlo todo de su ánimo, olvidarse de ese asunto siniestro y enmarañado. Tenía una especie de deber que cumplir, había contraído una especie de deuda. Con quién, de eso ya no estaba seguro.

La famosa Galería de Cristal de Moss Manor era capaz de albergar a trescientas personas sin que pareciera que se había llenado en demasía. El millonario irlandés que ordenó la construcción de la mansión, en la década de 1860, había entregado a su arquitecto una fotografía del Crystal Palace londinense arrancada de una revista ilustrada, y le indicó que lo copiase. El resultado fue una construcción inmensa y desgarrada, de hierro y cristal, que recordaba el ojo de un insecto gigantesco, adherido al flanco sudeste de la casa, desde donde miraba enfurecido la bahía de Massachusetts en dirección a Provincetown. En el interior, la desmesurada sala estaba caldeada gracias a una red tramada de tuberías subterráneas, y las palmeras crecían en una gran profusión, así como eran docenas las especies de orquídeas e infinidad las enredaderas verde oscuro, sin nombre conocido, que habían sido modeladas en forma de esbeltos troncos de árboles, que ascendían a su vez rectos y vertiginosos para abrirse en brotes de fronda metálica, bajo la resplandeciente cúpula de cristal, a casi treinta metros del suelo. Ese día se habían dispuesto largas mesas sobre caballetes bajo las palmeras, y en todas ellas se amontonaban las fuentes de alimentos festivos, pavo en tajadas, jamón asado, ganso, y cuencos de plata repletos de ensalada de patata, gruesos pedazos de tarta de fruta, relucientes púdines de ciruela en forma de bomba de anarquista. Las poncheras, llenas de ponche de fruta, jalonaban a intervalos precisos la longitud de las mesas, y había hileras de cervezas embotelladas para los hombres. En un escenario, a uno de los lados, una banda de músicos con esmoquin blanco desgranaba a todo volumen lentas melodías, y algunas parejas bailaban comedidamente entre las mesas. Entre las hojas de las palmeras se habían insertado de un modo incongruente brotes de acebo de plástico, y los festones de papel crepé de colores pendían de un tronco a otro, de una columna metálica a la siguiente; por encima del escenario, una pancarta de satén blanco servía para desear con grandes letras rojas, mayúsculas, una feliz Navidad a toda la plantilla de Transportes Crawford. Fuera, en la tarde ya oscurecida se adensaba el humo de la escarcha, y los jardines ornamentales quedaban sepultados por la nieve. El océano era una línea de plomo delante de un banco de niebla de color lavanda. De vez en cuando, un cuadrado de nieve, de gran tamaño, se escurría del techo y estallaba en una polvareda tras resbalar formando una cascada en un silencio sobrenatural por la lámina acristalada, hasta desaparecer en la montonera que ya se acumulaba al borde del césped, blanco sobre blanco.

La fiesta apenas había empezado una hora antes y Andy Stafford ya se había

bebido demasiadas botellas de cerveza. Claire, para variar, quería estar en una de las mesas de la parte delantera para ver todo lo que pasara, pero él insistió en alejarse todo lo posible de la banda —tipos con la misma pinta que Glenn Miller, y con unos cien años de edad cada uno—, y ahora estaba sentado, solo, mirando con enojo a su esposa, que bailaba con el hijoputa de Joe Lanigan. El bebé estaba en el capazo, a sus pies, aunque no alcanzaba él a entender cómo era capaz de dormir con todo aquel ruido. Claire había dicho que con el tiempo se acostumbraría a la niña, pero habían pasado los meses y él seguía teniendo la sensación de que su vida había sido invadida. Como cuando era un niño y su primo Billy se fue a vivir con ellos después de que su viejo se volara la tapa de los sesos con una escopeta de caza. La niña siempre estaba ahí, tal como estuvo ahí su primo Billy, con sus manazas de chico de granja, sus pestañas de color paja, mirando y escuchando y respirándolo todo.

Joe era camionero, como Andy. Era un irlandés alto, pecoso, con la cabeza cuadrada y los brazos largos como los de un simio. Bailaba como un pazguato, subiendo mucho las rodillas y lanzándose de lado hacia abajo, tanto que su puño, con la mano de Claire doblada dentro, por poco golpeaba contra el suelo. Andy los miraba con fastidio. Claire charlaba sin cesar —¿de qué?— y sonreía como cuando estaba excitada, enseñando las encías de los dientes superiores. Terminó la canción con un trompetazo seco y Lanigan dio un paso atrás antes de hacer una exageradísima reverencia ante Claire, que se oprimió las manos entrelazadas contra el pecho y ladeó la cabeza al tiempo que batía varias veces las pestañas como si fuera una heroína del cine mudo, y ella y Lanigan se rieron al mismo tiempo. Lanigan volvió a su mesa, donde le esperaba un compinche cuyo nombre Andy no recordaba, un tipo bajo y grueso, con el pelo pegado hacia atrás, que parecía igualito que Lou Costello y estaba sentado con dos chicas con pinta de ser camareras en una pizzería. Cuando Lanigan se sentó miró por encima del hombro a Claire, la cual volvía entre las mesas hacia Andy, sonriendo para sí, y dijo algo, y el gordo y las dos tías que estaban con él rieron, y el gordo lanzó una mirada a Andy, que a éste le pareció teñida de compasión.

—¡Ay, estoy mareada! —dijo Claire al llegar a la mesa.

Se sentó frente a él e introdujo las rodillas bajo la mesa, y se llevó una mano al cabello, como si todavía fuera una estrella del cine. A él no le pareció que estuviera realmente mareada. En la blusa se le notaban dos manchas de humedad bajo los brazos. Se puso en pie, dijo que iba a por otra cerveza y ella le preguntó con su dulce hilillo de voz si no le parecía que tal vez debería aflojar un poco y, aunque logró esbozar una sonrisa al decirlo, él la miró con cara de pocos amigos. Ella dijo entonces que ya que estaba de pie podría traerle un vaso de ponche. Mientras él se alejaba, ella se inclinó sobre la mesa con ansiedad y miró el capazo con otra de sus sonrisas de chiflada.

Sabía que no debía hacerlo, pero en cuanto tuvo las bebidas en ambas manos hizo un desvío para pasar junto a la mesa de Lanigan. Se detuvo a saludar. Lanigan, que estaba de espaldas a él, dio evidentes muestras de estar sorprendido, y volvió su cabeza grande y cuadrada a la vez que miraba hacia arriba. Le preguntó qué tal estaba y lo llamó amigo. Andy le dijo que estaba bien; quería mostrarse amistoso, sin hacer demasiado hincapié en nada. Los otros, las dos mujeres y el gordo —Cuddy, así se llamaba el muy asqueroso, de pronto se había acordado—, lo miraban desde el otro lado de la mesa. Parecían procurar por todos los medios no sonreír demasiado. A Cuddy le temblaba la boquita mujeril en una de las comisuras.

—Eh, Cuddy —dijo Andy, todavía en tono ligero, todavía con calma—. ¿Has visto algo divertido? —el gordo enarcó las cejas, que tenía gruesas, negras, y parecía que las llevase pintadas—. Eh, te estoy preguntando que si has visto algo —repitió Andy a la vez que endurecía la voz— que te haga gracia.

Cuddy, tan al borde de la carcajada que no podía arriesgarse a contestar, miró a Lanigan, que fue quien contestó por él.

—Eh, eh —dijo, riéndose como si tal cosa—. Tómalo con calma, Stafford. ¿Dónde te has dejado el espíritu navideño?

Una de las mujeres soltó una risita y se inclinó hacia la otra, hasta que se tocaron los hombros. La que se había reído era grandullona, ordinaria; tenía los dientes grandes y manchados de carmín. La otra era delgada, con pinta de ser hispana. Enseñaba un escote amplio y huesudo, de piel de pollo asado, en la uve que formaba su blusa.

—Sólo te estoy haciendo una pregunta —dijo Andy sin hacer caso de las mujeres, como si no estuvieran allí—. ¿Alguno de los dos habéis visto algo que os haga gracia?

En las mesas cercanas, algunos se habían vuelto y lo miraban sin perder ripio, creyendo que iba a contar un chiste. Oyó que alguien decía: *Eh, mira, tú: si es Audie Murphy*. Otro soltó una carcajada a duras penas contenida.

—Escucha, Stafford —dijo Lanigan como si empezara a ponerse nervioso—. No queremos complicaciones, y menos aquí, y menos hoy, ¿entendido?

Entonces, ¿dónde y cuándo?, estuvo Andy a punto de preguntar, pero notó que alguien le tocaba en el brazo y se volvió rápidamente, a la defensiva. Claire estaba a su lado y le sonreía. Con su voz aguda de muñeca le dijo:

—Ese ponche se va a quedar caliente antes de que lo pruebe.

No supo qué hacer. Los que estaban sentados a tres mesas de distancia lo miraban con atención. Se vio tal como ellos lo estaban viendo, la camisa blanca, los vaqueros, las botas camperas, con un vaso de líquido rosa en una mano y un nervio saltón en la mejilla. Lanigan se había vuelto de lado en la silla y miraba a Claire, indicándole en silencio que se llevara cuanto antes a su hombrecito y que no permitiera que se

metiese en ningún lío.

—Vamos, cariño —murmuró—. Vámonos.

Cuando de nuevo estuvieron en su mesa, a Andy empezó a moverse la rodilla izquierda de arriba abajo, muy deprisa, con lo cual la mesa vibraba. Claire actuaba como si no hubiera ocurrido nada. Seguía sentada con el mentón apoyado en un dedo doblado, contemplando a las parejas que bailaban, tarareando, meciendo los hombros al compás de la canción. Él imaginó que le arrebatara el vaso de ponche, que lo rompía contra el canto de la mesa y que le encajaba el borde dentado en el cuello, suave, blanco, indefenso. Lo había hecho una vez, hacía mucho tiempo, cuando le rajó la cara a la reina del baile en el instituto, la que se había reído de él cuando él le pidió un baile, otra de las razones por las cuales nunca volvería a Wilmington.

Josh Crawford estaba ese día de un humor casi alborozado, libre de toda preocupación. Le gustaba saborear los frutos de sus éxitos, y la visión de todo el personal de la empresa pasándolo bien en medio del verdor de su invernadero acristalado se le hacía sumamente grata, y más teniendo en cuenta que de un tiempo a esta parte había tenido que paladear muchas amarguras. Era sabedor de que pocas ocasiones como aquélla le quedaban por vivir; para él, incluso podría ser la última. Le faltaba el aire día a día; lo inspiraba con una punzada de pánico que le acometía despacio, como si lentamente se estuviera hundiendo en el agua y sólo tuviera una pajilla por la cual respirar, una pajilla cada vez más fina, como uno de esos tubos de cristal que recordaba de sus tiempos mozos, del colegio, por más que al colegio hubiera ido pocos días. ¿Cómo se llamaban aquellos tubos? De un modo extraño le resultaba cómico el proceso acelerado de su propia disolución. Tenía los pulmones tan congestionados que se hinchaba por momentos y se ponía azul, como si fuera una especie de rana de Sudamérica. La piel de las piernas y los pies la sentía tan tensa y transparente como un profiláctico; con la enfermera que le cortaba las uñas hacía chistes, diciéndole que tuviera cuidado de no clavarle las tijeras, no se fuese a desinflar y terminaran los dos hechos un desastre. ¿Quién iba a suponer que la traición del tiempo iba a resultarle, al final, tan graciosa?

Golpeó con los nudillos en el brazo de la silla de ruedas para que la enfermera dejara de empujar y le atendiera. Cuando ella se inclinó por detrás y arrió la cara a la suya, él captó su olor placentero, almidonado; supuso que en parte debía de ser un olor que le recordaba a su madre, muerta tiempo atrás y tiempo atrás olvidada. Buena parte de su preocupación oscilaba ahora hacia el pasado, ya que era muy poco el futuro que le quedaba por delante.

—¿Cómo se llaman esas cosas que usan los farmacéuticos —le dijo con ronquera—, esos tubitos de cristal encima de los cuales se pone un dedo para evitar que se derrame el líquido que contienen? ¿Cómo se llaman?

Ella le dedicó la media sonrisa teñida de escepticismo, de soslayo, que le dedicaba siempre que tenía la impresión de que estaba tomándole el pelo.

—¿Tubos? —dijo ella.

—Sí, tubos de cristal —se le agotaba la paciencia, golpeó de nuevo el brazo de la silla—. Usted es enfermera, maldita sea. Se supone que tiene que saber esas cosas.

—Bueno, pues no lo sé.

Se irguió y desapareció tras él al tiempo que volvía a empujar la silla de ruedas. Él nunca podía seguir enfadado con ella demasiado rato. Le gustaban las personas que le plantaban cara, aunque con ella, creía, no era tanto un caso de valentía como de estupidez: no parecía darse cuenta de lo peligroso que era él, de lo vengativo que podía llegar a ser. O tal vez sí se daba cuenta y le daba igual. Si nadie es un héroe para su ayuda de cámara, quizás nadie pueda ser un monstruo para su enfermera. En su primer día de trabajo en la casa él le ofreció cien dólares a cambio de que le mostrase los pechos. ¡Cincuenta pavos por cada teta! Ella lo miró fríamente y se rió; picado, inesperadamente frustrado, él trató de salir del paso farfullando cualquier cosa, diciéndole que era algo que siempre pedía a las mujeres a las que contrataba, a modo de prueba, y que con su negativa había salvado honrosamente. Ésa fue la primera vez que él vio la tenue sonrisa de burla y superioridad que ella esbozaba. «¿Y quién dice que me he negado?», le contestó. «Podría haberle mostrado los pechos a cambio de nada, con tal que usted me lo pidiera educadamente». Pero nunca volvió a pedirselo, ni educadamente ni de otro modo, y ella no reiteró su oferta.

Las parejas que pululaban a la orilla de la pista de baile ya lo habían visto, con lo que habían dejado de bailar y permanecían en pie viéndolo avanzar, de dos en dos, torpones, como los niños, pensó él con desprecio, con sus chillones atuendos de fiesta. Al contrario que la enfermera, todos estaban al corriente de su reputación, sabían de qué era capaz, sabían cómo reaccionaba cuando se le provocaba. Una de las mujeres inició unos tímidos aplausos que secundó primero su pareja y luego el resto de los bailarines detenidos; al cabo de pocos momentos toda la gran sala de cristal era un estrépito de aplausos. Era un sonido que él detestaba de manera especial. Le hacía pensar en los pingüinos, ¿o eran las focas? Alzó una mano para hacer un gesto flácido, pontificio, asintiendo a un lado y a otro a modo de reconocimiento, deseoso de que terminase cuanto antes ese ruido espantoso, al cual se habían sumado entonces los músicos de la banda, poniéndose en pie y lanzando con sus instrumentos una andanada de pedorretas y silbidos en la que reconoció una parodia de la melodía de *Salutación al jefe*. A la larga, cuando el último aspirante a congraciarse con él dejó en paz las manos, y los músicos volvieron a sentarse, hizo un intento por dirigirse a la concurrencia, por desearles felicidad, pero le falló la voz y comenzó a toser y enseguida estuvo doblado sobre sí mismo, a punto de caerse de bruces de la silla, jadeando, estremeciéndose, moqueando y babeando sobre la manta que le cubría las

rodillas, al tiempo que la enfermera se peleaba con la válvula de la bombona de oxígeno que alojaba bajo la silla, entre las ruedas, y sólo entonces notó que una mano se había posado sobre su hombro y que una voz le decía:

—¿Me llamabas, querido?

Rose Crawford era una mujer hermosa, y además lo sabía. Era alta y esbelta, de hombros estrechos y cintura estrecha, y caminaba con paso de pantera al acecho. Tenía los ojos grandes, negros y lustrosos, y los pómulos altos —se rumoreaba que corría por sus venas sangre india—; miraba el mundo en general con desdén, cuando no con un punto de sorna guasona que nunca se tomaba la molestia de disimular. A Josh Crawford le gustaba hacer alarde de que era su posesión más preciada; bromeaba diciendo que la había cambiado por un Rembrandt, aunque más de uno pensaba que tal vez no fuera del todo una broma. Había hecho acto de presencia en su vida como si cayera del cielo, con un anillo en el anular que llevaba engastado un diamante seguramente del tamaño, dijo alguno, de la próstata de Josh. Hubo con anterioridad otra señora Crawford —hubo dos en realidad, la primera de las cuales había fallecido—, que fue empaquetada como si tal cosa en un asilo, y ahora ya nadie recordaba con claridad qué aspecto tenía, pues su recuerdo quedó por completo eclipsado por Rose, mucho más vistosa en sus lujos. Parecía cosa de un cuento de hadas, o tal vez de esas historias de la Biblia, la unión de esa mujer dura, pero hermosa, y del viejo perverso. Cualquiera que viese a Josh Crawford mirar a su esposa, muchísimo más joven que él, por un momento se reconciliaba con el hecho de no ser tan rico como él ni tan hermoso como ella.

Rose bruscamente arrebató la mascarilla de plástico de manos de la enfermera y la oprimió sobre la nariz y la boca de Josh. El siseo del oxígeno en el tubo de goma siempre le hacía pensar en las serpientes; con quebradizo afecto a menudo llamaba a Josh su vieja cobra. En esos momentos, encorvado e inmenso en la silla de ruedas, alicaído, jadeando en la mascarilla, más parecía un alce herido. Los bailarines que vieron interrumpido el festejo se habían quedado boquiabiertos mirándolo con ansiedad e interés, según se debatía por respirar. A fin de cuentas el viejo era su futuro asegurado, aun cuando tampoco es que tuviera tintes muy halagüeños. Bastó una mirada de sus ojos negros como la tinta para que todos se dieran la vuelta deprisa y corriendo.

Josh se arrancó la mascarilla de la cara.

—¡Sácame de aquí! —gruñó entrecortadamente. Estaba furioso al haberse dejado ver así en presencia de sus empleados. La enfermera hizo ademán de empuñar las asas de la silla, pero él se volvió y agitó un puño ante ella—. ¡Tú no!

Le asomaba un blanco espumarajo en los labios. Rose dedicó su sonrisa más suave y risueña a la enfermera y dio la vuelta a la silla para emprender el camino a

los arcos por los que se entraba en la mansión propiamente dicha. Josh rascaba con las uñas los reposabrazos de cuero de la silla, murmurando para sí alguna palabra que sonaba a *pitpit*. Pájaros, se dijo Rose. ¿Por qué hablaba ahora de pájaros? De las hidrópicas cavernas de su pecho emanó un trueno profundo y retumbante en el que ella supo reconocer una carcajada. Cuando habló de nuevo ella tuvo que inclinarse y arrimar la cara a la suya, como había hecho la enfermera antes.

—¡Nada de pájaros! —graznó. Había oído lo que ella estaba pensando, como hacía tantas veces. A ella le impresionaba y le alarmaba a partes iguales esa extraordinaria destreza telepática que tenía—. Una pipeta —dijo—. Así se llama, eso es lo que usan los farmacéuticos.

—Lo que tú digas, cielo —respondió ella con un suspiro—. Lo que tú digas.

Cuando Claire logró llevar a Andy a la pista de baile, él no quiso bailar. No pudo bailar, de lo borracho que estaba. La sala daba vueltas a su alrededor. Dondequiera que mirase se encontraba con caras brillantes y coloradas de tanto reír. Claire, preocupada por lo que pudiera hacer —la expresión de sus ojos entrecerrados empezaba a darle miedo—, se lo llevó de la mano a su mesa, asegurándose de seguir sonriendo, de modo que nadie llegara a detectar lo que en realidad sentía. La pequeña Christine se había despertado, y la mujer de la mesa de al lado la tenía sobre las rodillas y le decía algo. La niña iba vestida con un faldón de cristianar que una monja jovencita de St. Mary le había hecho expresamente; le empezaba a quedar pequeño, aunque como era tan largo aún pendía, pensaba Claire, como la cola de una estrella. La tomó en brazos, su pequeña estrella fugaz, y se sentó con la cría sobre las rodillas, dando las gracias a la mujer por habérsela cuidado, y entonces se sintió mal, pues adivinó por la mirada que intercambió con su pareja, sonriente, pero triste, que tampoco ellos tenían hijos, y ella sabía muy bien qué se sentía. Hizo como que no se daba cuenta de que Andy estaba de pie a su lado, respirando sonoramente, meciéndose un poco y mirando con ojos enojados, estaba segura, a la niña, como hacía siempre que bebía demasiado. Agarró una botella de cerveza por el cuello, echó la cabeza atrás y se vertió el contenido en el gaznate; por la pinta que tenía al tragar, Claire no pensó esta vez en estar en la cama con él, sino que pensó en un mulo que su padre tenía en la granja, y que levantaba la cabeza de ese modo cuando relinchaba porque se sentía solo o porque estaba enamorado, según le dijo su hermano Matty con una mueca lasciva, Matty, que años después iba a morir en un accidente de helicóptero en Corea. Pobre Andy, pensó, tan solo también, porque nadie lo había querido hasta que ella apareció en su vida, a lo cual, aun en contra de su voluntad, no pudo abstenerse de añadir *demasiado tarde*.

Alguien a quien Andy conocía, uno de los camioneros con los que trabajaba, había prometido llevarlos de vuelta a la ciudad. Fueron en su busca, Claire avanzando

deprisa con la niña en brazos y Andy a regañadientes tras ella, mohíno, embriagado, eructando y murmurando para sí, con el capazo vacío en una mano. Tuvieron que entrar por las puertas de doble hoja que comunicaban la Galería de Cristal con un vestíbulo de altas paredes de piedra, con una descomunal chimenea y una alfombra de piel de oso al pie, amén de cabezas de animales disecadas y cuadros antiguos y marronáceos en las paredes. En el vestíbulo había mucho ruido, estaba lleno de personas que se ponían los abrigos de invierno y las botas de agua, que se despedían unas de otras y se deseaban unas felices Navidades. Claire, mirando atrás para cerciorarse de que Andy aún la seguía, tropezó con alguien que se había cruzado en su camino y emitió un grito involuntario, temerosa de que la niña pudiera caérsele, cosa que podría haber ocurrido si la otra persona no hubiera extendido una mano con fuerza para ayudarle a conservar el equilibrio. Claire reconoció a la enfermera del señor Crawford. Tenía cara de auténtica irlandesa, ancha y amistosa, con el cabello rojizo, recogido en dos moños que le cubrían las orejas y que llevaba sujetos con horquillas a uno y otro lado de la cofia. Había estado conversando con uno de los jóvenes camioneros, flirteando con él a todas luces, pues se le veían coloradas las mejillas y aún sonreía cuando se volvió e instintivamente alargó la mano por debajo del brazo con el que Claire sostenía a la niña. ¡*Disculpe!*, dijeron las dos mujeres a la vez, y las dos miraron a la pequeña Christine, que a su vez las miraba con aire desconcertado, inquisitivo, entre los pliegues de la manta de color rosa en que iba envuelta. A punto estaba la enfermera de decir algo más, pero Andy se abrió paso anunciado por el olor a cerveza de su aliento, y el camionero con el que estaba hablando la enfermera se hizo a un lado al ver que Andy venía borracho, por no querer entrometerse, no por nada tenía Andy la fama que tenía, y Claire dio las gracias a la enfermera y se sonrieron una a otra y Claire y Andy siguieron su camino, Andy apretando a Claire por el brazo para obligarla a avanzar más deprisa.

Cuando ya habían pasado, Brenda Rutledge frunció el ceño unos instantes, y al cabo meneó la cabeza y volvió a buscar al camionero, que había desaparecido entre la multitud.

Claire no se dio cuenta de que se había dormido hasta que la despertó el llanto que llegaba de la habitación de la niña. Había soñado que seguía en la fiesta, y el sueño había sido tan real que le pareció que realmente estaba allí y no aquí, en casa, en su cama, a la titilante luz de la nieve, sin que nada perturbase el silencio desmesurado que llegaba desde las calles nevadas en derredor, nada salvo el conocido llanto de la niña, entrecortado por la tos, que le aceleró el corazón tal como sabía que sólo podría suceder si ella fuese la madre natural. ¡Natural! ¿Habría algo más natural que el amor que ella prodigaba a su pequeña Christine? Extendió la mano y palpó tan sólo el espacio cálido, aunque ya se enfriaba, donde debiera haber estado Andy.

Debía de haber oído a la niña antes que ella y se había levantado a ver qué le pasaba. Oyó su voz hablar con la niña, chistarle. Debió de dormirse otro minuto. Cuando despertó de nuevo fue el silencio lo que la sobresaltó, un silencio en el que había algo extraño. No se puso en pie de un brinco a pesar de saber que debía hacerlo. Siguió inmóvil, plenamente alerta, con todos los sentidos en vilo. Después pensó que tuvo que haberse dado cuenta, que tuvo que saber sin saberlo que éstos iban a ser los últimos y contados instantes de inocencia y de paz que iba a disfrutar sobre la tierra.

No fue consciente de que había echado a correr, de que la llevaban sus piernas, de que sus pies golpeaban el suelo; sólo creyó moverse sin esfuerzo y sin estorbo — como el viento, ésas fueron las palabras que le vinieron a la cabeza— al atravesar el dormitorio, el pasillo, y entrar por la puerta abierta del cuarto de la niña, en la cual se detuvo. No había luz en la habitación, a pesar de lo cual vio la escena como si estuviera iluminada, como uno de los platos que a veces veía en las revistas de las estrellas de cine, bañada por una luz cruda, irreal. Andy estaba de pie junto a la cuna, inmóvil, los hombros caídos, las rodillas dobladas, los ojos cerrados y las cejas enarcadas, como si, pensó, estuviera esperando a que le llegara un estornudo. Lo que tenía en las manos podría haber sido una sábana hecha una bola, aunque ella supo que no lo era. Permanecieron así un tiempo de duración imposible de calcular, ella en el umbral, él junto a la cuna, y sólo entonces, al oírla, o tal vez al percibir su presencia, abrió los ojos y pestañeó dos o tres veces, como una persona hipnotizada al salir del trance. Lanzó hacia ella una mirada de culpa, furtiva, enojada, pensando, ella lo vio, algo que decir en ese instante.

Todo estaba extrañamente en calma. Ella caminó hasta donde estaba él y él le entregó el bulto que tenía en las manos, lo apretó en sus brazos casi como si fuese un obsequio que le hacía, un ramo de flores por ejemplo, que se hubiera cansado de sostener mientras la esperaba. La niña tenía puesto el pijama, un peso cálido e inerte en sus brazos. Claire le acunó la cabeza en la palma de la mano, notando la textura familiar de la piel como un parche de terciopelo suelto sobre el cráneo.

—Ay, Andy —dijo, como si fuera él, y no ella, quien sostenía a la niña en brazos—. ¿Qué has hecho?

Un accidente, dijo él que había sido. Un accidente. Lo repetía una y otra vez, podría ser algo que hubiera decidido aprender a decir de corrido. Estaban ya en su dormitorio, y ella sentada en la cama, derecha, con la espalda muy recta, con el bebé inmóvil sobre las rodillas. Andy caminaba de un lado a otro delante de ella, pasándose la mano repetidamente por el pelo, desde la frente hasta la nuca. Vestía vaqueros y camiseta —cuando llegaron a la casa comenzó a desvestirse y, demasiado borracho para terminar, se tumbó en la cama tal cual estaba— y unos calcetines blancos, hasta el tobillo. Ella notaba el olor a cerveza rancia en su aliento. Pero parecía jovencísimo con aquella camiseta y los calcetines cortos. Dejó de mirarlo.

Deseó, de una manera fatigada, melancólica, no tener que volver a mirarlo nunca más. La niña no tenía los párpados cerrados del todo, se dio cuenta, y algo rebrillaba entre ellos. *Muerta*. Se dijo la palabra por dentro, como si fuera una palabra en una lengua extranjera.

—Estaba llorando —dijo Andy—. Estaba llorando y le di un meneo —lo decía en voz baja, apremiante, no a ella, ni tampoco para sí: era como un actor desesperado en su intento por memorizar las palabras que en cuestión de segundos, cuando subiera el telón, iba a tener que pronunciar con tal fuerza, con tal sinceridad, que toda la sala quedara convencida—. Fue un accidente. Un terrible accidente.

Ella notó que se impacientaba.

—Llama a St. Mary —le dijo.

Él se detuvo y la miró.

—¿Qué?

Estaba de pronto cansada, cansadísima.

—A sor Stephanus —dijo de nuevo con lentitud, con toda claridad, como si le hablase a un niño. Tal vez, pensó, de ahora en adelante no podré hablar de otro modo, ni con él ni con nadie—. A St. Mary. Llámala.

Él entornó los ojos con suspicacia, como si recelase de algún truco.

—¿Y qué le digo?

Ella se encogió de hombros, y, con ese movimiento, el brazo sin vida de la pequeña Christine rodó a un lado, la manecita gordezuela con la palma vuelta hacia arriba, como si también ella estuviera a punto de hacer una pregunta, de pedir consejo, de suplicar ayuda.

—Dile eso mismo —dijo Claire con un tono de repentino, áspero sarcasmo—, dile que ha sido un accidente.

Algo se le rompió en ese momento por dentro, lo sintió como si se le tronzara un hueso, y se echó a llorar.

Él la dejó donde estaba, sentada al borde de la cama con el camisón de algodón y el bebé sin vida sobre las rodillas, las lágrimas rodándole por la cara. Algo vio en ella que le dio miedo. Parecía una figura de piedra que un piel roja o un chino pudieran adorar. Se echó un abrigo sobre los hombros y bajó a todo correr las escaleras de fuera. Las ringleras de nieve helada en los peldaños le resultaron duras como el cristal bajo los pies descalzos. La tormenta había cesado, el cielo estaba alto y despejado, tachonado de estrellas relucientes. Cora Bennett estaba despierta —¿dormía alguna vez?— y le dejó entrar por la puerta de atrás. El teléfono, dijo él sin darle tiempo a decir nada, necesitaba usar el teléfono. Ella pensaba que venía por otra cosa, pero cuando le vio la cara y le oyó hablar se limitó a asentir y a indicarle la sala de delante, donde estaba el teléfono. Él vaciló unos instantes. Ella llevaba un camisón, nada más. Vio que se le ponía carne de gallina en los antebrazos.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

Él dijo que había sido un accidente y ella asintió. ¿Cómo era posible, pensó, que las mujeres nunca parecieran sorprenderse cuando se torcían las cosas? Entonces vio algo en sus ojos, una luz, un destello de ansia, y se dio cuenta de que había pensado que era Claire quien había sufrido el accidente.

Tuvo que mirar el número del hospicio en el listín. Había docenas de iglesias, conventos, colegios llamados St. Mary. El teléfono era de los antiguos, un huso con un disco y un micrófono; el receptor colgaba de un gancho al lado. Volvió a titubear. Era noche cerrada: ¿habría alguien despierto que contestara a su llamada? Y, aun cuando hubiera alguien, ¿qué posibilidades tenía de que le pasara con la dichosa Madre Superiora? Comenzó a marcar, se detuvo, se quedó con el dedo índice metido en el agujero, sintiendo con vaga satisfacción lo tenso que se hallaba el disco, lo apretado que estaba contra el lateral de su uña. Cora se acercó en silencio a su lado. Nunca se había dado cuenta de que era mucho más alta que él. Tampoco le había importado nunca que las mujeres fueran más altas que él, incluso le gustaba, a decir verdad. Le preguntó a quién llamaba, pero no respondió. El abrigo se le había resbalado de un hombro. Ella se lo volvió a colocar con ternura en su sitio. Le rozó el cuello con los dedos. Él cerró los ojos. No recordaba haber tomado a la niña de la cuna. Había estado llorando, no se callaba. No la había zarandeado con fuerza, lo sabía muy bien, pero ¿con cuánta fuerza la zarandó? Tenía que pasarle algo, algo malo tenía que tener, alguna debilidad en la cabeza, habría salido a relucir tarde o temprano. Había sido un accidente. No era culpa suya. Dejó el receptor en el gancho y se volvió a Cora sin decir palabra, cabizbajo. Ella lo tomó entre sus brazos, estrechándolo, oprimiéndole la cara contra su pecho frío.

Con posterioridad, Quirke trató de recomponerlo todo mentalmente, como si fuese un rompecabezas. Nunca lo llegaría a tener completo. Los trozos que recordaba con más claridad eran los menos significativos, como el olor de los laureles empapados tras la balastrada de la plaza, el reflejo picado por la lluvia de una farola en un charco, el tacto frío y grasiento de los peldaños bajo sus dedos, con los que a tientas, a la desesperada, trataba de agarrarse. Todo lo impregnaba, sin embargo, una profunda sensación de vergüenza; ésa debía de ser la razón por la que no pidió ayuda a voces. Vergüenza y cierta incredulidad. Esa clase de cosas no pasaban, aunque ésta sí había pasado: la prueba estaba en sus heridas. Había pensado, cuando llegó al pie de los peldaños, en la oscuridad húmeda y reluciente, que iba a morir. Destelló ante sus ojos una imagen, su céreo cadáver tendido sobre la mesa de disección, bajo una luz inmisericorde, y vio a Sinclair, su ayudante, encima de él con su delantal verde, flexionando las manos enguantadas como un virtuoso que a punto estuviera de sentarse al piano. Le llegó el dolor volando de todas partes, un dolor cortante, negro, anguloso, y pensó en otra imagen, los grajos a la caída de la noche revoloteando por encima de los árboles desnudos, recortados en el cielo invernal. O no, no del todo: eso fue lo que pensó después, cuando trataba de colocar en su sitio los trozos sueltos que conservaba acerca de lo ocurrido. En el momento no fue consciente en modo alguno de que su cerebro funcionase, salvo en la actividad de registrar las cosas más triviales, las hojas de laurel, el reflejo de la farola, los peldaños enfangados.

Había parecido en un principio un ejemplo absurdo de cómo se repiten los acontecimientos, y en la confusión de los primeros momentos pensó que alguien le estaba gastando una broma. Apenas quedaban unos minutos de luz crepuscular cuando caminaba hacia su casa atravesando la plaza. Hubo por la tarde una copa navideña en el hospital, asunto más bien tedioso y cansino, que presidió Malachy con intranquila bonhomía, y aunque Quirke no tomó más que un par de copas de vino, o alguna más, notó que veía las cosas desdibujadas y que le pesaban las extremidades. Soplaban un viento descorazonado y llovía con desgana; el humo ascendía de las chimeneas en tal o cual dirección, recortándose en el cielo sobre la plaza. Igual que habían hecho la vez anterior, y exactamente en el mismo lugar, los dos aparecieron sigilosos como las sombras surgidas de la penumbra, y con toda facilidad se pusieron a su paso, uno a cada lado. No se protegían la cabeza con nada. Llevaban unos impermeables baratos, de plástico, transparentes. El más flaco, Punch en persona, le dedicó una sonrisa reprobatoria y pesarosa.

—Felicitaciones de temporada, capitán —dijo—. Ya veo que otra vez anda usted en plena oscuridad, y además con lo húmeda que está la noche, ¿eh? ¿No le avisamos que no le convenía?

—Pues sí, sí que le avisamos —concordó Judy, el gordinflón, asintiendo vigorosamente con la cabeza grande y ovalada, sobre la cual centelleaba una rociada de gotas de lluvia.

Habían comenzado a restarle espacio por ambos lados, pegándose hombro con hombro, encajonándolo entre los dos. Eran más bajos que él, y seguramente no eran tan fuertes, aunque así aprisionado se sintió desvalido, como un niño grande, blando, desamparado. El señor Punch empezó a hacer un ruidito molesto.

—Es usted un hombre muy curioso, ¿lo sabía? —dijo—. Un verdadero metomentodo.

A Quirke le pareció imperativo no decir ni palabra, pues sólo con decir algo les concedería una ventaja, no sabía cómo, pero estaba seguro de que era así. Llegaron a la esquina de la plaza. Pasaron algunos coches, los neumáticos sobre el asfalto mojado emitían un siseo como el de la grasa al freírse. Uno bajó la velocidad para doblar, el indicador naranja intermitente. ¿Y si llamara al conductor, agitara los brazos o echara a correr incluso, para subir de un salto al estribo y ponerse a salvo? No hizo nada y el coche siguió su camino, dejando a su paso una estela de humo gris.

Los tres cruzaron la calle hasta la otra esquina. Quirke tenía una sensación de inadecuación casi cómica. Pensó en la pinta que debía de tener el trío, los dos encorvados con sus impermeables de plástico, del color del humo, y él mucho más alto, con su anticuada trinchera de tweed y su sombrero negro. Aquellos dos con aspecto de estudiantes, los que pasaban en ese momento por la otra acera, ¿llegarían a darse cuenta, se acordarían, serían capaces de describir la escena al juez de instrucción, con sus propias palabras, antes de que pasara mucho tiempo y siempre y cuando alguien se lo pidiese? A pesar del frío de la última hora del día, Quirke notaba el sudor en el nacimiento del cabello, bajo la badana del sombrero. Tenía miedo, aunque fuera con distanciamiento, como si su miedo hubiera conjurado a otra versión de sí mismo para que habitara el miedo, y él, el original, tuviera que acudir en ayuda de ese otro yo, temeroso, y estar preocupado por él, tal como estaría, imaginó, por un gemelo, o por un hijo ya adulto. Como una locura se le ocurrió el pensamiento de que ya podría estar muerto, de que podía haber muerto de miedo allí en la esquina, y de que ese corpachón que seguía adelante a trancas y barrancas, entre sus dos captores, era sólo el residuo mecánico del yo que se había salido de él y observaba el triste final de su vida con compasión y con vergüenza. La muerte era la provincia de su profesión, si bien ¿qué sabía él de la muerte en realidad? En fin. En ese momento le pareció que estaba a puntó de recibir una enseñanza de primera mano sobre ese lúgubre saber.

No había luz al pie de las escaleras, olía a hierbas de ciudad y a mampostería húmeda. Quirke tuvo conciencia de una ventana de sótano protegida con barrotes y, a sus espaldas, una puerta estrecha que tuvo la certeza de que nadie había abierto en muchos años. Vivió un momento casi de paz, allí espatarrado con las piernas torcidas bajo su propio cuerpo, mirando los barrotes, cada uno de ellos embadurnado con un manchurrón de luz idéntica, líquida, al pie, producido por la farola más cercana, y por encima de ellos el cielo ensuciado, iluminado con tenuidad, con la luz radiante y enfermiza de la ciudad. La lluvia fresca y fina le picaba en la cara. Vistos desde ese ángulo, sus agresores parecían casi cómicos al bajar las escaleras tras él, dos figuras en escorzo, precipitadas, a empellones, las rodillas y los codos como si fueran pistones y el plástico de sus impermeables crujiendo sin cesar. Comenzaron a darle puntapiés sin mediar palabra, concentrados, estorbados por la estrechez del espacio en el que se había alojado su cuerpo tras la caída. Se volvió de un lado y de otro como mejor pudo, empeñado en proteger los órganos vitales, el hígado, los riñones, los genitales instintivamente contraídos, a sabiendas del aspecto que presentarían cuando Sinclair lo rajase. La pareja lo trabajaba con la destreza que genera la experiencia, el flaco en un despliegue de agilidad de bailarín, mientras el gordo se ocupaba del trabajo más pesado. Notó sin embargo cierta contención en sus esfuerzos; restringían los puntapiés a las piernas y a la parte superior del torso, evitando la cabeza cuando podrían haberla alcanzado, y se le ocurrió que seguramente habían recibido la orden de que no muriese. Aceptó esta intuición con una indiferencia que casi fue decepción. El dolor era lo que importaba en esos instantes, más incluso, le pareció, que la propia supervivencia; el dolor y el modo de soportarlo, el cómo —la palabra le vino a las mientes—, el cómo encajarlo. Al fin, su conciencia halló la solución en vez de él, y se dejó vencer. Al perder el conocimiento le pareció ver un rostro, un rostro redondo y rocoso como la luna invisible, que flotaba sobre la balaustrada y lo observaba con desapasionamiento, un rostro que reconoció, pero que no supo identificar. ¿De quién era? Le molestó no saberlo.

Aún estaba allí ese rostro cuando recobró el conocimiento por vez primera. La oscuridad era distinta, más suave, más difusa, y no llovía. De hecho, todo era diferente. No entendió dónde se encontraba. Era Mal el que se inclinaba sobre él, con el ceño fruncido, vivamente atento. ¿Y cómo había sabido Mal dónde encontrarlo? Algo parecía sujetarlo por una mano, pero cuando volvió la cabeza para ver qué era brotó una náusea en su interior y cerró con prisa los ojos. Al abrirlos, tan sólo un momento después, Mal ya no estaba, la oscuridad había vuelto a cambiar, ya no era de hecho oscuridad, era una grisura brumosa con algo que palpitaba despacio, enorme, en el centro: era él, él era lo que palpitaba, roído por un dolor romo, vasto, difícil de creer. Esta vez con cautela volvió los ojos al costado y vio que era Phoebe

quien lo sujetaba de una mano, y por un instante, en su estado semiconsciente, drogado, de ensoñación, creyó que era Delia, su difunta esposa. ¿Estaba sentada a su lado, en los peldaños del sótano? Algo como la niebla espesa se interponía entre ambos, o bien un banco de nubes, pero tan sólido que la mano de él, en la de ella, descansaba sobre esa esponja mullida. Durante un instante de vértigo temió estar a punto de echarse a llorar. No era niebla, sino una sábana blanca con una manta debajo.

Dormir, tenía que dormir.

Cuando volvió a despertar era de día y Mal estaba de nuevo allí, y Sarah estaba sentada junto a la cama, donde estuvo sentada Phoebe; tras ella había otras personas que se movían, hablaban y alguien que rió. Había formas de papel de colores colgadas del techo.

—Quirke —dijo Sarah—. Has vuelto —sonrió. Pareció costarle un esfuerzo, como si también ella fuese presa del dolor.

Mal, de pie, respiró hondo por la nariz.

—Estás en el Mater —le dijo.

Quirke cambió de postura y la rodilla izquierda le produjo un zumbido como si tuviera una colmena dentro.

—¿Es grave? —preguntó, extrañándose de que la voz le funcionase.

Mal se encogió de hombros.

—Sobrevivirás.

—Me refiero a la pierna —dijo Quirke—. La rodilla.

—No demasiado. Te han puesto un clavo.

—¿Quién ha sido?

Mal apartó la vista hacia un lado.

—La guardia no está al corriente —murmuró—. Dan por supuesto que fue un intento de robo.

Las doloridas costillas de Quirke no le permitieron reír.

—El clavo, Mal —dijo—. ¿Quién me ha puesto el clavo?

—Ah —Mal pareció avergonzarse—. Billy Clinch.

—¿Billy el carnicero?

La expresión cohibida se enfrió en su rostro.

—Estaba de vacaciones. Esquiando. Lo hemos hecho volver ex profeso.

—Gracias.

Se aproximó a la cama una enfermera grandullona y pelirroja.

—Mire usted —dijo a Quirke con un marcado acento... ¿de Cork? ¿O era de Kerry?—. Ya creíamos que no se iba usted a despertar jamás.

Le tomó el pulso y se marchó, dejándolos a los tres sin saber qué hacer, aún más de lo que ya estaban antes. Mal apretó los labios y se metió las manos en los bolsillos

de la chaqueta, que llevaba abotonada, con los pulgares por fuera. Se dispuso a estudiarse las punteras de los zapatos. No había mirado a Sarah ni una vez, ni ella a él. Mal llevaba un traje azul claro y una corbata amarilla, de lazo. Qué incongruente en él, pensó Quirke, esas prendas tan alegres y festivas.

—Vendrás a quedarte con nosotros, naturalmente, cuando te den el alta, ¿verdad? —dijo Sarah.

Pero los dos sabían que no lo dijo en serio.

El juez lo visitó a la tarde del día siguiente. Para entonces, lo habían trasladado de la sala de urgencias a una habitación individual. La enfermera pelirroja hizo pasar al anciano, impresionada y excitada por la visita de una persona tan ilustre. Se hizo cargo de su abrigo y le ofreció un té que él declinó, y dijo que los dejaba en paz a los dos, aunque añadió, dirigiéndose al juez, que si él, refiriéndose a Quirke, se pusiera molesto del modo que fuera, su señoría sólo tenía que llamarla y ella estaría presente en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias, enfermera —dijo el juez con una sonrisa arrugadísima, ella los miró como si resplandeciera y se marchó. El anciano observó a Quirke y enarcó una ceja—. Vaya —dijo—. Así están las cosas. Va a ser verdad eso que se dice, y es que un médico no puede permitirse el estar enfermo —tomó asiento en una silla junto a la cama. Tras él, una alta ventana daba a la confusión de tejados y de chimeneas humeantes, a un cielo que llenaban los despojos voladores de las nubes preñadas de nieve—. Dios misericordioso, Quirke —le dijo—. ¿Se puede saber qué es lo que te ha pasado de verdad?

Quirke, apoyado en varios almohadones, hizo una atribulada mueca de disculpa.

—Me caí por unas escaleras —dijo.

Bajo la ropa de cama, el perfil de su pierna izquierda, enyesada, era del tamaño de un leño.

—Pues tenían que ser bien empinadas las condenadas escaleras —dijo el juez. En la ventana, por detrás de su hombro, una bandada de pájaros pequeños apareció sin ton ni son tras los tejados y revoloteó por el cielo andrajoso, para caer de uno en uno o por parejas en los mismos puntos desde los que habían alzado el vuelo—. ¿Te encuentras bien? —el anciano cambió de postura con evidente incomodidad, frotándose las manos cuadradas, llenas de manchas hepáticas—. Quiero decir, ¿necesitas alguna cosa?

Quirke dijo que no, y añadió que le agradecía al juez la visita. Encima de la nariz, entre los ojos, volvía a tener la trémula sensación de oquedad, como de llanto incipiente, efecto, supuso, de un trauma aplazado, pendiente de resolución: a fin de cuentas, su cuerpo aún tenía que hallarse agitado, esforzándose por todos los medios para recuperar la normalidad, ¿y por qué no iba a tener ganas de llorar?

—Han venido Mal y Sarah —dijo—. Y Phoebe también, pero cuando aún estaba comatoso.

El juez asintió.

—Phoebe es una buena chica —dijo con un leve deje de insistencia, como si pretendiera descartar de antemano toda objeción. Se modelaba las manos una contra la otra, en un movimiento como si se las lavase—. Se marcha a Estados Unidos, ¿te lo ha dicho?

Quirke notó que se quedaba sin aliento, una especie de elevación en la región cardiaca. No dijo nada, y el juez siguió hablando.

—Sí, se marcha a Boston, a casa de su abuelo Crawford —miraba a todas partes menos a Quirke—. Unas vacaciones, nada más. Una temporadita de descanso, como dicen allá.

Rebuscó en los bolsillos de la chaqueta hasta encontrar la pipa y la petaca de tabaco, con las cuales se afanó, introduciendo las hebras oscuras, húmedas, en la cazoleta, empujándolas con la descolorida yema del pulgar. Quirke lo miraba desde la cama. La luz de la tarde se desvanecía a gran velocidad en la habitación. El anciano prendió un fósforo y lo aplicó a la pipa. El humo y unas chispas salieron volando.

—Así que el novio —dijo Quirke— ha dado su orden de despedida, ¿no?

El juez buscaba un cenicero en el cual depositar el fósforo apagado. Quirke no hizo el menor gesto de ayudarlo, y permaneció mirándolo sin pestañear.

—Estos matrimonios mixtos —dijo el juez, procurando dar la impresión de que la cosa no iba con él— nunca salen bien —se adelantó y dejó el fósforo con todo cuidado en la esquina del armario de madera que había junto a la cama—. Además, tiene... ¿Cuántos años tiene?

—Veinte, cumplirá veinte el año que viene.

Por fin lo miró el juez; el resplandor de la ventana daba a sus ojos desvaídos una mayor palidez.

—A una edad tan tierna —dijo—, una vida se echa fácilmente a perder.

Sin levantar la cabeza de los almohadones, Quirke extendió la mano y a tientas intentó abrir el cajón, pero al final el juez tuvo que ayudarlo, y encontró su tabaco, le dio un cigarrillo y le prendió un fósforo. Quirke tocó el timbre para llamar a la enfermera, a la que indicó que trajera un cenicero. Ella contestó que no debería fumar, pero él hizo caso omiso, con lo que ella se volvió al juez, miró al cielo y le preguntó si no le parecía que Quirke era un espanto de convaleciente, pero salió al pasillo y al cabo de un momento volvió con un platillo de aluminio, diciendo que tendrían que apañarse con eso, porque era todo lo que había podido encontrar. Cuando se fue, ambos fumaron en silencio unos instantes. La pipa del anciano había dado mal olor al aire de la habitación, y a Quirke el cigarro le supo a cartón quemado. Moría la luz del día en los rincones en sombra de la habitación, pero ninguno de los

dos hizo ademán de encender la lámpara que había junto a la cama.

—Dime una cosa —dijo Quirke—. ¿Qué es eso de los Caballeros de St. Patrick, ese asunto en el que está envuelto Mal? —el juez frunció el ceño con desconcierto, pero Quirke se percató de que era fingido—. Eso que tienen montado en Estados Unidos, con las familias católicas y los fondos que aporta Josh Crawford.

El anciano sacó del bolsillo un atacador, y empleó la herramienta plana para comprimir el tabaco en la cazoleta, succionando al mismo tiempo por la boquilla y exhalando agitadas nubes de humo azul.

—Malachy —dijo al fin, recalcando lo que iba a decir— es un hombre bueno —miró a Quirke directamente a los ojos—. Eso lo sabes, ¿lo sabes, Quirke?

Quirke se limitó a devolverle la mirada. Volvió a recordar que Sarah había dicho lo mismo: *es un hombre bueno*.

—Murió una joven, Garret —dijo al fin—. Otra mujer fue asesinada.

El juez asintió.

—¿Estás insinuando —preguntó como si no tuviera más que un remoto interés por saber cuál podría ser la respuesta— que Mal estaba involucrado en todo eso?

—Lo estaba... Lo está, mejor dicho. Ya te lo dije. Él dispuso que Christine Falls...

El anciano alzó una mano con fatiga.

—Sí, sí, sé muy bien lo que me dijiste —en la penumbra, con la ventana a la espalda, su rostro era una máscara sin rasgos precisos. Quirke veía la brasa encendida en la cazoleta de la pipa, la veía enrojecer y apagarse, enrojecer y apagarse, como si poseyera un latido propio—. Es mi hijo, Quirke. Si tiene algo que decirme, él me lo dirá a su debido tiempo.

Quirke alargó la mano cautelosamente y apagó el cigarrillo en el plato de aluminio, sobre el armario, dejando que de la colilla emanara su última y amarga humareda. La nicotina había hecho reacción con los analgésicos que le estuvieran administrando, y tenía las terminaciones nerviosas en ascuas.

—Cuando yo era pequeño —siguió diciendo el anciano—, iba a la escuela con las botas atadas y colgadas al cuello, para ahorrar la suela y que no se desgastara el cuero. Te lo digo en serio. Hoy se ríen de estas cosas, dicen que los de mi generación somos unos exagerados, pero te aseguro que no es ninguna exageración. Las botas atadas y colgadas al cuello, una patata asada y una botella de leche tapada con un poco de papel: ésa era la ración que teníamos para pasar el día. Josh Crawford y yo, dos chavales del mismo pueblo. La mitad del tiempo no teníamos ni culeras en los pantalones.

—Y ahora mírate —dijo Quirke—. Eres juez del Supremo y él es un millonario de Boston.

—Nosotros tuvimos suerte. La gente habla de los buenos y viejos tiempos, pero

era muy poca cosa lo que era de veras bueno en aquel entonces, ésa es la triste verdad —hizo una pausa. La habitación estaba casi del todo sumida en la oscuridad, las luces de la ciudad iban encendiéndose y parpadeando a lo lejos, por la ventana—. Todos tenemos el deber de lograr que el mundo sea un sitio mejor, Quirke.

—¿Y los que son como Josh Crawford van a construir un mundo mejor?

El juez rió por lo bajo.

—Si te paras a pensar con qué material tiene que trabajar Dios —dijo—, a veces hay que tenerle lástima. A veces —volvió a callar, como si pretendiera probar lo que iba a decir antes de decirlo—. Tú no eres muy creyente, Quirke, ¿verdad? Eres consciente de que para mí es un gran disgusto que abandonarás la Iglesia.

El efecto del cigarrillo se le había pasado, y Quirke se dejaba hundir paulatinamente en la fatiga y el embotamiento.

—Que yo sepa —dijo con un hilillo de voz—, nunca pertencí a la Iglesia.

—Te equivocas en eso. Y volverás, tarde o temprano volverás, eso no lo dudas nunca. El Señor ha dejado Su sello en todas las almas —rió, una risa mezclada con una tos—, incluso en un alma tan negra como la tuya.

—Yo he rajado un montón de cadáveres —dijo Quirke—, y nunca he encontrado, en uno solo, el sitio en el que podría estar el alma.

Consciente de haber sido repudiado, el juez guardó silencio con mal humor. A Quirke no le importó. Quería quedarse solo, quería dormir. El dolor era una pirámide, pesado y apagado en la base, sumamente agudo en la cúspide, que se encontraba en la rótula que tenía hecha añicos. El juez volcó la cazoleta de la pipa en el platillo. Meneaba la cabeza.

—Tú y Mal... —dijo—. Yo pensé que ibais a ser como hermanos.

Quirke tuvo la sensación de que iba a la deriva hacia su propio yo, un yo que se había tornado cavernoso, oscuro.

—Mal siempre estuvo celoso —murmuró—. Yo también. Yo quería a Sarah y me quedé con Delia.

—Sí, y siempre lo has lamentado, eso lo sé bien —el juez se puso en pie y alargó la mano por encima de la cabeza de Quirke para tocar el timbre y llamar a la enfermera. Aguardó a oscuras, mirando lo poco que podía vislumbrar de Quirke, el bulto descomunal y envuelto en blanco, tendido como un cadáver en la cama estrecha—. Comprendo, Quirke —dijo—, que tu vida no ha sido como tú esperabas que fuera, ni como tendría que haber sido, si realmente hubiera justicia. Cometiste demasiados errores. A todos nos pasa. Pero ten cuidado con Mal. No te pases con él —se acercó más al bulto en posición supina, pero Quirke, lo vio entonces, se había dormido.

Para Quirke, el año terminó y comenzó uno nuevo en una borrosa sucesión de días, cada uno de los cuales a duras penas era distinguible de los anteriores. La adusta habitación del hospital le recordaba el interior de un cráneo, con un techo alto del color del hueso y una ventana al lado, que miraba como un ojo sin párpado al paisaje invernal de la ciudad. En una de sus visitas, Phoebe le llevó un árbol de Navidad en miniatura, de plástico, con adornos de plástico también. Desvalidamente festivo, quedó un tanto inclinado en el hondo antepecho de la ventana, volviéndose cada vez más incongruente a medida que aquella primera semana, en apariencia inacabable, se arrastraba con paso cansino hacia el Año Nuevo. Barney Boyle fue a visitarlo, furtivo y un tanto sudoroso —«Joder, Quirke, no sabes cuánto detesto los hospitales»—, llevándole dos petacas de whisky y una brazada de libros. Cuando le preguntó qué le había pasado, Quirke le dijo lo que a todos los demás, que se había caído por las escaleras de un sótano en Mount Street. Barney no le creyó, pero tampoco hizo mención del hermano de Ambie Tormey ni de Gallagher, que realmente nunca estuvo en sus cabales. Barney sabía de sobra en qué momento debía ocuparse de sus propios asuntos.

En Nochevieja, el personal celebró una fiesta en algún lugar, en las regiones más altas del edificio. Cuando vino con sus píldoras para dormir, la enfermera de noche estaba más que medianamente achispada. Escuchó las campanas de la ciudad repicar a medianoche como locas para señalar el comienzo del año nuevo, y se recostó contra las almohadas procurando no regodearse sintiendo lástima de sí mismo. Billy Clinch, igual que un terrier pequeño, de pelo hirsuto, color arena, había ido a decirle no sin cierta fruición, Quirke se dio perfecta cuenta, que nunca volvería a tener la pierna del todo en condiciones —«¡La rótula estaba hecha papilla, hombre!»—, y que lo más probable era que le quedase una cojera de por vida. Se tomó la noticia con calma, e incluso con cierta indiferencia. Mentalmente repasó una y mil veces aquellos minutos —sólo podían haber sido minutos, lo sabía— en que estuvo tendido en la losa húmeda, al pie de las escaleras del sótano. Había algo en lo ocurrido allí, había tal vez una lección, y no precisamente la que el señor Punch y Judy, el gordinflón, habían querido enseñarle, cuya naturaleza más o menos alcanzaba a entender, aunque le resultaba al mismo tiempo más profunda y mucho más corriente. Mientras se lo trajinaban a puntapiés, con las punteras romas, los dos habían actuado, o al menos ahora se lo parecía, como un par de jornaleros corrientes, dos carboneros por ejemplo, o dos matarifes que manipularan una res difícil de mover, vengativos y

resentidos en el tajo, jadeantes, despotricando, deseosos de terminar cuanto antes la faena. Había creído que iba a morir; le sorprendió lo poco que llegó a temer esa perspectiva. Todo había sido chapucero, mezquino, ordinario, y de esa misma forma, ahora lo comprendía, había de llegar la hora en que sobreviniera su verdadera muerte. En la sala de disección los cadáveres por lo general le parecían los restos de víctimas llevadas al sacrificio, exhaustos e inertes tras la terrible y sangrienta ceremonia en la que sus almas los habían abandonado. Nunca más volvería a ver un cadáver a esa luz tan escabrosa. De súbito, la muerte había perdido todo su encanto aterrador y había pasado a ser un fragmento más del anodino quehacer de la vida, por más que fuera el último.

Y día tras día sus pensamientos amortiguados por los fármacos giraban en torno a una sola cuestión: quién había puesto a aquellos dos tras su pista. Con terquedad se formulaba esa pregunta, aunque sabía que lo hacía sólo para no tener que responderla. Era imposible, se dijo muchas veces, que Mal hubiera podido hacer una cosa así — ¡imagínate, se decía, Mal en el umbral oscuro de una casa de Stoney Batter, pasándoles las instrucciones precisas al señor Punch y al gordinflón de su compinche! —, si bien la panorámica que se abría más allá de esa imposibilidad resultaba todavía más turbia. Cuando concitaba en la memoria la imagen del rostro que le había parecido ver aleteando y refocilándose aquella noche, encima de las escaleras del sótano, contemplando la paliza que le propinaban aquellos dos, sus rasgos faciales comenzaban a desplazarse, a ordenarse de otro modo —¿o era acaso él quien los desplazaba y los reordenaba?—, hasta que dejaba de ser el semblante alargado de Mal, parecido a cualquier cosa menos a la luna, y se tornaba un rostro más cuadrado, cortado a tajos. Costigan. Sí. Pero... ¿y los demás, tenebrosos y sin rostro, apiñados a su espalda uno tras otro? ¿Quiénes eran?

Phoebe le hizo una visita el día de Año Nuevo. Soplaban un viento racheado que azotaba la ventana a golpes de aguanieve como escupitajos sucesivos, y el humo de las chimeneas de la ciudad tan pronto aparecía se dispersaba. Phoebe llevaba una boina negra muy ladeada y un abrigo negro con cuello de piel. Parecía más delgada que la última vez en que estuvo suficientemente despejado para mirarla, y estaba pálida; el frío le había dejado un reborde rosa e irritado en las aletas de la nariz. Se le notaban otros cambios menos fáciles de identificar. En su presencia creyó notar un aire vigilante, una contención intencionada, de los que antes nunca había hecho gala. Supuso que esa nueva dureza que se detectaba en ella, si es que era eso —le miró los nudillos de las manos, el brillo blanquecino en los puntos en que los huesecillos comprimían la carne—, debía de ser resultado de la pérdida de Conor Carrington, de toda la violencia y toda la ira reprimidas que le había producido esa pérdida, contra la cual se había aprestado como se afila un cuchillo contra una piedra. Pero pensó

entonces que no, que no era esa pérdida lo que la había amargado, sino el hecho de que se lo hubieran arrebatado. Alguien le había ganado por la mano, había sido mejor que ella, y eso era lo que la enfurecía. Descubrió que su presencia, con su abrigo de mujer adulta y su boina ladeada con ironía, al estilo parisino, le resultaba tenuemente molesta, inquietante. La chica que fue era de pronto mujer.

No quería hablar del viaje a Estados Unidos, le dijo. Cuando Quirke lo sacó a relucir ella torció el gesto y se encogió de hombros con leve, lánguida impaciencia.

—Lo que quieren es librarse de mí —dijo—. Quieren descansar de mi mirada acusadora, que los sigue a todas partes. O eso es lo que imaginan. La verdad es que a mí todo eso ya me da del todo igual.

—¿Todo el qué? —le preguntó.

Volvió a encogerse de hombros, y con mal humor manifiesto miró el árbol de Navidad en el alféizar de la ventana, y de pronto lo miró a los ojos, con frialdad, con una malicia meditada, y le dijo:

—¿Por qué no te vienes conmigo?

Él había reparado en que la rodilla destrozada, dentro de la escayola, parecía haber asumido la tarea de avisarle en los momentos de sorpresa o de alarma, momentos que en medio de la bruma de los narcóticos en la que aún flotaba no era capaz de registrar por sí solo con fuerza suficiente, ni menos aún de manera instantánea, de modo que la articulación sujeta con clavos en medio de la pierna debía someterlos a su atención por medio de una punzada, una especie de pellizco, como el que podría darle un tío carnal bien humorado y un tanto sádico, con ganas de jugar, pero dejándole un cardenal. Phoebe interpretó la repentina bocanada de aire con que contuvo el dolor cual si fuera una risa despectiva, y, humillada, se dio la vuelta para mirar por la ventana. Abrió el cierre de su bolsito negro —él pensó: *Todas las mujeres tienen la misma pinta cuando miran el interior de sus bolsos*— y extrajo una delgada pitillera y un encendedor a juego. Vaya, por fin tenía permiso para fumar a su antojo. Él no hizo ningún comentario. Ella abrió la pitillera pinzándola entre el pulgar y el corazón, y se la tendió abierta sobre la palma de la mano. Los cigarrillos, gruesos y aplanados, estaban dispuestos en fila de a dos, como tubos ovalados de un órgano.

—«Nube de Paso» —dijo él, tomando uno—. Dios mío, cuánta sofisticación.

Le dio fuego. Cuando se incorporó apoyándose en los almohadones para acercarse a ella, le llegó de debajo de la sábana levantada una vaharada de su nuevo olor, olor de hospital, cálido, penetrante, un efluvio a carne.

—Ahora no necesitamos más que una copita —dijo Phoebe con alegría quebradiza—. Un par de gin-tonics serían lo suyo —hizo girar el cigarrillo entre los dedos con despreocupación de inexperta.

—¿Qué tal va todo en casa? —preguntó él.

—¿En casa? ¿El qué? —nada más decirlo volvió a ser en el acto y por un instante una chica, irritable y desafiante. Luego suspiró, se llevó la yema del meñique a los dientes, se mordisqueó la uña—. Un espanto —dijo de soslayo—. Apenas hablan el uno con el otro.

—¿Y eso? ¿Por qué?

Se sacó el dedo de la boca y dio, enojada, una larga calada al cigarrillo a la vez que lo miraba fijamente.

—¿Tú cómo quieres que lo sepa? Se supone que yo no sé nada, no soy más que una niña.

—Y tú... —dijo él—. ¿Tú hablas con ellos? —ella se miró la puntera de los zapatos. Se le formó una marcada arruga entre las cejas—. Es posible que te necesiten, entiéndelo.

Prefirió no hacer caso.

—Yo quiero marcharme —dijo. Alzó los ojos—. No sabes cuántas ganas tengo de marcharme. Ay, Quirke —aceleró sus palabras—, es que es terrible, es terrible, tú no te haces a la idea, los dos están no sé cómo, es como si se odiaran el uno al otro, te lo digo en serio, es como si se odiaran, como si fueran dos desconocidos atrapados en la misma jaula. No lo aguanto más, tengo que largarme como sea.

Calló, y algo oscuro pasó por delante de la ventana, la sombra de un ave o algo así, algo que surcara el cielo. Estaba cabizbaja de nuevo y lo miraba a través de las pestañas, tratando de juzgar, él se dio cuenta, hasta qué punto había dado él crédito a su aflicción, cuánto iba a ayudarla en sus planes para huir. A fin de cuentas era una criatura sencilla.

—¿Cuándo te marchas a Boston? —le preguntó.

Ella apretó las rodillas y se estremeció como si le molestara la pregunta.

—Ah, aún falta una eternidad. Faltan semanas. Allí hace muy mal tiempo, o algo así. Eso tengo entendido.

—Sí, abundan las tormentas de nieve en esta época del año.

—Caramba —dijo ella—. ¡Tormentas de nieve!

Él cerró los ojos y vio a Delia y a Sarah con botas de nieve, con gorros de piel del estilo de los rusos, caminando hacia él agarradas del brazo en plena helada, con cellisca, a la par que un sol imposible que brillaba en algún rincón del cuadro formaba miles de arco iris en miniatura alrededor de los tres, las aletas de la nariz rosáceas, translúcidas, como las tenía Phoebe en ese instante, y el brillo de los dientes perfectos de ambas: Quirke nunca había visto con anterioridad unos dientes tan blancos, tan relucientes; le parecían la promesa misma de todo cuanto pudiera estar esperándole en aquella tierra apacible y pulquérrima que le había sido asignada. Estaban en el parque, Mal también estaba allí. Se oía incluso la miríada de astillas diminutas de hielo que tintineaban unas contra otras al caer. Aquello fue... ¿Fue en

1933? Los malos tiempos empezaban a ser más llevaderos, y las noticias agoreras que llegaban de Europa sólo parecían rumores a los que no era preciso dar credibilidad. Qué inocentes eran entonces los cuatro, qué llenos estaban de entusiasmo, qué rebosantes de confianza en sí mismos, qué impacientes de que llegara el futuro. Abrió los ojos con cansancio: *Y aquí está*, se dijo, *he aquí el futuro que con tanta impaciencia esperábamos*. Phoebe, amargada, estaba sentada con las piernas cruzadas, inclinada hacia delante, con una mano bajo el codo y la otra bajo el mentón. La colilla del cigarro se le había manchado de carmín, el humo se le rizaba al ascender pegado a la mejilla. Sopesó la pitillera con la mano.

—Es bonita —dijo Quirke.

—¿Esto? —ella miró la baratija de plata—. Fue un regalo. De él... —bajó el tono de voz hasta adquirir un cómico tono de gravedad—. De mi amor perdido —esbozó una risa pesarosa y se puso en pie, aplastando el resto del cigarro en el platillo de aluminio que seguía haciendo las veces de cenicero—. Bueno, me voy —dijo.

—¿Tan pronto?

Ella no le miró. ¿Cuál era el verdadero motivo por el que había acudido a él necesitada de ayuda? Él tenía total certeza de que había ido en busca de algo. Fuera lo que fuese, no estuvo en su mano el dárselo. Quizás ella misma no tuviera nada claro de qué se trataba.

Declinaba la tarde.

—Deberías pensártelo —le dijo—. Deberías pensar en la idea de venir conmigo a Boston.

Así se marchó, dejando una vaga guirnalda de humo en el aire, el pálido y azulado espectro de sí misma.

Solo, contempló los vagos copos de nieve que caían ante la luz de la ventana como si fueran polillas, y que entonces rotaban rápidamente al precipitarse en la oscuridad. Volvió a especular sobre el motivo de su visita, la razón por la cual fue a verlo; no se le iba de la cabeza. Tendría que haberse dado cuenta de que la visita era una pérdida de tiempo, pues ¿qué le había dado él a lo largo de su vida? ¿Qué había dado él a nadie? Cambió de postura con incomodidad, tirando de la pierna enorme como si fuera un niño malhumorado e intratable. Hizo a su pesar, a regañadientes, una especie de recuento, al menos un principio, que le revolvió las tripas. Estaba Barney Boyle, el pobre Barney, quemado por la vida misma y sin embargo bebiendo a pie firme camino de la muerte: ¿qué muestra de simpatía o de comprensión le había dado él alguna vez? El joven Carrington, temeroso del perjuicio que Mal Griffin y su padre, el juez, pudieran causar a su futura carrera: ¿por qué se había reído de él en sus propias narices, por qué trató de dejarlo como un cobarde y un pelele delante de Phoebe? ¿Por qué había ido a ver al juez, por qué sembró sospechas en su ánimo a cuento del hijo que ya le causaba una dolorosa decepción, el hijo que de niño debía

acudir con su madre a la cocina mientras Quirke, el cuco, se acomodaba en el despacho del juez, caldeándose las piernas ante la chimenea y chupando caramelos de tofe sacados de la bolsa de papel de estraza que el juez guardaba especialmente para él en uno de los cajones de su escritorio? Y la tía Griffin: ¿qué respeto le había mostrado nunca a la buena mujer que hubo de inventarse que Malachy, su hijo, tenía una delicada salud, con la esperanza de granjearle de ese modo al menos un poco del cariño del padre, un momento siquiera de plena atención? Eran muchos de repente, eran muchos los que debía afrontar y reconocer; se apiñaban ante sus propios ojos y él trataba de escudarse, pero era en vano. Sarah, con la ternura de cuyo afecto había jugado él sólo por entretenerse; Sarah, con sus mareos y vahídos y su matrimonio sin rastro de amor; Mal, empantanado sabe Dios en qué complicaciones, en qué líos, en qué penas; Dolly Moran, asesinada por haber llevado un diario; Christine Falls y la hija de Christine Falls, perdidas las dos, a punto de caer del todo en el olvido. De todos ellos se había mofado él, a todos los había valorado a la baja, a todos los había ignorado e incluso traicionado. Y estaba también el propio Quirke, ese Quirke que tomaba desalentadora nota de todo ello: el Quirke que se metía de cabeza en McGonagle una tarde a beber su whisky y reír con los recordatorios del *Mail*. ¿Qué derecho había tenido de reírse, en qué era él mejor, así fuera un ápice, que el vago que leía la información de las carreras mientras se rascaba la entrepierna, o mejor que el poeta borrachín que meditaba y contemplaba sus fracasos en el fondo de un vaso? Era igualito que su pierna, envuelta en la crisálida sólida del yeso como él en su indiferencia, en su egoísmo. Una vez más el rostro de las gafas de montura negra y los dientes sucios se alzó ante sus ojos en la oscuridad de la ventana como una luna maligna, el rostro, comprendió, que estaría siempre a su lado, el rostro de su némesis.

Febrero trajo de la mano una falsa primavera y, libre por fin, Quirke se aventuró a dar los primeros paseos a la orilla del canal, a la pálida y helada luz del sol. El día en que salió del hospital, la enfermera pelirroja cuya cara fue lo primero que vio al despertar brevemente, después de que Billy Clinch hubiese terminado de hacerle el trabajo de reparación en la pierna, y que se llamaba Philomena, le dio de regalo un bastón de madera de endrino que, según le dijo, había pertenecido a su difunto padre —«Era un pedazo de bestia, enorme, igual que usted»—, y con esta recia apoyatura se ayudaba como si remase al avanzar con cautela por el camino de sirga, desde Huband Bridge hasta Baggot Street y vuelta a empezar, sintiéndose avejentado, con los nudillos blancos en la empuñadura del bastón y el labio inferior apretado entre los dientes, gimoteando de dolor como un bebé y jurando y despotricando a cada paso en falso.

El bastón no fue el único obsequio que le hizo Philomena, la de los ojos verdes. La víspera de que le dieran el alta, cuando ella hacía el turno de tarde, había entrado en su habitación, había cerrado la puerta y había calzado una silla bajo el pomo, para darse la vuelta y quitarse el uniforme con un encogimiento de hombros y un meneo, con pasmosa facilidad —se desabotonaba oportunamente por el frente—, revelándole una complicada armadura de ropa interior reforzada con ballenas y costillas, acercándose a la cama con una sonrisa juguetona, huidiza, que prestaba a su sotabarba una arruga sugerente para Quirke, para su imaginación repentinamente inflamada, de otros pliegues insondables. Se rió con una carcajada profunda.

—Dios mío, señor Quirke —le dijo—, es usted un hombre terrible. Mire qué cosas me incita a hacer.

Era una chica grandona, de extremidades fuertes y hombros anchos, pecosos, a pesar de lo cual se encajó sobre su pierna escayolada con ternura e inventiva. Se había dejado puestos el sostén y las medias, y cuando montó a horcajadas sobre él, una Godiva con la melena en llamas, el tenso nailon de las medias le rozó los flancos como si fuera un fino y cálido papel de lija. Cayó en la cuenta del mucho tiempo transcurrido desde la última vez en que tuvo a una mujer en los brazos, y la oyó reír. Ojalá, se dijo, pudiera reír también él, pero algo se lo impedía, no sólo la palpitación dolorida de la rodilla, sino una nueva y misteriosa vía de acceso a la congoja y los presagios.

Al día siguiente la enfermera adoptó sólo por él, y él se dio perfecta cuenta, una cara de tristeza, aunque con un punto de estoicismo, y dijo que ya se imaginaba que

la olvidaría en cuanto saliera por las puertas del hospital. Lo acompañó por el pasillo hasta la puerta principal, sujetándole con una mano por el brazo y permitiendo que el pecho le rozara con cariñosa negligencia la manga de la chaqueta. Él le pidió su dirección, cumpliendo con su deber a su manera, pero ella dijo que no tenía sentido, que sólo disponía de una habitación en la residencia de las enfermeras del hospital, que iba a su casa los fines de semana, siendo su casa algo que quedó sin especificar, algo en un lugar lejano, en el sur. Él pensó en otras chicas llegadas del campo, en aquella otra enfermera, Brenda Rutledge y, contra su voluntad, en Christine Falls, en la pobre y pálida Christine, desvaída ya casi del todo en su memoria, a cada día que pasaba un poco más desdibujada, empezando por lo poco que vio de ella en primer lugar. «De todos modos —añadió Philomena con un suspiro—, allí tengo un novio o algo así —bajó la voz y habló luego en un susurro, con voz ronca—. Aunque ése nunca se lleva lo que se ha llevado usted».

A nadie había dicho la fecha en la que le daban el alta, incapaz de soportar la idea de encontrarse a Sarah esperándole en la puerta, o a Phoebe con sus modales endurecidos, recién estrenados, o, no lo quisiera Dios, al propio Mal, lúgubre en su secreto tormento, que llevaba como un hábito de arpillera, de los que se ponían los penitentes. La ira que no había sentido en todas sus semanas de hospital de pronto había alcanzado su punto de ebullición, sin previo aviso al parecer, y según andaba a trancas y barrancas por el camino de sirga, apoyándose en el bastón de madera de endrino del padre de Philomena, en el sobrecogedor silencio de aquellas tardes soleadas, nada acordes con la estación del año, viendo a los ánades escabullirse entre las juncias, presas de una engañosa fiebre de apareamiento, se afanó en idear toda suerte de estratagemas de venganza. Le sorprendió la violencia misma de sus fantasías. Imaginaba casi con detalle erótico cómo iba a localizar al señor Punch y al gordinflón de Judy, a uno después del otro, para lanzarlos de cabeza por los mismos escalones del sótano de Mount Street por donde lo habían lanzado a él, para triturarlos a puñetazos hasta que se les reventaran las carnes, se les astillaran los huesos, les manara la sangre a borbotones de la boca destrozada, de los tímpanos estallados. Se imaginó arrancándole a Costigan las gafas, arrancándole la insignia de los Pioneros que llevaba en la solapa y clavándosela en los ojos indefensos, primero en uno, luego en el otro, notando cómo se hincaba la fina púa de acero en la gelatina resistente y saboreando los alaridos agónicos de Costigan. Le quedarían todavía otros por tratar a su manera, aquellos cuyas identidades por el momento sólo eran pura conjetura, amontonados detrás de Costigan y Mal y Punch y Judy. Desde luego: también ellos, los Caballeros sin rostro, habrían de ser convocados y traspasados luego por sus propias lanzas. Y es que Quirke ya sabía a esas alturas que todo lo acontecido, todo, desde Christine Falls y Dolly Moran hasta él, era bastante más que un simple asunto entre Mal y su pobre muchacha muerta, y sabía que era una extensa

y enmarañada telaraña en la que se había enzarzado sin darse cuenta.

De ese modo, un buen día, no mucho después de salir del hospital, se encontró maniobrando con la pierna, todavía escayolada e incómoda, para salir de un taxi ante las puertas de la Lavandería de la Misericordia. Era un día de un frío viscoso, con un sol que lucía blanquecino tras la neblina matinal. Era sábado, y la fachada de aquel lugar estaba cerrada, en silencio, como una boca apretada. Echó a caminar hacia la entrada con la intención de llamar al timbre y esperar lo que hiciera falta a que alguien contestara, pero enfiló en cambio por el lateral del edificio, sin saber qué era lo que esperaba con suerte encontrar. Lo que halló fue a la joven pelirroja, la de la cabellera sin forma, que en su anterior visita prácticamente se dio de bruces con él cuando cargaba con el cesto de la colada. Estaba junto a un desagüe, vaciando una tina de agua jabonosa. La encontró distinta, aunque de un modo que en principio no supo precisar. Llevaba el mismo vestido sencillo y gris de la vez anterior, y las mismas botas claveteadas, sin cordones. Vio sus tobillos gruesos, la piel tensa e hinchada, brillante, moteada de rombos. No supo acordarse de su nombre. Cuando ella lo vio, dio un paso atrás y lo miró con la cabeza ladeada, sujetando la tina ya vacía con ambas manos, como si fuera una coraza. En medio de su rostro inexpresivo tenía los mismos ojos verdes y diáfanos que Philomena, la enfermera. Al principio no supo qué decir, qué preguntar, y así pasaron un largo instante en silencio, mirándose sin saber cómo reaccionar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él por fin.

—Maisie —respondió con rotundidad, como si fuera su respuesta a un desafío. Se le ahondó el fruncimiento del entrecejo con que lo miraba, y sólo al cabo se le despejó—. Me acuerdo de usted —dijo—. Es usted el que vino aquel día —miró el bastón, miró las cicatrices de su rostro—. ¿Qué le ha pasado?

—Nada, una caída sin importancia —dijo.

—Usted vino a hablar con Su Eminencia. Usted preguntó por la Moran.

Quirke sintió un rápido deslizamiento en su interior, como si estuviese a bordo de un barco que se hubiera escorado de repente. La Moran...

—Sí —dijo con cautela—. Dolly Moran, eso es. ¿Tú la conocías?

—¡Y la muy merluza le dijo a usted que nunca había oído ese nombre! —soltó una breve risotada con la que se le arrugó la naricilla y se le curvó el labio superior—. Ésa sí que es buena. Y resulta que venía cada dos semanas a recoger a los bebés.

Quirke respiró hondo y sacó los cigarrillos. Maisie miró el paquete con avidez.

—Yo quiero uno de éstos —dijo.

Sostenía el cigarrillo con torpeza entre el pulgar y los dos dedos. Se inclinó hacia la llama del encendedor que le ofrecía Quirke.

—Así que la tal Dolly Moran venía por aquí... a recoger a los bebés —dijo con

tiento, a modo de pregunta.

El humo de los cigarrillos era de un azul denso en el aire neblinoso.

—Eso es —dijo ella—. Para mandarlos a Estados Unidos —se le ensombreció el semblante—. Al mío sí que no se lo llevan, se lo digo yo.

¡Eso era! Ahí estaba el cambio, en el vientre hinchado.

—¿Para cuándo es? —le preguntó.

Ella arrugó la nariz y el labio de conejo volvió a curvarsele.

—¿Para cuándo es qué?

—El bebé —dijo—. ¿Cuándo nacerá?

—Ah, ya —se encogió de hombros y miró a un lado—. De aquí a unos meses — luego lo miró de nuevo directamente, con una luz encendida de pronto en sus ojos verdes claros—. ¿Por qué? ¿A usted qué le importa?

Escrutó la longitud del terreno grisáceo más allá de donde ella estaba. ¿Cuánto tiempo sería capaz de retenerla allí antes de que el recelo y el miedo se la llevaran?

—¿Se llevarían a tu niño? —le dijo, y procuró que la voz le sonara como la voz de los bienhechores que ocasionalmente se personaban en Carricklea, a preguntar por la *dieta*, y el *ejercicio*, y por la frecuencia con que los chicos *recibían los sacramentos*.

Maisie soltó otro resoplido.

—¡Por nada del mundo!

No había logrado engatusarla, tal como los bienhechores tampoco lo engatusaron a él.

—Dime una cosa —le dijo—. ¿Cómo es que estás aquí?

Ella lo miró con pena.

—Me trajo mi padre.

Lo dijo como si todo el mundo supiera una cosa tan simple.

—¿Y por qué?

—Porque me quiso quitar de en medio, por qué si no, no fuera yo a contarlo.

—¿A contar el qué?

Adoptó una mirada huidiza.

—Ah, pues nada.

—¿Y el padre de la criatura? —ella sacudió vigorosamente la cabeza, y él comprendió que acababa de cometer un error—. Dices que no permitirás que se lleven a la criatura —se apresuró a decir—. Dime, ¿qué piensas hacer?

—Escaparme. Ni más ni menos. Tengo dinero ahorrado.

Volvió a reparar con una punzada de compasión en las botas sin cordones, en las piernas moteadas, en las manos ásperas, encallecidas, con los nudillos despellejados. Trató de imaginársela en fuga, desesperada, pero todo lo que pudo concitar fueron imágenes de mero melodrama Victoriano, una muchacha mal guarecida bajo un chal,

con cara de pena inmensa, apretando el paso por un camino cubierto de nieve, con hondas roderas a uno y otro lado, y el preciadísimo bulto apretado contra el pecho, un tordo mirándola caminar posado en una rama. La realidad más bien sería el paquebote y una habitación alquilada en una anónima ciudad de Inglaterra, siempre y cuando llegara lejos, cosa de la que él dudaba mucho. Lo más probable era que ni siquiera rebasara las verjas de aquel lugar.

A punto estaba de decir algo, cuando ella alzó la mano para ordenarle que callase y ladeó la cabeza aguzando el oído. En algún lugar rechinaron las bisagras de una puerta y a continuación se oyó un portazo. Presurosa, con un gesto de experta, cortó en dos el cigarro, dejó caer la brasa y se guardó la otra mitad dentro del vestido, dándose la vuelta para marcharse.

—Aguarda —le dijo él con urgencia—. ¿Qué sucede? ¿Te has asustado?

—También usted estaría asustado —dijo con voz lúgubre— si conociera a todos esos.

—¿A quiénes? —le apremió—. ¿A quiénes, Mary?

—Me llamo Maisie —sus ojos eran dos astillas de cristal.

Él se llevó la mano a la frente.

—Disculpa, lo siento... Maisie —volvió a escrutar el terreno alargado, a espaldas de la muchacha—. No pasa nada —añadió con un punto de desesperación—. Mira, no hay nadie.

Pero ya era demasiado tarde, ella se había vuelto.

—Siempre hay alguien —dijo con sencillez. La misma puerta distante, invisible, se abrió de nuevo con un crujido. Al oírla, la muchacha se quedó quieta, ligeramente agachada, como si estuviera a punto de tomar la salida en una carrera de velocidad. Él sacó deprisa el paquete de tabaco del bolsillo y se lo tendió. Ella le lanzó una mirada fría, desolada, casi despectiva, y le arrebató los cigarrillos de la mano, guardándoselos en el bolsillo del vestido antes de desaparecer.

Quería ir a las montañas. Todos los días, cuando salía a dar sus paseos, miraba con anhelo hacia las montañas: parecía que se encontrasen nada más pasar el puente de Leeson Street, vestidas de nieve e igual que si flotaran, como las montañas de un sueño. Fue Sarah quien se ofreció a llevarlo en coche, y se presentó en la puerta de su casa una tarde a primera hora, en el Jaguar de Mal, con los asientos tapizados de cuero. Para el olfato de Quirke, el interior del coche resultó idéntico a lo que, estaba seguro, debía de ser el olor de su propietario, un olor penetrante y medicinal. Sarah conducía nerviosa, con intensidad, apretando la espalda contra el asiento y sujetando el volante con los brazos totalmente extendidos, las manos muy juntas sobre el cuadrante superior; en las curvas a la izquierda se desplazaba tanto para compensar la fuerza centrífuga que Quirke notaba la caricia de sus cabellos en la mejilla, como filamentos cargados de electricidad. Iba callada; él la notaba meditabunda, preocupada por algo, y fue consciente de que en su propio interior se desperezaba cierta intranquilidad. Por teléfono le había dicho que deseaba hablar con él. ¿Iba a contarle lo que sabía sobre Mal? A esas alturas Quirke estaba seguro de que ella lo sabía, de que de alguna manera había descubierto a Mal. Tal vez fuese que él se había venido abajo y se lo había confesado todo. Fuera como fuese, Quirke no quería que ella se lo contara, no quería oír todo eso de sus labios, no quería tener que mostrarle su simpatía, no quería tener que tomarla de la mano y mirarla a los ojos y decirle cuánto le importaba, pues todo eso ya era agua pasada, ya no habría más ocasiones para tomarla de la mano, ya no habría más miradas enternecedoras a los ojos, ya no habría más de todo eso, ya no habría más nada. Se encontraba más allá de Sarah, en otro lugar distinto, más oscuro, un lugar que le era propio y privativo, rebasada otra puerta como aquella por la que, en el pasado, ella le había invitado a entrar, en vano, junto a ella.

Fueron por el camino de Enniskerry y Glenree. Los tremedales estaban ocultos bajo la nieve, aunque ya se veían los corderos recién paridos por las laderas, flacos y frágiles, aturcidos vellones en blanco y negro, con los rabos cortos, como los juguetes de cuerda; incluso a través de las ventanas selladas por tiras de caucho les llegaban los balidos quejumbrosos a lo lejos. Las carreteras de montaña estaban limpias de nieve desde poco antes, pero había placas de hielo renegrido, y en una curva pronunciada, antes de enfilear un estrecho puente de piedra, la trasera del coche se

desplazó de lado y, patinando con la terquedad de una mula, no se dejó enderezar hasta que se encontraron ya en el puente, cuyo parapeto no dio de lleno contra el guardabarros de la izquierda por lo que a Quirke, que se volvió con brusquedad, le pareció un margen menor de dos dedos. Sarah arrimó el vehículo al arcén, pasando el puente, y se detuvo. Apoyó la frente en el hueco que quedaba entre ambas manos, sobre el volante.

—¿Le hemos dado? —murmuró.

—No —respondió Quirke—. Se habría tenido que notar.

Ella soltó una risa baja, gimiente.

—Gracias a Dios —dijo—. Su preciosidad de coche...

Apagó el contacto y permanecieron los dos sentados, oyendo cómo se enfriaba el motor con un raro tictac. Poco a poco también el viento se dejó oír, tenue y racheado, silbando en la reja del radiador y tañendo los hilos de alambre de espino herrumbroso que flanqueaban la carretera. Sarah levantó la cabeza del volante y se recostó en el asiento, con los ojos todavía cerrados. Tenía la cara inexpresiva y estaba blanca como el papel, como si toda la sangre se le hubiera escurrido de súbito; no podía ser únicamente efecto del golpe que por muy poco no se dio contra el parapeto del puente. La intranquilidad que sentía Quirke se ahondó. Además, empezó a dolerle la pierna, supuso que por la menor presión del aire, o tal vez porque el frío se empezaba a filtrar ahora que estaba apagada la calefacción, o quizás porque se había visto obligado a tenerla en una posición rígida durante todo el trayecto desde la ciudad. Propuso que salieran a caminar un poco y ella preguntó si sería él capaz, a lo que él respondió con impaciencia que por supuesto, y ya estaba abriendo la puerta y bajando al suelo la pierna entre gruñidos e improperios.

Se encontraban en la linde de una pradera prolongada, en pendiente, en la base de un monte, al pie del cual había una laguna negra cuya superficie era como una lámina inmóvil de esquiras de acero. Al lado había una loma baja y redondeada, cubierta de nieve, que de algún modo parecía agazaparse y arrimarse a un cielo oscuro, del color de la piedra. Mechones de lana sucia, atrapados en los nudos del alambre de espino, aleteaban aquí y allá, y algunos matorrales de aulaga o brezales esparcidos al azar asomaban escuetos en medio de la nieve. Una senda practicada al sesgo de la pendiente por los cortadores de turba ascendía desde allí, y ése fue el camino que tomaron, Quirke cauteloso con el bastón, pisando con desconfianza el suelo pedregoso y los costillares del hielo, con Sarah a su lado, el brazo firmemente enganchado del suyo. El frío les quemaba las fosas nasales; sentían los labios y los párpados cuartearse como el cristal. A mitad de la senda Sarah dijo que era mejor volver, que debían de estar los dos locos, mira que subir hasta allí, él con la pierna escayolada y ella con unos zapatos ridículos, si bien Quirke tensó la mandíbula y siguió adelante, llevándola de un tirón consigo.

Preguntó por Phoebe.

—Se va a Boston la semana que viene —contestó Sarah—. Ya tiene hecha la reserva. Irá en avión a Nueva York y luego seguirá viaje en tren —lo dijo con una calma voluntariosa, con los ojos clavados en la senda.

—La echarás de menos —dijo él.

—Seguro, muchísimo, claro que sí. Pero sé que le sentará bien. Necesita marcharse. Está furiosa con Conor Carrington. Me da miedo lo que esa muchachita es capaz de hacer. Es decir... —añadió deprisa—, sería capaz de cometer un terrible error. A las chicas les suele pasar, y más si se sienten contrariadas en las cosas del corazón.

—¿Contrariadas?

—Quirke, ya sabes lo que quiero decir. Sería capaz de arrojarse en brazos del primero que pasara por delante, sería capaz de tirarlo todo por la borda —se hizo el silencio durante unos instantes, a la par que seguían caminando tomados del brazo; ella se sujetaba la muñeca con la otra mano. Llevaba guantes negros, de seda, y unos zapatos finos y elegantes, totalmente incongruentes con lo asilvestrado del paraje—. Ojalá —dijo de pronto, pronunciando deprisa cada sílaba—, ojalá fueras con ella, Quirke —lo miró de reojo y esbozó una mirada tensa antes de apartar los ojos.

Él la miró de perfil.

—¿A Boston?

Asintió apretando los labios.

—Me gustaría pensar —dijo ella, eligiendo las palabras con esmero— que tiene a alguien que sepa cuidar de ella.

—Estará con su abuelo. No se arrojará a los brazos de ningún jovencuelo si el viejo Josh anda al acecho para espantarlos.

—Me refiero a alguien en quien yo tenga confianza. No quiero que Phoebe se convierta... no quiero que se convierta en una de ellos.

—¿De ellos?

—De mi padre y de todo eso, de su mundo —torció el gesto en una sonrisa de amargura—. El clan de los Crawford.

—Pues entonces no permitas que vaya.

Ella apretó con más insistencia su brazo.

—Ya no tengo fuerza para eso. No puedo plantarles cara, Quirke. Son demasiado para mí.

Él asintió.

—¿Y Mal? —preguntó.

—¿Mal? —de pronto asomó la frialdad del acero en la voz de Sarah.

—¿Él quiere que Phoebe viaje a Boston?

—¿Quién sabe qué es lo que quiere Mal? Ya no hablamos de estas cosas. La

verdad es que ya no hablamos de nada.

Él se detuvo, y la obligó a detenerse.

—Sarah, ¿qué es lo que pasa? —inquirió—. Ha pasado algo. Te noto diferente. ¿Es por Mal?

Esta vez, su respuesta fue como la vibración de un alambre tensado.

—¿Que si es por Mal? ¿El qué?

Siguieron caminando. Quirke notaba el hielo bajo los pies, la traicionera lisura de la superficie. ¿Y si resbalase y cayese allí? No sería capaz de ponerse en pie de nuevo. Sarah tendría que ir a pedir auxilio. Podría morir. Se paró a pensarlo con ecuanimidad.

Llegaron a lo alto del cerro. Ante ellos se extendía otro valle alargado, el lecho del cual estaba oculto bajo una bruma helada. Miraron largo y tendido la inmensidad grisácea y resplandeciente, como si estuvieran en el corazón mismo de la desolación.

—¿Irás a Estados Unidos? —preguntó Sarah, pero antes de que él pudiera responder la estremeció un escalofrío, cuyo latigazo él percibió en el brazo del que aún estaba ella sujeta, y amagando un desmayo dejó que todo su peso cargara sobre él, a tal punto que él creyó que la rodilla no iba a soportarlo—. Ay, Dios mío —susurró ella con aflicción, con terror. Tenía los ojos cerrados. Le temblaban los párpados como el aleteo de una polilla.

—Sarah —dijo él—, ¿qué sucede? ¿Te encuentras bien?

Ella inspiró hondo, con la respiración temblorosa.

—Disculpa —dijo—. Creí que... —él se guardó el bastón bajo el codo, para asentarse mejor en el terreno, y sostuvo entre las suyas las manos de ella. Tenía los dedos helados. Quiso sonreír, sacudió la cabeza—. No pasa nada, Quirke. Estoy bien, de veras.

La alejó de la senda, la nieve helada crujendo como el cristal bajo sus pasos, hasta una roca grande y redondeada que descollaba aislada y cohibida en la falda yerma del cerro. Retiró con el canto de la mano la nieve de la zona superior y la hizo sentarse. Le volvía un poco el color a las mejillas. Volvió a decir que estaba bien, que sólo era un ligero mareo. Rió con fragilidad.

—No es más que uno de mis vahídos, como dice Maggie —un nervio de la mejilla pulsaba de manera visible, dándole un aire de amargura—. Uno de mis vahídos —repitió.

Nervioso, él prendió un cigarrillo. A tanta altitud, el humo le desgarró los pulmones como si le hubiesen arrojado un puñado de hojas cortantes. Un grajo grande y gris, con el pico agudo como un escoplo, se posó en el poste de una valla, cerca de donde estaban, y soltó un graznido de irrisión.

Sarah se miró las manos, que tenía entrelazadas sobre el regazo.

—Quirke —dijo—, hay una cosa que debo decirte. Se trata de Phoebe. No sé

cómo decírtelo —presa de la angustia, alzó ambas manos aún entrelazadas y las agitó en un gesto curioso, como un jugador de dados a punto de arrojarlos, pero igual que si supiera que no iba a salir el número deseado—. No es hija mía, Quirke. Tampoco es de Mal —Quirke permanecía tan inmóvil que podría haber estado hecho de la misma materia que la piedra en que ella descansaba. Sarah sacudía la cabeza de un lado a otro, en una suerte de desconcierto producido por la incredulidad—. Es tuya —dijo—. Es hija tuya y de Delia. Tú nunca llegaste a saber que la niña sobrevivió, pero así fue. Delia murió y Phoebe siguió con vida. El juez, Garret, nos llamó por teléfono a Boston aquella misma noche para decirnos que Delia había muerto. Yo no podía creerlo. Quiso saber si Mal y yo estaríamos dispuestos a cuidar de la niña... al menos por un tiempo, hasta que tú te hubieras recuperado del trauma. Iba a viajar una monja desde Dublín. Ella fue la que trajo a Phoebe —suspiró, y miró en derredor como si vagamente quisiera encontrar una vía de escape, un pasadizo, un boquete en la nieve por el cual pudiera colarse—. No debería habérmela quedado —dijo—, pero pensé en su día que sería lo mejor para todos. Tú ya estabas bebiendo entonces más de la cuenta, por Delia, porque las cosas no habían sido como tú esperabas que fuesen. Y entonces ella murió. Y estaba Phoebe. Había que pensar en ella —él se dio la vuelta como una estatua de piedra y avanzó unos pasos por la nieve, cargando el peso en el bastón. Se detuvo y apartó la vista de ella, mirando de nuevo el valle helado allá abajo. El ave que se había posado en el poste agachó la cabeza y flexionó un ala, y esta vez emitió un graznido sordo, entrecortado, que bien podría haber sido un encarecimiento o una deprecación un tanto pesarosa. Sarah volvió a suspirar—. Quería algo tuyo, entiéndelo —dijo, mirando a la enorme espalda encorvada de Quirke—. Algo que fuera tuyo. Es terrible por mi parte, lo sé —rió un instante, como si volviera a estar desconcertada consigo misma, con lo que estaba diciendo—. Todos estos años... —se puso en pie apretando los puños a ambos lados del cuerpo—. Lo siento, Quirke —le dijo en voz más alta, pues le dio la sensación de que nada más levantarse el aire se había tornado tan fino que no transportaba sus palabras, y creyó que él de todos modos se encontraba, en la cima pelada del cerro, más allá de donde alcanzara su voz. No se dio la vuelta. Siguió plantado en medio, con el abrigo negro como ala de cuervo, de espaldas a ella, la cabeza gacha—. Lo siento —volvió a decir, y esta vez fue como si lo dijera sólo para sí.

III

Andy Stafford tuvo la impresión de comparecer en un juicio. Se encontraban Claire y él en el despacho de sor Stephanus, sentados uno junto al otro, en dos sillas de respaldo recto, delante de la gran mesa de roble tras la cual estaba sentada sor Stephanus. A su espalda, de pie, se encontraba el cura pelirrojo, el tal Harkins, el que una vez fue a visitarlos para espiarlos a fondo. Otra monja, cuyo nombre Andy no recordaba, que era médico y llevaba un estetoscopio colgado del cuello, permanecía de pie junto a la ventana, contemplando la luminosidad del día, el rostro encendido por la luz que se reflejaba en la nieve. Él había vuelto a explicar qué fue lo que ocurrió, cómo se encontró al bebé en pleno ataque, o algo parecido, y cómo le dio un meneo —por poco dijo «a la pelma de la criaja»— para tratar de lograr que reaccionara, y cómo, en cambio, había muerto en el acto. Estaba borracho, eso ni siquiera intentó negarlo; era probable que eso formara parte del motivo por el cual ocurrió todo, por el cual murió la niña. De modo que sí, lo reconoció, en cierto modo era culpa suya, si es que un accidente se puede achacar a alguien. Aunque estaba sentada, sor Stephanus parecía mucho más alta que cualquiera de los presentes en su despacho. Por fin se movió un poco.

—Debéis intentar los dos por todos los medios, lo mejor que sepáis, olvidar este hecho tan terrible. La pequeña Christine ahora está con Dios. Ésa ha sido Su voluntad.

La otra monja se apartó de la ventana y miró a Claire, que no respondió al gesto. La joven no se había movido, y no había dicho palabra desde que se sentó. Estaba pálida y encorvada, como si tuviera frío; las manos, con las palmas vueltas hacia arriba, las tenía inertes sobre el regazo. Tenía la vista clavada en el suelo, delante del escritorio, y el ceño fruncido en señal de concentración, como si tratara de adivinar, o al menos así parecía, un dibujo en la alfombra.

Sor Stephanus siguió perorando:

—Andy, ahora lo que has de hacer es ayudar a Claire. Los dos habéis sufrido una grave pérdida, pero la suya es más grande. ¿Lo entiendes?

Andy asintió vigorosamente para mostrar su absoluta disposición a cumplir lo que se le pedía, su entrega, su resolución en tratar de deshacer lo hecho.

—Lo entiendo, hermana —dijo—. Sí, lo entiendo, pero... —alzó el mentón de golpe y se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa. Llevaba su chaqueta de sport, de cuadros castaños, con pantalón oscuro, e incluso se había puesto corbata para causar una mejor impresión.

Sor Stephanus lo miraba con los ojos muy abiertos, brillantes, levemente alelados, unos ojos que parecía que estuvieran congelados.

—¿Y cuál es el pero? —dijo.

Andy respiró hondo y de nuevo levantó el mentón.

—Sólo es que... me estaba preguntando si ha hablado usted con el señor Crawford sobre mi trabajo. Me refiero a un trabajo distinto, algo que me permitiera estar más cerca de casa, pasar más tiempo en casa ahora que...

Sor Stephanus miró por encima del hombro a donde se encontraba el cura. Éste enarcó las cejas, pero no dijo nada. La monja se volvió hacia Andy.

—El señor Crawford está muy enfermo —dijo—. Gravemente enfermo.

—Lo lamento —dijo Andy un poco con demasiada soltura, y se dio cuenta. Vaciló. Estaba preparándose. Ése era el momento—. Tiene que ser muy duro —dijo, arrastrando las vocales, con su acento sureño—, el señor Crawford enfermo y todo esto. Supongo que ustedes, todos los demás —miró a Harkins y de nuevo miró a la monja—, tendrán que arrimar el hombro de lo lindo para que no se note. Tiene gracia, la operación tan grande que han puesto en marcha, a pesar de lo cual nunca sale nada en los periódicos.

Se hizo otro silencio, y el cura tomó la palabra con su muy marcado acento irlandés.

—Hay muchas cosas que nunca llegan a los periódicos, Andy. A veces, ni siquiera se da noticia de algunos accidentes muy graves.

Andy no le hizo caso.

—Lo que pasa, dese cuenta —dijo a la monja—, es que voy a tener que estar muy pendiente de prestar a Claire toda la ayuda que necesita para superar su pérdida. Voy a tener que renunciar a los largos trayectos, a ir a Canadá y a los Lagos. Eso significa una paga extra sin la cual me las tendré que apañar.

La monja otra vez miró de reojo a Harkins, y éste de nuevo se limitó a enarcar las cejas. Se volvió hacia Andy.

—Muy bien, pues —dijo—. Veremos qué se puede hacer con eso.

—Lo crucial, Andy —intervino Harkins—, es que estas cosas no salgan de aquí, que sólo se sepa entre nosotros. Nosotros tenemos nuestra manera de hacer las cosas en St. Mary, y el mundo no lo entendería.

—Claro —dijo Andy, y se permitió esbozar el espectro de una mueca burlona—. Claro, es natural.

Sor Stephanus se puso bruscamente en pie, y la tela negra de su hábito emitió un crujido estrepitoso.

—Muy bien, pues —dijo—. Estaremos en contacto. De todos modos, Andy, quiero que una cosa quede muy clara. El bienestar de Claire es ahora nuestra preocupación primordial. La nuestra y la tuya, cómo no.

—Por supuesto —dijo, esta vez con intencional fluidez, para que se enterasen—. Por supuesto, lo entiendo muy bien —se puso en pie y se volvió hacia Claire—. Vamos, cariño. Es hora de marcharnos.

Ella no reaccionó. Siguió mirando la alfombra. Sor Anselm se acercó desde la ventana y le plantó amablemente una mano en el hombro.

—Claire —le dijo—, ¿te encuentras bien?

Claire pestañeó y, con esfuerzo, alzó la cabeza y miró a la monja, tratando de concentrarse. Despacio, asintió con un gesto.

—Se encuentra bien —le espetó Andy, sin poder evitar un deje amenazador—. Yo cuidaré de ella. ¿Verdad, cariño?

La sujetó por el codo y la obligó a ponerse de pie. Cuando se hubo incorporado pareció por un instante que pudiera caerse, pero él la sostuvo con firmeza, con un brazo alrededor de los hombros, y la guió hacia la puerta. Sor Stephanus salió de detrás del escritorio y los acompañó.

—Esa joven no está nada bien —dijo sor Anselm cuando los tres hubieron salido del despacho.

El padre Harkins la miró con cara de preocupación.

—¿Usted cree que podría...? —dejó la pregunta en el aire.

—Yo creo —dijo la monja, cargando las tintas con ira— que está muy mal de los nervios. Muy mal, se lo digo yo.

Volvió sor Stephanus al despacho meneando la cabeza.

—Señor, señor —dijo con cansancio—, qué situación... —se volvió hacia el cura—. ¿Y el arzobispo...?

Asintió.

—He hablado con su despacho. Los suyos hablarán con Comisaría. No hace ninguna falta que la policía se involucre.

Sor Anselm emitió un sonido de asco. Sor Stephanus volvió hacia ella la mirada cansina.

—¿Decía usted, hermana?

Se dio la vuelta y salió renqueando del despacho. Sor Stephanus y el cura se miraron uno al otro y apartaron cada cual la mirada. No dijeron nada más.

Había hielo en los peldaños de la entrada; Andy mantuvo el brazo en torno a los hombros de Claire, no fuera a resbalarse. Desde el accidente de la niña no había sabido qué hacer con su mujer, cómo tratarla, de lo callada y retraída que estaba. Se pasaba el tiempo sentada en la casa como si estuviera medio en trance, o bien miraba en la televisión los programas infantiles, *Howdy Doody* y *Bugs Bunny* y el de los dos cuervos que conversaban sin parar. Le ponía del hígado su manera de reír con los dibujos animados, como si estuviera haciendo gárgaras, igualito, suponía, que el

modo de reír de aquellos primos alemanes que tenía ella, *jarj jarj jarj*. De noche, cuando yacía en la cama sin poder dormir, a su lado, él notaba cómo corrían los pensamientos en su interior, cómo les daba vueltas sin parar, repasando una y mil veces la misma cosa, la que fuera, sin poder quitarse de la cabeza el dichoso pensamiento, daba igual. A duras penas contestaba cuando alguien le decía algo; por lo demás, callaba. Una noche él volvió a casa tarde, cansado, tras viajar desde Buffalo, y se encontró la casa a oscuras, sin que se oyera un solo ruido. Buscó por todas partes hasta encontrarla en la habitación de la niña, sentada junto a una ventana, con la manta de la niña apretada entre los brazos. Le gritó no tanto porque estuviera dolido, sino porque de algún modo le había dado un susto allí sentada como un fantasma, con el extraño resplandor azulado que llegaba del jardín que cubría la nieve. Pero incluso al gritarle ella tan sólo volvió la cabeza ligeramente hacia él, frunciendo el ceño, como una persona que acabase de oír a alguien que llamase desde lejos, desde muy lejos.

Lo único de provecho que encontró en todo esto fue Cora. Fue ella quien lo supo tranquilizar la noche misma del accidente, fue ella quien le ayudó a dar una versión creíble de lo sucedido. Ahora, de día, algunas veces subía a sentarse con Claire, y en más de una ocasión llegó él a casa y se la encontró preparándole la cena, mientras Claire, vestida con la bata de andar por casa que no se había cambiado desde que se levantó, con los ojos enrojecidos y un pañuelo apretado contra la boca, yacía boca abajo en la cama, con los pies colgados por el lateral. Algo le pasaba en los pies, cuyo empeine tenía muy blanco, y la planta descolorida y callosa, que a él le provocaba una sensación de náusea. Cora tenía unos pies largos y morenos, estrechos en el talón, anchos y redondeados en el nacimiento de los dedos. Cora no quería de él otra cosa que su cuerpo duro y bronceado. Nunca le había pedido que le dijera que la amaba, nunca se había preocupado por el futuro, ni por lo que sucedería si Claire descubriese lo que había entre ambos. Estar con Cora era como estar con un hombre salvo cuando estaban en la cama, e incluso en la cama tenía el apetito casi brutal de un hombre.

Caminaban por la avenida de entrada al hospicio cuando vieron que llegaba Brenda Ruttledge a la cancela. Vestía un gran abrigo de alpaca y un gorro de lana y botas con el borde forrado de piel. Andy no la recordaba, aunque la vio en aquel momento en que Claire tropezó con ella cuando se marchaban de la fiesta navideña en la casa de Josh Crawford; de hecho, de aquella tarde no recordaba gran cosa. Claire, cómo no, iba demasiado ensimismada para saber si era capaz de reconocer a alguien o no.

Pero Brenda sí los recordaba de la fiesta, la mujer joven y pálida con el bebé y su maridito con cara de bebé, sumamente enrabiado por haber bebido demasiada cerveza. La mujer joven tenía un aspecto terrible. La encontró grisácea y demacrada, como si estuviera traumatizada, o enferma de dolor, de terror, de pena. Brenda los

miró pasar de largo, la esposa con sus pasos rígidos, inseguros, el marido guiándola con el brazo en tensión sobre sus hombros.

Brenda había supuesto que la vida en Estados Unidos sería diferente que en su país, que la gente sería más feliz, más echada para delante, más amistosa, pero descubrió que era igual que allá, igual de malhumorada, mezquina y afligida. O quizás sólo Boston fuera así, natural, con tantos irlandeses aún cargados de los recuerdos de la Hambruna y los barcos de la muerte. Pero a ella no le gustaba ninguna de esas cosas; no le gustaba nada estar allí y sentirse sola y tan lejos de casa.

Le abrió la puerta la misma monja joven de los dientes saledizos que se la había abierto la última vez en que estuvo allí, cuando llevó a la niña. Pensó en preguntarle su nombre, pero no supo si tal cosa estaba permitida; de todos modos, el nombre no sería el suyo, sino el de algún santo o santa de los que Brenda jamás hubiera sabido nada. Tenía una cara agradable, pequeña y redonda y alegre; en fin, en un santiamén le quitarían a tortas la alegría en un sitio como ése. Tampoco la monja, como la pareja que vio a la entrada, dio muestras de acordarse de Brenda. Probablemente había abierto la puerta a cientos de personas desde la última vez que ella estuvo allí.

—Me preguntaba si podría ver a sor Stephanus —dijo.

Temió que la monja fuese a preguntarle qué era lo que deseaba, pero, por el contrario, la invitó a entrar en el vestíbulo y le dijo que iría a ver si estaba la Madre Superiora. Cuando sonreía, le asomaban los dientes y se le formaban dos hoyuelos de bebé en las mejillas gordezuelas. Tardó en volver al vestíbulo lo que a Brenda le pareció una eternidad; a su vuelta le dijo que sor Stephanus no se encontraba en la casa. Brenda supo que le estaba mintiendo. Azorada, rehujo la mirada nada hostil de la monjita.

—Sólo quería saber... Sólo quería preguntar por una de las niñas —dijo al fin—. Se llama Christine.

La monja no respondió nada. Permaneció con las manos una sobre la otra a la altura de la cintura, sonriendo cortésmente. Brenda supuso que no había sido ella la primera correo —¿sería ésa la palabra que se empleaba?— en volver a St. Mary a interesarse por una de las niñas. Se acordó del sobrecargo con marcado acento *cockney*, que le advirtió en el barco, en el viaje a Boston, que no se encariñase con la cría. Se limitó a echar un vistazo a sus papeles y a los de la niña, y se retrepó en su asiento, tras la mesa, mirándole el pecho con ojos lascivos, de rata, y diciéndole: «Mire, se lo digo en serio, lo he visto un montón de veces; una chica toma el barco, apenas acaba de terminar los estudios. Para el día en que atracamos en Estados Unidos, está convencida de que la niña es suya». No era que ella sintiera ningún apego, o no exactamente, según pensaba en esos momentos, volviendo sobre sus pasos por la entrada del convento, sino que tan sólo había pensado en la pequeña Christine, y recordó la rara sensación que tuvo en las entrañas al tomarla en brazos

por vez primera, aquella tarde, en el muelle de Dun Laoghaire. La pareja que había visto allí, cuando llegaba, ¿dónde habrían dejado a su niña?, se preguntó. Volvió a ver la cara pálida de la mujer, una cara de pasmo, unos ojos apagados, y se estremeció.

Phoebe había pasado durmiendo la mayor parte del vuelo, mientras Quirke, con agria resolución, se había emborrachado a conciencia gracias a las copas de brandy de cortesía que generosamente le sirvió una azafata que lo miraba con ojos retozones. A pesar de las cinco horas que habían ganado al viajar hacia el oeste, era de noche cuando el avión aterrizó, y Quirke estaba resentido por el día entero que parecía haber perdido, como si fuera un día arrancado de su vida, un día echado a perder, que resultaba sin embargo mucho más grave en esos momentos que cualquiera de los otros muchos que hubiera malgastado. Del aeropuerto tomaron un taxi hasta Penn Station, derrumbado cada uno hacia la ventanilla correspondiente, medio de espaldas al otro, abotargados los dos, aunque cada cual a su manera. El tren era nuevo, aerodinámico, veloz, aunque olía de un modo muy similar a los viejos trenes de vapor. En la estación de Boston los fue a recoger el chófer de Josh, un joven moreno, magro, que parecía más bien un muchacho que se hubiera disfrazado de chófer, con un terno gris, atildado, completado con polainas de cuero y una gorra de plato de visera brillante. Olía a brillantina y a tabaco. Cuando Quirke le preguntó cómo se llamaba, dijo que era Andy.

Caía una lluvia helada, y mientras atravesaban en el automóvil la ciudad, Quirke escrutaba la negrura, las calles iluminadas a trechos, en busca de algún recuerdo que no encontró. Habían pasado veinte años, y parecía que fuesen mil, desde la última vez que estuvo allí, con Mal, dos médicos neófitos que fueron a trabajar —más bien a disfrazarse como en una mascarada— de internos durante un año en el Hospital General de Massachusetts, y todo gracias a los hilos que había sabido mover a favor de ambos el viejo amigo del juez, Joshua Crawford, ciudadano de honor de Boston y padre de dos hijas deliciosas y en edad casadera. Sí, más bien había pasado todo un milenio.

—¿Qué, se te agitan los recuerdos? ¿Algún sentimiento de ternura? —preguntó Phoebe con ironía desde el lado del asiento que ocupaba. Él no había reparado en que ella lo estaba mirando. No dijo nada—. ¿Qué te pasa? —preguntó en un tono distinto. Estaba harta de su mal humor; él se había mostrado taciturno e incluso hosco durante todo el viaje.

Quirke volvió a mirar por la ventanilla los retazos relucientes de la ciudad al pasar de largo.

—¿Qué quieres decir? —contestó.

—Te noto diferente. Se acabaron los chistes. Se supone que soy yo la que tiene

que estar malhumorada. ¿Es por el batacazo que te has llevado, o hay otra cosa?

Él calló unos instantes.

—Ojalá pudiéramos... —dijo al cabo.

—¿El qué?

—No sé, hablar.

—Ya estamos hablando.

—¿De veras?

Ella se encogió de hombros, renunciando a insistir. Él notaba los ojos del chófer mirándolos por el retrovisor.

Atravesaron el sur de Boston hasta tomar la autovía. Scituate, la localidad donde tenía Josh Crawford su mansión, se hallaba a treinta kilómetros al sur, por la costa, y al poco de pasar Quincy enfilaron una sucesión de carreteras secundarias, estrechas, en donde se notaba la bruma del mar suspendida bajo los árboles y se veían las ventanas encendidas de algunas casas aisladas, con un brillo amarillo y misterioso en la negrura. En Boston aún vieron algunos bancos de nieve en las aceras, pero allí, a la orilla del mar, los arcones estaban despejados del todo. Pasaron por delante de una iglesia de color blanco, con una torre rematada por una aguja, que se alzaba sobre una elevación del terreno, espectral y en cierto modo angustiada en su soledad y apagamiento. Nadie decía nada. Quirke, ahora que el resplandor del brandy se le había tornado ardor ceniciento, volvió a tener la sobrecogedora sensación de desapego que tan a menudo sentía últimamente: era como si el automóvil, bamboleándose sin el menor esfuerzo por aquellas curvas, gracias a su mullida suspensión, hubiera dejado atrás la carretera y fuera transportado en volandas por la densa, húmeda oscuridad, rumbo a un lugar secreto en donde los pasajeros fueran succionados de su interior y abducidos en silencio y sin dejar rastro. Se oprimió ambos ojos con el índice y el pulgar. Esa noche no era capaz de pensar con coherencia.

Cuando el coche dobló en la cancela de Moss Manor, una jauría de perros enjaulados comenzó a aullar en algún lugar de la finca. Al acercarse por la avenida de grava vieron que el gran portón de la casa estaba abierto y que alguien esperaba en el umbral a recibirlos. Quirke se preguntó cómo era posible que se supiera en la casa la hora exacta de su llegada. Tal vez hubieran oído el coche, tal vez hubieran visto los faros cuando tomó alguna curva. Andy, el chófer, trazó con el cochazo medio círculo en la grava y se detuvo. La persona que esperaba en el umbral, según comprobó Quirke, era una mujer alta y esbelta, vestida con pantalones y un suéter. Phoebe y él salieron del coche; el chófer abrió la portezuela de Phoebe. En el aire pesado y húmedo de la noche pendía en suspenso un miasma de humo del tubo de escape, y desde lejos llegó el gemido hueco de una sirena para avisar de la niebla. Habían

callado los perros.

—Bienvenidos, viajeros —dijo la mujer en voz bien alta, con un tono humorístico, pero seco. Se acercaron y ella tomó a Phoebe por las manos—. Dios mío —dijo con acento sureño, arrastrado, grave—, hay que ver, qué mayor estás, qué guapa. ¿Y no te queda un beso para tu malvada abuela adoptiva?

Phoebe, encantada, le plantó un beso veloz en la mejilla.

—No sé cómo llamarte —dijo entre risas.

—Encanto, tienes que llamarme Rose, naturalmente. Claro que yo tampoco debo llamarte «encanto», ya no eres una niña.

Aplazó adrede el momento de volverse a Quirke, dándole tiempo, supuso éste, de admirar su impecable perfil, las dos crenchas de cabello espeso y castaño claro, la frente alta, sin tacha, la noble línea de la nariz, la boca fruncida por las comisuras en una irónica, perezosa, aristocrática sonrisa. Por fin le tendió con languidez una mano delgada y fría, una mano, reparó Quirke, no tan juvenil en apariencia como el resto de su persona.

—Y usted debe de ser el famoso señor Quirke —dijo, y lo miró de hito en hito—. He oído hablar mucho de usted.

Él dibujó una reverencia ágil, no del todo seria.

—Espero que hayan sido cosas buenas.

Ella esbozó su sonrisa de acero.

—Pues me temo que no —se volvió de nuevo a Phoebe—. Querida, tienes que estar exhausta. ¿Ha sido un viaje muy duro?

—Bueno, he tenido al señor Buen Humor en persona para mantenerme animada —dijo Phoebe con una mueca de cómica repugnancia.

Entraron en el espacioso vestíbulo, de techos altos, y Andy, el chófer, entró tras ellos con el equipaje. Quirke estudió las cabezas de animales que decoraban las paredes, la ancha escalinata de madera de roble, con una balaustrada tallada, las oscuras vigas del techo. El ambiente de la casa resultaba ligeramente chabacano, como si se le hubieran aplicado demasiadas capas de barniz hacía mucho tiempo y aún no estuvieran del todo secas. Veinte años atrás le había impresionado el aire imponente, neogótico, de Moss Manor; ahora, todo aquel fantasmagórico esplendor tenía a sus ojos cierto aire deslucido, lúgubre... ¿resultado de la pátina del tiempo o de su desencanto en general, que había aminorado de manera patente la antigua grandeza de la mansión? No, eran los años: la casa de Josh Crawford había envejecido a la vez que su dueño.

Apareció una criada de uniforme azul oscuro; tenía un cabello ratonil y unos plañideros ojos de irlandesa.

—Deirdre os acompañará a vuestras habitaciones —dijo Rose Crawford—. Cuando estéis listos, bajad, por favor. Tomaremos una copa antes de la cena —posó

con ligereza una mano sobre la manga de Quirke y le habló con lo que a él le pareció una sonrisa de sarcasmo—. Josh está impaciente por verle.

Se acercaron al arranque de la escalinata siguiendo los pasos torpes de la criada; Andy, el chófer, había subido ya con sus bultos.

—¿Qué tal está el abuelo? —preguntó Phoebe.

Rose le dedicó una sonrisa.

—Ah, pues mucho me temo que se está muriendo, querida.

Las plantas superiores de la casa eran menos agobiantes, menos conscientemente grandiosas que la planta baja. Arriba, se notaba la mano de Rose Crawford en las paredes pintadas de un rosa intenso, en el mobiliario estilo Imperio. Tras depositar a Phoebe en su habitación, la doncella condujo a Quirke a la suya. Reconoció al punto dónde se encontraba, y vaciló en el umbral. «Dios mío», musitó. Sobre una cómoda de madera de castaño taraceada había una fotografía de Delia Crawford, a los diecisiete años, en un marco de plata. Se acordaba de esa fotografía: él le pidió un día que le regalase una copia. Se llevó la mano a la frente y se tocó las cicatrices, una costumbre que había adquirido últimamente. La doncella estudiaba con un punto de alarma sus reacciones de sorpresa y desaliento.

—Disculpe —le dijo—, es que éste era el dormitorio de mi esposa... cuando ella vivía aquí.

La fotografía estaba tomada en algún baile de presentación en sociedad o en una ocasión semejante, y Delia aparecía con una diadema, y el cuello alto de su complicado vestido era visible. Miraba a cámara con una lascivia socarrona, con una ceja perfectamente enarcada. Él conocía bien esa mirada: durante todos aquellos meses de constante borrachera de amor en Boston prendía en él a tal extremo el deseo que terminaba por dolerle la entrepierna, y la lengua le palpitaba en la base. Y cómo se reía de él, cuando se retorció ante ella presa de esa maravillosa angustia. Los dos creyeron entonces que tenían por delante todo el tiempo del mundo.

Cuando se marchó la criada, cerrando la puerta sin hacer ruido, se sentó con fatiga en la cama, frente a la cómoda, con las manos inertes, colgadas entre las rodillas. En la casa reinaba un completo silencio, si bien en los oídos le zumbaba aún el implacable molinillo de los motores del avión. La mirada sardónica y tolerante de Delia parecía detenerse en él y asimilar su aparición, y con su expresión parecía decirle: *Bueno, Quirke, ¿y ahora, qué?* Sacó la cartera del bolsillo y extrajo otra fotografía, mucho más pequeña que la de Delia y muy arrugada, desgarrada por uno de los bordes. Era de Phoebe, y estaba tomada cuando también ella tenía diecisiete años. Se adelantó y la encajó en una de las esquinas inferiores del marco de plata; se alejó después, aún sentado, con las manos colgando igual que antes, y contempló largo rato las imágenes de las dos, la madre y su hija.

Cuando bajó se dejó guiar por el sonido de las voces hasta llegar a un salón inmenso, con suelo de madera de roble, que, según recordaba, era la biblioteca de Josh Crawford. Había altas vitrinas con sucesivos anaqueles repletos de volúmenes encuadernados en piel, que nadie había abierto jamás, y en medio una larga mesa de lectura, en leve pendiente por uno y otro lado, y una enorme bola del mundo, antigua, sobre un pie de madera con cuatro soportes. En la chimenea, de la altura de un hombre, ardía un buen fuego sobre una reja elevada de metal negro. Rose Crawford y Phoebe estaban sentadas, juntas, en un sofá tapizado de cuero. Frente a ellas, al otro lado de la chimenea, Josh Crawford se encontraba derrumbado en su silla de ruedas. Llevaba un suntuoso batín de seda con faja carmesí, y unas pantuflas de estilo oriental, con estrellas recamadas en oro; un echarpe de lana azul, de Persia, le envolvía los hombros. Quirke observó el cráneo calvo, picado, en forma de pera invertida, a ambos lados del cual aún le colgaban unas lacias guedejas de un cabello patéticamente teñido de negro juvenil; contempló los párpados caídos, sonrosados, irritados; las manos nudosas, con las venas saltonas, inquietas sobre el regazo, y recordó al hombre vigoroso y pulcro, peligroso, que había conocido dos décadas antes, un bucanero de su tiempo que había avistado una tierra poblada de riqueza en aquella aquietada costa pirata. Comprobó que era cierto lo que había dicho Rose Crawford: su marido estaba muriéndose, y se estaba muriendo a la vista de cualquiera, y deprisa. Sólo sus ojos eran lo que siempre fueron, unos ojos azul tiburón, penetrantes, alegremente malignos. Los alzó y miró a Quirke.

—Vaya —dijo—, si es la falsa moneda...

—Hola, Josh.

Quirke se acercó a la chimenea y Josh reparó en su cojera, y en el trozo de carne amoratada, bajo el ojo izquierdo, donde una de las punteras reforzadas de acero, del señor Punch o del gordinflón de Judy, había dejado su huella.

—¿Y qué te ha pasado?

—Una caída —dijo Quirke. Empezaba a estar harto de la misma mentira sin sentido.

—No me digas —Josh sonrió con un solo lado de su rostro correoso—. Pues deberías andar con más cuidado.

—Eso me dice todo el mundo.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento, si todo el mundo te lo dice?

A Rose, Quirke se dio perfecta cuenta, le divirtió el pequeño forcejeo entre ambos. Se había cambiado de ropa y llevaba un vestido de seda escarlata que le quedaba como una segunda piel, con unos zapatos también escarlata, a juego, de ocho centímetros de tacón. Expulsó el humo del cigarrillo hacia el techo, alzó el vaso y lo meneó, haciendo que tintineasen los hielos.

—Tómese una copa, señor Quirke —dijo, levantándose del sofá—. ¿Whisky? —miró a Phoebe de reojo—. ¿Y tú, querida? ¿Quieres una tónica con ginebra? Siempre y cuando, claro está —añadió volviéndose a Quirke—, esté permitido.

—¿Por qué se lo preguntas a él? —dijo Phoebe muy airada, y sacó la punta de la lengua mirando a Quirke. También ella se había cambiado, poniéndose el vestido formal, de satén azul.

—Gracias por haberme alojado en el dormitorio de Delia —dijo Quirke a Rose.

Lo miró desde la mesa en la que estaban las bebidas, con un vaso y una botella en cada mano.

—Ay, vaya... —murmuró vagamente—. ¿Era la suya? —se encogió de hombros para dar una muestra de pesar que resultó patentemente falsa, y luego frunció el ceño—. No queda hielo... —se dirigió a la chimenea y oprimió el botón de un timbre encastrado en la moldura.

—No pasa nada —dijo Quirke—, yo lo tomo seco.

Le pasó el vaso de whisky y se quedó un momento más de lo necesario delante de él, muy pegada.

—Hay que ver, señor Quirke —murmuró de manera que sólo él la oyese—. Cuando me dijeron que era usted un grandullón ya veo que no eran exageraciones —él le devolvió la sonrisa y ella se dio la vuelta con un temblorcillo de ironía en los labios, para dirigirse de nuevo a la mesa de las bebidas y servir una ginebra para Phoebe y otro bourbon para ella. Desde la silla de ruedas, Josh Crawford contemplaba con codicia cada movimiento, sonriendo con fiereza. Llegó la doncella y Rose pidió bruscamente más hielo. Saltaba a la vista que la chica estaba amedrentada ante su señora.

—De veras, Josh —dijo Rose a Crawford cuando se hubo marchado—, hay que ver las perdidas, abandonadas y descarriadas que me obligas a recoger en casa...

Crawford se limitó a reír.

—Son buenas chicas católicas —dijo. Torció el gesto ante algo que le estaba pasando por dentro, y frunció el ceño—. Este dichoso fuego da demasiado calor... Vayamos al invernadero.

Rose tensó los labios, y parecía a punto de protestar, pero al mirar a los ojos a su marido —el mentón malencarado, ceñudo, y los ojos fríos, de pez—, dejó el vaso de bourbon a un lado.

—Lo que tú digas, cariño —dijo con la voz suave, sedosa.

Avanzaron los cuatro por pasillos atestados de muebles caros, feos —sillas de madera de roble, arcones reforzados con cantoneras de latón, toscas mesas que podrían haber llegado en el *Mayflower* y que, pensó Quirke, seguramente así había sido—. Quirke empujaba la silla de Crawford y las dos mujeres los seguían detrás.

—Bueno, Quirke —dijo Crawford sin volver la cabeza—. Así que has venido a

verme morir, ¿no es eso?

—He venido con Phoebe —dijo Quirke.

Crawford asintió.

—Desde luego, naturalmente.

Llegaron a la Galería de Cristal y Rose accionó un interruptor, con lo que sucesivas hileras de luces fluorescentes se encendieron en una serie de tenues ruidos sordos. Quirke miró más allá de los neones, al peso de toda la negrura que se acumulaba sobre la inmensa cúpula de cristal, en esos instantes moteada por gotas de lluvia. Allí dentro el aire era pesado, caluroso, y olía a savia y a mantillo. Le pareció raro no recordar un sitio tan extraordinario, y eso que sin duda tenía que haberlo visto cuando estuvo en la casa con Delia. Alrededor, las hojas bruñidas de las palmeras y los helechos gigantes y las orquídeas que no estaban en flor pendían inmóviles, como otras tantas orejas de gran tamaño y de intrincadas formas, atentas a la llegada de los intrusos. Rose se llevó a Phoebe a un lado y, juntas, se perdieron entre el denso verdor de las plantas. Quirke empujó la silla de ruedas a un claro en donde vio un banco de hierro de forja y se sentó, contento de dar descanso a la rodilla. El metal estaba pegajoso al tacto y casi cálido. Mantener caldeado semejante espacio durante todo un duro invierno, reflexionó con desgana, debía de costar el equivalente a lo que ganaba él en un año.

—Tengo entendido que has estado interfiriendo en nuestra obra —dijo Josh Crawford.

Quirke lo miró de pronto. El viejo contemplaba el lugar, entre las plantas, por el que las dos mujeres habían desaparecido.

—¿Qué obra es ésta?

Josh Crawford husmeó el aire, emitiendo un ruido que podría haber pasado por una risa.

—¿Te da miedo la muerte, Quirke? —le preguntó a bocajarro.

Quirke reflexionó un instante.

—No lo sé. Sí, supongo que sí. ¿No es algo a lo que todos tenemos miedo?

—Yo no. Cuanto más cerca la tengo, menos miedo me da —suspiró. Quirke oyó una especie de matraca que resonaba en su pecho—. Lo único bueno que tiene la vejez es que te da la oportunidad de igualar un poco la balanza y cuadrar las cuentas. Entre el bien y el mal, claro —volvió la cabeza y miró a Quirke—. He hecho más de una perrería en mis buenos tiempos, desde luego —una risa, otro estertor—, e incluso he propiciado más de una caída ajena, pero también he hecho mucho bien —hizo una pausa momentánea—. Lo que dicen es muy cierto, Quirke. Éste es el Nuevo Mundo y lo es con todas las consecuencias. Europa está acabada. La guerra, y todo lo que vino después, se encargaron de que así fuera —apuntó al suelo de cemento con la uña amarillenta de un dedo índice largo y nudoso—. Éste es el lugar, Quirke, te lo digo

yo. Ésta es la tierra del Señor —asentía y movía la mandíbula como si royera algo suave, algo imposible de tragar—. ¿Te he contado alguna vez la historia de esta mansión? Scituate, el municipio, es el punto al que llegaron los irlandeses empujados por la Hambruna en la década de 1840. Los protestantes angloirlandeses, los propios ingleses, la clase alta bostoniana, todos esos se asentaron en la costa del norte, y allí no había cabida para ningún irlandés de a pie, de modo que los nuestros se vinieron para el sur. A menudo me los imagino, me los represento —se dio unos golpes en la frente con el índice—, en los huesos, asilvestrados, con sus mujeres pelirrojas y flacas como los jamelgos, recorriendo la costa con las carnadas de criajos imposibles de matar. La mayoría, más pobres que las ratas, muertos de hambre allá en casa, muertos de hambre aquí. Ésta era una región muy áspera en aquella época, todo acantilados, roquedos, campos y prados quemados por el salitre. Sí, los estoy viendo subir ayudándose con las uñas y los dientes a las rocas de la orilla, los veo escarbar en las playas y en los bajíos en busca de cangrejos y almejas, temerosos del mar como lo somos casi todos los irlandeses, temerosos de las profundidades. Algunas familias de pescadores, sin embargo, se habían instalado en el Segundo y el Tercer Rompiente —agitó el pulgar por encima del hombro, indicando a su espalda—, gentes llegadas de Connemara, escurridizos como las nutrias, curtidos en el agua de mar, avezados en los canales. Con la marea baja lo vieron en las rocas: el musgo rojo. Lo conocían, lo habían visto allí de donde llegaron, date cuenta. Era *Chondrus crispus*, y también de otra clase, *Gigartina mamillosa*. ¿Qué tal andas de latín, Quirke? Musgo de Carragheen. Rojo y oro era en aquellos tiempos. Tiene mil utilizaciones posibles, vale para todo, para hacer desde papilla hasta papel pintado, pasando por tinta de imprenta. Comenzaron a recogerlo en los faluchos, rastrillándolo con la bajamar, poniéndolo a secar en la playa, enviándolo a Boston a carretadas. En el plazo de diez años había por aquí más de uno que se había hecho millonario con el musgo. Millonarios, te lo digo en serio. Uno de ellos fue quien construyó esta casa: William Martin McConnell, también conocido como Billy el Jefazo, oriundo del condado de Mayo. El Jefazo y su musgazo, ¿lo ves? Por eso se llama Moss Manor, la Mansión del Musgo. Llegó entonces el ferrocarril. En 1871 pasaron por aquí los primeros trenes. Se construyeron hoteles por todo el norte de Scituate, bonitas casas para pasar las vacaciones en Egypt Beach, en Cedar Point. Los jefes de bomberos, los capitanes de policía, los irlandeses que se dedicaban al encaje para visillos, los empresarios de Quincy, incluso de Worcester, todos vinieron para acá. El cardenal Curley tuvo una casa en... ya no me acuerdo dónde la tuvo. Vino toda clase de gente, todos a dar cada cual su bocado al campo, a hincar los dientes en la riqueza de esta costa. La riviéra irlandesa, la llamaban, y aún lo sigue siendo. Construyeron campos de golf, clubes de campo... ¡la Asociación Deportiva de Hatherly Beach! —rió con carraspera, con flemas atrancadas, la cabeza frágil meneándose en lo alto del tallo

delgado que tenía por cuello. Se entusiasmaba sólo de pensar en los irlandeses, pobres como ratas, y en sus pretensiones, en sus triunfos de escándalo. Ése era su sostén, Quirke acababa de comprenderlo; eso era lo que lo mantenía vivo, una papilla fina y amarga hecha a base de recuerdos e imaginaciones, de malicia, de sorna reivindicativa—. A los irlandeses no hay quien les gane, Quirke. Son como las ratas. Nunca estás a más de metro y medio de uno —volvió a toser sonoramente, a golpearse repetidas veces con el puño en el pecho, con fuerza, hasta derrumbarse agotado en la silla—. Te lo he preguntado antes, Quirke —dijo con un ronco susurro—. ¿Por qué has hecho este viaje? Y no me vengas con cuentos, no me digas que lo has hecho por la chica, ¿eh?

Quirke se encogió de hombros y movió la pierna dolorida buscando alivio; empezaba a notar el frío en el hierro del asiento.

—Me escapé —dijo.

—¿De qué?

—De gente que hace fechorías —Josh sonreía y, sonriendo, alejó la mirada. Quirke lo observaba—. Dime una cosa, Josh: ¿qué es ese asunto tan tuyo en el que he estado interfiriendo?

Crawford levantó la mirada y oteó sin intención las altas láminas de cristal, negras y relucientes, en derredor de ambos. En la vastedad del lugar, con su ambiente artificial, cerrado, podrían haber estado a cien leguas bajo el mar, o a un millón de kilómetros en el espacio exterior.

—¿Tú sabes a qué me dedico, Quirke? —dijo Crawford—. Tengo una plantación. Unos plantan cereales, otros plantan árboles. Yo, en cambio, planto almas.

Las mujeres se habían detenido ante un tiesto de terracota en donde crecía un rosal sin hojas, de ramas largas y espinosas, finas, que a Phoebe le recordaron las garras afiladas de una de las brujas de los cuentos de hadas.

—Lleva mi nombre —comentó Rose—. ¿A que es una chifladura? Josh le pagó una fortuna a un cultivador de rosales de Inglaterra. Y ahí lo tienes: Rose Crawford. Las flores, cuando brotan, son de un feísimo tono escarlata, y no tienen aroma —sonrió a la muchacha, que trataba de parecer interesada como era su deber—. Veo que no te interesa la horticultura, claro. No tiene importancia. Si quieres que te sea sincera, a mí también me importa un comino, pero tengo que fingir que me apasiona. Es por Josh, claro —tocó con la mano el brazo de Phoebe y volvieron por donde habían ido—. ¿Te quedarás algún tiempo? —preguntó.

Phoebe la miró con sorpresa, con cierto asomo de alarma.

—¿En Boston? —dijo.

—Sí, quédate con nosotros. Conmigo. Josh cree que deberías quedarte.

—¿Y qué iba a hacer yo aquí?

—Lo que te apetezca. Ir a la universidad... Podemos encontrarte plaza en Harvard, o en Boston College. O no hacer nada, si prefieres. Ver cosas. Vivir. Eso lo sabes hacer, ¿no?

Lo cierto es que sospechaba que ésa era una de las cosas, por no decir la principal, que la chica aún no había aprendido a hacer. Tras la fina capa de colorete y el carmín con que se daba aires de mundana, Rose había visto que no pasaba de ser una dulce niña todavía inexperta, insegura, con ganas de acumular experiencia, pero sin saber si estaba o no preparada, y preocupada por la aterradora forma que la experiencia pudiese adquirir. Eran muchísimas las cosas que Rose podría enseñarle. Le agradaba la idea de tener una protegida.

Agachándose para pasar por debajo de una planta tropical, trepadora, cuyos zarcillos velludos le recordaron a Phoebe las patas de una araña gigantesca, de nuevo tuvieron a la vista a Quirke y a Josh Crawford.

—Míralos —dijo Rose con voz queda, deteniéndose—. Están hablando de ti.

—¿De mí? ¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo —tocó de nuevo a la chica en el brazo—. ¿Pensarás despacio lo que te he dicho, la idea de que te quedas?

Phoebe asintió, sonriendo con los labios comprimidos y los ojos relucientes. Se sentía mareada, excitada. Era la misma sensación que tenía en el columpio del jardín cuando era niña. Le encantaba que su padre la empujase alto, más alto, hasta que ya parecía que iba a dar la vuelta completa. Había un instante, en el punto más elevado del arco, en el que todo se detenía en seco y el mundo, vertiginoso, quedaba en suspenso sobre un inmenso vacío de aire y de luz y de un silencio embriagador. Así era en ese instante, sólo que se prolongaba como si no fuese a terminar nunca. Sabía que no debería haberle dicho sí cuando Rose le ofreció la ginebra —aunque sólo eran las diez de la noche, para ella era en realidad de madrugada—, pero le daba igual. Estuvo inmóvil, encaramada en lo alto del columpio, como una niña buena, y de pronto una mano le dio un empujón por la base de la espalda, hasta llegar a donde estaba, mucho más alto que nunca.

Siguieron caminando hasta donde estaban sentados los hombres. Quirke tenía la cara hinchada por efecto de la fatiga del viaje y de la bebida, y el bulto de carne inerte, bajo el ojo izquierdo, estaba de un color blanquecino, sin vida. Josh Crawford miró a Phoebe y le dedicó una ancha sonrisa.

—Ahí la tienes —dijo—, ¡mi nieta preferida!

—No es un gran piropo —dijo Phoebe también sonriente—, teniendo en cuenta que soy la única nieta que tienes.

Él la tomó por las muñecas y la atrajo hacia sí.

—Hay que ver —dijo—, ya estás hecha toda una mujer.

Quirke los miró a los dos, maravillándose con amargura de la rapidez con que

había perdonado Phoebe a su abuelo por haberse puesto de parte de todos los demás, en contra de su determinación de casarse con Conor Carrington.

Rose, por su parte, miraba a Quirke, registrando el demacrado, ojeroso resentimiento de su cara.

—Me pregunto adónde irán, señor Quirke, los años que van pasando, ¿eh? —le dijo a la ligera.

Apareció Brenda Rutledge, con uniforme de enfermera y una cofia atildada, con un frasco de píldoras y un vaso de agua en una bandeja de plata. Al ver a Quirke titubeó y se le aflojó la boca un instante. También él se sintió levemente aturdido de verla allí; había olvidado del todo que estaba en Moss Manor.

—Hora de la pastilla, señor Crawford —dijo con una voz que le costó un esfuerzo evidente mantener nivelada.

Quirke forzó una sonrisa de fatiga.

—Hola, Brenda —le dijo.

Ella ni quiso ni habría podido mirarle a los ojos.

—Señor Quirke... —se limitó a decir. Sonrió mirando de reojo a Phoebe y se saludaron con un gesto, aunque nadie se tomó la molestia de hacer las presentaciones.

Rose lanzó una mirada cortante de la enfermera a Quirke y vuelta a empezar. También Josh Crawford captó el escalofrío del reconocimiento que traspasó a uno y a otro, y sonrió dejando al descubierto los dientes por un lado.

—Así que se conocen, ¿eh? —dijo.

Quirke ni siquiera lo miró.

—Éramos colegas en Dublín —señaló.

Se hizo un breve silencio a la par que el eco de esa palabra, *colegas*, reverberaba de manera incongruente. Crawford tomó el vaso de agua y Brenda sacudió el frasco hasta que tres grandes píldoras cayeron sobre la palma de su mano. Se las introdujo en la boca y bebió haciendo una mueca de desagrado.

Rose unió ambas manos sin hacer ruido.

—Bueno —dijo con amabilidad, pero con contundencia—. Phoebe, señor Quirke, ¿pasamos a cenar...?

Más tarde, Quirke no pudo conciliar el sueño. Durante la cena, en el comedor iluminado fúnebremente por las velas, la conversación fue escasa. Se sirvieron resplandecientes chuletas de ternera, patatas asadas en madera de nogal, col picada y zanahorias al vapor, todo ello al parecer envuelto por una pegajosa cobertura idéntica al ubicuo barniz que proliferaba por toda la mansión. Más de una vez sintió Quirke que se le iba la cabeza hacia un lugar mal iluminado, donde resonaban voces indescifrables, que no estaba allí ni en otra parte. Había trastabillado por las escaleras, al subir, y Phoebe tuvo que sujetarle con una mano por el brazo, a la vez

que se reía de él y decía que empezaba a notársele que le hacía falta un sueñecito reparador. Permaneció un buen rato tendido en la cama, en su dormitorio, el dormitorio de Delia, sin desvestirse —aún no había abierto la maleta—, y aun cuando volvió la fotografía de Delia hacia la pared notaba su presencia inquietante. O no, no es que notase exactamente su presencia, sino más bien un recuerdo de ella, un recuerdo rancio por el resentimiento y la ira antigua. Fue la noche de la fiesta de despedida que Josh Crawford celebró en su honor y en el de Mal, veinte años antes. Delia se lo había llevado en un aparte, con un dedo sobre sus labios traviosos y sonrientes, y al cabo lo llevó allí arriba y se tumbó con él, en esa misma cama, sin quitarse el vestido de fiesta. Al principio no le permitió hacerle el amor, no le dejó hacer nada, apartaba en todo momento sus manos inoportunas y codiciosas. Aún oía su risa queda, burlona, provocadora, y su voz áspera en el oído, llamándole su búfalo grandullón. Ya estaba él a punto de tirar la toalla, sin embargo, cuando ella se despojó del vestido con una facilidad ensayada, el reconocimiento de la cual más adelante traspasaría su conciencia reacia como la hoja de un cuchillo puesta a calentar, y se recostó sonriendo y abrió los brazos y lo acogió tan adentro de sí que él supo que nunca terminaría de hallar del todo la manera de salir.

Se levantó de la cama y tuvo que permanecer unos instantes con los ojos cerrados, esperando a que se le pasara el mareo. Había bebido demasiado whisky y después demasiado vino en la cena, y había fumado demasiados cigarrillos, y tenía el interior de la boca como si se lo forrase un tegumento, como una telaraña vaporosa, de carne cálida, erosionada, abrasada. Se puso la chaqueta, salió de la habitación y atravesó la casa en silencio. Tenía la sensación de que también otros estaban despiertos: le parecía percibir su presencia en derredor, en el aire desolado y carente de entusiasmo que le rodeaba. Con cautela, descendió por la ancha escalinata de roble, con el bastón bajo el brazo, sujetándose con ambas manos la pierna inmovilizada, vendada aún, y meciéndola con torpeza para dar un paso tras otro. No sabía adonde se dirigía. El ambiente era de vigilia, e incluso hostil, como si el propio lugar, y no sólo sus habitantes, fuera consciente de su presencia, estuviera pendiente de él y de algún modo estuviera resentido. Las puertas, a medida que las fue abriendo, hacían ruido con el resbalón para manifestar su rechazo, su hastío, y al salir se cerraban con un suspiro, contentas de verse por fin libres de él.

Creó dirigirse hacia la Galería de Cristal en busca de la vida callada de las plantas, con la esperanza de que la compañía, al menos durante un rato, de seres vivos, pero incapaces de percibir nada, pudiera sosegar su ánimo y devolverle a la cama, para conciliar por fin el sueño, pero por más que lo intentó no la pudo localizar. Se encontró en cambio en un espacio casi tan anchuroso, en el que se albergaba una piscina alargada, de no mucha profundidad. Las luces se encontraban alojadas en nichos salientes al borde mismo de la piscina, cuya superficie en todo momento

cambiante proyectaba móviles reflejos en las paredes de mármol, en un techo que era una cúpula segmentada de yeso pálido, modelada como si fuese la techumbre de la tienda, en el desierto, de un jefe beduino. También allí el aire artificialmente caldeado resultaba algodonoso, empalagoso, y cuando Quirke se acercó hasta el borde de la piscina notó que el sudor se le acumulaba entre los omóplatos, en los párpados, en el labio superior. Oyó en lontananza los bocinazos de las sirenas para la niebla; le parecieron los desamparados, desesperanzados gritos de animales grandes, heridos, que clamasen de dolor en alta mar.

Contuvo la respiración sin darse cuenta. Había un cuerpo en el agua.

Era una mujer, con un traje de baño negro y un gorro de caucho. Flotaba boca arriba con los ojos cerrados, las rodillas ligeramente flexionadas, los brazos extendidos. El borde del gorro, prieto sobre el cráneo, desdibujaba sus rasgos, y al principio no la reconoció. Pensó en largarse sin hacer ruido —el corazón aún le latía desbocado por el sobresalto que se llevó al verla de repente—, pero en ese instante ella se volvió y comenzó a nadar despacio a braza, hacia el extremo en el que se encontraba él de pie. Al verlo allí, apoyado en el bastón, retrocedió desordenadamente, con un pataleo y un manoteo de rana, revolviendo el agua de la piscina. Salió entonces a la superficie con el mentón levantado y una sonrisa de arrepentimiento. Era Brenda Rutledge.

—Dios del cielo —dijo, sujetándose a las asas de la escalerilla metálica y saliendo del agua con un brinco de atleta—, me has dado un susto de muerte.

—Tú también me has asustado —dijo—. Creí que eras un cadáver.

—Vaya —repuso ella, riendo—, supongo que precisamente tú tendrías que conocer bien la diferencia entre un vivo y un muerto.

Cuando dejó atrás la escalera se encontraron los dos cara a cara y en una proximidad mucho mayor de lo que cualquiera de los dos suponía. Él percibió la gelidez acuosa que emanaba de su carne e incluso el calor de la sangre que había detrás. Alrededor, las luces acuáticas rebotaban y se bamboleaban reflejadas en los muros. Se quitó el gorro de caucho y meneó el cabello.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —dijo ella medio en broma—. No les hace ninguna gracia que el personal haga uso de la piscina.

Pasó a su lado y se agachó a recoger la toalla. Le asombró no haberla visto así mismo con anterioridad. Tenía las caderas anchas, las piernas cortas, tirando a gruesas, pero bien torneadas. Una chica de campo, hecha para tener hijos. De pronto, se sintió envejecido. Ella aún debía de estar en la cuna cuando él retozaba allí mismo con la deliciosa Delia Crawford. Un beso, recordó, era todo cuanto había entre ellos, un beso robado, embriagado, en una fiesta, la noche anterior a que tuviera por primera vez conocimiento del nombre de Christine Falls. Volvió envuelta en la toalla, secándose los hombros. El aspecto de una cara de mujer con el maquillaje bien

lavado nunca dejaba de afectarle. Cuando alzó el brazo vio debajo la pequeña mancha de vello oscuro.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó—. Me había fijado antes. Y he visto que cojeas.

—Poca cosa, una caída.

Ella le miró a la cara, él se dio cuenta de que no le había creído.

—Oh —dijo de pronto—, si tengo una gota en la nariz...

Sorbió con fuerza y se rió, y enterró la cara en la toalla. *Todo esto*, pensó Quirke, *ya ha ocurrido antes en algún lugar*.

Junto a la piscina había dos sillones de mimbre, cada uno a un lado de una mesa baja de bambú. Brenda se puso un albornoz blanco y se sentaron. El mimbre crepitó como una fogata de espinos bajo el peso de Quirke. Ofreció a Brenda un cigarrillo, pero ella negó con un gesto. Los reflejos del agua, más sosegados ahora que se había encalmado, dibujaban arabescos de fantasía en las paredes, que a él le recordaban vagamente las células de la sangre comprimida entre dos láminas portaobjetos bajo un microscopio.

—¿Y qué estás haciendo despierto a estas horas?

Se encogió de hombros, y el sillón emitió otra sonora queja.

—No podía dormir —respondió.

—A mí me pasó lo mismo durante muchísimo tiempo, después de llegar. Creí que iba a volverme loca.

Le pareció notar un sonido bronco en su voz, algo indescifrable, tal vez un residuo de pesar.

—Tienes nostalgia, ¿es eso? —preguntó.

Ella volvió a negar con un gesto.

—Estaba harta de todo aquello, por eso me marché —miraba al frente pero no veía lo que tenía delante, sino otra cosa; no veía el ahora, sino el entonces—. No —siguió diciendo—, es que no me consigo acostumbrar a este sitio. A la casa. A los dichosos bocinazos de las sirenas.

—¿Y a Josh Crawford? —preguntó—. ¿Te has acostumbrado a él?

—Ah, el señor Crawford y sus semejantes no me suponen ningún problema, sé cómo manejarlos —se volvió hacia él, levantando las piernas y colocando los pies bajo ella, estirando entonces el albornoz sobre sus rodillas suaves, redondas. Él imaginó que introducía la cara entre sus muslos, que su boca hallaba los labios fríos, húmedos, y la ardiente oquedad entre ambos—. Me sorprendió —dijo— cuando supe que ibas a venir.

—¿De veras?

Sus voces se transportaban sobre el agua y arrancaban tenues ecos marinos de los muros. Ella seguía estudiándolo.

—Estás cambiado —le dijo.

—¿De veras?

—Estás más callado.

—*Se acabaron los chistes* —sonrió entristecido—. Es algo que dijo Phoebe.

—Parece simpática Phoebe.

—Sí, lo es.

Callaron, y los ecos dejaron de propagarse. A lo lejos, en la casa, un reloj dio una sola nota argentina, y un instante después, desde más lejos, llegó otra campanada, y aún otra más, y otra aún más distante, y volvió a reinar el silencio.

—Dime una cosa —dijo Quirke—. ¿Tú sabes en qué consiste esa obra de caridad a la que se dedica Josh?

—¿Te refieres al hospicio?

La miró.

—¿Qué hospicio —preguntó despacio— es ése?

—St. Mary. Está en Brookline. Hace donaciones, importantes sumas de dinero — un temor de intranquilidad la tocó como la punta de una aguja. ¿Qué andaría él buscando?—. La señora Crawford —dijo por cambiar de tema— tiene debilidad por ti.

Él enarcó las cejas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

Asintió.

—Intuición femenina, ¿es eso?

Hizo una leve mueca ante la repentina y fría burla que notó en su tono de voz. Se puso en pie y estiró el albornoz, caminando en medio de las luces espectrales que aún brincaban en derredor, con el gorro de caucho colgado de un dedo.

—Tu sobrina tenía razón —dijo por encima del hombro—. Se acabaron los chistes.

Las olas recias, gruesas, hinchidas, entraban a cámara lenta por delante del faro, sito en una roca frente a la costa, y rompían sobre la playa, dejando el aire espolvoreado de espuma blanca como el hielo. La plataforma costera formaba un pronunciado escalón en aquel punto, bajando casi en picado hacia Provincetown y, más allá, hacia la inmensa vastedad del Atlántico. Quirke y Phoebe estaban uno junto al otro en la pasarela de cemento, contemplando el horizonte. Un viento recio soplaba del mar entre rugidos, lanzándoles la espuma a la cara, sacudiendo las aletas de los abrigos contra sus piernas. Phoebe dijo algo, pero Quirke no llegó a oírla por culpa del viento y del líquido estrépito de los guijarros que rodaban en un constante ir y venir bajo las olas. Se llevó la mano al oído y se acercó más a ella; ella le acercó la boca a la oreja y gritó de nuevo: «¡Creo que si extendiera los brazos podría echar a volar!». Cuánta juventud rebosaba. El largo y tedioso viaje desde Irlanda no parecía haberla afectado en absoluto, y le centelleaban los ojos tanto como le resplandecían las mejillas. El enorme Buick de Josh Crawford estaba aparcado tras ellos, formando un ángulo con la senda de arena, agazapado, reluciente, como un animal inmenso que hubiera llegado reptando desde el fondo del mar. Andy Stafford, con su chaquetón de chófer, esperaba de pie junto al coche y los miraba sin perder detalle, con la gorra de plato sujeta al costado, el cabello negro muy repeinado, con gomina, aplastado contra el cráneo. Algo menudo, con su traje gris y sus polainas brillantadas, tenía todo el aire de un soldado que aún fuera un muchacho, de cara al viento de la batalla.

Quirke y Phoebe se dieron la vuelta y echaron a caminar por la senda arenosa, al abrigo de las dunas. Unas cuantas casas de madera para veraneantes se levantaban a cierta distancia del mar, con la pintura descascarillada y las ventanas veladas por el salitre. Ayudándose con el bastón, Quirke tenía que caminar con tiento, pues el terreno era desigual e inseguro, además de que la grama parecía tan robusta y nervuda que podría cazarle a lazo por el tobillo y dar con él por tierra. A pesar de verse obligado a cojear con torpeza, se sentía tan despejado, tan ingrátido, que también él podría dejarse arrancar de tierra por un golpe de viento y echar a volar en un torbellino tumultuoso. Se detuvo y sacó el tabaco, pero el viento era demasiado potente, y no logró prender el encendedor. Siguieron adelante.

—Aquí solía venir con Delia —dijo, y lo lamentó al punto, pues Phoebe aprovechó la iniciativa, naturalmente.

—¿Cómo era Delia? —preguntó con avidez, poniéndole una mano sobre el brazo y apretándoselo—. Lo digo en serio. Ahora que estoy aquí, me gustaría saber... En la

casa prácticamente se percibe su presencia.

—Ah, supongo que era una mujer emocionante.

¿Sería cierto? Había sido una mujer total y absolutamente carente de escrúpulos de cualquier clase, hija de su padre hasta la médula, y eso fue algo que a él ciertamente le emocionaba. Pero también la había aborrecido. Qué curioso, el amor y el odio, las dos caras de la preciada moneda que ella como si tal cosa le había entregado. Phoebe asentía solemnemente, como si él acabase de comunicarle una profunda intuición. Esa ansiedad que mostraba por saber cómo había sido verdaderamente Delia... ¿poseía algún indicio inconsciente de quién era Delia en verdad?

—Vaya —repuso—, yo creía que era mamá la que tenía fama de ser emocionante.

—Todos éramos distintos en aquel entonces —a él mismo le parecieron las palabras de un bufón viejo y afectuoso que de repente se hubiera puesto a divagar acerca de los años perdidos. Se le ocurrió que estaba literalmente harto de ser Quirke, pero también sabía que no podía ser nadie más—. Quiero decir —añadió de prisa irritado— que todos éramos otros: tu padre, Sarah, yo mismo... —calló—. Mira, volvamos. Este viento me está levantando dolor de cabeza.

Pero no sólo era el viento lo que le atormentaba. Cuando Phoebe pronunció el nombre de Delia, se sintió como podría sentirse un adúltero cuando su esposa nombra al azar a la amiga de la familia que tiene por amante en secreto. Sabía que su deber era decirle a su hija, ¡a su hija!, cuál era la verdad; sabía que debía decirle quiénes eran sus verdaderos padres, pero no sabía de qué modo decirlo. Era algo demasiado grande para ponerlo en palabras, era algo que se salía del curso corriente de la vida. No casaba de ninguna manera, se dijo, con todo el trato que ambos habían tenido hasta ese momento, con la cordial tolerancia que existía entre los dos, la libertad, la alegría sin cargas de ninguna clase. Era absurdo. ¿Cómo podía siquiera empezar a ser un padre para ella a la vuelta de tantísimos años, de los muchos años de que constaba, en efecto, la totalidad de los vividos por la joven? Sin embargo, incluso al seguir adelante por la senda, con su mano en el brazo, estaba persuadido de que sentía la pérdida de ella, la ausencia de ella, en la oquedad que en el fondo de su corazón podría ella haber colmado durante todos esos años. Desde aquel momento en las montañas, cuando Sarah le hizo su confesión, se había ido acumulando en él, con constancia, como el río que vierte el agua en una represa, algo que, si le diera suelta, tan sólo anegaría su vida y ahogaría la paz de espíritu que pudiera disfrutar, y por eso se limitó a seguir renqueando, sonriendo, esquivando las despreocupadas inquisiciones de su hija olvidadiza a propósito de la mujer que, aunque ella lo desconociera, fue su madre. Algún día, se dijo casi con satisfacción vindicativa, algún día le tocaría padecer las consecuencias de esa laxitud, de esa desidia, de esa cobardía. Y es que eso era: era un miedo cerval, sin aditivos de ninguna clase. Podría

aducir todas las excusas que se le ocurriesen, podría hablar de la tolerancia que había existido entre ambos, de la libertad y de la alegría que de ninguna manera debía arriesgarse a perder, pero sabía que en el fondo no era sino una coartada que trataba de construir a toda costa, una mera apariencia tras la cual pudiera seguir adelante como siempre había hecho, en paz, sin tener que ser el padre de nadie.

Andy Stafford había subido al coche y estaba a punto de encender un cigarrillo. Lo guardó presuroso al ver que regresaban, bamboleándose Quirke bruscamente cada dos pasos sobre sí mismo, apoyado en el bastón, como una especie de muñeco de juguete de dimensiones descomunales. Por el espejo retrovisor Andy entrevió su propio reflejo y le sobresaltó lo que acababa de ver, la cara que parecía hacer visajes con una mirada hosca, furtiva. Estudió a Phoebe por el parabrisas al verla acercarse, el viento que modelaba su abrigo ciñéndolo a sus formas. Cuando había subido al coche trató de extender la manta de lana escocesa sobre sus rodillas, pero ella se la quitó sin dignarse mirarlo, arrojándola por encima del hombro a la bandeja posterior. Ahora los escuchaba conversar a sus espaldas, a medida que el coche se bamboleaba por el camino, alejándose de las dunas, con su voluptuosa y mullida suspensión.

—¿Cómo os conocisteis —le preguntó Phoebe— los cuatro?

Quirke, con ambas manos en la empuñadura del bastón, contemplaba la orilla alejarse tras el cristal.

—Tu abuelo se ocupó de todo lo preciso para que Mal y yo trabajásemos en el hospital —dijo—. Sólo iba a ser un año, aunque con vistas a un empleo más duradero si las cosas salían bien. Sólo que no fue así. Por diversas razones.

—¿Delia fue una de ellas?

Él se encogió de hombros.

—Yo podría haberme quedado. Se ganaba una pasta, incluso en aquellos tiempos. Sólo que... —guardó silencio. Tenía la sensación de mentir aun cuando no mentía; el secreto que llevaba dentro de pronto lo infectaba todo—. Tu abuela estaba ingresada en el hospital, en tratamiento. Sarah fue a visitarla. Aún no sabía que su madre se estaba muriendo. Fui yo quien se lo dijo. Creo que se alegró, se alegró de saberlo, quiero decir. Empezamos a salir los cuatro durante una temporada, Sarah, Delia, Mal y yo.

Hizo un alto. *Una pasta. Los cuatro.* ¿Qué sucedía? ¿Tenía tal vez la esperanza de que el impulso de una mera conversación lo llevara a decir de improviso otra palabra completamente distinta, una palabra que a su vez lo arrullara y lo condujera a decírselo sin haberse propuesto decirlo, a decir todo aquello que no tenía arrestos para llamar por su nombre, todo lo que ella tenía pleno derecho a saber? Se dio cuenta de que ya no le estaba escuchando, de que miraba embobada por la ventanilla de su lado, a medida que el coche alcanzaba la carretera y doblaba en dirección a North Scituate. Quirke estudió el cogote de Andy Stafford, liso como el de una foca,

estrechado en la base del cuello, y meditó sobre lo inconfundible que era la fisonomía de los pobres, de los humildes, de los desposeídos. La voz de Phoebe le sobresaltó.

—Rose quiere que me quede aquí con ella —lo dijo con una especie de suspiro desanimado, fingiendo fatiga e indiferencia.

—¿Aquí? —dijo él.

Lo miró con arrogancia. Con las manos apoyadas así sobre la empuñadura del bastón, tenía el aire inconfundible del abuelo Griffin.

—Sí —dijo—, aquí. En Estados Unidos. En Boston.

—Mmm.

—¿Mmm? ¿Qué quieres decir con eso?

Volvió a mirar el cogote del chófer, extraordinariamente inmóvil a pesar de lo que se movía el coche. Bajó el tono de voz, pero habló con toda intención.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Y por qué no? —preguntó ella.

Él se paró a pensar un momento. ¿Qué iba a decirle? A fin de cuentas, ¿por qué no iba a quedarse? ¿Por qué no iba a hacer todo lo que ella quisiera? ¿Quién era él para aconsejarle cómo debía o no vivir su propia vida?

—¿Y qué hay de lo que dejas allá? —dijo—. ¿Qué hay de Conor Carrington?

Ella torció el gesto y volvió a mirar por la ventanilla. Allí estaba la iglesia de la torre blanca junto a la cual habían pasado la noche anterior, en medio de la oscuridad y la niebla; hoy parecía normal y corriente, incluso anodina, como si su altura espectral y nocturna no hubiera sido más que una broma que le diera vergüenza recordar a plena luz del día.

—Todo aquello —dijo Phoebe con aplomo— me parece ahora que estuviera muy lejos. No me refiero sólo a la distancia física.

—Es que está realmente lejos —dijo Quirke—, físicamente y en cualquier otro sentido. De eso se trata precisamente —hizo una pausa, pues se quedó sin saber cómo seguir, y volvió a intentarlo—: Le prometí a tu... Le prometí a Sarah que cuidaría de ti. No creo que a ella le haga ninguna gracia que te quedes. Mejor dicho, sé muy bien que no le hará ninguna gracia.

—¿Y eso? —dijo, volviéndose de nuevo a mirarlo con aire de superioridad, y él por un instante vio cómo sería cuando alcanzara la madurez, una Delia de mirada algo menos dura, menos imperiosa—. ¿Tú cómo sabes que no le hará ninguna gracia?

Notó una presión en el pecho —¿la ira?— y tuvo que hacer una nueva pausa. Era ahora agudamente consciente del cogote de Andy Stafford: parecía haberse convertido en un instrumento en forma de bulbo, reluciente, como una bombilla. Aún bajó más el tono de voz.

—Hay cosas que tú no sabes, Phoebe —dijo.

Ella seguía traspasándolo con su mirada entre ingenua y altiva.

—¿Qué cosas? —dijo en son de chanza—. ¿Qué clase de cosas?

—Cosas de tu madre. De tus padres —retiró la mirada—. De mí.

—Ah, de ti —dijo, suavizando de pronto su actitud, y rió—. ¿Qué es lo que hay que saber de ti?

Cuando llegaron al pueblo, indicó a Andy Stafford que parase y salió trabajosamente del coche, con ayuda del bastón, diciendo que había un sitio que deseaba visitar, un bar al que iba con frecuencia la primera vez que estuvo por allí. Phoebe dijo que lo acompañaría, pero él meneó el bastón con impaciencia y le dijo que no, que debía irse a la casa y enviar el coche a recogerle dentro de una hora. Cerró de un portazo. Ella lo vio alejarse a trancas y barrancas, el abrigo largo sacudido por el viento helador, el sombrero en una mano y el cabello alborotado. Andy Stafford no dijo nada, dejando el motor al ralentí. La quietud en el interior del coche parecía haberse ensanchado, y algo todavía no detectado parecía emanar de dentro y extenderse en una fronda indolente.

—Lléveme a alguna parte —dijo Phoebe con resolución—. A donde sea.

Acarició con la palma de la mano la palanca de cambios y ella sintió que se accionaba un engranaje lubricado cuando él soltaba el embrague y el coche salía deslizándose del bordillo con sigilo casi de felino, ronroneando para sí. Se había vuelto de lado para mirar por la ventanilla, pero notaba pese a todo que él la miraba por el retrovisor, y puso cuidado para que las miradas de ambos no se encontrasen. El coche susurraba por la ancha calle mayor del pueblo desierto, atenazado por la helada —*Joe's Restaurant, Taller mecánico de Ed, Larry: aparejos de pesca*: daba la impresión de que los hombres eran dueños de todos los negocios—, y también cuando de nuevo enfilaron la carretera de la costa, por la cual, a pesar de su nombre, sólo alcanzaba a ver algún trecho que otro de un mar azul de hierro, de alguna extraña forma inclinado hacia el horizonte. No le gustaba el mar, su planicie y uniformidad antinaturales, sus olores intrigantes. Algunos caminos desiguales, sin desbrozar, salían de la carretera hacia la orilla, últimos chisporroteos del continente a lo largo de esa costa recortada por el este. Experimentó un repentino reflujó de fatiga, y por un instante cabeceó sin poder contenerse, y se le cayeron los párpados como si dos alas curvas, de plomo, se le hubieran adherido de pronto a las pestañas. Se sobresaltó enderezándose, parpadeando. El chófer volvía a mirar por el retrovisor; ¿no debería decirle que hiciera el favor de atender a la carretera? Se preguntó si esos ojos, pequeños, castaños, vítreos, que le parecieron los de una ardilla, y que tenía demasiado juntos, eran en especial carentes de expresión, o si es que los ojos de cualquier persona tenían ese mismo aspecto al verlos aislados del resto de los rasgos faciales. Se adelantó a verificar su propio reflejo, pero rápidamente se retrepó en el respaldo, aturdida al ver los dos rostros en el espejo, de pronto el uno junto al otro,

pero desde perspectivas distintas.

—Bueno —dijo él—, ¿y le gusta Boston?

—Aún no lo he visto, la verdad —estaba resuelta a mantener una gélida distancia, por lo cual le desconcertó añadir a su pesar—: Quizás pueda usted llevarme a la ciudad más adelante —titubeó y, de inmediato, se enderezó carraspeando—. Quiero decir que podría llevarnos al señor Quirke y a mí, alguna tarde de éstas, a ver los lugares más famosos —¡*Cállate, so boba!*!, se dijo—. Si es que a mi abuelo no le molesta, claro está —se dio cuenta de que él empezaba a divertirse.

—Eso está hecho —dijo como si tal cosa—. Cuando ustedes digan —hizo una pausa, calculando cuánto podía arriesgar—. El señor Crawford apenas utiliza el coche, claro, teniendo en cuenta que está enfermo y todo eso, y la señora Crawford, bueno... —fue como si el cogote mismo esbozara una sonrisita de suficiencia. Ella se preguntó qué habría querido decir ese «bueno», y supuso que seguramente era preferible no preguntar—. A donde tendría que ir usted es a Nueva York —dijo—. Eso sí que es una ciudad de verdad.

Le preguntó cómo se llamaba.

—¿Stafford? —dijo—. Eso es irlandés, ¿no?

Encogió un solo hombro.

—Supongo —no le importaba ni mucho ni poco la idea de ser irlandés, aun cuando ella no era ni mucho menos como cualquier otra de las irlandesas de allí, a las que él hubiera conocido.

Le preguntó de dónde era.

—De origen, quiero decir. ¿Dónde ha nacido usted?

—Ah, lejos de aquí, en el oeste —mintió, con una voz que sonó adrede vaga, seca, deseosa de insinuar el olor a salvia, el resplandor del desierto, un hombre solitario y callado, a caballo, contemplando desde el borde de una meseta las cumbres remotas, rocosas.

Doblaron hacia el interior. Ella se preguntó con cierta inquietud adónde la llevaba. En el fondo, el paseo estaba siendo como le había dicho, que la llevase a donde fuera. Y a pesar del ojo con que la miraba por el retrovisor no estaba siendo desagradable, un recorrido amable por aquellas carreteras de campo que en modo alguno resultaban distintas de las de allá lejos.

El motor corría tan suavemente que él oyó incluso el rápido siseo del nailon contra el nailon cuando ella cruzó las piernas.

—¿Tiene que ir a una velocidad así de lenta? —dijo—. Es decir, ¿son las normas en esta zona?

—Es lo habitual con el señor Crawford. Pero —cuidado— no siempre las cumplo, claro.

—Sí, claro —repuso ella.

Sacó los cigarrillos ovalados y encendió uno. El humo serpenteó sobre el hombro de Andy Stafford, que husmeó el olor del tabaco, seco, apergaminado, desconocido, y le preguntó si eran cigarrillos irlandeses.

—No —dijo ella—, ingleses. Sopesó la posibilidad de ofrecerle uno, pero pensó que era preferible no hacerlo. Sostuvo con ligereza la pitillera plana sobre la palma de la mano, y con el pulgar abrió el cierre primero y luego lo presionó para cerrarlo, y repitió la operación. De pronto había comenzado a notar los efectos del viaje en avión, y le pareció como si de golpe todo tuviera un latido propio, preciso, regular, aun cuando formara parte de un conjunto más general, una suerte de acorde extenso, rítmico, disonante, que prácticamente logró ver en su interior, ondulante, fluido, como un amasijo de cuerdas vibrantes, palpitantes, en el interior de una columna de aceite espeso que se estuviera derramando. La urgencia de dormir también era como el aceite, extendiéndose como una mancha en su mente, frenándola. Cerró los ojos y percibió el impulso en aumento del coche, pues Andy Stafford aceleró de manera gradual, o con sigilo, según le pareció —¿le daba miedo acaso que ella pudiera denunciarlo por incumplir las normas de Crawford?—, aunque el amortiguado girar de las ruedas, bajo sus pies, más bien semejaba algo que estuviera ocurriendo en su interior, y le produjo una horrible sensación de vacío, de modo que abrió presurosa los ojos y volvió a concentrarse en la carretera. Iban a gran velocidad, el coche avanzaba sin ningún esfuerzo, con un rugir apagado, como si le produjera verdadera exultación su poder de gran felino. Andy Stafford iba tenso, agazapado sobre el volante. Ella reparó en sus guantes de cuero, de conducir, con agujeros en el dorso de ambas manos; era precisamente un tipo muy capaz de gastar esa clase de aditamento, se dijo, y se sintió avergonzada siquiera de haberlo pensado. Circulaban por un trecho largo y recto de carretera estrecha. Los juncos altos de las marismas, a uno y otro lado, se inclinaban vencidos hacia delante, con extrema languidez, antes incluso de que el coche llegara a su altura y los venciera; su impulso de alguna manera se adelantaba un metro o dos y succionaba el aire de golpe. Phoebe apagó el cigarrillo en el cenicero y aprestó ambas manos, planas, a uno y otro lado del asiento. El cuero de la tapicería estaba punteado y resultaba cálidamente flexible al tacto. Había una especie de barrera sobre el asfalto, delante de ellos, con un poste de madera, vertical, y un rótulo blanco con una X negra en medio. Más que oír percibió un gemido dilatado que parecía llegar desde muy lejos, pero al instante siguiente allí estaba el ferrocarril, un tren con morro en forma de bala, enorme, lanzado en diagonal a la carretera. Con claridad, con calma, como si viese la escena desde lo alto, columbró la X del rótulo como si se resolviese en un diagrama formado por las trayectorias gemelas del automóvil y del tren, ambos lanzados a toda velocidad hacia el paso a nivel. El poste de madera, allá delante, retembló cuan largo era y comenzó a descender a sacudidas.

«¡Alto!», gritó, y se sobresaltó, porque pareció más un grito de júbilo que de pánico. Andy Stafford no le hizo caso y el coche siguió a toda marcha, como si barriese el campo que iba dejando detrás y lo proyectara en un remolino al embudo de su velocidad lanzada. Estaba segura de que se iba a estrellar contra la barrera que iba bajando; ya oía el estrépito del metal, el astillarse de los cristales y la madera. Por el rabillo del ojo vio una instantánea, imposible de detallar, exacta, del guardabarreras de pie en la puerta de la casamata, la cara alargada, el mentón huidizo, la boca abierta para avisar a gritos de algo, un sombrero de fieltro, sin forma, sobre la coronilla, y una hebilla desabrochada en los tirantes del pantalón de peto. Un coche negro y pequeño, achaparrado y redondeado, como un escarabajo, se aproximaba por el lado opuesto del paso a nivel, y al verlos avanzar a toda velocidad, el conductor dio un volantazo, asustado, y por un instante pareció que fuese a escabullirse de la carretera para esconderse entre los juncos. Entonces, con estruendo, pasaron rebotando sobre las vías, y Phoebe se volvió velozmente para ver caer la barrera hasta posarse rebotando sobre el tope, y un momento después pasó el tren atronador, lanzando tras ellos un bramido prolongado, acusador, que fue menguando rápidamente en la distancia hasta desaparecer. Rebasaron en un visto y no visto el cochecillo negro, que también emitió un bocinazo de protesta y reprobación como un balido. Se dio cuenta de que se estaba riendo, de que reía e hipaba, con las manos estrechadas sobre el regazo.

Siguieron adelante hasta que la carretera trazó una amplia curva, al término de la cual se detuvieron. La sensación fue de planear y posarse, como si hubieran aterrizado suavemente tras un vuelo. Phoebe se tapó la boca con tres dedos. ¿Se había reído de veras?

—¿Qué te creías que estabas haciendo? —gritó—. ¡Podríamos habernos matado! —él no se volvió a mirarla. Se limitó a deslizarse en el asiento con un suspiro de asombro y apoyar la cabeza en el respaldo. Se encasquetó también la gorra de chófer y se inclinó la visera sobre los ojos. Ella iba muy erguida, mirándolo fijamente como si quisiera fulminarlo, aunque apenas lo veía, pues se encontraba desparramado casi en horizontal—. ¿Y por qué has parado, si se puede saber?

—A recuperar el aliento —dijo con voz relajada y divertida desde debajo de la gorra. A ella no se le ocurrió nada más que decir. Él estiró la mano, alcanzó el espejo y allí volvieron a asomar sus ojos mirándola atentamente, como si los tuviera aún más juntos que nunca, y cortados a la mitad por la visera—. ¿Le parece que podría probar —añadió con un acento arrastrado, hablando despacio— uno de esos cigarrillos ingleses?

Ella titubeó. Difícilmente pudo negarse, pero ¡la verdad...! Aún notaba un mareo instintivo. Abrió con un gesto la pitillera de plata y se la tendió por encima del respaldo acolchado del asiento delantero. Él alargó perezosamente la mano izquierda

y tomó un cigarrillo, sin perder la ocasión de rozar con las yemas de los dedos la mano de ella. No le habría sentado mal en esos momentos un cigarrillo también a ella —empezaba a entender por qué fumaba la gente—, pero tuvo la oscura certeza de que no debía dejarse ver sumándose a él en nada que tuviera el menor tufillo de intimidad. Cerró la pitillera y la devolvió al interior del bolso y sacó en cambio el lápiz de labios, mirándose en el espejito de la polvera. Notó con claridad las dos manchas de un rosa intenso que le habían aflorado en los pómulos, y el brillo casi asilvestrado e irreprimible de los ojos. En fin, al menos se le había pasado por completo la somnolencia.

Pero cuando se hubo retocado los labios y hubo guardado el carmín y la polvera, no le pareció que pudiera hacer nada más, salvo permanecer sentada con las manos en el regazo y procurar no parecer demasiado mojigata. Aquella cosa invisible que había brotado antes del silencio entre los dos empezaba a volverse fétida.

Bruscamente, Andy Stafford se desperezó y bajó un poco la ventanilla para arrojar fuera el cigarrillo, tres cuartas partes del cual dejó sin fumar.

—Sabe a cuero sin curtir —dijo. Se arrellanó igual que antes, con los brazos cruzados y la gorra sobre los ojos.

—¿Tiene intención de pasarse aquí todo el día? —inquirió Phoebe.

Esperó un momento, y contestó adoptando la versión de chico bueno que sabía dar a su acento arrastrado:

—¿Por qué no viene a sentarse aquí delante conmigo?

A ella se le escapó un suspiro de sorpresa.

—Me parece —dijo con todo el aplomo, con toda la autoridad que pudo— que debería usted llevarme a casa.

Le resultó raro hablarle de ese modo, raro de veras, ya que todo lo que acertaba a ver de él era el plato de la gorra. Él rió brevemente.

—¿A su casa? Eso está muy lejos, incluso para ir en un coche tan potente como éste.

—Sabe usted muy bien qué he querido decir —le cortó—. Vamos, arranque. Y esta vez no conduzca como si esto fuese una carrera.

Se incorporó, no sin tomarse su tiempo, y arrancó el motor. Al llegar al siguiente cruce puso rumbo hacia la costa. No cruzaron palabra, aunque ella se dio perfecta cuenta de lo satisfecho que se había quedado él consigo mismo. ¿Le había hecho de veras la proposición de que se sentara delante, a su lado? No obstante, a pesar de toda la indignación que trataba de obligarse a sentir, tenía plena conciencia de otro sentimiento involuntario por demás, una especie de zumbido, un ardor en el plano más visible de su ánimo que le resultaba incómodo, aunque no del todo ingrato, y un picor en las mejillas, como si se hubiera llevado una bofetada, sólo que de un modo juguetón, provocador. Y cuando llegaron a la casa y él dio un salto al bajar del coche

para abrirle la portezuela sin darle tiempo siquiera a alcanzar la manilla, le dedicó una mirada que fue al tiempo burlona, íntima e inquisidora, y ella supo que sin palabras estaba preguntándole si tenía intención de referir a los demás —a Quirke, a Rose, a su jefe— todo lo que había pasado a lo largo de esa hora de tensión continua —¿y qué era, exactamente, lo que había tenido lugar?—, y por todos los medios trató de no responder a su callada pregunta con una réplica de su cosecha. No, no se lo diría a nadie, los dos lo sabían de sobra. Colorada, con las mejillas y la frente ardiéndole de verdad, pasó veloz a su lado, sin osar siquiera mirarle de nuevo a los ojos, recordándole tan sólo, y procurando parecer brusca, arisca incluso, que más le valía volver al pueblo a recoger al señor Quirke.

El hombre estaba esperándole en una esquina de la calle mayor. Parecía un cuervo de gran envergadura zarandeado por una tormenta, apoyado en el bastón, con el abrigo negro aleteando al viento y el sombrero negro inclinado sobre la cara. Andy salió del coche y fue a abrir la puerta del copiloto con la esperanza de que Quirke quisiera sentarse a su lado, pero éste ya había abierto una de las puertas de atrás y estaba acomodándose en el asiento posterior. Algo tenía Quirke que a Andy le agradaba, o que al menos le inspiraba respeto, supuso que más bien era ésa la palabra. Tal vez sólo fuera el tamaño de Quirke —el padre de Andy había sido un hombretón—, y apenas se pusieron en marcha cuando comenzó a contarle con detalle sus planes para montar su empresa, Limusinas Stafford. Mientras hablaba, el plan le iba pareciendo más y más posible, más y más real, de modo que al cabo de un rato era ya casi como si Limusinas Stafford estuviera a pleno rendimiento. Quirke no dijo gran cosa, lo cual a Andy no le importó, pues también él se daba cuenta de que en realidad hablaba para sí mismo.

Estaba a punto de virar para poner rumbo hacia Moss Manor cuando Quirke le interrumpió —ya estaba hablando del Porsche que tenía previsto comprar con los beneficios de los seis primeros meses de la empresa de limusinas— y le dijo que deseaba ir a Brookline.

—A un sitio que se llama St. Mary —añadió Quirke—. Es un hospicio.

Andy no dijo nada y se limitó a dar la vuelta. Tenía un cosquilleo en la columna vertebral. Había pensado que nunca más volvería a encontrarse en las inmediaciones de aquel lugar, y ahora de repente a ese tipo le había dado la ventolera de ir a visitarlo. ¿Por qué? ¿Sería tal vez uno de los Caballeros de lo-que-fuese, llegado de Irlanda para hacer una comprobación de las instalaciones, para ver cómo cuidaban de los chiquillos, o si las monjas se comportaban debidamente? Por otra parte, ¿había decidido ir allí sin decírselo al señor Crawford? Andy empezó a sosegar. Tenía que ser eso: Quirke era un fisgón. Por él, ningún inconveniente. Incluso le hacía gracia la idea de que Quirke le fuera a quitar el pan del morral al viejo Crawford, y a la muy

perra de la Stephanus —¿qué clase de nombre era ése?—, y al curilla irlandés, el tal Harkins. El propio Andy podría haberle dicho un par de cosas a Quirke de no ser por lo de la cría. Volvió a notar el cosquilleo en la columna vertebral. ¿Y si Quirke hubiese descubierto que la cría se murió? ¿Y si...? Pero no, imposible. ¿Cómo iba a enterarse, y quién se lo iba a decir? Desde luego, no la Stephanus, ni el cura, y el viejo Crawford probablemente no sabía nada del accidente, y era más que probable que incluso se hubiera olvidado de la propia cría, habiendo tantas como había en St. Mary y en otros hospicios parecidos, repartidos por todo el estado. Para todo el mundo, la pequeña Christine era historia, y era muy probable que su nombre nunca más saliera a relucir. Con todo, seguía siendo una pena no poder decirle a Quirke en ese preciso instante qué clase de sitio era St. Mary. Sin contar, claro, que tal vez ya lo sabía.

No contaba Quirke con un festejo de recepción. Cuando llamó por teléfono a St. Mary desde un bar del pueblo le hicieron esperar mucho rato, durante el cual tuvo que alimentar con monedas el teléfono público y escuchar el sonido de su propia respiración, como el mar, hasta que por fin le pusieron en comunicación con la Madre Superiora. Con voz tersa y heladora trató de precisar quién era exactamente y qué era lo que deseaba tramitar con ella. Le dijo cómo se llamaba, imaginó que le llegaba una rápida aspiración de aire. Cuanto más evasivo se mostraba, más suspicaz se ponía ella, pero al final, a regañadientes, accedió a recibirlo en Brookline.

Cuando entró bajo el arco elevado del portal de St. Mary captó de inmediato el olor inconfundible del pasado, y los años fueron cayendo como las hojas de un calendario y volvió a ser un huérfano. Se plantó en el vestíbulo en silencio y contempló las estatuas de María y Jesús y José en un nicho; el bondadoso José parecía que tuviera un avión de madera en sus manos, de improbable palidez; parecía a un tiempo resentido y resignado. Por fin, una monja joven con los dientes tan prominentes que casi parecían prensiles le condujo a lo largo de unos pasillos en los que no se oía nada, y se detuvo ante una puerta a la que llamó quedamente. Una voz suave contestó desde dentro.

La Madre Superiora, al ponerse en pie al otro lado de su mesa, resultó alta y macilenta y de una belleza severa. Fue sin embargo el sacerdote el que tomó primero la palabra. Era pálido como una patata, tenía el cabello rojizo, pero pálido, y unos ojos verdes y afilados, aunque turbios; Quirke conocía bien su estilo, lo recordaba de sus días en Carricklea, y de sus noches. El cura se adelantó con una sonrisa untuosa y limitada sólo a la boca, con la mano tendida.

—Señor Quirke —dijo—, soy el padre Harkins, capellán de St. Mary —tenía las pestañas, según vio Quirke casi con un escalofrío, prácticamente blancas. Tomó la mano que le tendía Quirke, pero en vez de estrechársela lo arrastró con amabilidad hacia la mesa—. Le presento a sor Stephanus. Y a sor Anselm.

Quirke no se había fijado en la otra monja, que estaba de pie a su derecha, junto a una enorme y vacía chimenea de mármol y ladrillo pulido. Era baja, ancha de espaldas, con un aire escéptico, aunque no antipático. Las dos monjas lo saludaron con un gesto. El padre Harkins parecía haber asumido las funciones del portavoz.

—Así que es usted el yerno del señor Crawford. El señor Crawford es un gran amigo nuestro, un gran amigo de St. Mary.

Quirke fue consciente de la mirada atenta con que lo escrutaba sor Stephanus,

como si fuera su adversario en un combate de esgrima, en busca de sus puntos flacos. El sacerdote estaba a punto de decir algo, pero la monja se le adelantó.

—¿Y en qué podemos servirle, señor Quirke?

La suya era la voz de la autoridad, y bastó con oír el tono para que Quirke supiera quién estaba allí al mando. Seguía mirándole con frialdad, con sinceridad, con sencillez, e incluso, quizás, con un ligero punto de sorna. Rebuscó en el bolsillo el paquete de tabaco, lo sacó y prendió uno. Sor Stephanus, que había vuelto a sentarse, empujó un gran cenicero de cristal hacia el borde de la mesa, de modo que él lo alcanzara con más facilidad. Preguntó por la niña y dijo que probablemente se llamaba Christine, y que en caso de tener apellido seguramente era Falls.

—Creo que la trajeron aquí desde Irlanda —dijo—. Tengo motivos para pensar que vino a St. Mary.

El silencio que se adueñó del despacho resultó más elocuente que cualquier palabra. Sor Stephanus rozó levemente, uno por uno, diversos objetos que tenía sobre la mesa —una pluma de émbolo, un abrecartas, uno de los dos teléfonos—, poniendo gran esmero en no moverlos de su sitio. Esta vez, cuando tomó la palabra, no le miró a la cara.

—¿Y qué es lo que deseaba saber de esta niña, señor Quirke?

Esta niña...

—Es un asunto personal.

—Ah, ya.

Se hizo un nuevo silencio. El sacerdote miró de la monja a Quirke y vuelta a empezar, pero no ofreció una sola palabra. De pronto, desde la chimenea, la otra monja, sor Anselm, tosió antes de decir:

—Ha muerto.

El padre Harkins se volvió en redondo hacia ella con ojos de pánico, alzando la mano bruscamente, como si estuviera a punto de adelantarse a golpearla, pero sor Stephanus no cambió el ademán, y siguió mirando a Quirke con frialdad, de hito en hito, como si no hubiera oído nada. El sacerdote la miró y se pasó la lengua por los labios. Con esfuerzo, volvió a esbozar su blanda sonrisa.

—Ah, así es —dijo el sacerdote—. La pequeña Christine. Sí, ahora creo... —serpenteó de nuevo la lengua por encima de los labios, movía rápidamente las pestañas incoloras—. Mucho me temo que fue un accidente. Estaba con una familia. Una desgracia muy grande, muy triste.

Sus palabras dejaron otro silencio en suspenso, al cabo del cual habló Quirke.

—¿Qué familia? —el padre Harkins enarcó las cejas—. Esa familia con la que estaba la niña... ¿quiénes son?

El sacerdote soltó una risa entrecortada, y esta vez alzó ambas manos, como si quisiera cazar al vuelo una pelota invisible y engañosa que Quirke le hubiese lanzado.

—Caramba, señor Quirke —dijo atropelladamente—, no está en nuestra mano proporcionarle información de tal naturaleza. Estas situaciones exigen una gran discreción, como sin duda usted...

—Querría averiguar quién era —dijo Quirke—. Quiero decir, de dónde venía. Su historia.

El sacerdote estaba a punto de tomar la palabra de nuevo, pero sor Stephanus inspiró hondo por la nariz y él comprobó su incertidumbre, con lo que optó por callar. La monja ahondó su sonrisa.

—¿No lo sabe, señor Quirke?

Vio de inmediato que había cometido una pifia. Si él no lo sabía, no tenían ellos por qué decirle nada. Al margen de un nombre, ¿sabía algo?

Bruscamente, sor Stephanus se levantó de la silla con el ademán terminante e irrevocable de un juez que dicta sentencia.

—Lo lamento, señor Quirke, pero no podemos ayudarle —dijo—. Como ya ha señalado el padre Harkins, estos asuntos son delicados. La información que usted solicita ha de ser, a la fuerza, estrictamente confidencial. Ése es nuestro pacto aquí en St. Mary. Estoy segura de que sabrá entenderlo —debió de oprimir un botón debajo de la mesa, pues Quirke oyó entonces abrirse la puerta a su espalda—. Sor Anne —dijo a la monja, mirando más allá de él—, indique por favor al señor Quirke el camino a la puerta —le tendió una mano; no le quedó más remedio que levantarse y estrechársela—. Adiós, señor Quirke. Ha sido muy agradable conocerle. Por favor, transmita nuestros respetos al señor Crawford. Tenemos entendido que no goza actualmente de muy buena salud.

Quirke, irritado por el majestuoso uso del plural, tuvo que admirar la destreza con que supo poner punto final a la entrevista. Al darse la vuelta miró de pasada a sor Anselm, pero ésta miraba cariacontecida a un rincón del techo, y no le devolvió la mirada. El padre Harkins dio un paso al frente; le brillaba la cara de alivio. Lo acompañó a la puerta. Parecía a punto de ponerle una mano amistosamente en el hombro, pero se lo pensó mejor.

—Usted no pertenece a la Orden, ¿verdad, señor Quirke? —Quirke lo miró despacio—. Quiero decir, a los Caballeros... de St. Patrick. El señor Crawford es miembro de toda la vida, según tengo entendido. Si no estoy confundido, es uno de los miembros fundadores.

—No —repuso Quirke secamente—, seguro que no se confunde.

La monja de los dientes saledizos le abrió la puerta y, apoyándose en el bastón, él abandonó el despacho como un padre colérico que se llevara a rastras a un niño recalcitrante en su terquedad.

Viéndole bajar a trancas y barrancas las escaleras, Andy Stafford separó las rodillas del salpicadero del Buick y se incorporó deprisa, a la vez que se encasquetaba

la gorra de chófer. Quirke entró en el coche sin decir palabra, rechazando su ayuda. Parecía sumamente enojado. Andy no supo qué pensar. ¿Qué habría ocurrido allí dentro? No podía quitarse de la cabeza la sospecha de que la aparición de Quirke en aquel edificio tenía algo que ver con la cría. Era una locura y él lo sabía, pero seguía teniendo esa sensación en la columna vertebral, como si algo frío rodara bajando por su interior.

Se hallaban en la avenida de la entrada cuando Quirke le dio un golpecito en el hombro y le indicó que parara el coche. Había mirado atrás y vio entre los árboles sin hojas que sor Anselm salía por una puerta lateral del hospicio.

—Espéreme aquí —dijo, y bajó del coche resollando.

Andy lo vio regresar por la avenida renqueando, y vio a una monja que se detenía a esperarlo. Vio que ambos se daban la vuelta y que echaban a andar por un camino bajo los árboles, cojeando los dos.

Al principio, la monja no quiso decir nada a Quirke, aunque éste estaba persuadido de que no había aparecido por aquella puerta obedeciendo al azar. Caminaron juntos en silencio, la respiración de ambos empañando el aire invernal. Habían hecho los dos un reconocimiento sin palabras, con una sola mirada, igualmente irónica, simultáneamente diagonal, de la melancólica comedia de sus respectivas situaciones, la rodilla hecha trizas de él, la cadera desencajada de ella. Había manchas de nieve bajo los árboles. El camino estaba pavimentado con trozos de corteza de árbol. El olor penetrante y resinoso de las cortezas a él le recordó a los pinares que había detrás del gran caserío de piedra en Carricklea. Alrededor, los pájaros marrones, rápidos, parecían imposibles de espantar; picoteaban afanosos entre las hojas secas. ¿Eran andarríos tal vez? ¿Chovas? Qué poco sabía de ese país: ni siquiera los nombres de sus aves más comunes. Sobre la tracería de las ramas el cielo estaba del color del acero batido. Le había empezado a doler la rodilla. La monja no llevaba abrigo por encima del hábito.

—¿No tiene frío, hermana? —preguntó.

Ella negó con un gesto seco; llevaba las manos unidas, utilizando las anchas mangas del hábito como protección contra el frío. Trató de adivinar qué edad tendría. Cincuenta y tantos, supuso. Su cojera no era exactamente una cojera, sino una curiosa inclinación, un amago ladeado que daba cada dos pasos, como si el pivote que la sostuviera erguida hubiera sido objeto de un tirón de sacacorchos hasta la mitad de su longitud.

—Por favor —le dijo—, hábleme de la niña. No tengo la menor intención de hacer nada. Simplemente quiero saber qué sucedió.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sinceramente, ni siquiera lo sé.

—Usted es médico, ¿verdad? ¿Tuvo alguna implicación en el parto?

—No. Quiero decir, directamente no. Yo soy patólogo.

—Ya entiendo.

Dudó que realmente lo entendiera. Escarbó entre las cortezas con la contera del bastón de endrino. De pronto vio una imagen: Philomena, la enfermera, a horcajadas sobre él, a la tenue luz de un atardecer en Dublín. Haber estado allí, estar ahora aquí; esas cosas, pensó, que parecen tan meridianamente claras, y que no lo son.

—Hábleme al menos de la familia —dijo—, de la familia que adoptó a la niña.

La monja soltó un bufido.

—¡La familia que la adoptó! ¡Ja! —dijo—. Aquí en St. Mary no nos tomamos la molestia de cumplir con todos esos trámites legales —se detuvo en seco y se volvió a mirarlo. Tenía los labios azulados por el frío, tenía los ojos coléricos, enrojecidos, lacrimosos—. ¿Hasta qué punto está usted al corriente, señor Quirke, de todo lo que sucede aquí dentro? —preguntó—. Me refiero aquí... y quiero decir también allí, en el lugar del que usted proviene. Me refiero a todo el asunto.

Apoyó el bastón en ángulo contra el suelo y lo miró.

—Sé —dijo comedidamente— que Joshua Crawford financia una obra de caridad para que los niños de Irlanda sean traídos aquí. Sospecho que Christine era uno de ellos.

Siguieron caminando.

—Una obra, así es —dijo ella—. Una obra que está en marcha desde hace veinte años. ¿Eso lo sabía usted? Así es, veinte años. ¿Alcanza a imaginar cuántos niños son, cuántos niños se han traído aquí y se han repartido como... como...? —no pudo encontrar una palabra que lo abarcase todo—. Lo llaman obra de caridad, pero no es eso, ni mucho menos. Es el poder. Es el poder sin envoltorio.

En alguna parte, tras ellos, comenzó a repicar una campana con vigorosa urgencia.

—¿Poder, dice usted? —repuso Quirke—. ¿Qué clase de poder es ése?

—Poder sobre las personas. Sobre sus almas.

Almas. La palabra tenía un retintín apremiante y siniestro, como las campanadas. *Yo planto almas*, había dicho Josh Crawford.

No se hablaron por espacio de una docena de pasos.

—No les importan nada esas criaturas —dijo la monja—. Ah, desde luego, ellos creen que sí las tienen muy en cuenta, pero no es cierto. Lo único que les interesa es verlas crecer, y que llegado el momento ocupen el lugar adjudicado en la estructura que han ideado para ellos —hizo una pausa y emitió una risa desalentada—. St. Mary, señor Quirke, es una casa de pastoreo a la fuerza para los religiosos. Nos llegan las niñas, o niños, muchos de los cuales no tienen más que unas semanas de vida. Nos cercioramos de que estén sanos; de eso me ocupó yo, por cierto. Soy médico... —volvió a reír sin fuerza—. Luego... Luego se les... se les distribuye —había dejado

de sonar la campana. Los pájaros, tras percibir después de las campanadas algún ruido sólo para ellos perceptible, alzaron el vuelo al unísono, batiendo las alas, y rápidamente se volvieron a posar—. Luego hacemos entrega de ellos a buenas familias católicas, a personas que sean de toda confianza: los pobres, y sin embargo respetables. Cuando las niñas o los niños tienen edad suficiente, son devueltos a nosotras, y son llevados a los seminarios y los conventos, tanto si quieren como si no. Se trata de una máquina para hacer sacerdotes, para hacer monjas. ¿Lo entiende? —estaba frunciendo el ceño.

—Sí, lo entiendo —dijo—, sólo que...

La monja asintió.

—Sólo que no parece algo tan terrible, ¿verdad? Recoger a los huérfanos, encontrarles una buena casa donde criarse...

—Yo fui huérfano, hermana. Me alegré muchísimo cuando pude salir del hospicio.

—Ah —dijo ella. Estaban de nuevo a la vista del Buick; el motor estaba en marcha, y unas pálidas hilachas de humo salían del tubo de escape. Se detuvieron—. Pero dese cuenta, señor Quirke, de que esto es antinatural —señaló la monja—. Eso es todo lo que realmente importa. Cuando los malos asumen la realización de lo que en principio se supone que es una buena obra, ésta adquiere un olorcillo a azufre. Creo que ya ha probado usted a qué huele, ¿no?

—Hábleme de la niña —dijo—. Hábleme de Christine Falls.

—No. Ya le he dicho demasiado.

Justo lo mismo que dijo Dolly Moran, pensó.

—Se lo ruego —dijo él—. Por favor —insistió—. Han sucedido cosas terribles —la monja lanzó una mirada de interrogación, sólo un instante, al bastón en que se apoyaba—. Sí, por ejemplo... —dijo—, pero también cosas peores, mucho peores.

Ella bajó la mirada.

—Hace frío, tengo que volver adentro —sin embargo, seguía sin moverse, mirándole con ademán pensativo. Tomó una decisión—. Lo que debe hacer, señor Quirke —dijo—, es preguntar a la enfermera, a la que atiende al señor Crawford.

—¿A Brenda? —la miró sin entender—. ¿A Brenda Rutledge?

—Sí, si es que así se llama. Ella sabe más de la niña, de la pequeña Christine. Ella podrá decírselo, al menos en parte. Y escuche una cosa más, señor Quirke —miraba más allá de él, hacia donde esperaba el Buick en la avenida—. Ande con mucho cuidado. Hay personas... hay gente por ahí que no siempre es lo que parece, que es más de lo que parece a primera vista —sonrió de pronto ante el hombretón encorvado que tenía delante, haciéndole con torpeza preguntas tan delicadas. *Sí*, se dijo: *un huérfano*—. Adiós, señor Quirke —dijo—. Le deseo lo mejor. Por lo poco que sé de usted, creo que es un hombre bueno. Ojalá se dé cuenta de que lo es.

Moss Manor, cuando regresó Quirke, daba la impresión de estar abierta de par en par, como una puerta. Había una ambulancia a la entrada, además de un par de automóviles, y en el umbral se veía a dos hombres de aspecto sumamente serio, sombrío incluso, con trajes de circunstancia, conversando en voz baja: hicieron una pausa y lo miraron con curiosidad cuando entró, pero él no les prestó mayor atención, pasando por la casa de una habitación a la siguiente. Estaba de nuevo encolerizado y no entendía con precisión por qué, pues lo que había sabido por medio de sor Anselm no había supuesto exactamente una novedad, o no del todo. Había comenzado a considerar la posibilidad de que esa ira sin origen concreto fuese una circunstancia a partir de ahora presente en su vida en todo momento, receloso de tener que seguir reaccionando de continuo ante esa situación inapelable sin poder evitarlo para siempre, como si fuese un desperdicio azotado por un viento inmisericorde. En el salón principal se encontró con la criada ratonil, no supo recordar su nombre, que estaba colocando flores secas en un jarrón, sobre la tapa del piano de cola en el que, tenía absoluta certeza, nadie había tocado jamás una sola nota. Un gran fuego con varios troncos ardía en la chimenea. La criada se estremeció de miedo al verle. Preguntó dónde estaba la señorita Rutledge. La criada pareció no entender su pregunta.

—La enfermera —dijo, a punto de gritar, golpeando el suelo con la contera del bastón—, ¡la enfermera del señor Crawford!

La criada le indicó que Brenda estaba con el señor Crawford, y que el señor Crawford por lo visto se encontraba muy mal, y le tembló el labio inferior al decirlo. Él se dio la vuelta y se encaminó hacia la escalinata maldiciendo el peso muerto de la pierna. Al llegar ante la puerta del dormitorio de Josh Crawford golpeó suavemente con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

La escena que halló en el interior poseía la composición dramática y exagerada de un cuadro, una escena de género, con el lecho del moribundo y los circunstantes. Josh Crawford estaba tendido boca arriba como si reposara sobre un catafalco elevado, los brazos apoyados a ambos lados del cuerpo por encima de la sábana, la chaqueta del pijama desabrochada de modo que dejaba al descubierto su pecho enorme, que denotaba una trabajosa respiración, cubierto por un vello gris como el acero. Le cubría la cara una mascarilla de oxígeno, y la respiración era audible en forma de largos, laboriosos resuellos, como si arrastrara una cadena en su interior, moviendo dolorosamente un eslabón tras otro. Phoebe permanecía sentada en una silla, junto a

la cama, adelantada, sosteniendo una mano del abuelo entre las suyas. Brenda Rutledge estaba de pie, allí cerca, estilizada gracias al uniforme blanco y a su vistosa cofia, auténtico modelo de enfermera para un pintor. Al otro lado de la cama, Rose Crawford estaba de pie con un brazo cruzado y una mano en el mentón, otra figura estilizada que representara algo ciertamente impropio de ella, por ejemplo la paciencia, o la fidelidad, o la calma del cónyuge abnegado. Al oírle en la puerta, Brenda Rutledge se volvió y, con un movimiento del mentón, él le indicó que saliera con él al pasillo. Obedeció y cerró la puerta con esmero. A punto estaba ella de hablar, pero él la cortó en seco con un gesto.

—¿Fuiste tú quien trajo a la niña? —la interpeló. Ella frunció el ceño y asomó en su rostro una esquirra de temor culpable—. Vamos —dijo con aspereza—, dime la verdad.

—¿Qué niña?

—¡Qué niña, qué niña...! Christine, así se llamaba. ¿Te obligaron a traerla aquí cuando viniste?

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, meneando la cabeza.

—No sé qué...

Se abrió la puerta y se asomó Phoebe, que no hizo caso de Quirke.

—Deprisa —le dijo a Brenda—, se te necesita ahí dentro.

Entró de nuevo en el dormitorio y Brenda la siguió de inmediato. Antes de que se cerrase la puerta, Rose Crawford ocupó su lugar.

—Vamos —le dijo a Quirke con la voz apagada—, necesito un cigarrillo.

Él la siguió a la planta baja, hasta el salón. Supuso que hallaría todavía a la criada enredando por allí, pero ya no estaba. Rose se acercó a la chimenea y tomó dos cigarrillos de una caja lacada que descansaba en la repisa. Encendió los dos y entregó uno a Quirke.

—Vaya, el carmín —dijo—. Lo siento.

Él fue a plantarse ante la ventana. Caía una nieve muy espaciada, copos suaves y blandos. Desde allí se veía el flanco de la Galería de Cristal, una pared de cristales que se alzaba en vertical contra el cielo plomizo.

—Lo lamento —dijo Quirke. Ella lo miró inquisitivamente—. Sé que no puede ser fácil para usted —añadió— tener que esperar el final.

Trataba de recordar cómo se llamaba exactamente esa laboriosa respiración de los moribundos; existía, estaba seguro, un término técnico que la designaba. Eran demasiadas las cosas que había olvidado de un tiempo a esta parte.

Rose se encogió de hombros.

—Sí. En fin... —tocó uno de los troncos que ardían con la puntera del zapato—. Phoebe ha sido muy buena con él —dijo—. Nunca hubiera dicho que tenía dentro tanta bondad, tanto cariño. Es beneficiaria de su testamento, no sé si está usted al

corriente.

—¿De veras? —dejó de mirarla y miró por la ventana como si se escabullera. Para él no era una novedad, a pesar de lo cual le dolió, pues Quirke nunca había hecho testamento a favor de nadie.

—Sí. Le ha dejado una fortuna.

—¿Y eso cómo le afecta a usted?

Rose alzó la cabeza y rió sin hacer ruido.

—Ah, yo estoy estupendamente —dijo—. Por mí no se preocupe, señor Quirke; yo me quedo con el grueso de la pasta, si es eso lo que quiere usted decir... y sabe Dios que hay pasta más que de sobra. Pero será una muchacha muy adinerada, Phoebe será muy rica.

—Lamento que así sea.

—¿Por qué? ¿No quiere que sea una rica heredera?

—Quiero que lleve una vida normal.

Ella lo miró de soslayo, una mirada sardónica. Él volvió a contemplar la nieve. Era como si los copos cayeran hacia arriba.

—¿Existe realmente eso que llaman una vida normal? —preguntó ella.

—Podría existir, al menos en su caso.

—Siempre y cuando...

—Siempre y cuando no se empeñe usted en retenerla a su lado.

Volvió a reír, una protesta insonora.

—¡Retenerla! Caramba, señor Quirke, ¡qué cosas se le pasan por la cabeza!

Él estudió la brasa de su cigarrillo.

—Me ha dicho —dijo— que usted le ha propuesto que se quede en Boston, que se lo ha pedido, más bien.

—¿Y usted opina que no debería habérselo dicho?

Caminó hasta la chimenea y arrojó el resto del cigarrillo a las llamas. Ella dio un paso al frente y de pronto se encontraron muy cerca, cara a cara. Tenía un minúsculo defecto en el iris del ojo izquierdo, vio Quirke, una astilla de color blanco que atravesaba el negro lustroso.

—Mire, señora Crawford...

—Llámeme Rose.

Él respiró hondo.

—He venido aquí, a Boston, porque Sarah me lo pidió expresamente. Me pidió que cuidara de Phoebe.

Ella ladeó la cabeza y lo miró de soslayo, apantallada bajo las pestañas.

—Ah —dijo—, Sarah, naturalmente... Es Sarah la que me aborrece —él parpadeó. Nunca se le había ocurrido preguntarse si Sarah podía estar resentida con esa mujer, apenas mayor que ella, que se había casado con su padre y que era por

tanto, por absurdo que fuera, su madre adoptiva. Se acercó un poco más a él, mirándole ahora directamente, con los ojos grandes, a la cara—. Es posible —dijo Rose con su acento sureño, suave— que usted tampoco me vea con buenos ojos, y francamente me da lo mismo lo que opine usted, pero al menos reconocerá que no soy una hipócrita.

A su espalda, el tronco que había tocado con la puntera hizo su aplazada, cenicienta caída al desmoronarse. Ella lo estudiaba como si pretendiera aprenderse su rostro de memoria. Oyeron entonces que alguien la llamaba a ella con apremio, pero durante una docena de segundos no hizo el menor gesto de responder a la llamada. Entonces, cuando se dio la vuelta, él captó el olor de su piel perfumada, el tenue y emocionante regusto que pudiera tener.

Fue a primera hora de la noche cuando murió Josh Crawford. La casa quedó en silencio. Se fue la ambulancia, innecesaria, seguida por los dos hombres sombríos, cada cual en su propio automóvil. Quirke no había llegado a conocer la identidad de la pareja, tal vez fueran los abogados de Rose, allí presentes para certificar la defunción de su marido; no diría él que tal gesto fuera impropio de ella. Se sirvió la cena, pero nadie se sentó a comer nada. Rose y Phoebe se encerraron en el dormitorio de Rose, y Quirke encontró a Brenda Rutledge y fue de nuevo con ella a la piscina. Ella tomó asiento en uno de los sillones de mimbre, mirando embobada el agua. Parecía que hubiera algo en suspenso por encima de ellos, en el aire en movimiento, posado entre los ecos como una vaguedad amplia y líquida. Quirke le ofreció un cigarrillo y esta vez ella lo aceptó. Vio el gesto de inexperta con que lo sujetaba entre los dedos muy rígidos, el modo en que engullía el humo y lo expulsaba a grandes bocanadas sin habérselo tragado. Alguien más fumaba igual. ¿Era Phoebe? Cuando movía los pies, las suelas de caucho de sus zapatos blancos de enfermera chirriaban en las baldosas.

—¿Quién lo dispuso? —le preguntó Quirke.

Ella frunció los labios, sacando mucho el inferior, y por un momento fue como una niña tozuda y empeñada en no responder. Se encogió de hombros.

—La Comadrona.

—¿Del hospital? ¿De la Sagrada Familia?

—Ella sabía que el señor Griffin me había encontrado el trabajo aquí, para cuidar del señor Crawford. Dijo que debía hacerle un favor a cambio. Dijo que me pagarían por ello. ¿Qué daño podía hacer yo a nadie, pensé, trayendo a la pobrecita? —miró el cigarrillo que sostenía entre los dedos y torció el gesto—. ¿Qué estoy haciendo? —murmuró—. Si yo ni siquiera fumo.

—¿Te llegó a decir de quién era la niña? ¿Supiste quiénes eran los padres, quién era el padre de la criatura?

Se agachó a depositar el cigarrillo sin terminar en las baldosas, entre sus pies, y lo apagó a conciencia bajo la suela del zapato; recogió la colilla aplanada y la escondió con cuidado en un bolsillo del uniforme, y Quirke pensó por un instante en Maisie, la pelirroja, cuyo hijo probablemente ya había nacido y quizás le hubiera sido ya arrebatado, por lo que él alcanzaba a saber.

—Dijo que no me hacía ninguna falta saber nada de eso, que sería mejor que no lo supiera, aunque el padre tenía que ser alguien... ya sabes, alguien importante, alguien con nombre.

—¿Por ejemplo?

Se envolvió con ambos brazos y se meció en el sillón.

—¡Te estoy diciendo que no lo sé!

—Pero tienes una sospecha.

Separó las manos de los costados y se golpeó con ambos puños las rodillas antes de fulminarlo con la mirada.

—¿Qué quieres que te diga? —exclamó—. No sé quién era el padre. ¡No lo sé!

Él se recostó en el sillón y exhaló un largo suspiro. Una oleada de crujidos y chirridos recorrió los mimbres entrelazados.

—¿Cuándo te consiguió el señor Griffin el trabajo?

Ella apartó la mirada.

—A comienzos del verano.

—¿Hace seis meses? ¿Más? Y no me lo dijiste...

Una vez más, ella lo fulminó con la mirada.

—Tú tampoco me lo preguntaste, ¿no?

Él negó con un gesto.

—Cuántos secretos, Brenda. Nunca lo hubiera pensado de ti.

Ella había dejado de escucharle. Miraba al agua, el subrepticio oleaje con que se mecía.

—Hice todo lo que pude por él —dijo. Por un instante, él no supo a quién se estaba refiriendo. Alzó la vista de la superficie de la piscina y le miró con ojos casi suplicantes—. ¿Tú crees que el señor Crawford era un hombre malo?

Quirke volvió hacia arriba las palmas de las manos y se las mostró.

—Era un hombre, Brenda —repuso—. Eso es todo. Ahora ya no está.

A sor Anselm le sorprendió no el hecho en sí, sino lo repentino, lo irrevocable del mismo. No obstante, cuando le llegó la llamada para que se presentase de inmediato —¡de inmediato!— en el despacho de la Madre Superiora, sabía de sobra qué debía esperar. Se plantó ante el amplio escritorio de sor Stephanus y volvió a sentirse como si fuera una novicia. Se le pasaron por la cabeza toda clase de cosas desperdigadas, inesperadas, trozos de plegarias, pasajes de los viejos libros de medicina, fragmentos de canciones que no había vuelto a oír en más de cuarenta años. Y recuerdos, también recuerdos de Sumner Street, de los juegos en que participaba, saltando a la comba, bailando la peonza, las marcas de tiza en la acera. Las canciones de su padre antes de que se pusiera a gritar. Su madre con los brazos pecosos metidos hasta el codo en el barreño jabonoso, el labio inferior que le sobresalía al soplar para quitarse de la cara los mechones que se le habían soltado del moño con el que siempre se recogía el pelo. Después de que su padre la tirase por las escaleras, volvió del hospital con la pierna en un aparato de hierro y los chicos del barrio al principio le tuvieron respeto, pero pronto empezaron a ponerle apodos, Peg la de Pega, cómo no, o Peggy Pata de Hierro, o Farrell la Saltimbanqui. El convento fue una posibilidad de huir, un refugio; se dijo en su día, con amargura y con sorna, que allí todas estaban lisiadas y que no llamaría la atención. Carecía de vocación para la vida religiosa, pero las monjas le darían una educación, y era en eso, en su educación, en lo que había puesto el alma entera, ya que no le quedaba otra cosa. La mandaron a estudiar al instituto y luego a la facultad de Medicina. Estaban orgullosas de ella. Una tenía un tío que trabajaba en el *Globe* y que publicó una nota sobre ella: *Chica del sur de Boston se licencia en Medicina*. Sí, en la Orden habían sido buenas con ella. ¿Qué derecho tenía ahora de quejarse?

—Lo lamento —dijo sor Stephanus. Estaba haciendo lo que hacía siempre, repasar su lista, tocar con las yemas de los dedos la lámpara, el secante, el teléfono. No iba a mirarla siquiera—. Esta mañana recibí una llamada de la Casa Madre. Quieren que te vayas de inmediato.

Sor Anselm asintió.

—A Vancouver —añadió sin entonación—. En St. James necesitan un médico.

—Aquí también necesitas un médico.

Sor Stephanus optó por el malentendido.

—Sí —dijo—. Me van a enviar a alguien. Bastante joven. Creo que acaba de licenciarse, tengo entendido.

—Vaya, eso es magnífico.

En el despacho hacía frío; Stephanus era tacaña en cosas como ésa, cicatera con la calefacción, con el agua caliente de los baños, con las sábanas de las novicias. Sor Anselm cambió el peso para aliviar la cadera dolorida. Stephanus la había invitado a sentarse, pero prefirió quedarse de pie. Igual que aquel patriota valiente... ¿Quién era? ¿Un personaje de ópera? El que rehusó que le vendasen los ojos al ponerse frente al pelotón de fusilamiento. Desde luego: Peggy Farrell, la coja, la última heroína.

—De veras que lo lamento —volvió a decir sor Stephanus—. No hay nada que pueda hacer, eso lo sabes tan bien como yo, y aquí hace ya algún tiempo que no estás a gusto.

—Eso es cierto: no me siento a gusto con el modo en que aquí se hacen las cosas, si es eso lo que pretendes decir.

Sor Stephanus cerró el puño y golpeó sonoramente con el nudillo del dedo índice la superficie de cuero del escritorio.

—¡Eso no somos nosotras quienes hemos de juzgarlo! Estamos obligadas a guardar nuestros votos. Obediencia, hermana. Obediencia a la voluntad del Señor.

Sor Anselm prorrumpió en una carcajada seca y grave.

—Y tú tienes plena confianza en que sabes bien cuál es la voluntad del Señor, claro.

Sor Stephanus suspiró enojada. Parecía exhausta, y cuando comprimía los labios de ese modo se le erizaban visiblemente los vellos grises encima del labio superior. Estaba haciéndose vieja y fea, pensó sor Anselm, aun cuando en su día tuvo fama de ser la muchacha más hermosa de todo el sur de Boston, Monica Lacey, la hija del abogado granuja, cuya familia se había arrastrado suplicando que la acogieran en el colegio universitario de Bryn Mawr, nada menos, de donde volvió hecha una señora y al poco a su padre le destrozó el corazón declarando que había oído el llamamiento de Dios y que deseaba hacerse monja. «¡Nuestra esposa de Cristo, por Cristo!», exclamó Louis Lacey con amargura, y se lavó las manos en todo lo que a ella concerniera. Alzó la mirada.

—Tú llevas la conciencia en la manga, hermana —le dijo—. Entre nosotras hay otras que han de vivir en el mundo real, e ingeniárselas de la mejor de las maneras. No es fácil. En fin. Tengo trabajo que hacer, y tú tendrás que recoger tus bártulos.

Se extendió el silencio entre las dos. Sor Anselm miró a la ventana, a su lado, y al cielo del invierno, más allá. ¿Qué vida habían tenido, al final, cualquiera de ellas?

—Ay, Monica Lacey —dijo con voz queda—. Que hayamos terminado así...

La mañana en que se celebró el funeral de Josh Crawford amaneció fría y blanquecina, con previsión de nuevas nevadas. El entierro se había aplazado para aguardar la llegada desde Irlanda de Sarah, de Mal Griffin y del juez. Ante la tumba, con el velo negro y vestida de luto, Sarah le pareció a Quirke más una viuda que una hija. El juez tenía los ojos llorosos y se mostraba esquivo. Mal, con traje oscuro y corbata de seda negra, con una camisa blanca y reluciente, tenía el aire de una presencia que oficiase la ceremonia, no exactamente el enterrador en persona, sino tal vez el empleado de pompas fúnebres, allí destinado a representar la faceta profesional de la muerte y sus rituales, y Quirke volvió a meditar de nuevo sobre la ironía de que tan fúnebre figura fuese en su vida profesional el cancerbero que franqueaba la entrada a la vida.

Fue un día de solemnes celebraciones para los irlandeses de Boston. Estuvo presente el alcalde, por descontado, y el gobernador, y el arzobispo ofició una misa mayor y después rezó las preces en el cementerio, ante el féretro. Se esperaba la llegada del cardenal, que a última hora envió tan sólo unas palabras de duelo, confirmando así el rumor de que Josh Crawford y él habían tenido una disputa por la concesión de un contrato estatal de transporte, dirimida a lo largo del año anterior. Los viejos, como comentó en el funeral una arpía con un susurro teatral a más no poder, no olvidan. El arzobispo, alto, con las sienes plateadas, apuesto, en todos los sentidos la viva imagen que se tenía en Hollywood de lo que debiera ser un sacerdote, entonó el oficio de difuntos con el tono sonoro de una salmodia, y al terminar apareció caído del cielo un solo copo de nieve que aleteó sobre la fosa abierta, como la manifestación de una bendición expresa que desde lo alto fuera concedida de mala gana. Terminadas las preces se llevó a cabo la pequeña ceremonia de esparcir la tierra sobre el féretro, que a Quirke nunca había dejado de llamarle la atención por su morbosa fantasía. Alguien sacó una pala de plata, en miniatura, y Sarah fue la primera en empuñarla. La tierra repicaba al caer sobre el ataúd con un hueco traqueteo. Cuando alguien ofreció la pala al juez, éste negó con un gesto y se dio la vuelta.

El arzobispo depositó una mano sobre la manga del anciano y le habló ladeando la cabeza plateada, de estrella de cine.

- Garret, me alegro mucho de verte, a pesar de que sea en una ocasión tan triste.
- Creo que hoy nuestro amigo puede estar orgulloso de nosotros, William.
- Desde luego que sí. Un gran hombre, un leal hijo de la Iglesia.

Sarah y Quirke caminaron juntos hacia los coches. Ella estaba más delgada que la última vez que la vio, y en sus ojos asomaba una vehemencia que no acertó a reconocer. Le preguntó si había hablado con Phoebe, y cuando la miró con gesto inexpresivo ella chasqueó la lengua con enojo.

—¿No le has dicho lo que te dije? —le dijo—. Por Dios, Quirke, ¿no es posible que se te haya olvidado!

—No —dijo—, no se me ha olvidado.

—¿Entonces?

¿Qué podía contestar? Protegida por el velo, Sarah tensó los labios con amargura, apretó el paso y siguió adelante, dejándolo que se pelease él solo con el bastón a su estela.

Ya en la casa, la familia formó un grupo un tanto disperso e incierto en el vestíbulo, esperando al resto de los dolientes. Phoebe tenía la cara visiblemente hinchada de tanto llorar, y el juez miraba en derredor como si no supiera dónde estaba. Sarah y Mal se mantenían el uno aparte del otro. Sarah se quitó el sombrero y permaneció acariciando el velo sin mirar a Quirke.

Rose Crawford le puso una mano sobre el brazo e hizo un aparte con él.

—No parece que sea usted hoy el miembro más popular de la familia —murmuró. Los coches iban llegando por la avenida. Suspiró—. ¿Querrá hacerme compañía, Quirke? El día va a ser muy largo.

Pero casi de inmediato se vio ella separada de él, cuando, en primer lugar, el arzobispo hizo su ceremoniosa entrada y ella tuvo que acudir a saludarlo. Fueron llegando después los demás, los sacerdotes y los policías y los empresarios con sus esposas, con el rostro ceniciento, los labios azulados, murmurando unos con otros acerca del frío intenso que hacía, mirando en derredor con ansiedad encubierta, deseosos de beber y de comer y de resguardarse y caldearse ante un buen fuego de chimenea. Allí estaba el cura pelirrojo de St. Mary, y también Costigan, con su traje de brillo y sus gafas de concha, y otros más a los que Quirke reconoció por haberlos visto aquella noche en la fiesta en honor del juez, en casa de Mal y Sarah. Los vio congregarse y los siguió al salón, donde se habían servido los entremeses fúnebres, y mientras oía el barullo formado por las voces entremezcladas, en conflicto unas con otras, una sensación de repugnancia casi física fue hinchándose en su interior. Ésas eran las personas que habían matado a Christine Falls y a su hija, las personas que habían enviado a los dos torturadores tras la pista de Dolly Moran, las que habían ordenado que a él se le arrastrara por aquellos escalones fangosos y se le agrediera a puntapiés, hasta dejarlo a un palmo de la muerte. Ah, no, no todos; sin duda entre los presentes había algunos inocentes, inocentes al menos de esos delitos en particular. ¿Y él? ¿Hasta qué punto era él inocente? ¿Qué derecho tenía él de erguirse cuan alto

era y mirarlos por encima del hombro y despreciarlos, él, que ni siquiera había tenido el valor de decirle a su hija la verdad sobre quiénes eran sus padres?

Se acercó a donde estaba Mal, junto a uno de los altos ventanales, con las manos en los bolsillos de la chaqueta abotonada, mirando el jardín y la nieve que se iba acumulando.

—Te sentaría bien tomar una copa, Mal —le dijo—. Es algo que ayuda.

Mal volvió la cabeza y lo miró con sus ojos de sapo, inexpresivos, antes de seguir sumido en la contemplación del jardín.

—Que yo recuerde, a ti no te ayudó mucho —dijo.

El viento arrojó un puñado de nieve contra la ventana; hizo un ruido húmedo, suave.

—Sé lo de la niña —dijo Quirke.

Los rasgos faciales de Mal registraron un mínimo fruncimiento, pero no se volvió. Clavó más las manos en los bolsillos de la chaqueta e hizo que algo tintineara, unas llaves, unas monedas, o las placas de identificación de los muertos.

—¿El qué? —dijo—. ¿De qué niña me hablas?

—De la niña que Christine Falls llevaba en su vientre. La que no nació muerta. También se llamaba Christine.

Mal suspiró. Durante un dilatado instante guardó silencio.

—Tiene gracia —dijo—, no recuerdo yo que viese nevar jamás mientras estuvimos aquí, hace ya tantos años —se volvió a mirar a Quirke a la cara como si buscara algo en ella—. ¿Tú recuerdas haber visto nieve, Quirke?

—Sí, nevó alguna vez —dijo Quirke—. Nevó durante todo un invierno.

—Supongo que sí, claro —Mal, de nuevo de cara a la ventana, asentía despacio, como si le hubiera llegado noticia de un lejano portentoso. Alzó un dedo y se dio unos golpecitos en el puente de las gafas—. Lo había olvidado —la luz que entraba desde el jardín daba de plano en su rostro. Se hizo crujir los nudillos con gesto pensativo.

—Era tuya, ¿no? —dijo Quirke—. Era hija tuya.

Mal bajó la mirada y sonrió.

—Ay, Quirke —dijo casi con afecto—. No tienes ni idea. Ya te lo dije una vez. No sabes nada de nada.

—Sé que la niña ha muerto —dijo Quirke.

Se hizo un nuevo silencio. Mal volvía a fruncir el ceño, y miraba de un lado a otro sin concentración, lo mismo hacia el jardín que hacia los pliegues de la cortina, recogidos con un cordón, que se formaban a sus pies, como si buscara algo que hubiera perdido y que podría encontrar en cualquier parte, en un sitio de esos.

—Lo lamento —dijo distraídamente. Sin previo aviso, se volvió del todo a Quirke y le puso una mano en el hombro. Quirke miró la mano. ¿Cuándo fue la última vez en que se tocaron uno al otro?—. Toda esta historia... —dijo Mal—. ¿Por qué no la

dejas en paz, Quirke?

—No puedo.

Mal lo consideró unos instantes, frunciendo los labios con gesto juicioso. Apartó la mano del hombro de Quirke.

—No es muy propio de ti, Quirke —dijo—, esta tozudez en perseguir algo hasta el final.

—No —dijo Quirke—, supongo que no lo es.

Y entonces de pronto lo vio todo entero, lo vio al completo, y vio cuánto se había equivocado en todo momento, sobre todo a propósito de Mal, pero también a cuento de muchas otras cosas.

Mal se había vuelto de repente y lo estaba mirando de nuevo, y cuando Quirke lo miró a los ojos Mal vio lo que Quirke había visto de repente, y asintió una sola vez, de un modo apenas apreciable.

Quirke vagabundó por la casa. En la biblioteca de Josh Crawford los troncos de pino ardían como de costumbre, y la luz que entraba por el ventanal rebrillaba sobre el hemisferio superior de la bola del mundo. Fue a la mesa en que estaban las bebidas y se sirvió medio vaso de whisky escocés.

—Vaya, señor Quirke —dijo Rose Crawford a su espalda—. Tiene mala cara.

Se volvió de inmediato. Estaba tendida en un sillón bajo una alta palmera. El vestido negro, ceñido, se le había arrugado a la altura de las caderas, y se había quitado uno de los zapatos. Tenía un cigarrillo en una mano y una copa de Martini, vacía, en la otra, inclinada de tal modo que se habría vertido de haber estado llena. Se le notaba que estaba un tanto achispada.

—¿Le parece —dijo, tendiéndole la copa— que podría prepararme otro de esos quitapenas?

Se acercó a ella, tomó la copa, volvió a la mesa.

—¿Cómo se encuentra? —le dijo.

—¿Que cómo me encuentro? —se paró a pensar—. Triste. Ya lo estoy echando de menos.

Él le llevó la copa y se la tendió. Ella pescó la aceituna con los dedos y la mordisqueó con aire pensativo.

—Era un hombre divertido, no sé si lo sabía usted —dijo—. A su manera, claro. Quiero decir que tenía sentido del humor. Sabía hacerme reír —escupió el hueso de aceituna con delicadeza en la palma de la mano—. Incluso últimamente, estando él tan enfermo, aún nos solíamos reír a menudo. Eso para una chica es importante, reír de vez en cuando —entornó los ojos al mirarlo—. Me temo que no habría apreciado usted sus chistes, señor Quirke —extendió el brazo y él abrió la mano bajo la suya; ella dejó caer el hueso de la aceituna—. Gracias —frunció el ceño—. Siéntese,

¿quiere? Detesto que me mire desde arriba.

Fue a tomar asiento en el sofá más alejado de la chimenea. Nevaba más copiosamente que antes, le pareció que incluso oía el inmenso, ajetreado susurro que hacía al inundar el aire y posarse en el césped ya cubierto por un manto, en las terrazas invisibles y en los peldaños de piedra y en los senderos de gravilla. Pensó en el mar, más allá del jardín, las olas de un malva oscuro, enturbiado, engullendo sin fin los frágiles copos al caer. También Rose estaba mirando hacia la ventana, hacia la blancura móvil y sesgada al otro lado del cristal.

—Mera coincidencia —dijo ella—. Acabo de darme cuenta de que murió el día de nuestro aniversario de boda. Era un hombre muy de fiar —rió—. Es probable que lo tuviera planeado. Tenía poderes, no sé si lo sabe, pero es cierto, aunque piense usted que me lo estoy inventando. A mí me sabía leer el pensamiento. Es posible que ahora me lo esté leyendo —miró a Quirke con una sonrisa perezosa, taimada—, aunque espero que no —exhaló un suspiro tembloroso, fatigado, con pesar—. Era un pajarraco mezquino, digo yo, pero era mi pajarraco mezquino —se le había apagado el cigarrillo, y él se levantó a darle fuego apoyado en el bastón—. Hay que ver qué pinta tiene, Quirke —dijo ella—. Le dieron una paliza, ¿no es así?

—Sí —repuso—, así es —volvió al sofá; reparó en que tenía el vaso vacío.

—Pero ahora debe de estar contento, quiero decir, ahora que ha venido Sarah —cuando pronunció el nombre adoptó una voz de falso temblor, una cierta ronquera. Le obsequió una sonrisa—. ¿Por qué no me habla de ella, quiero decir, de ella, de Mal y de Delia?

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Eso es historia antigua —dijo.

—Ah, pero es que la historia antigua siempre es la mejor. Los secretos son como el vino, decía a veces Josh: tienen un aroma más intenso, tienen mejor *bouquet* con cada año que pasa. Intento imaginármelos aquí a los cuatro... —meneó el tallo de la copa para indicar a qué se refería al decir *aquí*—. Los cuatro felices y contentos. Las fiestas, los partidos de tenis, todo eso. Las dos bellas hermanas, los dos médicos arrebatadores. Cuánto tuvo que odiarles Josh a ustedes dos.

—¿Eso se lo dijo él? —preguntó con interés—. ¿Le dijo que me odiaba?

—No creo que jamás llegáramos tan lejos al hablar de usted, señor Quirke.

Volvía a reírse de él. Dio un sorbo de su copa y lo observó con una mirada difusa y divertida por encima del borde de la copa.

—¿Piensa usted —preguntó él— seguir subvencionando la obra esa de los bebés que él tenía en marcha?

Ella enarcó las cejas y abrió mucho los ojos.

—¿Los bebés? —dijo, y volvió la cabeza a un lado y se encogió de hombros—. Ah, ya. Él me hizo prometerle que lo haría. Con eso espera pagar el precio de la

entrada en el Purgatorio, o eso dijo. ¡El Purgatorio! ¡Como lo oye! Él de veras creía en todas esas cosas, ¿sabe?, el Cielo, el Infierno, la Redención, los ángeles que caben en la cabeza de un alfiler... y toda la pesca. Se ponía furioso si yo me reía, pero ¿cómo no iba a reírme, eh? —bajó la mirada—. Seamos serios. Pobre Josh... —se echó a llorar sin hacer ruido. Recogió una lágrima con la yema de un dedo y se lo mostró para que la inspeccionara a su gusto—. Vea, vea —dijo—. Tanqueray pura, con un ligero toque de vermut seco —alzó la cabeza y una hoja de palmera le rozó el cuello; ella la apartó de un manotazo—. ¡Malditas plantas...! —exclamó—. Voy a ordenar que las arranquen una por una y que hagan una hoguera con ellas —dejó caer los hombros. Inspiró con fuerza—. Un caballero —dijo con un acento que quiso y supo parodiar a una adolescente en edad de merecer— me ofrecería su pañuelo.

Él volvió a levantarse y atravesó cojeando el trecho que lo separaba de ella para darle el cuadrado de lino bien doblado que sacó del bolsillo. Ella se sonó ruidosamente. Él se dio cuenta de que deseaba tocarla, acariciarle el cabello, pasarle un dedo a lo largo de la limpia, fresca línea del mentón.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó.

Ella recogió el pañuelo de cualquier manera y se lo devolvió con una débil sonrisa a modo de disculpa.

—Ah, ¿y quién sabe? —dijo—. Es posible que venda todo esto y me mude a la vieja y podrida Europa. ¿Me imagina con un abrigo de pieles y un perrillo faldero, la viuda más solicitada de todo Montecarlo? ¿Me haría usted el juego, Quirke? ¿Me acompañaría a la mesa de la ruleta, viajaría conmigo, en mi yate, por supuesto, por las islas griegas? —rió sin hacer apenas ruido, por la nariz—. No. Dudo que sea su estilo. Usted preferirá pasar el tiempo en un Dublín donde la lluvia sea eterna, curándose de mala manera su amor, el amor no correspondido que siente por —bajó la voz, trémula, de nuevo unas octavas— por Saaaarah.

Un tronco perdió apoyo en la chimenea y emitió un chorro de chispas crepitando.

—Rose —le dijo, sorprendido por el sonido de su nombre en sus labios—, quiero que ponga fin al apoyo que se presta a esa historia de los niños huérfanos. Quiero que cierre el grifo de los fondos.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con una sonrisa fruncida, caída.

—Pues si eso es lo que quiere —dijo con voz queda—, va a tener que portarse bien conmigo —le tendió la copa—. Puede empezar por traerme otra copa, grandullón.

Más tarde, cuando ya no nevaba, cuando un sol húmedo se esforzaba por lucir, se encontró en la Galería de Cristal sin saber muy bien cómo había llegado allí. Había bebido demasiado escocés y se encontraba aturdido, con dificultades para preservar el equilibrio. Era como si tuviera la pierna de mayor tamaño, como si fuera más pesada

que antes, y la rodilla se le había hinchado por debajo de la venda, y el picor le provocaba un verdadero tormento. Se sentó en el banco de hierro forjado en el que había estado con Josh Crawford aquella primera noche, cuando llegó con Phoebe, de lo cual pareciera que hubiese pasado mucho tiempo. La nieve había tendido sobre la casa un silencio de enormes proporciones, un aire embozado. Y ese silencio le zumbaba en los oídos junto al otro zumbido que era efecto del alcohol; cerró los ojos, pero la negrura le produjo un amago de náuseas, y tuvo que volver a abrirlos. De pronto allí estaba Sarah, como si se hubiera materializado en el silencio mismo, en la luz de la nieve. Estaba de pie a corta distancia de él, retorciendo algo entre los dedos, mirando a lo lejos, a la distante, oscura línea del mar. Quiso ponerse en pie, y a ella le sobresaltó el ruido que hizo, como si no lo hubiera visto o hubiera olvidado que se encontraba allí.

—¿Te encuentras bien? —dijo ella.

Él movió una mano.

—Sí, sí. Cansado. Me duele la pierna.

Ella no le escuchaba. De nuevo contemplaba el horizonte.

—Se me había olvidado —dijo— qué bonito puede ser esto. A veces pienso que deberíamos habernos quedado.

Él intentaba ver qué era lo que retorció entre las manos.

—¿Deberíamos?

—Mal y yo, quiero decir. Las cosas podrían haber sido de otro modo —vio que él miraba lo que tenía entre las manos, y se lo mostró—. La bufanda de Phoebe —dijo—. Han comentado que iba a salir con su abuelo a dar un paseíto, si es que Rose consigue que alguien limpie de nieve el sendero —Quirke, sudando por el alcohol que llevaba en la sangre y por el dolor de la rodilla, dio unos pasos hacia el banco y volvió a sentarse demasiado deprisa, con lo que el bastón chocó ruidosamente con el hierro del asiento—. Os he visto hablar —dijo Sarah—, a ti y a Mal. Él no tiene secretos para mí, y tú lo sabes. Cree que los tiene, pero no es así —caminó unos pasos adelante, alejándose de él. Las palmeras y los altos helechos ascendían tras ella formando una densa pared de verdor. Le habló por encima del hombro—. Aquí fuimos felices, ¿verdad?, en aquellos tiempos, Mal, tú, yo...

Quirke apoyó la base de ambas manos contra la rodilla vendada y se la oprimió, notando una gratificante palpitación que fue en parte de dolor y en parte de placer vengativo.

—Y entonces —dijo él— también estaba Delia.

—Sí. Entonces también estaba Delia.

Volvió a apretarse la rodilla, conteniendo la respiración y torciendo el gesto.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Sarah, mirándole de pronto.

—Mi penitencia.

Se recostó jadeando en el banco. Había ocasiones en las que estaba seguro de notar el clavo en la rodilla, el acero caliente y hundido, rígido, en el hueso.

—Delia se acostaba contigo, es eso, ¿verdad? —dijo Sarah con una voz distinta, endurecida, cortante como el hierro que llevaba él en la pierna—. Se acostaba contigo, y yo no. Fue así de simple. Mal entonces aprovechó la ocasión que se le había presentado conmigo —rió, y se le notó en la risa la misma dureza que de pronto tenía en la voz. Aún estaba parcialmente vuelta de espaldas a él, y alargaba el cuello como si buscara algo en el horizonte, o más allá—. El tiempo es lo contrario del espacio, ¿te habías percatado? —dijo—. En el espacio, todo se desdibuja a medida que te alejas. Con el tiempo es al revés: todo se torna más nítido —calló—. ¿De qué estabas hablando con Mal? —renunció a seguir en busca de lo que hubiera estado buscando y se volvió hacia él. Con la delgadez que tenía se le habían afilado los rasgos, con lo que a un tiempo estaba más bella y más inquieta en apariencia—. Dime —insistió—. Dímelo. Dime de qué estabais hablando.

Él negó con un gesto.

—Pregúntaselo a él —dijo.

—No me lo querrá decir.

—Entonces yo tampoco te lo diré —puso una mano en el asiento, a su lado, invitándola a ocuparlo. Ella vaciló, y al cabo se acercó mirándose las puntas de los pies como hacía a menudo, como si desconfiara del terreno, o de su capacidad de salvarlo sin contratiempos. Se sentó—. Quiero que Phoebe vuelva conmigo a Irlanda —dijo él—. ¿Me ayudarás a convencerla?

Ella miraba a lo lejos, un tanto inclinada hacia delante, como si algo le doliera en las entrañas.

—Sí —dijo al fin—. Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó, aunque lo sabía.

—Que se lo digas.

Una bruma se amasaba en el horizonte; las sirenas habían comenzado a sonar.

—De acuerdo —dijo él adustamente, casi coléricamente—. De acuerdo. Se lo diré ahora, en este preciso instante.

La encontró en el vestíbulo, bajo los altos techos, en medio del eco. Estaba sentada en un sillón junto a un paragüero que era una pata de elefante, calzándose unas botas negras de goma. Ya se había puesto un abrigo grande, acolchado, con capucha. Le dijo que iba a dar un paseo, que había tratado de convencer al abuelo de que saliera con ella, y preguntó a Quirke si le apetecería sumarse. Supo que iba a recordar para siempre, o al menos durante el tiempo que durase para él ese siempre, el aspecto que tenía ella con un pie en alto y la cara vuelta hacia él, sonriendo. Le habló sin preámbulos, contemplando el lento desmantelamiento de su sonrisa en una

serie de etapas sucesivas, diferenciadas, abandonando primero sus ojos, después los planos de los pómulos, por último los labios. Dijo que no le entendía. Se lo repitió más despacio, con más nitidez. «Lo siento», dijo al terminar. Ella dejó la bota de goma a un lado y puso el pie descalzo en el suelo, con movimientos cuidadosos, de prueba, como si el aire en derredor se hubiera vuelto quebradizo y temiera hacerlo añicos. Entonces sacudió la cabeza y emitió un sonido curioso, muy liviano; él comprendió que era una especie de risa. Ojalá, se dijo, se pusiera en pie, pues de ese modo podría hallar manera de tocarla, de estrecharla incluso en sus brazos, de abrazarla con fuerza, pero se dio cuenta de que no iba a ser posible ni siquiera si ella se pusiera en pie. Ella dejó caer ambas manos, inertes, a los lados de la silla, y miró en derredor, frunciendo el ceño, a ese nuevo mundo que le resultaba desconocido, en el que de pronto era una extraña, en el que sin previo aviso acababa de perderse.

A poco de pasado el mediodía comenzaron a marcharse los invitados al funeral encabezados por el arzobispo y los sacerdotes de su séquito. Costigan y los demás invitados venidos de Irlanda, sus camaradas los Caballeros, se hicieron de rogar con la esperanza de tener una charla con Rose Crawford, pero Rose se había retirado a descansar llevándose la copa de Martini. Una matizada sensación de crisis se fue adentrando en la mansión como si fuera una emanación de gas. En el salón, Quirke encontró a Costigan y al cura de St. Mary enzarzados en una conversación, los dos en el sofá, y a Mal de pie ante la chimenea, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y un codo sobre la repisa, como si posara para un retratista. Al ver a Quirke en el umbral, los dos callaron instantáneamente, y Costigan esbozó la sonrisa con la que parecía preludiar un gruñido, preguntando a Quirke qué tal estaba de sus lesiones, si ya se iba recuperando de la caída. Mal lo miró con aplomo y no dijo nada. Quirke no dio respuesta a las preguntas de Costigan y abandonó la estancia. Le retumbaba la cabeza. Subió despacio a su dormitorio. Y allí lo encontró Brenda Ruttledge, sentado de cualquier manera a un lado de la cama, en mangas de camisa, fumando y mirando las fotografías sobre la cómoda de castaño, las fotografías de Delia Quirke, de soltera Crawford, y de su hija Phoebe.

En tan pocas ocasiones había visto a Brenda sin su uniforme de enfermera que por un momento apenas supo quién era. Había llamado sin hacer ruido apenas y él se volvió hacia la puerta con una mezcla de alivio y de temor, pensando que se trataba de Phoebe, que se habría sosegado y vendría a hablar con él. Brenda entró deprisa y cerró la puerta, y permaneció de espaldas a la misma, mirándolo todo, salvo a él. Llevaba un sencillo vestido gris y zapatos de tacón bajo, y no se había puesto maquillaje. Él le preguntó qué sucedía, y ella respondió negando con un gesto, los ojos aún clavados en el suelo, sin saber por dónde empezar. Él se puso en pie y contuvo una mueca de dolor —tenía la rodilla peor que otras veces, a pesar de todo el alcohol consumido hasta el momento—, y dio la vuelta a la cama para situarse delante de ella.

—Creo —dijo ella—, creo que sé a quiénes dieron a la niña —fue como si estuviera hablando para sí misma. Él la tocó por el codo y se acercó con ella a la cama, donde ambos se sentaron—. Los vi aquí una vez, en la fiesta de Navidad. Estaban con un bebé. Apenas me fijé en ellos. Volví a verlos en el hospicio. Esa vez, la mujer no llevaba a la niña, y parecía... oh, tenía un aspecto terrible —se miraba las manos como si fueran las de otra persona. Resonó una sirena para avisar de la niebla,

y ella se volvió hacia la ventana con un gesto de temor. Fuera los campos estaban nevados y el cielo bajo, de un rosa tenue, sucio. Pensaba con inquietud en su hogar, en el año de la gran nevada, cuando tenía ella siete u ocho años; recordó que sus hermanos hicieron un trineo y la dejaron montar con ellos, dando alaridos al deslizarse por la ladera del prado. Nunca debería haber ido allí, nunca debería haberse dejado enredar entre aquellas personas que eran demasiado para ella, demasiado inteligentes, demasiado adineradas y, además, malvadas. Quirke estaba preguntándole algo—. Los Stafford —dijo ella casi con impaciencia. Él no entendió a quién se refería—. Andy Stafford, el chófer del señor Crawford; él y su mujer. La niña se la dieron a ellos. Estoy segura.

Quirke volvió a ver el cogote del joven, el cabello liso y brillantado, la cabeza pequeña, los ojos vítreos y oscuros en el espejo retrovisor. Alargó la mano y volvió las dos fotografías de nuevo contra la pared.

Costó mucho tiempo que el taxi llegara de Boston. Caía la nieve a rachas, y el taxista, un mexicano en miniatura al cual le quedaba la frente casi a la altura del volante, emitía un sonsonete grave, quejoso, a la vez que transitaba expeditivamente por las carreteras llenas de curvas a la salida de Scituate, bajo un cielo cada vez más oscurecido. Quirke y Brenda Rutledge iban dándose casi la espalda en el asiento de atrás. Se había instalado entre ambos una cierta tirantez, incluso una especie de azoramiento, de modo que no se dirigían la palabra. Brenda llevaba un abrigo negro, con capucha, que le daba de forma incongruente el aire de una monja. El sur de Boston estaba desierto. Los bancos de nieve se amontonaban en las aceras; en la calzada, las huellas de los vehículos se veían nítidas en medio de un aguanieve marronáceo. En Fulton Street, las casas de madera parecían agazaparse para resguardarse del frío y de la nieve que caía al sesgo. Quirke había conseguido la dirección no sin dificultades gracias a Deirdre, la ratonil doncella de Rose Crawford.

Una mujer de cara estrecha, con un delantal marrón, salió a la puerta y los miró de arriba abajo con evidente desconfianza, una pareja que no parecía casar nada bien, fijándose en el bastón de Quirke y en el abrigo de Brenda, semejante a un hábito. Quirke dijo que habían venido desde la casa del señor Crawford.

—Ha muerto, según tengo entendido —dijo la mujer. En uno de los lados de la nariz se le veía una magulladura reciente, entre morada y grisácea. Les indicó que los Stafford vivían en el piso de arriba, pero que Andy Stafford no se encontraba en la casa—. Por lo que yo sé —dijo con recelo—, debe de estar en Scituate.

No le hacía ninguna gracia la visita de aquellos dos, y menos aún que le preguntaran por Andy dando la impresión de que sabían algo poco halagüeño acerca de él. Quirke preguntó si la señora Stafford se encontraba en casa; la mujer se encogió de hombros e hizo una mueca desdeñosa dejando al descubierto un colmillo.

—Supongo que estará. Apenas sale nunca.

A pesar de la nieve que cubría el terreno salió tras ellos por el lateral de la casa y se quedó a resguardo, bajo el alero, con los brazos cruzados, viéndoles subir por las escaleras de madera. Quirke llamó con los nudillos en el cristal de la puertaventana. No oyó ninguna respuesta.

—Estará seguramente abierta —gritó la mujer. Quirke probó la manilla, que se abrió sin presentar resistencia. Entraron Brenda y él en un angosto recibidor.

Hallaron a Claire Stafford sentada en una silla con respaldo de barrotes, ante una mesa, en la mínima cocina. Vestía una bata rosa de andar por casa y estaba descalza. Se había sentado de lado y permanecía inmóvil, con una mano en el regazo y la otra apoyada sobre la encimera de plástico. El cabello, claro, parecía tenerlo húmedo, y le colgaba lacio a uno y otro lado de la cara pálida. Tenía los ojos enrojecidos y los labios descoloridos del todo.

—¿Señora Stafford? —dijo Brenda en voz baja. Claire tampoco dio respuesta—. Señora Stafford, me llamo Ruttledge, soy... era la enfermera del señor Crawford. El señor Crawford, el jefe... el jefe de Andy. Ha muerto. El señor Crawford ha muerto. ¿Lo sabía usted?

Claire se movió levemente, como si acabara de oír algo muy lejano, y pestañeó, y por fin volvió la cabeza para mirarlos. No dio muestras de sorpresa ni de curiosidad. Quirke se acercó a ella y se situó enfrente, ante la mesa, apoyando la mano en el respaldo de una silla.

—¿Le molesta si me siento, señora Stafford? —preguntó.

Ella movió la cabeza mínimamente de un lado al otro. Él separó la silla de la mesa y tomó asiento, indicando a Brenda Ruttledge que se acercara. También ella se sentó.

—Queremos hablar con usted —dijo Brenda— sobre el bebé, sobre lo que sucedió. ¿Va a contárnoslo?

Una mirada de algo, de débil protesta, de negación, había asomado a los ojos casi incoloros de Claire. Frunció el ceño.

—Él no quiso... —dijo—. Yo sé que no quiso. Fue un accidente.

Quirke y Brenda Ruttledge se miraron uno al otro.

—¿Cómo sucedió, señora Stafford? —preguntó Quirke—. ¿Nos va a contar cómo se produjo el accidente?

Brenda alargó el brazo y puso la mano sobre la de Claire, que seguía inmóvil sobre la mesa. Claire miró ambas manos. Cuando tomó la palabra se dirigió exclusivamente a Brenda.

—Intentó que dejara de llorar. Él odiaba que la niña llorase. Le dio una sacudida. Eso fue todo, sólo le dio una sacudida —su ceño fruncido era en ese momento un gesto de desconcierto, de pasmo—. La niña tenía la cabecita pesada —dijo—. Tan

calentita... Casi acalorada —volvió la mano sobre el regazo y la curvó al recordar la cabeza de la niña—. Muy pesada.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó Brenda—. ¿Qué hizo Andy?

—Llamó por teléfono a St. Mary. Luego estuvo fuera mucho tiempo, no sé... Vino el padre Harkins. Le conté cómo había sido el accidente, y luego volvió Andy.

—Y el padre Harkins —preguntó Quirke—... ¿llamó a la policía?

Claire alejó la mirada de la cara de Brenda y la clavó en él.

—Oh, no —se limitó a decir. Se volvió de nuevo a Brenda apelando a otra mujer, a su sensatez—. ¿Por qué iba a llamar a la policía, si fue un accidente?

—¿Dónde está, señora Stafford? —dijo Quirke—. ¿Dónde está la niña?

—Se la llevó el padre Harkins. Yo ya no quería verla nunca más —apeló de nuevo a Brenda—. ¿Hice mal?

—No —dijo Brenda para tranquilizarla—, claro que no.

Claire volvió a mirarse la mano ligeramente curvada.

—Es que aún notaba la cabecita en la mano. Aún la noto.

Se espesó el silencio. Quirke sintió como si algo llegara a la casa, filtrándose por las juntas, suave, insonoro, como la propia nieve que caía fuera. De pronto se sintió cansado como nunca lo había estado. Se sintió como si hubiese llegado al final de un camino por el que tanto tiempo llevaba avanzando que sus propios pasos le parecían un descanso; un descanso, sin embargo, que no le provocaba el menor alivio, que le causaba dolor en los huesos, dificultades en el corazón, embotamiento del ánimo. En algún punto de ese arduo camino parecía haberse perdido.

Andy supo que la chica iba tras él en cuanto entró en el garaje y se la encontró sentada en el asiento posterior del Buick, sin otra cosa que hacer, con el abrigo puesto y la mirada perdida al frente, pálida, con cara de haberse llevado un buen susto. No le dijo nada, y él tampoco; se abotonó la chaqueta y se sentó al volante y arrancó el motor. Se limitó a conducir sin pensar adonde iba, que era lo que ella parecía desear. *Lléveme a donde sea*, le había dicho la primera vez, cuando dejaron al grandullón en el pueblo. Nevaba. No demasiado; las carreteras estarían sin tráfico. Volvieron a subir por la costa. Él le preguntó si tenía uno de sus cigarrillos ingleses, pero ella ni siquiera respondió; sólo negó con la cabeza mirándole en el espejo retrovisor. Tenía esa mirada —de susto, paralizada, pero frenética por dentro— que se les ponía a las chicas cuando sólo eran capaces de pensar en una sola cosa. Era una mirada por la que supo que sería su primera vez.

Sabía bien adonde ir, y se detuvo en el saliente de tierra. No había nadie por allí, y no iban a encontrarse a nadie. El viento soplaba con tal fuerza que mecía el gran automóvil sobre los amortiguadores, y la nieve de inmediato comenzó a amontonarse bajo los limpiaparabrisas y en el reborde de las ventanillas. Al principio no tuvo mayores complicaciones con la chica. Ella hizo como que no sabía qué estaba pasando, ni qué deseaba él, que era también lo mismo que deseaba ella, sólo tenía que reconocerlo y, aunque había tenido la esperanza de que no fuera necesario, al final tuvo que sacar la navaja que llevaba sujeta con dos imanes debajo del salpicadero. Ella se puso a llorar cuando vio la navaja, pero él le dijo que cortara en seco la llantina. Le hizo gracia, pero la verdad es que le excitó ordenarle que se quitara las extrañas botas de goma que llevaba puestas y, como apenas había espacio entre los asientos, tuvo que torcer de lado la pierna, y él entrevió por vez primera el liguero y la cara interna y blanca del muslo, hasta las bragas de encaje.

Estuvo bien. Ella trató de defenderse y a él le gustó. Se aseguró de que estuviera tendida sobre el abrigo porque no tenía ningunas ganas de que nada manchara la tapicería, aunque en realidad no es que estuviera tendida, sino más bien encajada en una posición semisedente, de modo que él tuvo que hacer unas cuantas contorsiones hasta poder por fin introducirse en ella. Emitía una especie de chillido gracioso que le daba prácticamente de lleno en el oído, y en ese momento le tomó tanto cariño que frenó un poco y se separó de ella y miró por la ventanilla en la que se acumulaba la nieve y vio en la bocana de la bahía el mar en cierto modo hirviendo, supuso que debía de estar cambiando la marea o algo así, y una ola inmensa de agua negra,

azulada, con un ribete de espuma blanca en lo alto, ascendía entre los dos salientes de la bahía, y aunque sólo acababa de empezar no pudo contenerse, y arqueó la espalda entre las piernas temblorosas de la chica y entró en ella a fondo y sintió el estremecimiento que le nacía en lo más profundo del tallo, en el fondo de la entrepierna, y la mordió en un lado del cuello y la hizo chillar.

Después se encontró con un problema, con el qué hacer con ella. No podría devolverla a la casa. Él no tenía intención de regresar a Moss Manor nunca más; muerto el viejo, sabía que allí tenía las horas contadas. La zorra que acababa de convertirse en una viuda ricachona no perdería un momento en vender —él la había visto cómo miraba la casa, torciendo la boca con un gesto de asco, cuando creía que nadie la estaba viendo— ni en trasladarse a un sitio que fuera más de su gusto, más refinado. Él había trazado sus planes, y ahora que había pasado lo que había pasado con la chica tomó la decisión sobre la marcha: era hora, no había tiempo que perder. Había hablado con un tipo al que conocía, un vendedor de coches antiguos que se había mudado a vivir a Nuevo México y se había instalado en Roswell para buscar hombrecillos verdes, y que estuvo de acuerdo en remodelar el Buick de modo que resultara imposible de identificar, además de ayudarle a encontrar un comprador. El tiempo, sí, el tiempo era lo crucial. Podía empezar por librarse de la chica. Yacía acurrucada en el asiento de atrás cuando entró en Scituate. Nevaba copiosamente y las calles estaban desiertas —aunque tampoco era que jamás llegaran a llenarse en aquel estercolero—; se detuvo en la esquina en la que había recogido a Quirke el otro día, salió, dio la vuelta y le abrió la portezuela, diciéndole que saliera. Hacía frío, pero ella llevaba el abrigo y las botas, de modo que calculó que no le iba a pasar nada, e incluso se cercioró de que tuviera monedas para el teléfono. Ella salió del coche y echó a andar como si fuera uno de esos muertos vivientes, con la cara embadurnada de un modo extraño y una vista desenfocada, como si tuviera problemas para ver. Al alejarse en el coche la miró por última vez en el espejo retrovisor y la vio de pie, bajo la nieve, en la esquina.

No tardó en comprender que estaba en aprietos, quizás en el peor aprieto en el que nunca se hubiera visto —sólo por culpa de la navaja, no tendría que haber sacado la navaja—, pero no le importó. Estaba exultante. Había dado la talla, había demostrado de qué era capaz. Aún tenía húmeda la entrepierna, aunque el sudor de la espalda y de la cara interna de los brazos se le había enfriado y era como el aceite, ¿cómo era la palabra?, como el bálsamo. Ojalá, se dijo, pudiera haberlo visto Cora Bennett en el Buick, con la chica, en ese saliente de tierra frente al mar; ojalá hubiera estado Cora allí mismo, obligada a mirar lo ocurrido. Cora, Claire, el irlandés grandullón, Rose Crawford, Joe Lanigan y su compinche, el que se parecía a Lou Costello: se los imaginó a todos de pie alrededor del coche, mirándole por las

ventanillas, gritándole que parase, y se imaginó que se les reía a la cara a todos ellos.

Cora Bennett se había reído de él aquella noche en que lo embadurnó con su propia sangre y él tuvo que apartarse de ella y sintió la sangre en los muslos, calientes y pegajosos. Qué pasa, joder, había dicho ella riéndose, ¡si no es más que sangre! Con la chica también manó la sangre, aunque no mucha. Si Cora hubiera estado allí se la habría embadurnado en la cara y se habría reído diciéndole: *¿Qué pasa, Cora? ¡Si no es más que sangre!* Cuando ella vio cuánto se había molestado él, le dijo que lo sentía, aunque lo dijo sin dejar de sonreírse. Cuando volvió del cuarto de baño, se sentó a un lado de la cama, donde estaba él tumbado, y le masajeó la espalda con una mano y le dijo que lo sentía, que no había querido reírse de él, que sólo se había sentido aliviada porque él parecía preocupado al saber que llevaba dos semanas de retraso, y eso que ella nunca se retrasaba, y que por eso había empezado a preguntarse si lo que Claire le había dicho no sería más bien una de las delirantes fantasías de Claire. Él se incorporó en la cama, alerta, con los nervios de punta, y le preguntó qué había querido decir, qué era lo que Claire le había dicho.

—Que disparas sin pólvora, tejano —le dijo de nuevo con la misma sonrisa, y alzó la mano y le revolvió el cabello—. Que, por eso, ni hablar de un pequeño Andy, de una pequeña Claire, ni tampoco de una pequeña Christine, no al menos que fuesen tuyos.

A duras penas pudo dar crédito a lo que ella decía. Al principio no lo entendió: ¿Claire le había dicho que era él y no ella el que estaba incapacitado para hacer hijos? Sin embargo, cuando Claire volvió de ver al médico, aquel día en que le dieron los resultados de las pruebas que se habían hecho los dos, a él le dijo que era ella la que no funcionaba, que algo le pasaba en las entrañas, que nunca podría tener un hijo, por mucho que lo intentase. Cora, que empezaba a dar la sensación de lamentar haberse puesto a contarle todo eso, dijo que... en fin, que Claire le había dicho que era justo al revés, que se lo había dicho un día en que él estaba trabajando y ella subió a ver si Claire tal vez quería una taza de café o algo. Claire estaba realmente trastornada, dijo Cora, llorando sin poder parar, hablando de la niña y del accidente, y fue entonces cuando le dijo a Cora lo que realmente le había dicho el médico, y le dijo que había mentado a Andy. Mientras Cora se lo contaba, a Andy se le puso un temblor en la pierna, como le sucedía a menudo cuando estaba preocupado o enojado. ¿Por qué, quiso saber, por qué iba a decir Claire que era culpa suya cuando en realidad era él quien no... el que no...?

—Oh, cielo —le dijo Cora para tranquilizarlo, sin asomo de sonrisa, de pronto muy seria, al ver con claridad el daño que acababa de causar—, a lo mejor te dijo esa mentirijilla, date cuenta, para que no te sintieras mal...

En ese momento fue cuando le dio a Cora una bofetada. Sabía que no debía haberlo hecho, claro que ella tampoco debía haber dicho lo que dijo. Le soltó un

bofetón bastante fuerte en toda la cara, le dio con los nudillos en el puente de la nariz. Manó más sangre entonces, pero ella se quedó sentada en la cama, medio vuelta de espaldas a él, con una mano en la cara y sangrando por la nariz, los ojos fríos, cortantes como navajas. Fue el fin, naturalmente, de su historia. Cora probablemente podría haber seguido cuando se le pasara el resentimiento por la bofetada, pero lo cierto era que él se había hartado de ella, de su vientre flácido, de los pechos aplanados, del trasero caedizo y arrugado. También él podía reírse de ella cuanto quisiera.

Cuando dejó a la chica y volvió a la casa, había decidido llevarse a Claire con él. La decisión le sorprendió, pero también le alegró. Debía de ser que a pesar de todo la amaba, a pesar incluso de todo lo que le había dicho de él a Cora Bennett. Aparcó el coche a dos casas de distancia no porque no quisiera que los vecinos se fijaran en un coche tan llamativo —ya le habían visto con anterioridad al volante del Buick—, sino porque deseaba entrar en la casa sin que Cora Bennett saliera a darle la lata. Atravesó el jardín casi de puntillas y subió las escaleras de tres en tres, agradecido de que la nieve amortiguase el ruido de sus tacones en los peldaños de madera.

Claire, con la bata de andar por casa, estaba tirada en el sofá delante del televisor, donde sonaba un estúpido concurso. ¿A quién coño le importa cuál sea la capital de Dakota del Norte? Se detuvo un momento al pasar junto a ella y le dio un meneo en los hombros y le dijo que se levantara e hiciera el equipaje. Ella no movió un dedo, por descontado, y él tuvo que volverse y enseñarle el puño cerrado a pocos centímetros de la nariz, además de pegarle un grito. Estaba en el dormitorio, echando las camisas a la vieja bolsa de viaje que había sido de su padre, cuando sintió que ella estaba a su espalda —había desarrollado un sexto sentido, era capaz de percibir su presencia sin mirarla, como si ya fuera un fantasma—, y se dio la vuelta para hallarla apoyada en la jamba, medio inclinada, con la bata cerrada y los brazos cruzados con tanta fuerza que daba la impresión de que sólo así pudiera mantenerse de una pieza.

—Hoy hemos tenido visita —le dijo.

—¿Ah, sí? No digas. ¿Quién ha venido? —nunca hubiera dicho que tenía tantas camisas, chaquetas y pantalones. ¿De dónde había salido toda aquella ropa?

—Vinieron a preguntar por la niña —dijo Claire.

Él se quedó inmóvil de repente y se volvió despacio a mirarla.

—¿Qué? —dijo en voz baja. Tenía en la mano un cinturón con una hebilla que simulaba la cabeza de un novillo, con su cornamenta.

Ella le refirió, con ese hilillo de voz con que hablaba últimamente, que sonaba como si se le desgastara y pronto no fuera a quedar sino un suspiro, una especie de respiración sofocada en la que no cupieran las palabras, la visita del irlandés y la enfermera. Habían preguntado por la pequeña Christine, por el accidente, por lo que sucedió después. Mientras hablaba, hizo ocasionalmente una pausa para quitarse un

hilillo de borra de la bata. Era como si hablase del tiempo. Cuando calló, él tuvo que darle un empujón para ponerla de nuevo en marcha. ¡Joder, un fantasma mecánico, de cuerda, en eso se le estaba convirtiendo! La habría zurrado con el cinturón de no ser por lo extraña que la encontraba, como si en realidad no estuviera allí, sino perdida en su propio interior.

Recorrió la habitación de punta a punta mordiéndose un nudillo. Era preciso que se largasen esa misma noche, tenían que largarse ya. Como si hubiera percibido qué estaba pensando, Claire reparó de pronto en la bolsa de viaje encima de la cama, los cajones abiertos, las puertas del armario de par en par.

—¿Es que me dejas? —dijo como si en realidad no le importara demasiado que así fuera.

—No —dijo él, y se detuvo ante ella con los brazos en jarras y hablando despacio, para que ella le entendiera—. No te dejes, cariño. Tú te vienes conmigo. Nos marchamos al oeste. Allá lejos está Will Dakes, está en Roswell, él nos ayudará, me ayudará tal vez a encontrar trabajo —se acercó un poco más y le rozó la cara—. Podemos empezar una nueva vida —dijo con voz queda—. Podrás tener otra hija, otra pequeña Christine. Eso te gustaría, ¿verdad que sí? —le sorprendió lo poco que en realidad le importaba que ella le hubiera contado a Cora lo de las pruebas médicas, ni que le hubiera hablado al irlandés del accidente; le sorprendió, de hecho, lo poco que le importaba todo eso. El irlandés, Rose Crawford, la monja y el cura... Todos eran ya agua pasada. Sabía sin embargo que irían a por él, que irían pronto en su busca, y que los dos tenían que largarse. Claire tenía la mejilla fría al tacto, como si no le fluyera la sangre bajo la piel. Claire, su Claire. Nunca había sentido tanta ternura por ella como en ese momento, allí en la puerta, mientras nevaba y disminuía la luz y el castaño, por la ventana, tendía los brazos desnudos, y todo había acabado allí para los dos.

Conducía a una velocidad excesiva. La carretera estaba resbaladiza por la nieve reciente. Cada vez que se cruzó con un coche de policía que se dirigía a la ciudad, contó con verlo dar la vuelta en redondo, poniéndose sobre dos ruedas, y acercarse a toda velocidad hacia ellos tras sortear con un brinco el bache de la mediana, entre destellos de luz azulada, con la sirena a todo meter. La chica ya habría regresado a su casa, ya habría contado la historia; él sabía, por supuesto, cómo sería esa historia. Le daba igual. En el plazo de dos días iba a estar en Nuevo México, y Will Dakes borraría el número de bastidor del automóvil, además de hacer todo lo que fuera preciso hacer para venderlo; Claire y él se quedarían con la pasta y seguirían viaje, con destino a Texas tal vez, o quizás hacia el norte, rumbo a Colorado, Utah, Wyoming. El mundo entero se abría ante ellos. Allá lejos, bajo esos cielos, Claire olvidaría a la niña y volvería a ser la de siempre. Vio en medio de la nieve

arremolinada la luz roja que destellaba allá delante, en el paso a nivel. Se acordó de la chica, de Phoebe, y sonrió para sus adentros sintiéndose mejor que nunca, recordándola despatarrada debajo de él en el asiento trasero del coche. Apretó el acelerador. Sí, la vida estaba sólo empezando, su verdadera vida, allá en el lugar que le correspondía por derecho, en aquellos espacios anchurosos y abiertos, en las llanuras, en medio de aquel aire que era todo dulzura. Estaba bajando la barrera, pero pasarían. Como un relámpago pasaría el automóvil por debajo, y al otro lado comenzaría un sitio nuevo, un mundo nuevo, donde ellos mismos serían nuevos. Miró a Claire un instante. Sentía esa misma excitación, la misma expectación; él se lo notó en la cara, en el modo en que se inclinaba hacia delante y alargaba el cuello y abría mucho los ojos, y en ese instante se hallaron sobre las vías, y súbitamente — ¿qué estaba haciendo?— ella alargó una mano y aferró el volante y se lo arrancó de las suyas, y el cochazo emitió un sonoro chirrido y giró en redondo sobre la nieve y los brillantes raíles de acero y se detuvo, con el motor calado, y todo se detuvo a la vez, todo, salvo el tren que se abalanzaba hacia ellos, con su ojo único y resplandeciente, y que en el último instante pareció subir como si fuera a despegar en la negrura del aire, entre alaridos, llamaradas, vuelo.

A Phoebe le desagradó esa habitación desde el primer momento en que la vio. Sabía que Rose obró con la mejor intención alojándola allí, pero era más bien un cuarto de juegos infantil que un dormitorio para una persona adulta. Estaba cansada —estaba agotada—, pero no podía dormir. Habían pensado que ella querría que se quedaran con ella, que le hicieran compañía sentados en la cama, tomándola de la mano, mirándola con los ojos llenos de pena y compasión, y al final prefirió fingir que se dormía, para que se marcharan todos y la dejaran en paz. Desde el momento en que Quirke habló con ella en el vestíbulo sólo había querido estar sola, sola para pensar en sus cosas, para poner orden. Por eso había ido al garaje a recogerse en el Buick, como hacía cuando era pequeña y se escondía en el coche de papá.

Papá.

Prácticamente ni siquiera reparó en Andy Stafford cuando éste entró en el garaje. No era más que el chófer, ¿por qué iba a fijarse en él? Pensó que seguramente había ido a encerar el coche, a verificar el aceite, a inflar los neumáticos, a lo que quiera que hiciesen los chóferes cuando no estaban conduciendo. No tuvo miedo cuando lo vio sentarse al volante, arrancar y marcharse, y tampoco cuando se salió de la carretera y avanzó por el sendero hasta el lugar en que comenzaban las dunas, donde soplaba el viento y apenas veía nada en medio de la nieve. Tendría que haber hablado, tendría que haber dicho algo, tendría que haberle ordenado que regresara; él quizás hubiera hecho lo que ella le dijera, pues suponía que para eso se había adiestrado. Pero no había dicho una sola palabra, y cuando se detuvieron y él subió al asiento de atrás, con ella, y vio la navaja... Cuando la dejó en el pueblo no telefoneó a la casa. Eran muchas las razones por las que no quiso llamar, aunque la principal era lisa y llanamente que no habría sabido qué decir. No se le ocurría una sola palabra que diera cuenta de lo sucedido. Así pues, echó a caminar por la calle mayor hasta salir del pueblo y tomar la carretera, a pesar del frío, de la nieve, de las magulladuras que sentía entre las piernas. En la casa estaba Rose, que salió a recibirla a la puerta, empujando a un lado a Deirdre, la criada, tomándola por el brazo y llevándola a la primera planta. A Rose le bastaron unas sencillísimas palabras sueltas —coche, chófer, dunas, navaja— y entendió al punto. Le dio de beber un trago de brandy y dijo a la criada que preparase el baño, y sólo cuando dejó a Phoebe en la bañera salió para convocar a Sarah, y a Mal, y a Quirke, el cual no estaba allí, nunca estaba allí.

Luego vinieron las idas y venidas de puntillas, las tazas de té y los cuencos de sopa, las consultas en susurros en el umbral, el médico torpe e incompetente, canoso, con el aliento mentolado, el detective de la policía que carraspeaba y resobaba el ala de su sombrero castaño, azorado por todas las cosas que iba a tener que preguntar. Hubo un extraño intercambio con su madre; más bien, con Sarah. Fue como si no estuvieran hablando de ella, sino de otra persona a la que ambas hubieran conocido en otra vida. Lo cual, según reflexionó, era cierto. Con anterioridad, había tenido absoluta certeza de quién era ella; ahora no era nadie. Sigues siendo Phoebe, mi Phoebe, le había dicho Sarah a la vez que trataba de contener el llanto, pero Phoebe no dijo nada, no tenía nada que decir. Mal, para variar, estuvo como un tótem. Con todo, de los dos, de esos dos que hasta pocas horas antes habían sido su padre y su madre, era a Mal al que ella más amaba, en caso de que amar aún siguiera siendo la palabra para designarlo.

Lo peor de todo era ahora la marca que tenía en el cuello, allí donde Andy Stafford le había clavado los dientes. Ésa era la auténtica violación. No sabría explicarlo, ni siquiera lo entendía del todo, pero era así.

No quiso decir nada de Andy Stafford. Era lo innombrable, y no por la navaja, ni por lo que le había hecho, o no sólo por esas razones, sino porque no había palabras que, para ella, se adecuaran a él. Cuando la policía llamó por teléfono para comunicar a Rose que Andy y su mujer habían muerto, que se habían matado cuando el Buick se caló en un paso a nivel, Phoebe fue la única que no sintió el menor sobresalto, ni la menor sorpresa. Había algo limpio en la muerte de ambos, una clara nitidez, como el final de un cuento de hadas que le hubieran contado cuando era niña, primero para atemorizarla y luego, con todo resuelto, una vez asesinados los trasgos perversos, para que se quedara satisfecha y se durmiera a pierna suelta. Hacia el propio Andy no sentía nada, ni ira, ni repulsión. Tan sólo había sido un filo de acero en el cuello y un cuerpo endurecido que chocaba contra el suyo, nada más.

Quirke, cuando por fin llegó, se plantó a los pies de la cama, apoyado con dificultad en el bastón. Le pidió que volviera con él a Irlanda. Ella se negó.

—Me quedo aquí una temporada —le dijo—. Luego, ya veremos.

Daba la impresión de que fuera a suplicárselo, pero ella endureció el rostro, recostada sobre los almohadones, y él agachó la cabeza como un buey herido.

—Dime una cosa, hay algo que quiero saber —dijo ella—. ¿Quién me puso el nombre?

Él elevó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién me puso por nombre Phoebe?

Volvió a bajar los ojos.

—Te pusieron el nombre de la abuela de Sarah, la madre de Josh.

Phoebe calló un dilatado momento, dándole vueltas a lo que acababa de saber.

—Entiendo —dijo, y sin mirarla de nuevo Quirke se volvió y salió renqueando de la habitación.

Sarah y Mal se habían sentado juntos en el pequeño sofá sobredorado del amplio rellano que remataba la gran escalinata de roble. Los últimos rayos de luz diurna, fugitivos, se hurtaban en el gran ventanal situado sobre ellos. Al igual que Quirke, Sarah tenía la sensación de haber pasado el día entero bregando en medio de un lodazal helado, avanzando a duras penas sobre una extensión de hielo, por caminos traicioneros, y de haber por fin hallado un lugar donde hacer un alto. Tenía grisácea y granulosa la piel de las manos y de los brazos, como si se le encogiera, igual que le pasaba con el ánimo. La extensa alfombra que cubría el rellano, semejante a un témpano de hielo rosáceo y mordisqueado, le producía una ligera náusea; la alfombra, como tantas otras cosas de la mansión, se había instalado allí por orden de Rose, quien sin duda sabía todo lo que se pudiera saber.

—Bueno —dijo—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Seguir viviendo —respondió Mal— lo mejor que podamos. Phoebe va a necesitar nuestra ayuda.

Parecía muy tranquilo, muy resignado. *¿Qué se le pasará por la cabeza?*, se preguntó ella. Se le había ocurrido, y no por primera vez, ciertamente, qué poco sabía de ese hombre con el cual había pasado gran parte de su vida.

—Tendrías que habérmelo dicho —le dijo.

Él se desperezó, pero sin volverse a mirarla.

—¿Decirte? ¿El qué? —murmuró.

—Lo de Christine Falls. Lo de la niña. Todo.

Exhaló un largo suspiro de cansancio; aquello era como escuchar una parte de sí mismo que se le filtrase, que se le saliera de dentro.

—Lo de Christine Falls —repitió—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Te lo ha contado Quirke?

—No. ¿Qué más dará cómo lo haya sabido? Tú tendrías que habérmelo dicho. Me lo debías. Yo te habría sabido escuchar. Habría intentado entender.

—Tenía un deber que cumplir.

—Dios mío —dijo ella con una risa violenta, temblorosa—. Qué hipócrita eres.

—Tenía un deber —dijo él con terquedad— para con todos nosotros. Tenía que ser yo quien lo mantuviera bajo control. Nadie más podría haberlo hecho. Si no, todo habría quedado hecho pedazos.

Ella volvió a mirar la alfombra y tuvo un nuevo estremecimiento en las entrañas. Cerró los ojos.

—Todavía tienes tiempo —le dijo desde esa negrura.

Él sí la miró.

—¿Tiempo?

—Para redimirte.

Emitió un sonido extraño, blando, desde el fondo de la garganta, que a ella le costó un momento identificar: era una risa apagada.

—Ay, mi querida Sarah —dijo, ¡y qué pocas veces decía su nombre!—, para eso mucho me temo que ya es tarde.

Un reloj dio la hora en algún lugar de la casa, y luego otro, y otro más. ¡Cuántos eran! Como si allí dentro el tiempo se hubiera multiplicado, como si fuera distinto en cada planta, en cada estancia.

—Le hablé a Quirke de Phoebe —dijo ella—. Se lo dije todo.

—Ah, no me digas... —volvió a emitir la misma risa frágil—. Ha tenido que ser una conversación interesante.

—Tendría que habérselo dicho hace ya muchos años. Yo tendría que haberle dicho lo de Phoebe, y tú tendrías que haberme dicho lo de Christine Falls.

Mal cruzó las piernas y se acomodó meticulosamente el pantalón a la altura de la rodilla.

—No hacía ninguna falta que le dijeras lo de Phoebe —dijo—. Ya lo sabía.

¿Qué era lo que estaba oyendo? ¿Acaso ecos minúsculos de los carillones, que aún portaba el aire con tenuidad? Contuvo el aliento, temerosa de lo que pudiera salir de sus labios.

—¿Qué quieres decir? —dijo al fin.

Él estaba mirando al techo, estudiándolo, como si allá arriba pudiera haber una señal, un jeroglífico.

—¿Tú quién crees que indicó a mi padre que me llamara aquí, a Boston, la noche en que murió Delia? —preguntó como si no se dirigiese a ella, como si interrogase más bien algo que sólo él discernía en las sombras, cerca del techo—. ¿Quién estuvo entonces tan atormentado que no pudo soportar la sola idea de tener consigo a la niña, una niña que le recordase la tragedia de su pérdida? ¿Y quién estuvo dispuesto a dárnosla en cambio a nosotros?

—No —dijo ella—, eso no puede ser cierto.

Sin embargo, supo que lo era, por descontado. Ay, Quirke. En el fondo, comprendió en esos instantes, lo había sabido en todo momento, lo había sabido siempre, y se lo había negado. No sintió ira, no tuvo resentimiento. Tan sólo fue tristeza.

No se lo diría a Phoebe: era preciso que ella nunca llegara a saber que su padre la había dado voluntariamente en adopción.

Pasó un minuto.

—Creo que estoy enferma —dijo.

Él se quedó muy quieto, y ella lo notó, como si de hecho algo se hubiera detenido dentro de él, una versión animal de su persona, detenida, con todos los sentidos alerta.

—¿Por qué lo piensas?

—Algo me pasa en la cabeza. Estos mareos... van a peor.

Se volvió ligeramente y la tomó de la mano, una mano fría e inerte.

—Te necesito —le dijo con calma, sin exageración—. No puedo hacerlo, no puedo hacer nada, si no es contigo.

—Entonces, pon fin a todo esto —dijo ella con súbita ferocidad—. Pon fin a todo lo de Christine Falls y su hija —volvió la mano que él sostenía y le estrechó los dedos—. ¿Lo harás? —fue la mano de él la que quedó inerte. Sacudió la cabeza una sola vez, un movimiento apenas perceptible. Ella oyó las sirenas, los bocinazos desamparados. Le soltó la mano y se puso en pie. Su *deber*, había dicho: su deber de mentir, de fingir, de proteger. Su deber era lo que había assolado sus vidas—. Tú estabas al corriente de lo de Quirke y Phoebe —le dijo—. Y estabas al corriente de lo de Christine Falls. Tú lo sabías; todos en realidad lo sabíais, y a mí no me lo dijo nadie. Todos estos años, todas estas mentiras. ¿Cómo has podido, Mal?

Él la miró desde el sofá en que seguía sentado. Todo le parecía cansino.

—Tal vez —dijo— por la misma razón por la que tú tampoco le dijiste a Quirke, desde el principio, que Phoebe era hija suya, cuando creías que él no lo sabía —esbozó una sonrisa apagada—. Cada cual lleva el peso de sus propios pecados.

Quirke supo que era hora de marchar. Allí ya no quedaba nada para él, en caso de que alguna vez hubiese algo, salvo confusión, errores, daño. En el dormitorio volvió una vez más las fotografías de Delia y de Phoebe de cara a la habitación; ya no temía a su difunta esposa; de alguna manera la había exorcizado. Comenzó a hacer el equipaje. La luz del día estaba próxima a su fin, y al otro lado de las ventanas la vaguedad de las formas envueltas por la nieve se iba fundiendo en la sombra. No se encontraba bien. La calefacción central daba al aire de la casa una densidad oprimente, y le empezaba a parecer que tenía dolor de cabeza desde bastante antes, más o menos desde la noche en que llegó. No sabía qué pensar de Phoebe, de Mal, de Sarah, de Andy Stafford, de ninguno. Estaba harto de intentar saber qué debía pensar. La ira que le inspiraba todo aquello había remitido hasta no ser sino un runrún de fondo. Era también consciente de una tenue, titilante sensación de desesperanza; era como el sentimiento que amenazaba con vencerle al comenzar algunos días de su niñez, días en los que no había nada en perspectiva, nada de interés, nada que hacer. ¿Era así como habría de ser su vida en adelante, una especie de vida en el más allá que experimentara aún en vida, un errar en un limbo, entre otras almas que, como la suya, no estaban salvadas, ni tampoco se habían perdido?

Cuando Rose Crawford entró en la habitación, supo al punto qué iba a suceder. Llevaba una blusa negra y unos pantalones negros.

—Creo que el luto me sienta bien —dijo—, ¿no cree? —él siguió preparando el equipaje. Ella se encontraba en medio de la habitación con las manos en los bolsillos del pantalón, observándole. Él tenía una camisa en las manos, que ella le quitó y se dispuso a doblar con gestos de experta—. Trabajé en una tintorería —dijo, y lo miró por encima del hombro—. Sospecho que eso le ha sorprendido.

Ahora era él quien la observaba. Prendió un cigarrillo.

—Hay dos cosas que quiero de usted —dijo Quirke.

Ella dejó la camisa doblada en la maleta y tomó otra para proceder a doblarla.

—No me diga... —dijo—. ¿Y de qué cosas se trata?

—Quiero que me prometa que dejará de financiar la obra esa de los bebés. Y quiero que permita a Phoebe que vuelva conmigo.

Ella meneó la cabeza un instante, concentrada en la camisa.

—Phoebe se va a quedar aquí —dijo.

—No —lo dijo con una gran calma, hablando con suavidad—. Deje que se vaya.

Colocó la segunda camisa encima de la primera y se acercó a quitarle el cigarrillo

de los dedos; le dio una calada y se lo devolvió.

—Vaya, lo siento... Otra vez el carmín —lo escrutó con una mirada sonriente, la cabeza levemente ladeada—. Es demasiado tarde, Quirke. Ya la ha perdido.

—Usted sabe que es mi hija.

Ella asintió sin dejar de sonreír.

—Naturalmente que lo sé. A fin de cuentas, Josh estaba al corriente del pequeño intercambio entre ustedes, y entre Josh y yo no había ningún secreto. Ésa era una de las cosas más agradables de nuestra vida en común.

Fue como si algo acabara de descender sobre él: vio la oscuridad de lo que descendía ante los ojos, le pareció percibir, el batir de las alas alrededor de la cabeza. La había sujetado por los hombros y la zarandeaba con furia. El cigarrillo salió volando de sus dedos.

—¡Perra egoísta! —masculló con los dientes apretados, al tiempo que aquella cosa alada seguía batiendo el aire y chillando a su alrededor.

Ella dio un paso atrás, desembarazándose con destreza de la fuerza con que la sujetaba, y fue a recoger el cigarrillo de la alfombra, llevandoselo al otro lado para arrojarlo a la chimenea vacía.

—Debería tener más cuidado, Quirke —le dijo—. Podría provocar un incendio —le apretó con los dedos en el hombro—. ¡Qué fuerza tiene! De veras, no creo que sepa usted cuánta fuerza tiene.

Él se dio cuenta de que ella intentaba contener la risa. Se lanzó hacia delante pivotando sobre la resistencia de su pierna, salvando el espacio que los separaba no como si fuese a hacerlo caminando, sino en una suerte de caída vertical. No sabía de qué sería capaz cuando la alcanzara, si iba a abofetearla o a derribarla al suelo de un empujón. Lo que hizo fue estrecharla en sus brazos. Era de una ligereza sorprendente, él percibió con nitidez los huesos bajo sus carnes. Cuando la besó, aplastó la boca contra la suya y notó un sabor a sangre, de ella o suyo, no estuvo seguro.

La noche, reluciente e intensamente negra, se comprimía contra las ventanas por ambos lados de la estancia.

—Podrías quedaros los dos, ¿sabes?, tú y Phoebe —dijo Rose—. Que se vuelvan los demás a los brazos de la tierna Madre Irlanda. Nosotros tres podríamos conseguir que la cosa funcionara bien. Tú eres igual que yo, Quirke. Reconócelo. Te pareces a mí mucho más que a tu preciadísima Sarah. El corazón frío y el alma caliente: así somos tú y yo —él iba a decir algo, pero ella le rozó rápidamente con la yema del dedo en los labios—. No, no, no digas nada. Qué tontería por mi parte, mira que habértelo propuesto... —se separó de él y se sentó al borde de la cama, de espaldas. Le sonrió con ironía por encima del hombro—. ¿Ni siquiera me amas un poco?

Siempre podrías mentirme, ¿sabes? No me importaría. Mentir se te da bien.

Él no dijo nada. Se tumbó de espaldas, con el dolor de la rodilla como una llamarada, y miró al techo. Rose asintió, y buscó tabaco en los bolsillos de su chaqueta. Encendió un cigarrillo y se acercó a él para ponérselo en los labios.

—Pobre Quirke —dijo con voz queda—. Estás metido en un buen lío, ¿verdad? Ojalá pudiera ayudarte a salir —fue a plantarse ante el espejo frunciendo el ceño, y se arregló el cabello peinándose con los dedos. A su espalda, él se incorporó y se sentó en la cama; ella lo vio en el espejo como un oso grande y pálido. Alcanzó el cenicero de la mesilla—. Seguramente no te sirva de ayuda —dijo ella—, pero hay una cosa que sí te puedo decir. Te equivocas con Mal y con esa chica, la del bebé, no me acuerdo cómo se llamaba —él la miró, y sus ojos se encontraron en el espejo—. Créeme, Quirke, te lo digo en serio. Estás completamente equivocado.

—Sí —asintió él—, ya sé que sí.

Llegó temprano a St. Mary. Pidió permiso para hablar con sor Stephanus. La monja de los dientes saledizos, retorciéndose las manos, insistió en que a esas horas no podía recibirle nadie, aunque, según dio a entender con su mirada, tampoco podría recibirle nadie a ninguna otra hora. Preguntó por sor Anselm. Sor Anselm, dijo la monja, se había tenido que marchar; se encontraba ahora en otro convento, en Canadá. Quirke no quiso creerla. Se sentó en una silla en el vestíbulo, dejó el sombrero sobre las rodillas y dijo que iba a esperar hasta que alguien estuviera dispuesto a recibirle. La joven monja desapareció, y al punto se presentó el padre Harkins, con el mentón irritado tras el afeitado matutino y un temblorcillo en el ojo derecho. Avanzaba con su mejor sonrisa. Quirke se puso en pie con ayuda del bastón. Hizo caso omiso de la mano que le tendía el sacerdote. Dijo que deseaba ver la tumba de la niña.

Harkins lo miró con los ojos como platos.

—¿La tumba?

—Sí. Sé que está aquí enterrada. Quiero ver qué nombre figura en la lápida.

El sacerdote se puso bravucón, pero Quirke lo paró en seco. Alzó el pesado bastón negro en una mano de un modo amenazador.

—Podría llamar ahora mismo a la policía —dijo Harkins.

—Oh, desde luego —repuso Quirke con una risa cortante—, desde luego que podría.

El cura se mostraba cada vez más agitado.

—Escuche —dijo, y bajó la voz hasta no ser más que un susurro—. El señor Griffin se encuentra aquí. Está aquí ahora, ha venido de visita antes de marcharse.

—Me da igual —dijo Quirke—. Por mí, como si está el Papa de Roma. Quiero ver la lápida.

El cura pidió que le trajeran el abrigo y las botas de agua. Los trajo la monja joven. Miró a Quirke y no pudo reprimir un destello de renovado interés e incluso de admiración; obviamente, no estaba acostumbrada a ver al padre Harkins plegándose a las órdenes de otro.

La mañana era fría. Las nubes bajas corrían despacio, y un viento húmedo soplaba a rachas trayendo un aguanieve fino. Quirke y el cura rodearon el edificio por el lateral, atravesando un huerto que cubría a trozos la nieve, donde tomaron un sendero de gravilla hacia una cancela baja, de madera, en la cual el cura se detuvo.

—Señor Quirke —dijo—, se lo ruego. Haga caso de mi consejo. Váyase. Vuelva a Irlanda. Olvide todo esto. Si atraviesa esa cancela, lo lamentará.

Quirke no dijo nada. Se limitó a levantar el bastón y a señalar la cancela. El sacerdote, con un suspiro, retiró el cierre y se hizo a un lado.

El cementerio era más pequeño de lo que esperaba, era poco más que una campa, con mayor inclinación en una de las esquinas, desde la cual se veían las torres de la ciudad por el este, envueltas en la neblina del invierno. No había lápidas, sino tan sólo pequeñas cruces de madera, todas ellas torcidas, en mayor o menor ángulo de inclinación. El tamaño de las tumbas le pareció pasmoso; ninguna tendría siquiera medio metro de largo. Quirke avanzó por un sendero mal trazado hacia el lugar en el que había visto una figura con abrigo y sombrero, con una rodilla hincada en tierra. Sólo alcanzaba a ver la espalda encorvada del hombre; cuando aún se hallaba a cierta distancia se detuvo y lo llamó. Era la figura de Mal, agazapado, en tensión, pero no era Mal.

Ni siquiera cuando Quirke le dirigió la palabra se volvió el hombre, de modo que Quirke siguió caminando hacia él. Oía sus pasos desiguales triturar la gravilla, punteados por el golpecito sordo del bastón en el terreno pedregoso. Una racha de viento amenazó con llevárselo el sombrero, de modo que tuvo que sujetarlo con la mano para impedirlo. Alcanzó al hombre arrodillado, que sólo se dignó mirarlo en ese instante.

—¿Y bien, Quirke? —dijo el juez, y se guardó en el bolsillo un rosario, no sin antes besar el crucifijo, recogiendo el pañuelo sobre el cual había hincado la rodilla, levantándose con esfuerzo—. ¿Ahora te das por satisfecho?

Recorrieron tres veces seguidas el perímetro del pequeño cementerio, con el viento helado e intenso en la cara, las mejillas del anciano plagadas de manchas azuladas, y la rodilla de Quirke sometida a un dolor constante. Le pareció que llevaba dando vueltas a la campa durante toda la vida; le pareció que así había sido su vida entera, un lento caminar alrededor del territorio de los muertos.

—Voy a llevarme de aquí a la pequeña Christine —dijo el juez—. Voy a llevármela a un cementerio como es debido. Tal vez incluso me la lleve a Irlanda,

para enterrarla al lado de su madre.

—¿No vas a tener problemas a la hora de explicarlo en la Aduana? —dijo Quirke—. ¿O eso también tiene fácil remedio?

El anciano esbozó una especie de sonrisa mostrando los dientes.

—Su madre era una muchacha magnífica, rebosante de humor y de ganas de vivir —dijo—. Eso fue lo primero que me llamó la atención en ella, nada más verla en casa de Malachy. Su manera de reírse de las cosas.

—Supongo —dijo Quirke— que ahora me vas a decir que no pudiste contenerte. De nuevo esa sonrisa de soslayo, con ferocidad leonina.

—Aguántate el resquemor, Quirke. Aquí tú no eres la parte perjudicada. Si tengo que ofrecer disculpas no es precisamente ante ti. Así es, he pecado, y Dios me castigará por mis pecados. Ya me ha castigado, llevándose a Chrissie de mi lado, y luego además a la niña —hizo una pausa—. ¿Por qué fuiste tú castigado, Quirke, cuando perdiste a Delia? ¿Cuál fue tu pecado?

Quirke ni siquiera lo miraba.

—Envidia tu manera de ver el mundo, Garret —dijo—. El pecado y el castigo. Debe de ser fantástico que todo sea tan simple.

El juez desdeñó toda posible respuesta. Entornaba los ojos mirando las torres que envolvía la neblina.

—Es cierto lo que dicen —dijo—, la historia se repite. Tú pierdes a Delia, y Phoebe viene aquí, y luego lo mío con Chrissie, y la muerte de Chrissie. Como si todo estuviera predestinado.

—Yo estaba casado con Delia. No era la doncella que servía en casa de mi hijo. No tenía edad suficiente para ser mi hija... para ser mi nieta.

—Ah, Quirke, todavía eres un hombre joven, tú no sabes qué se siente al ver que tu poder te abandona. Te miras el dorso de la mano y ves cómo la piel se convierte en papel, cómo asoman los huesos, y te entran escalofríos. Entonces aparece una muchacha como Christine y te sientes como si volvieras a tener veinte años —siguió caminando unos pasos en silencio—. Tu hija sigue viva, Quirke, mientras que la mía ha muerto, gracias a ese cabrón asesino. ¿Cómo se llama? Stafford. Eso es, Stafford.

Quirke vio que Harkins rondaba en la cancela. ¿Qué estaría esperando?

—Yo te he honrado, Garret. Te he reverenciado. Para mí, tú eras el único hombre bueno en un mundo de maldad.

El juez se encogió de hombros.

—Es posible que lo sea —dijo—, es posible que sea un hombre de bien. El Señor vierte su divina gracia en las vasijas más frágiles.

Ese apasionado temblor que asomó en la voz del anciano, ese tono de profeta del Antiguo Testamento... ¿por qué no lo había percibido hasta ese instante?, se preguntó Quirke.

—Estás loco —dijo con el tono de quien acaba de hacer un descubrimiento pequeño y sorprendente.

El juez rió por lo bajo.

—Y tú eres un cabrón sin sentimientos, Quirke. Siempre lo has sido. Pero al menos eras sincero en todo, aunque con alguna que otra notable excepción. No eches ahora a perder la mala reputación que te has forjado, no te me vayas a convertir en un hipócrita. No me vengas con esa filfa, no me digas «yo te he reverenciado». En toda tu vida nunca te has parado a pensar en nada, lo que se dice en nada, excepto en ti mismo.

—Los huérfanos —dijo Quirke al cabo de unos instantes—. Costigan, toda esa gente... ¿También era asunto tuyo? ¿Estabas tú detrás de toda la historia, tú y Josh? —el anciano no se dignó contestar—. ¿Y Dolly Moran? —añadió Quirke—. ¿Qué fue de ella?

El juez se detuvo y alzó una mano.

—Eso fue cosa de Costigan —dijo—. Él envió a esos tipos a buscar algo que tenía ella. No estaba previsto que le hicieran nada.

Siguieron caminando.

—¿Y a mí? —preguntó Quirke—. ¿Quién envió a esos tipos a por mí?

—No seas despiadado, Quirke. ¿Tú crees que yo iba a desear que te hicieran el daño que te han hecho? ¿A ti, que eras para mí como un hijo?

Quirke sin embargo estaba pensando, estaba ensamblando las piezas.

—Dolly me habló del diario —dijo—. Yo se lo dije a Mal. Mal te lo dijo a ti. Tú, a Costigan, y Costigan envió a sus matones a quitárselo —en el puerto, un remolcador tocó la sirena. Quirke creyó que desde allí alcanzaba a ver un trecho del río, una línea entre azul y gris, aplastada bajo las nubes que corrían despacio—. El tal Costigan —dijo—, ¿quién es?

El juez no contuvo un resoplido socarrón, malicioso.

—Nadie —dijo—. Es lo que aquí llaman mano de obra. Los verdaderos creyentes son escasos. Hay muchos que están en esto por la pasta, Quirke. La pasta de Josh, claro.

—Y eso se acabó.

—¿Cómo?

—Se acabaron los pagos. Rose me lo ha prometido.

—Ah, Rose. Qué cosas. Me pregunto, ya puestos, cómo has conseguido arrancar una promesa de esa índole a esa dama en particular —miró velozmente a Quirke—. ¿Qué, se te ha comido la lengua el gato? Da igual. Con los fondos de Rose o sin ellos, saldremos adelante. Dios proveerá —rió de repente—. ¿Sabes una cosa, Quirke? Deberías estar orgulloso. Todo esto empezó contigo. De veras, es cierto. Phoebe fue la primera, fue ella la que le dio la gran idea a Josh Crawford. Me llamó por teléfono

en plena noche, ni más ni menos, para enterarse de qué era lo que sucedía en Irlanda con las criaturas como Phoebe, niños y niñas no deseados. Se lo dije. Le dije: mira, Josh, el país está lleno a rebosar de niños así. ¿De veras?, preguntó. Bueno, pues entonces mándanoslos, me dijo; aquí les encontraremos casa a todos en un periquete. En un visto y no visto los despachábamos por docenas, ¡por centenares!

—Cuántos huérfanos...

El juez estuvo ágil.

—Phoebe no era huérfana, ¿verdad? —se le ensombreció el rostro; las manchas azuladas se le amorataban por momentos—. Hay gente que no debiera tener hijos. Hay gente que no tiene derecho a tener hijos.

—Y eso... ¿quién lo decide?

—¡Nosotros! —exclamó el anciano con voz ronca—. ¡Nosotros decidimos! Hay mujeres que malviven en casas de vecindad de Dublín y de Cork, mujeres que traen al mundo a diecisiete, dieciocho hijos en otros tantos años. ¿Qué clase de vida les espera a esos chiquillos? ¿No encuentran un futuro mucho mejor aquí, en el seno de familias que pueden cuidarlos, atenderlos, mimarlos? Contéstame a eso.

—Así que eres juez y jurado —dijo Quirke con hastío—. Eres Dios en persona.

—¿Cómo osas... cómo te atreves precisamente tú? ¿Qué derecho te asiste a cuestionarme? Mírate la viga que tienes en el ojo, muchacho.

—¿Y Mal? ¿Es otro juez, o es sólo el ordenanza del tribunal?

—Bah. Mal es un chapucero, nada más. Ni siquiera fue capaz de mantener viva a la infortunada muchacha cuando dio a luz. Ni en eso fue de confianza. No, Quirke; tú fuiste el hijo que yo quería.

Se abatió sobre ambos una racha de viento, lanzándoles a la cara el aguanieve como un puñado de astillas de cristal.

—Me llevo a Phoebe conmigo a casa —dijo Quirke—. La quiero lejos de aquí. Y también la quiero lejos de ti.

—¿Tú crees que ahora vas a poder empezar a ser padre?

—Lo puedo intentar.

—Sí —dijo el anciano con sarcasmo—, por intentarlo que no quede.

—Quiero que me hables de Dolly Moran.

—¿Y qué es lo que quieres que te cuente?

—¿Tú sabías —dijo Quirke, mirando de nuevo hacia la línea de agua azul plomo que trazaba el río— que durante años acudió un día tras otro al hospicio, todos los días, y que miraba desde el otro lado de la valla el terreno de juego, probando a ver si encontraba a su hijo entre todos los demás?

El juez adoptó una mirada esquiva.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? —musitó.

—Dime —dijo Quirke—. Tú formabas parte del comité de visitas. ¿Llegaste a

saber de verdad cómo era Carricklea, qué clase de cosas pasaban allí dentro?

—Tú al menos saliste, ¿sí o no? —resopló el anciano—. Y saliste porque yo te saqué de allí.

—Tú me sacaste, pero... ¿quién fue el que me metió allí? —el juez lo fulminó con la mirada y masculló entre dientes algo que Quirke no entendió, al tiempo que emprendía la marcha hacia la cancela, donde seguía a la espera Harkins con el abrigo y las botas de agua—. Mira a tu alrededor, Garret —le gritó de lejos—. Mira todos tus logros.

El juez se detuvo y se dio la vuelta.

—Éstos sólo son los difuntos —dijo—. A los vivos no los ves. Es la obra de Dios la que llevamos a cabo, Quirke. En veinte años, en treinta, ¿cuántos jóvenes estarán dispuestos a entregar la vida al ministerio sacerdotal? Desde aquí podremos enviar misioneros a Irlanda, a Europa entera. La obra de Dios. Y no serás tú quien la detenga. Te aseguro por Cristo, Quirke, que más te vale ni siquiera intentarlo.

Quirke estuvo seguro hasta el último momento de que Phoebe acudiría a decirle adiós. Esperó en la explanada de gravilla a la entrada de Moss Manor, oteando las ventanas de la casa en busca de una señal suya, mientras el taxista acomodaba sus bultos en el maletero. Era un día soleado, pero de crudo invierno, y un viento cortante soplaba desde el mar. Al final no fue Phoebe quien salió a despedirle, sino Sarah. Sin haberse puesto el abrigo, se asomó al umbral y, tras unos momentos de vacilación, atravesó la extensión de gravilla con los brazos cruzados y una chaqueta de punto tensada sobre los hombros. Le preguntó a qué hora salía su vuelo. Le dijo que confiaba en que no tuviera un viaje demasiado terrible, con aquel tiempo invernal que no parecía terminarse jamás. Él se aproximó a ella, apoyado en el bastón, y fue a decir algo, pero ella se lo impidió.

—No, Quirke, por favor —dijo—. No digas que lo sientes. No podría soportarlo.

—Le supliqué que volviera a casa conmigo. Se negó.

Ella meneó la cabeza con hastío.

—Es demasiado tarde —dijo—. Y tú lo sabes.

—¿Qué vas a hacer?

—Ah, me quedaré una temporada al menos —rió con inseguridad—. Mal quiere que vaya a la Clínica Mayo... ¡a que me examinen la cabeza! —hizo un nuevo intento por reír, pero tampoco lo logró. Miró a lo lejos, hacia el mar—. Tal vez Phoebe y yo podamos llegar a ser... —sonrió entristecida—. Tal vez podamos llegar a ser amigas. Además, alguien tendrá que mantenerla lejos de las garras de Rose. Rose quiere llevársela a Europa y convertirla en una heroína de Henry James —calló un instante y bajó la mirada; nunca le resultaba a él tan querida como cuando se miraba las puntas de los pies de ese modo, examinando el suelo con el ceño fruncido,

en busca de algo que nunca estaba allí—. ¿Te has acostado con ella —preguntó, bajando la voz—, con Rose?

Él negó con un gesto.

—No.

—No te creo —dijo sin rencor.

Ella respiró hondo el aire gélido y, mirando a la casa por encima del hombro, se sacó de debajo de la chaqueta de punto un rollo de papel que le depositó a la fuerza en la mano.

—Tú sabrás qué hacer con esto —era un cuaderno escolar, con las tapas anaranjadas y los cantos doblados. Él hizo ademán de retirar el elástico que lo mantenía enrollado, pero ella le puso la mano sobre la suya—. No —dijo—, léelo en el avión.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo envió ella, la tal Moran, pobrecilla. Sabe Dios por qué. No había vuelto a verla desde que Phoebe era muy pequeña.

Él asintió.

—Ella se acordaba de ti —le dijo—. Preguntó por ti. Dijo que habías sido bondadosa con ella —se guardó el cuaderno, aún enrollado, en el bolsillo del abrigo—. ¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó.

—No lo sé. Lo que sea preciso.

—¿Lo has leído?

—No todo. Lo suficiente, lo que pude soportar.

—Entiendo. Entonces, lo sabes.

Ella asintió.

—Sí, lo sé.

Él respiró hondo y notó la mordiente del aire frío en los pulmones.

—Si hago con esto lo que yo creo que se debe hacer —dijo, y procuró medir sus palabras—, ¿sabes cuáles serán las consecuencias?

—No. ¿Y tú?

—Sé que la cosa se pondrá fea. ¿Y Mal?

—Ah —dijo ella—, Mal podrá subsistir. A fin de cuentas, fue el menos implicado.

—Yo creía que... —calló.

—Tú creías que Mal era el padre de la hija de esa infortunada mujer. Sí, sé que eso es lo que creías. Por eso quise que hablaras con él. Pensé que él te diría cómo habían sido las cosas en realidad. Pero ni por éstas, claro que no. Es muy leal... con un padre que nunca le quiso. ¿No te parece irónico?

Callaron los dos entonces. Él pensó que debería besarla, pero supo que era imposible.

—Adiós, Sarah —le dijo.

—Adiós, Quirke —ella lo miraba a la cara con una tenue sonrisa, una sonrisa burlona—. A ti sí te quiso, ¿sabes? No, más bien, ahí está el quid. Nunca lo supiste.

Epílogo

Soplaba un viento refrescante y racheado, que traía a las calles de la ciudad noticias de campos distantes, de árboles y agua. Era primavera. Mientras caminaba, Quirke levantaba a cada trecho el bastón de madera de endrino y probaba a dar un paso sin su ayuda. Notaba dolor, pero no demasiado; un aguijonazo seco, caliente, un mero recuerdo del clavo metálico.

Lo hicieron pasar al despacho del inspector Hackett, en donde entraba el sol con debilidad a través de una ventana de sucios cristales. La mayor parte del espacio en la escueta habitación lo ocupaba un escritorio demasiado grande, feo, de madera. Los expedientes amarillentos se apilaban en el suelo, alrededor de la mesa, y había un estante lleno de periódicos polvorientos, de libros cuyos lomos estaban desgarrados y eran ilegibles. ¿Qué clase de libros, se preguntó Quirke, podía leer Hackett? La mesa en sí era una balsa repleta de objetos dispares que nadaban a su antojo, documentos que obviamente nadie había movido desde meses antes, dos tazones, uno de ellos con lápices y el otro con los posos del té matinal del inspector, un trozo de metal sin forma reconocible, que según dijo el inspector era un recuerdo de un bombardeo alemán, durante la guerra, en North Strand, y, allí al lado, aún rizado, en el punto en que había caído, el diario de Dolly Moran. El inspector, en mangas de camisa y con el sombrero puesto, estaba retrepado en el sillón, con los pies en una esquina del escritorio y las manos entrelazadas sobre la barriga, que llevaba sujeta bajo un abultado chaleco azul que le quedaba demasiado ceñido.

Hackett indicó con un gesto el cuaderno.

—No es que fuera exactamente James Joyce la pobre Dolly, ¿eh? —dijo, y mostró los dientes.

—Pero ¿podrá utilizarlo? —preguntó Quirke.

—Oh, desde luego, haré lo que pueda —dijo el inspector—. Pero en esto nos las vemos con personas poderosas, señor Quirke. Supongo que de eso se da perfecta cuenta. Ese tipo, el tal Costigan por sí solo, tiene un grandísimo peso en esta ciudad.

—Pero nosotros también tenemos peso —dijo Quirke, y señaló el cuaderno con un gesto del mentón.

Hackett se dio en el vientre una palmada de contento.

—Dios, señor Quirke, ¡qué feroz, qué vengativo es usted! —dijo—. Verdaderamente digno de su familia, sin duda. Dígame una cosa —bajó la voz, dándole un tono confidencial—: ¿Por qué lo hace?

Quirke se paró a pensar.

—No lo sé, inspector —dijo al cabo—. Tal vez sea porque antes, en toda mi vida, nunca he hecho nada.

Hackett asintió, y aspiró hondo por la nariz.

—Se va a armar una buena polvareda —dijo— si se desploman estos particulares pilares de la sociedad. Una verdadera polvareda, con ladrillos y escombros por todas partes. Cualquiera en su sano juicio preferiría verse lejos de ese estropicio.

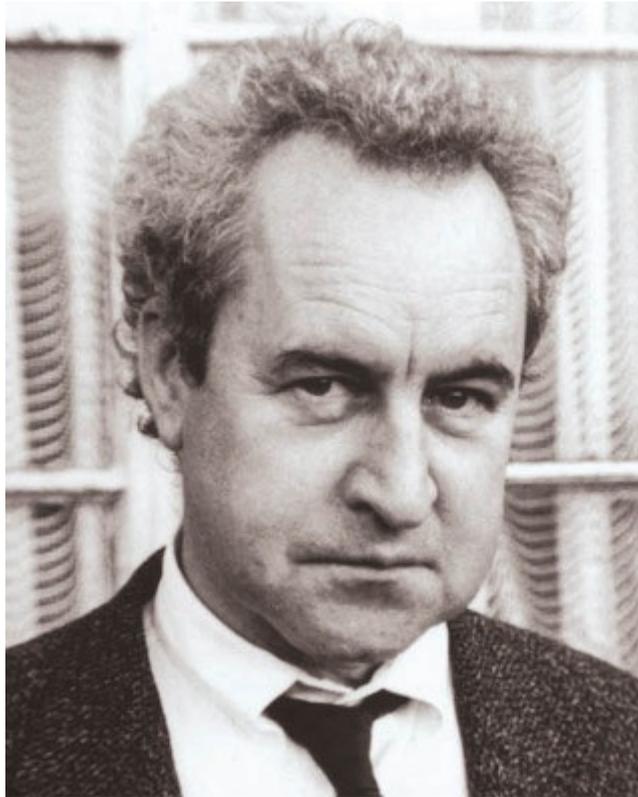
—Pero usted irá adelante a pesar de los pesares...

Hackett apartó los pies del escritorio, se inclinó y rebuscó entre el montón de papeles que cubría la mesa hasta hallar un paquete de tabaco. Ofreció un cigarrillo a Quirke y ambos los encendieron.

—Lo intentaré, señor Quirke —dijo el inspector—. Lo intentaré.

Agradecimientos

Gracias a Jennifer Barth, Peter Beilby, Mary Callery, Joan Egan, Alan Gilsean, Louise Gough, Roy Heayberd, Robyn Kershaw, Andrew Kidd, Linda Klejus, Sandra Levy, Laura Magahy, Ian Meldon, Hazel Orme, Jo Pitkin, Maria Rejt, Beatrice von Rezzori, Barry Ruane, John Sterling.



BENJAMIN BLACK es el seudónimo del prestigioso escritor John Banville (Wexford, Irlanda, 1945), Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es colaborador habitual de *The New York Review of Books*. En 1970 publicó su primer libro, *Long Lankin*, una selección de cuentos a la que siguieron las novelas *Nightspawn* (1971) y *Birchwood* (1973). Tras esta trilogía aparecieron algunas biografías sobre científicos: *Copérnico* (1976), *Kepler* (1981), *La carta de Newton* (1982) y *Mefisto* (1986). Con *El libro de las pruebas* (1989) fue finalista del Premio Booker. Es autor también de *Ghosts* (1993), *Athena* (1995), *El intocable* (1997), *Eclipse* (2000), *Imposturas* (2002), *Prague Pictures: Portrait of a City* (2003) y *El mar*, novela con la que ganó el Premio Booker en su edición de 2005 y el Irish Book Awards a la mejor novela del año. *El otro nombre de Laura*, su última novela (2008), forma parte de la saga de obras policíacas que el autor inició con *El secreto de Christine*, y que publica bajo su seudónimo.